



## CAMBIOS EN LA SOCIEDAD CUBANA DESDE LOS NOVENTA

CAMBIOS EN LA SOCIEDAD CUBANA DESDE LOS NOVENTA



**FLACSO**  
REPÚBLICA  
DOMINICANA

**Latin American Program**  
Woodrow Wilson International Center for Scholars  
1300 Pennsylvania Ave., N.W. Washington, DC 20004  
Tel. (202) 691-4030 Fax (202) 691-4076



Woodrow Wilson  
International  
Center  
for Scholars

editado por  
**Joseph S. Tulchin**  
**Lilian Bobea**  
**Mayra P. Espina Prieto**  
**Rafael Hernández**  
con la colaboración de  
**Elizabeth Bryan**



Latin American Program



# **CAMBIOS EN LA SOCIEDAD CUBANA DESDE LOS NOVENTA**

**Woodrow Wilson Center Report on the Americas #16**

**Editado por Joseph S. Tulchin, Lilian Bobea,  
Mayra P. Espina Prieto y Rafael Hernández,**

**con la colaboración de Elizabeth Bryan**



**Woodrow Wilson  
International  
Center  
for Scholars**

*Latin American Program*

## **CAMBIOS EN LA SOCIEDAD CUBANA DESDE LOS NOVENTA**

**Editado por Joseph S. Tulchin, Lilian Bobea,  
Mayra P. Espina Prieto y Rafael Hernández,**

**con la colaboración de Elizabeth Bryan**

## WOODROW WILSON INTERNATIONAL CENTER FOR SCHOLARS

Lee H. Hamilton, President and Director

### BOARD OF TRUSTEES

Joseph B. Gildenhorn, Chair; David A. Metzner, Vice Chair. Public Members: James H. Billington, The Librarian of Congress; Bruce Cole, Chairman, National Endowment for the Humanities; Michael O. Leavitt, The Secretary, U.S. Department of Health and Human Services; Condoleezza Rice, The Secretary, U.S. Department of State; Lawrence M. Small, The Secretary, Smithsonian Institution; Margaret Spellings, The Secretary, U.S. Department of Education; Allen Weinstein, Archivist of the United States Private Citizen Members: Joseph A. Cari, Jr., Carol Cartwright, Robin Cook, Donald E. Garcia, Bruce S. Gelb, Charles L. Glazer, Tami Longaberger

### WILSON COUNCIL

Bruce S. Gelb, President; Elias F. Aburdene, Jennifer Acker, Charles S. Ackerman, B. B. Andersen, Russell Anmuth, Cyrus A. Ansary, Lawrence E. Bathgate, II, Theresa Behrendt, John Beinecke, Joseph C. Bell, Steven Alan Bennett, Stuart Bernstein, Rudy Boschwitz, A. Oakley Brooks, Donald A. Brown, Melva Bucksbaum, Richard Burnham, Nicola L. Caiola, Albert V. Casey, Mark Chandler, Peter B. Clark, Melvin Cohen, William T. Coleman, Jr., David M. Crawford, Jr., Michael D. DiGiacomo, Sam Donaldson, Beth Dozoretz, Elizabeth Dubin, F. Samuel Eberts, III, I Steven Edelson, Mark Epstein, Melvyn J. Estrin, Susan R. Farber, Julie Finley, Joseph H. Flom, John H. Foster, Charles Fox, Barbara Hackman Franklin, Norman Freidkin, John H. French II, Morton Funger, Gregory M. Gallo, Chris G. Gardiner, Alma Gildenhorn, David F. Girard-diCarlo, Michael Goldberg, Roy Goodman, Gretchen Gorog, William E. Grayson, Ronald Greenberg, Raymond A. Guenter, Cheryl F. Halpern, Edward L. Hardin, Jr., John L. Howard, Darrell E. Issa, Jerry Jasinowski, Brenda LaGrange Johnson, Shelly Kamins, Jim Kaufman, Edward W. Kelley Jr., Anastasia D. Kelly, Christopher J. Kennan, Willem Kooyker, Steven Kotler, Markos Kounalakis, William H. Kremer, James Langdon, Raymond Leary, Dennis LeVett, Francine Levinson, Harold O. Levy, Frederic V. Malek, David S. Mandel, Jeffrey A. Marcus, John Mason, Jay Mazur, Robert McCarthy, Linda McCausland, Stephen G. McConahey, Donald F. McLellan, Charles McVean, J. Kenneth Menges, Jr., Kathryn Mosbacher, Jeremiah L. Murphy, Martha Twitchell Muse, John E. Osborn, Paul Hae Park, Gerald L. Parsky, Jeanne L. Phillips, Michael J. Polenske, Donald Robert Quartel, Jr., Bruce Ratner, Larry D. Richman, Carlyn Ring, Edwin Robbins, Juan Sabater, Roger Sant, Alan M. Schwartz, Timothy R. Scully, J. Michael Shepherd, George P. Shultz, Raja W. Sidawi, Kenneth Siegel, Ron Silver, John Sitalides, William A. Slaughter, James H. Small, Shawn Smealie, Gordon V. Smith, Thomas F. Stephenson, Norma Kline Tiefel, Mark C. Treanor, Anthony Viscogliosi, Christine M. Warnke, Ruth Westheimer, Pete Wilson, Deborah L. Wince-Smith, Herbert S. Winokur, Jr., Paul Martin Wolff, Joseph Zappala, Richard S. Ziman, Nancy M. Zirkin

### ABOUT THE CENTER

The Center is the living memorial of the United States of America to the nation's twenty-eighth president, Woodrow Wilson. Congress established the Woodrow Wilson Center in 1968 as an international institute for advanced study, "symbolizing and strengthening the fruitful relationship between the world of learning and the world of public affairs." The Center opened in 1970 under its own board of trustees.

In all its activities the Woodrow Wilson Center is a nonprofit, nonpartisan organization, supported financially by annual appropriations from Congress, and by the contributions of foundations, corporations, and individuals. Conclusions or opinions expressed in Center publications and programs are those of the authors and speakers and do not necessarily reflect the views of the Center staff, fellows, trustees, advisory groups, or any individuals or organizations that provide financial support to the Center.

## ÍNDICE

<b>Introducción</b>	1
<i>Joseph S. Tulchin, Lilian Bobea, Mayra P. Espina Prieto y Rafael Hernández</i>	
<b>Sección 1: Contextualizando los cambios: emergencia de la sociedad civil cubana</b>	
Capítulo 1: Reflexiones teóricas y comparativas sobre el estudio de la sociedad civil en Cuba <i>Ariel C. Armony</i>	21
Capítulo 2: Actores larvados, escenarios inciertos y guiones crípticos: ¿Hacia dónde va la sociedad civil cubana? <i>Haroldo Dilla Alfonso</i>	37
Capítulo 3: La sociedad civil en Cuba: exilio interno <i>Javier Corrales</i>	55
Capítulo 4: Ciudadanía y derechos en Cuba, su evolución y actualidad <i>Velia Cecilia Bobes</i>	65
Capítulo 5: Cuba en el "Periodo Especial": de la igualdad a la equidad <i>Juan Valdés Paz</i>	87
Capítulo 6: Cambios estructurales desde los noventa y nuevos temas de estudio de la sociedad cubana <i>Mayra P. Espina Prieto</i>	109

## **Sección 2: Sociedad, cultura y producción de pensamiento en la Cuba actual**

Capítulo 7: Cambios en la sociedad civil cubana y su reflejo en el pensamiento cubano desde los noventa al momento actual 137  
*Jorge Luis Acanda González*

Capítulo 8: Espejo de paciencia: Notas sobre estudios cubanos, ciencias sociales y pensamiento en Cuba contemporánea 151  
*Rafael Hernández*

Capítulo 9: La juventud cubana: Aspiraciones, percepciones sociales e identidad 169  
*María Isabel Domínguez*

## **Sección 3: Transnacionalidad y comunidad; nuevas modalidades de supervivencia económica y social**

Capítulo 10: Ingresos monetarios de la población, cambios en la distribución y efectos sobre el nivel de vida 187  
*Viviana Tógores González*

Capítulo 11: Lo conveniente y lo posible: Movimientos comunitarios y gestión ambiental local en el espacio cubano 217  
*Armando Fernández Soriano*

Capítulo 12: La transformación de la diáspora y la transformación de Cuba 245  
*Susan Eckstein*

Capítulo 13: La maquinaria política cubano-americana: Reflexiones sobre sus orígenes y perpetuación 269  
*Alejandro Portes*

## **Sección 4: Religión, cultura y sociedad**

Capítulo 14: Sociedad civil y religión en Cuba: pasado, presente y futuro 293  
*Margaret E. Crahan*

Capítulo 15: Las relaciones entre la Iglesia Católica y el Estado cubano a la altura del 2003 307  
*Aurelio Alonso*

Capítulo 16: Apuntes sobre el papel de las organizaciones religiosas en el trabajo comunitario y la provisión de los servicios después de 1990 323  
*Rev. Raimundo García Franco*

Capítulo 17: Para amanecer mañana hay que dormir esta noche 335  
*Lázara Menéndez Vázquez*

**Sobre los autores** 357

## INTRODUCCIÓN

JOSEPH S. TULCHIN, LILIAN BOBEA,  
MAYRA P. ESPINA PRIETO Y RAFAEL HERNÁNDEZ

**E**ste volumen encierra un doble propósito. El primero busca representar y analizar críticamente los cambios que han tenido lugar en la esfera de la sociedad, la economía, la conciencia social, la política y la cultura, de la Cuba emergente de la crisis de los años '90. El segundo consiste en reunir visiones contrastantes, marcadas por enfoques a veces polares, y basadas en discursos teóricos y experiencias empíricas distantes entre sí, desde dentro y fuera de la isla. El camino hacia estos fines pasa, en primer lugar, por dar cuenta de la fenomenología de la crisis desatada en los '90, acelerada por la caída de la Unión Soviética, y que precipitara procesos de cambios en Cuba que aún continúan desplegándose y que son pobremente entendidos fuera de sus fronteras; y en segundo lugar, por facilitar un diálogo crítico entre interpretaciones discordantes, que abarcan un abanico de aproximaciones muy diversas, y que resultan irreductibles a una serie única de conclusiones y proyecciones de futuro—lo que también caracteriza el estado del conocimiento social en la isla y de los estudios cubanos afuera.

Dentro de esta diversidad emergen, no obstante, una constelación de problemas que articulan un nuevo y cambiante rostro de la sociedad cubana. ¿Quiénes constituyen los nuevos actores sociales? ¿Cómo se han transformado los viejos actores y cómo interactúan éstos con los emergentes? ¿Qué nuevos métodos implementan estos sujetos de cambio y qué factores internos y externos han potenciado las transformaciones en la sociedad civil cubana? ¿De qué manera han influido estos procesos en la reconfiguración de las distinciones raciales, clasistas y de género dentro de Cuba? ¿Qué implicaciones dichos procesos han tenido en la redefinición de las relaciones entre los ciudadanos y el Estado cubanos? ¿En qué medida estos cambios internos inciden en la reformulación de las relaciones entre cubanos y norteamericanos?

En la mayoría de las experiencias recogidas en este volumen se hace evidente el cambio de las relaciones entre la sociedad civil y el Estado.

Entre los factores que se destacan se encuentra el impacto de las reformas económicas que intentan enfrentar la crisis, los cambios en las agendas públicas, la reconfiguración de los contactos cubanos con el resto del mundo—e incluso el giro en la forma en que diversos sectores, entidades e instituciones que tenían contacto con Cuba perciben al pueblo y al sistema cubano. Pero sobre todo, esta nueva situación comporta la emergencia de nuevos actores sociales, así como la transformación de los roles tradicionalmente desplegados por otros ya existentes, y por las instituciones previamente establecidas. El cambio en las relaciones Estado-sociedad civil también se refleja en las estrategias de supervivencia desplegadas especialmente por las agencias locales y por la provisión de servicios que no se contienen en la esfera estatal.

Esta nueva dinámica hace que el caso cubano revista rasgos singulares, resultantes no solo de su peculiar historia nacional, sino de la interacción entre factores exógenos y endógenos. Entre los primeros se destaca el papel de los Estados Unidos con su política de embargo comercial y financiero, y con el prolongado hostigamiento del gobierno cubano en términos diplomáticos y de seguridad, en los que ha desempeñado un papel activo el grupo de presión cubano-americano. Este factor externo ha tenido un impacto en el contexto doméstico de esa nación caribeña, ha desempeñado un papel preponderante durante más de cuatro décadas en la conformación de su política de defensa, y ha afectado su acceso económico y comercial al mercado internacional.

En el plano interno, la crisis impuso una mayor descentralización en un sistema tradicionalmente muy centralizado y vertical, dando lugar a que, bajo el efecto de las condicionantes externas descritas, durante el denominando *período especial*, tanto los gobiernos locales como municipales hayan estado compelidos a descansar más en sus propios insumos y soluciones, en vez de depender de los recursos centralizados y los procedimientos tradicionales. En esa vena, proyectos como el de La Habana Vieja han devenido paradigmáticos en el manejo exitosamente descentralizado de la cosa pública. Las instituciones sociales y culturales han tenido que inventar mecanismos de autofinanciamiento y tomar medidas para proveerse de un amplio rango de necesidades materiales, otra proporcionadas por los aparatos e instancias estatales.

Las reformas económicas desplegadas para confrontar las reiteradas crisis han contribuido a multiplicar y hacer más compleja la sociedad civil

cubana, creando nuevos actores sociales y nuevas relaciones e interacciones, tales como los cooperativistas de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC), los trabajadores por cuenta propia, los empleados del capital extranjero, las organizaciones no gubernamentales cubanas y extranjeras—entre estas últimas algunas como OXFAM, Ayuda Popular Noruega, IDRC y CIPA de Canadá, el Instituto Español de Cooperación Iberoamericana, e incluso fundaciones estadounidenses como MacArthur, Christopher Reynolds, ARCA y Ford. Se ha tejido una nueva relación entre las instituciones extranjeras patrocinadoras de proyectos de desarrollo social y las organizaciones sociales cubanas, organismos gubernamentales e instituciones académicas y culturales.

La multiplicidad de dinámicas que presenta esta transformada sociedad civil cubana constituye un desafío abierto a la investigación empírica, pero también en términos conceptuales y metodológicos, que requiere la comparación del caso cubano con otros en América Latina, Europa del Este, y el Tercer Mundo. Estos cambios en la sociedad cubana, definen una nueva relación con el Estado, que se manifiesta en la nueva presencia de aquella en el espacio que tradicionalmente había ocupado éste, especialmente en la función suplementaria de servicios (que se mantiene de modo exclusivo en otras esferas del control social y la seguridad), creando con ello nuevas modalidades de ciudadanización que ahora no están únicamente bajo la determinación estatal. Aunque algunos de estos ejercicios de construcción de ciudadanías divergen de la línea oficial, la gran mayoría de las dinámicas societales desplegadas durante la década de los '90 se desarrollaron en concordancia con los objetivos históricos de la revolución cubana. Por otra parte, algunos de estos desarrollos han presentado ciertas similitudes con rasgos de los procesos transicionales ocurridos varios años atrás en América Latina, Asia y la entonces Unión Soviética.

A lo largo de la última década, las organizaciones sociales cubanas han venido explorando nuevos métodos de acción y estableciendo nuevas asociaciones y enlaces tanto dentro como fuera de la isla. Un ejemplo de ello lo constituye el cambio radical sufrido por las organizaciones religiosas en cuanto a la diversificación de vertientes, expansión de sus bases sociales y feligresías e incluso la ampliación del espectro de intervención, pasando en algunos casos a suplir servicios a las comunidades que sirven (Ver capítulo de Raimundo García). Aunque estas interacciones y



acciones ocurren dentro del régimen político vigente, y no en oposición a él, han devenido una fuente de transformación, creando nuevas tensiones dentro de la sociedad cubana y entre ésta y su Estado.

Gran parte de la literatura actual que aborda la cuestión cubana tiende a enfocarse en los factores propiciadores de una eventual transición política en Cuba y consecuentemente, en cuál debería ser la política de tal o cual estado, estadounidense, europeo o latinoamericano hacia ese país. El tema relevante para los observadores externos es si acaso y en qué medida estas nuevas relaciones reflejan cambios reales en la sociedad civil cubana y consecuentemente, qué efectos—si alguno—estos cambios provocan en el régimen político.

Los editores del presente volumen consideramos que estas dinámicas presentes en la sociedad civil cubana merecen un estudio a profundidad, en el marco de un análisis comparativo que permita dimensionar el concepto mismo de sociedad civil en Cuba.

Uno de los problemas a considerar es el que apunta Ariel Armony en este volumen, en el sentido de que el análisis del sistema político cubano plantea una encrucijada respecto a si conviene enfatizar en “el carácter representativo de la democracia y la protección de las minorías o más bien en su naturaleza participativa y mayoritaria”<sup>1</sup>. Algunos observadores de los asuntos cubanos en Estados Unidos cuestionan la existencia misma de la sociedad civil en el marco de una estructura estatal que describen como totalitaria. Sin embargo, estos acercamientos no necesariamente toman en cuenta la riqueza de la literatura que versa sobre las complejas y constantes interacciones entre los actores societales y estatales, en países como la antigua Unión Soviética, y las sociedades de Europa del Este, así como los actuales países socialistas, en especial China y Viet Nam. La pregunta formulada por Armony, en cuanto a “si existe o no sociedad civil en Cuba”, supone tomar en cuenta esta complejidad conceptual y pragmática, referida por un lado a las dinámicas autonomizantes, las que terminan recreando una esfera pública distinta a la anteriormente establecida por el Estado cubano, y en no pocos casos, llevando a este último a flexibilizar y “reciclar” un discurso homogeneizante (capítulo de Bobes). Por otro lado, plantea la necesidad de cualificar tanto el accionar como la capacidad de incidencia de estos agentes, interacciones y dinámicas como catalizadoras de cambios (ver capítulos Haroldo Dilla y Javier Corrales en este volumen).

La cuestión del fortalecimiento de la condición ciudadana en Cuba, en el sentido de ampliar el ejercicio de derechos sociales, políticos y civiles, conlleva la identificación de un proceso de cambios de alta complejidad. En esta dirección, el período de los ‘90 constituye un parteaguas, a partir de cambios inducidos desde el Estado, y luego interpelados por las dinámicas generadas desde la sociedad civil, la economía, la cultura y la cotidianidad. A este fenómeno se refiere Bobes cuando llama la atención sobre la pluralización de la sociedad civil, así como a la ampliación de la nación, al incorporar a sujetos otrora excluidos, produciéndose un “reciclamiento del nacionalismo”, como consecuencia del aprovechamiento de una estructura de oportunidades favorables—y que Dilla identifica como “tolerancia por omisión”.

Las nuevas cuestiones, ámbitos y actores emergentes en la sociedad cubana, así como el debate que circunda estos cambios, incorporan vectores tales como el desarrollo social y cultural, la descentralización política y comunitaria, los viejos y nuevos actores sociales, la participación popular en la toma de decisiones, la creación de nuevos canales de comunicación para expresar visiones y puntos de vistas divergentes, las nuevas formas de articular necesidades o demandas y la distribución de recursos, las nuevas agendas alrededor de las cuestiones de raza, género y generaciones, las dimensiones organizativas en el ámbito religioso y de los movimientos sociales con un alcance social e internacional más trascendente, contribuyendo todo ello a replantear las relaciones intra y transnacionales. La presencia de nuevas organizaciones no gubernamentales (ONG) cubanas y extranjeras y los nuevos roles que éstas despliegan en gran medida coadyuvan también a la reformulación de las políticas sociales, y al manejo diferente de estos asuntos en una sociedad que, por diferentes causas, resulta hoy menos igualitaria y homogénea.

Estos procesos transformadores y los desafíos que ellos suponen se proyectan en el ámbito de las emergentes agencias y actores socioeconómicos, y en la representación diacrónica de los cambios, que tuvieron lugar especialmente en el período posterior a los ‘90. La realidad cubana actual proyecta una dinámica sin precedentes en todos los ámbitos, una especie de segunda revolución social, cultural y política, que se manifiesta tanto como un producto derivado de los procesos de desestratificación socio clasista promovidos por el Estado cubano bajo el



impulso del modelo socialista, como en su proceso de redimensionamiento a partir de la multiplicidad de interacciones intrasociales y socio-estatales (Ver capítulo de Rafael Hernández en esta obra; así como Espina, 2003; Perera y Pérez Cruz 2003), llegando incluso a conformarse nuevas identidades territoriales a partir de las experiencias locales (Ver capítulo de Armando Fernández).

En consonancia con estos cambios, se registra la proliferación de movimientos intelectuales, instituciones académicas, medios y espacios de reflexión, intercambios con el exterior y creación de opinión a través de revistas especializadas, lo que ha contribuido a elevar el perfil del debate crítico dentro de las ciencias sociales, así como a ampliar las prerrogativas ciudadanas en la esfera de la libertad de expresión.

Otro aspecto de la transformación paulatina que tiene lugar en la sociedad cubana es el proceso de creciente internacionalización. Los vectores que indican este cambio son mencionados por diversos analistas (Jorge I. Domínguez, Omar Everleny P. Villanueva y Lorena Barbería, 2004), entre ellos el papel cada vez más preponderante de las remesas en la economía formal e informal, la importancia fundamental del turismo en sustitución de las fuentes tradicionales de generación de divisas, la incidencia de la inversión extranjera en casi todos los sectores de la economía y la exportación de bienes y productos culturales (música y artículos de arte)<sup>2</sup>. Estos desarrollos impactan en las microdinámicas económicas y sociales cotidianas. Estos fenómenos suelen escapar al foco de una buena parte de los estudios que, tanto en los Estados Unidos como en otros lugares, abordan la cuestión cubana, ya que a menudo no encajan dentro de determinadas categorías de análisis normalmente aplicadas al estudio de Cuba y sus relaciones internacionales.

Una dimensión relevante de los cambios que tienen lugar en la isla la ofrece el contexto de descentralización generalizada de los servicios gubernamentales que tienen lugar en América Latina y el Caribe. Esta tendencia de devolución ha creado nuevos espacios de involucramiento de la sociedad civil y en gran medida ha alterado la tradicional relación existente entre los ciudadanos y el Estado. Hasta hace poco tiempo, sectores de la sociedad civil a lo largo de América Latina y el Caribe operaban en una esfera separada, cuando no de manera adversaria, a los gobiernos. Con la descentralización, sin embargo, una gran parte de estos grupos se encuentran en la posición de tener que colaborar con el Estado.

En estos países, como sucediera en los de Europa del Este y la antigua Unión Soviética, las ONG están asumiendo roles de intermediación entre los ciudadanos y el Estado, sin precedente bajo los sistemas autoritarios precedentes. Su éxito como instancias mediadoras—e incluso como interlocutoras—resulta especialmente importante en situaciones donde no existen instituciones formales o donde las existentes están imposibilitadas de ejercer ese rol. En América Latina y otras partes, estas presiones han estado estrechamente enlazadas a los procesos de transición desde regímenes autoritarios hacia formas más democráticas de gobierno.<sup>3</sup>

En esta línea de análisis, el caso de Cuba arroja luz con respecto a los procesos de descentralización que tienen lugar en el resto de la región. Es cierto que, en términos de las relaciones gubernamentales-sociales, Cuba resulta diferente a los demás países del continente, dado que tradicionalmente la sociedad civil estuvo fuertemente entrelazada a los mecanismos estatales, de manera que tanto los sindicatos, como los comités vecinales y las organizaciones femeninas han manifestado intereses compartidos con las instituciones estatales. Sin embargo, la actual experiencia cubana replica la de otros países latinoamericanos, en la medida en que la isla también ha experimentado la creación de nuevos espacios y oportunidades para la interacción social, tanto para los actores sociales como para los estatales.

En este reposicionamiento y creación de nuevos espacios de participación es plausible preguntarse si las nuevas acciones desplegadas en este campo, así como los emergentes actores sociales—incluso los surgidos en el seno mismo del sistema y en alianza con el Estado—pueden generar determinadas tensiones con este. Especialmente en lo atinente a la competencia por recursos, cabría preguntarse qué tan diferente resulta ser la experiencia cubana respecto a la de otros países que han transitado por un proceso de cambio, como por ejemplo Argentina.

De hecho, en toda la región estos nuevos actores emergentes han creado redes transnacionales, que se comunican a lo largo de grandes distancias, y que vinculan a comunidades rurales ubicadas en sitios remotos y en zonas intrincadas, difícilmente accesibles, en América Latina y el Caribe, con barrios de grandes urbes en los Estados Unidos, Canadá y Europa. Estos canales articulan no sólo estrategias de supervivencia familiar, sino productos culturales, credos religiosos y conductas sociales.

Las divisas que llegan mediante las remesas ocupan un espacio crecientemente preponderante en las economías regionales, tanto en México, como en El Salvador o en la República Dominicana<sup>4</sup>. Estos flujos han desplazado en muchos casos a la inversión extranjera, a otros flujos de capital, o a la exportación de bienes y servicios<sup>5</sup>. La creciente importancia de las remesas enviadas por los cubanos residentes en el exterior, especialmente en los Estados Unidos, no ha hecho sino homologar el caso cubano a una corriente central para el conjunto de la región.

Estos cuestionamientos enfatizan la importancia del estudio académico y la investigación sistemática de la realidad cubana, como lo evidencian los acuciosos artículos que conforman este volumen. A la par con las implicaciones que dichos cambios han impuesto en las relaciones de Cuba con los Estados Unidos y con el resto de América Latina, el mayor reto descansa en entender de manera más cabal los cambios que tienen lugar en la sociedad cubana.

El presente libro pretende ser una modesta contribución al entendimiento de éstas y otras problemáticas. Es el resultado de un seminario realizado en la República Dominicana en octubre del 2003 bajo los auspicios del programa Latinoamericano del Woodrow Wilson International Center y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, con la generosa contribución de la Fundación Ford, en la persona de la entrañable colega y consistente colaboradora Cristina Eguizábal. Especial agradecimiento merece el apoyo tesonero y dedicado de Elizabeth Bryan, del Latin American Program, en la consecución exitosa de los objetivos del seminario y de este texto.

El objetivo primario que busca cubrir esta contribución es transmitir a académicos y hacedores de políticas, ONG y medios de comunicación cubanos, latinoamericanos y norteamericanos, un mayor entendimiento de los cambios en la sociedad civil cubana y sus implicaciones en las áreas de la investigación, la producción académica y literaria y las políticas públicas. Aspira también a contribuir de alguna manera al debate político en los Estados Unidos y en el terreno del diálogo entre este país y Cuba.

### **SOBRE EL CONTENIDO DE LOS ENSAYOS**

El presente volumen explora cuatro áreas temáticas y escenarios relevantes de cambio por los que ha transitado la sociedad cubana en la última década. La primera sección aborda la trayectoria y las tendencias seguidas por la

sociedad civil en Cuba en las últimas dos décadas, su surgimiento, transformaciones y caracterización en el contexto de los cambios concurrentes en los ámbitos económicos, culturales, sociales y estatales.

En este contexto, Ariel Armony analiza la dialéctica de poder entre el Estado y la sociedad civil. El autor propone un acercamiento no ortodoxo al concepto mismo de sociedad civil, que trascienda el espacio sustantivo de las organizaciones no gubernamentales y cualifique el espacio social donde se conjugan las interacciones entre actores (incluyendo los estatales) y colectividades, generando o inhibiendo dinámicas de automización e interacción. Para ello propone un modelo analítico que aborda varios ejes, entre los que cabe mencionar: las tensiones entre el Estado y la sociedad civil, los procesos institucionalizados de apertura y clausura, de diferenciación, ajuste y adaptación, así como las tendencias hacia la cohesión y la fragmentación social. En la perspectiva de Armony, acercarse al estudio por un lado, de las capacidades del Estado de ejercer su dominio a través de los recursos administrativos, coercitivos y simbólicos, y por otro, de la sociedad civil en función de su base socioeconómica, organizativa y vinculante, posibilita un mejor entendimiento de la diversidad social política, económica y cultural que el que ofrece la tendencia a homogenizar o a particularizar (excepcionalizar) la complejidad cubana.

El capítulo de Haroldo Dilla, “¿Hacia donde va la sociedad cubana?”, provee un acercamiento igualmente crítico de los límites que enfrenta la sociedad civil cubana, en términos de lo que ha sido su modelo endógeno de desarrollo institucional, de ascendente burocratizante, a través del cual conceptualizó, bajo las directrices del sistema socialista, un proyecto societal sin fisuras, homogeneizante y basado en lealtades políticas e ideológicas. La lectura taxonómica de los actores, escenarios y procesos que ofrece Dilla explora los mecanismos de control y cooptación de los procesos de apertura y de autonomía. En términos prospectivos, Dilla proyecta de manera cauta un tránsito incierto, condicionado más bien por los niveles de madurez y compromiso de los actores relevantes hasta el momento, enfrentados con las tensiones y limitantes que podrían generar sus propias iniciativas de cambio.

Para Javier Corrales, la emergencia de la sociedad cubana epitomiza un proceso de resistencia—relativamente pasiva—que se expresa como un “exilio interno”, si bien importante por sí mismo, “no necesariamente suficiente para democratizar el país”. Corrales analiza desde diferentes

perspectivas las dinámicas asociativas en Cuba y las interpretaciones que ellas han generado en lo relativo a su capacidad transformadora. Como catalizador de cambios, la alternativa asociativa confronta limitaciones, al no contar con aliados institucionales o interlocutores que potencialicen su capacidad negociadora y por ende, la que puede disponer para incidir en las políticas estatales. Sin embargo, Corrales reconoce que ellas representan un esfuerzo de construcción de ciudadanía alternativo a la modalidad de ciudadanía instrumentalizada o enajenada.

Cecilia Bobes aporta un recuento de la evolución del concepto de ciudadanía en Cuba desde el período colonial hasta el presente. Su análisis de los patrones cambiantes de inclusión/exclusión con respecto a la ciudadanía cubana resultan centrales en su enfoque sobre esa sociedad en la actualidad. Bobes aborda las reformas institucionales y económicas que tuvieron lugar durante el período previo y posterior a la revolución de 1959, destacando su impacto en la conformación de la nación bajo “nuevos códigos procedimentales y simbólicos”, así como en el redimensionamiento de la ciudadanía sobre la base de las nuevas tendencias inclusivas y/o excluyentes. En este nuevo contexto, la democracia como práctica discursiva adquiere un nuevo significante, a través de la participación de los ciudadanos—como lo señala la autora—“en la distribución del ingreso y en las tareas revolucionarias orientadas por el Estado”, lo cual se traduce en una unicidad incluyente, contrapuesta a la competencia electoral, a la representación diversificada y a los valores de individualidad, apatía y pasividad. El proceso de homogenización de valores tales como la promoción de la austeridad, la solidaridad, la responsabilidad, la honradez y el instinto de superación entre otros, tuvo dos efectos: por un lado, dicotomizó la sociedad cubana entre lo externo y lo interno, lo pro-cubano y lo anticubano y por otro lado, igualó al ciudadano cubano, al enfrentar antagonismos seminales como la exclusión racial y de género. La crisis socioeconómica de los ‘90 marca un nuevo hito en el replanteamiento de la ecuación inclusión/exclusión y en la adscripción de la narrativa social al discurso político; al propio tiempo, plantea un reto para la sociedad y el Estado cubanos, que Bobes propugna, referido a la asunción de la diversidad social, política y de la pluri-identidad, más allá del contenido ético-político que la ha determinado históricamente.

Juan Valdés Paz presenta una visión sintética y panorámica de las transformaciones de naturaleza sociopolítica en la sociedad cubana, impactada

por las crisis y las reformas económicas e institucionales de los ‘90. Ambos procesos fundamentan su hipótesis de cambio desde “un modelo de transición socialista igualitario a otro basado en relaciones equitativas”. A juicio de Valdés Paz, pese a la persistencia de los problemas de desigualdad y la diversificación de los grupos sociales—aspecto que también aborda Mayra Espina en este volumen—, los valores de patriotismo, solidaridad y justicia social persisten en consonancia con el fortalecimiento de una política dirigida al desarrollo de una democracia socialista. Su enfoque sitúa los factores disruptivos en la esfera esencialmente económica, y también, aunque en menor medida, en la social, más allá del control burocrático del estado. Otros factores exógenos también se integran a su marco de análisis, en particular el impacto de la recesión mundial, la terminación de los subsidios soviéticos y el embargo estadounidense.

La segunda sección del presente libro, “Sociedad, cultura y producción de pensamiento en la Cuba actual”, aborda temas poco conocidos y que son tratados desde una óptica interna. El tema de la producción de ideas como reflejo y, a la vez, promotor de cambios sociales y culturales, encuentra a su vez un territorio paralelo en la exploración de actitudes y expectativas de la juventud cubana actual.

En este acápite, Mayra Espina Prieto entrelaza en términos pragmáticos y epistemológicos el impacto de los procesos de desestratificación y re-estratificación de la sociedad cubana, sobre la base de una periodización que cubre el período anterior y posterior a la crisis de los ‘90, y que replantean la agenda de estudios tanto en el campo de las ciencias sociales como en el de las políticas públicas. Partiendo inicialmente de una revisión a los enfoques homogeneizantes y problematizadores aportados por las ciencias sociales en Cuba, Espina explora los cambios estructurales de los ‘90 resultantes de las crisis económicas y las consecuentes reformas, puntualizando los problemas que estas tendencias crearon. En el centro de este análisis se encuentra el cuestionamiento de la comprensión tradicional de la transición socialista y la revalorización de los procesos de recomposición social. Su capítulo sugiere cómo la tendencia a esencializar e *igualizar* la complejidad y la conflictividad social en Cuba ha simplificado los problemas de la sociedad, y propone recuperar una interpretación más compleja y problematizada de la realidad económica y social. De particular valor para el debate interno sobre ciudadanización resulta ser el concepto de recomposición social combinado con la noción de expansión de la

esfera de inclusión. Su interpretación de este fenómeno puede servir como un sólido contra-argumento a la tendencia política que prefiere usar estos problemas como una excusa para rescindir las reformas. También aborda de manera interesante los límites que presenta el nuevo escenario de convergencia de actores y repertorios de acción.

Jorge Luis Acanda enfrenta la cuestión de en qué medida los cambios en la sociedad civil han conllevado la democratización de la sociedad cubana. En su capítulo, el autor presenta una revisión teórica del concepto de sociedad civil en el contexto cubano, las diferentes interpretaciones que se retoman en el pensamiento social y político nacional, y los problemas asociados al concepto de cara al uso y a las conexiones que sectores políticos estadounidenses establecen respecto a las transformaciones políticas en Cuba. Para Acanda, la evolución del concepto y del sujeto social derivó en una relación de opuestos: el control estatal implicaba verticalidad, mientras la organización social promovía enlaces horizontales. Su capítulo discute en qué medida los desarrollos que han tenido lugar desde los '90 han logrado reducir la verticalidad y fortalecer los enlaces horizontales.

En su ensayo “Espejo de paciencia: notas sobre estudios cubanos, ciencias sociales y pensamiento en la Cuba contemporánea”, Rafael Hernández introduce una crítica sistemática tanto de las ciencias sociales cubanas como de los estudios cubanos desarrollados sobre todo en los Estados Unidos acerca de los cambios socio-culturales y políticos por los que ha transitado la sociedad cubana en las últimas dos décadas. Hernández discute los paradigmas teóricos que han intentado explicar la realidad social cubana a partir de los esquemas de la soviología y la transiología, propugnando una comprensión más compleja de los procesos sociales, culturales, políticos y económicos en la Isla. Su capítulo intenta una caracterización crítica de la agenda del pensamiento social cubano actual, en términos temáticos y metodológicos. Destaca los avances ocurridos en las ciencias sociales cubanas en las últimas dos décadas, y apunta sus insuficiencias y omisiones, entre ellos el divorcio entre las ciencias sociales y los estudios culturales. Señala la importancia del arte y la literatura en la apertura al debate público sobre los problemas sociales y políticos emergentes en el periodo de la crisis, y al mismo tiempo destaca el papel de las investigaciones sociales y de las publicaciones que las difunden como catalizadores de cambios, y “vehículos fundamentales para la autotransformación de la sociedad”.

Maria Isabel Domínguez aborda la cuestión del impacto de los cambios sociodemográficos y de la crisis económica de los '90 en el sector de la juventud cubana. Su enfoque apunta a los efectos en el terreno de la justicia y de la integración social de ese segmento de la población poco estudiado y menos conocido más allá de las fronteras de Cuba. El incremento de la desocupación y la subocupación entre los jóvenes ha dado lugar—según señala la autora—a un conjunto de programas sociales en el ámbito laboral y educativo. La autora apunta cómo el impacto de los procesos de diversificación de las estrategias de inserción económica y social y la creciente heterogeneidad de la sociedad cubana ha sido mayor en la arena subjetiva de las percepciones sociales, las expectativas y los valores que abraza la juventud actual. Un más marcado individualismo refleja el énfasis en satisfactores individuales más que en los colectivos y los orientados a promover la solidaridad. En este contexto, la alternativa a emigrar, de acuerdo con Domínguez ha pasado a formar parte del repertorio de estrategias de supervivencia. Al mismo tiempo, sus investigaciones registran un cierto nivel de despolitización del fenómeno, reforzado por un fortalecimiento del sentimiento de identidad nacional entre los jóvenes, y caracterizado por la motivación de viajar, no necesariamente de irse definitivamente del país, así como otros aspectos que la autora explora con mayor profundidad en su capítulo.

La tercera sección, “Transnacionalidad y comunidad: nuevas modalidades de supervivencia económica y social”, articula dinámicas internas y transfronterizas como dos de los ejes de mayor dinamicidad y contrastante transfiguración con respecto a tendencias pasadas.

En este acápite, Viviana Togores ofrece una sinopsis de los cambios macroeconómicos que tuvieron lugar en los años '80, durante la crisis económica más aguda, y posteriormente, durante el denominado período especial, los cuales, como sucediera en la mayoría de los países latinoamericanos donde se aplicaron políticas de ajustes, generaron consecuencias negativas en el nivel de bienestar de sectores importantes de sus poblaciones. En el caso de Cuba tuvo el efecto de desencadenar un proceso de diferenciación importante a partir de la triangulación entre salarios, ingresos y consumo, generando dinámicas microeconómicas que afectaron considerablemente el nivel de desarrollo social alcanzado en las décadas precedentes. La tensión generada en la búsqueda de un balance entre la recuperación de la economía y sus efectos sociales se

refleja en la disminución del nivel de vida de la población, el empobrecimiento de sectores de la fuerza laboral y el desencadenamiento de procesos de reestratificación social, (ver también Mayra Espina en este volumen) asociados a crecientes niveles de inequidad, diferenciación racial y de género. La entrada en escena del actor privado como proveedor de servicios y del mercado como regulador de dinámicas otrora bajo el control exclusivo del estado, imponen un reto al modelo de desarrollo social, especialmente en el ámbito de las políticas públicas a lo largo de los '90 hasta el momento actual.

Por su parte, Armando Fernández presenta un cuadro de los límites de la participación ciudadana en el diseño e implementación de políticas públicas locales, especialmente las referidas a la gestión ambiental urbana y a los procesos de descentralización. Fernández da cuenta de una serie de experiencias municipales, algunas exitosas y otras discontinuas, mediante las cuales han sido puestas a prueba las capacidades de gestión local y las interacciones entre las agencias comunitarias y las administrativas. En su narración emerge la cultura del reciclaje, con un alto contenido simbólico y a la vez pragmático, un recurso de sobrevivencia para diversos grupos sociales, a través del cual proyectan su capacidad de inventiva y creatividad como respuestas a las crisis y a las escaseces cotidianas.

Si las dinámicas locales registradas en las últimas dos décadas han impulsado el replanteamiento de las identidades colectivas, de sus propias subjetividades y de su interacción con las diferentes agencias públicas y privadas, otro tanto ha ocurrido con las ciudadanías translocalizadas. En ese sentido, el trabajo de Susan Eckstein resitúa la tradicional contraposición de lo nacional y lo transnacional, más allá de la dicotómica división entre “lo interno” y “lo externo”, que ha definido y estigmatizado por largo rato el proceso de desarraigo de los emigrados cubanos. Eckstein aporta un análisis sobre el impacto que la diáspora cubana en los EE.UU. ha ejercido en la transformación de Cuba y de la ciudad de Miami, principal receptáculo de los flujos migratorios cubanos. Basado en fuentes primarias y secundarias, este ensayo establece las diferencias de clase entre lo que la autora denomina “la cohorte privilegiada”, conformada por profesionales y personas pertenecientes a un alto estrato social que emigraron antes de la revolución cubana, y por otro, la “cohorte proletarizada”, quienes representan “la antítesis” de los emigrados anteriores, y cuyo tipo de inserción está representada por la generación más reciente

de inmigrantes. La autora analiza los cambios en el mercado laboral de la sociedad receptora, así como el acceso diferenciado a la ayuda gubernamental y co-étnica, lo cual le permitió a la primera ola de inmigrantes catapultarse en el campo de la política y de los negocios como ciudadanos y contribuyentes, al punto de llegar a ejercer gran incidencia en la política externa de los EE.UU. En síntesis, el artículo de Eckstein arroja una nueva luz sobre cómo se reconstituye la diáspora cubana, fenómeno crucial para el futuro político, socioeconómico y cultural de los cubanos dentro y fuera de la isla.

Alejandro Portes ofrece un análisis introspectivo de un componente político-social intrincadamente articulado a la comunidad cubana residente en Miami, la denominada “maquinaria política cubano-americana”. Portes sintetiza la complejidad del discurso y la práctica de los cubanos en el exilio, lo que él llama las “paradojas de asimilación, intransigencia y legitimidad”, que dan cuenta de la compleja red de articulaciones del sujeto político migrante hacia los Estados Unidos después de 1959, así como la perpetuación de su discurso en amplios sectores de generaciones posteriores de migrantes y descendientes. El autor da cuenta del proceso de movilidad social de los cubanos de segunda generación provenientes de la primera cohorte, y llama la atención sobre el hecho de que “estos cubanos habían en efecto, canjeado la supresión de su derecho a la libre expresión en un régimen comunista, por la supresión de este derecho en un régimen capitalista”. La reciprocidad de los aparentes extremos resulta el elemento vinculante más fuerte entre las perspectivas de cambio en la comunidad cubana transfronteriza y la realidad nacional en Cuba, en el sentido de que “es imposible que en Cuba se pueda producir una transformación política que no afecte a Miami en la misma medida”.

La cuarta y última sección del presente libro, “Religión, Cultura y Sociedad”, recapitula varios de los asuntos abordados en las secciones anteriores, especialmente en lo relativo a la reconstitución de una ciudadanía multifacética y a la reiteración—en un plano aún más existencial—de dinámicas de inclusión-exclusión. La coexistencia de formas litúrgicas con expresiones de la religiosidad popular en cierta medida replica en el plano de la espiritualidad la transmutación que experimenta la sociedad cubana en su proceso de autodescubrimiento y de búsqueda de nuevas formas de inserción económica, social e incluso política-participativa.

En esta línea, Margaret Crahan contribuye a la comprensión del papel que históricamente ha jugado la religión en la conceptualización de la política y la sociedad en Cuba, aun a pesar de sus manifiestas debilidades institucionales. La autora sugiere la coexistencia de intereses entre la religión y el marxismo, historizando el papel preponderante de la iglesia católica, las iglesias y las creencias religiosas como catalizadores e incluso promotores de expresiones de resistencia y movimientos de confrontación contra el poder opresor de los conquistadores, del imperio y de gobiernos autoritarios y corruptos del pasado. En su análisis de las condiciones presentes y futuras bajo las cuales la comunidad religiosa en general busca influir la esfera política y social cubana actual, se apuntalan las falencias institucionales, especialmente la escasez de recursos humanos y materiales conjuntamente con las restricciones provenientes del ámbito gubernamental, como una de las limitaciones a un proyecto movilizador dentro de la sociedad civil. Aunque la autora reconoce el papel potencial del agente religioso en el campo de la justicia social, los valores éticos y los derechos, introduce al mismo tiempo una serie de interrogantes acerca de esa capacidad mediadora de la iglesia entre la sociedad y el Estado, así como de procesos de reconciliación entre los actores internos y externos de Cuba.

En su capítulo “Relación entre la iglesia católica y el Estado cubano”, Aurelio Alonso expone el desarrollo institucional de la iglesia católica en Cuba y las tensas relaciones entre ésta y el Estado cubano por mantener un territorio de preeminencia. La crítica explícita apunta a que la verticalidad y rigidez estructural tradicionalmente adjudicada al Estado cubano, en gran medida es reproducida por la institución religiosa, como si se tratasen de agendas paralelas de homogeneización y hegemonización ideológica. El autor también apunta a otro nivel de tensiones entre la jerarquía clerical y las otras denominaciones presentes en el contexto cubano, como es el caso de las iglesias protestantes o aquellas históricamente representantes de las religiones de origen africano.

En una tesitura diferente, Raimundo García nos habla del involucramiento de las iglesias protestantes en la provisión de servicios sociales en Cuba. Este fenómeno ha ocurrido a través de dos vertientes, la asistencialista y la desarrollista, siendo esta última impulsora de la participación comunitaria. García nos aporta un listado detallado de organizaciones ecuménicas y laicas que trabajan conjuntamente con los diversos tipos de

iglesias en actividades de desarrollo comunitario a lo largo de la isla, en algunos casos de manera independiente y en otros como complemento de los planes gubernamentales.

El trabajo de Lázara Menéndez, el último en este volumen, aborda el tema de la religiosidad popular en Cuba, de cara a sus expresiones sincréticas, que incluyen el ámbito de la política. Menéndez rescata el imaginario religioso popular como propuesta contestataria, en la cual, la desacralización de los poderes constituye una cierta forma de subversión del orden establecido, una fractura en la visión monocromática que se pretende dar de la realidad sociocultural y política cubana. Uno de los argumentos centrales del texto se refiere a la fenomenología del proceso de deterioro de la vida material y de la propia cotidianidad del ciudadano cubano. La autora recoge las diferentes expresiones de contestación/metamorfosis, como si fuesen gráficamente estampas religiosas, las que parecen sugerir una propuesta interpretativa acerca del potencial catalizador de cambios que poseen las expresiones culturales y simbólicas, como análogamente señalara en su ensayo obra Rafael Hernández.

En general, el peso de las religiones afrocubanas en la cultura cubana es tanto más importante por su carácter incluyente y solidario a nivel comunitario. Como tales, estas expresiones de la vida cotidiana en cierta medida contrabalancean las nuevas asimetrías surgidas a partir de las crisis económicas y del acceso diferenciado a las divisas provenientes del exterior.

Como fue señalado al inicio, este volumen constituye un singular aporte al conocimiento de la sociedad cubana contemporánea, sus tendencias y contradicciones. En los ensayos aquí incluidos, y en la discusión que tuvo lugar durante el taller donde surgió este libro, se revela todo lo que falta aún por explorarse desde la perspectiva de la investigación empírica y de la construcción de nuevos modelos de interpretación sociológica y cultural, que saquen a la luz las dinámicas reales de esa sociedad, sus complejidades y articulaciones transnacionales. Se necesita estudiar los cambios en su dimensión cotidiana y local, en sus impactos regionales, y en su mecánica de negociación entre actores sociales, así como entre estos y las instituciones del Estado a diferentes niveles. Esta mirada de diálogos y transacciones, de intercambios, cooperaciones y conflictos, discursos y códigos cambiantes, seguramente recogen la esencia misma de la transición cubana, una que ya está en curso y cuyos actores estatales y societales, así como las interacciones y escenarios que los circundan, se encuentran en acción.



## NOTAS

1. Ariel Armony, *Reflexiones teóricas y comparativas sobre el estudio de la sociedad civil en Cuba*, en este volumen.
2. Jorge I. Domínguez et al., *The Cuban Economy at the Start of the Twenty-First Century*, Cambridge: Harvard University Press, 2004.
3. El trabajo clásico sobre transiciones es Guillermo O'Donnell, et al., *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. 4 Buenos Aires: Paidós, 1988. Para una visión más reciente, Guillermo O'Donnell et al. *The Quality of Democracy. Theory and Applications* South Bend: University of Notre Dame Press, 2004. Sobre descentralización, ver Philip Oxhorn, Joseph S. Tulchin y Andrew D. Selee, compiladores, *Decentralization, Democratic Governance, and Civil Society in Comparative Perspective*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2004; y Joseph S. Tulchin y Andrew Selee, compiladores, *Decentralization and Democratic Governance in Latin America*. Washington, DC: Woodrow Wilson Center Reports on the Americas #12 (2004).
4. En su reciente informe *Panorama Social 2003–2004*, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) establece el peso de las remesas en las economías nacionales, revelando que 20,6% de los hogares dominicanos reciben remesas, 19% en el caso de Nicaragua, 17,2% para El Salvador, 13% para Uruguay, 11,4% para Guatemala, 11,1% en el caso de Honduras, 5,9% para Ecuador, 5,7% para México, 5,1% para Paraguay, 3,4% para Bolivia y 3,2% para Perú.
5. Para países como la República Dominicana, el volumen de las remesas (que oscila los 2.700 millones anuales) representa el 15% del PIB, de acuerdo con el Banco Interamericano de Desarrollo y el Earth Institute de la Columbia University.

## SECCIÓN 1

# CONTEXTUALIZANDO LOS CAMBIOS: EMERGENCIA DE LA SOCIEDAD CIVIL CUBANA



## Reflexiones teóricas y comparativas sobre el estudio de la sociedad civil en Cuba

ARIEL C. ARMONY

**E**l análisis de la sociedad civil en Cuba presenta una serie de desafíos complejos. Mi objetivo en este capítulo es ir más allá de los debates tradicionales sobre el tema. Esto significa presentar un marco analítico que pueda servir para estudiar este fenómeno y, al hacerlo, establecer algunos puntos de comparación entre el caso cubano y otros en distintas regiones del mundo. Específicamente, este trabajo examinará la dialéctica de poder entre el Estado y la sociedad civil, desagregando las distintas dimensiones del Estado y las diferentes estructuras de la sociedad civil. Esta interacción abre una mirada distinta para el estudio de la participación social en Cuba. Pero antes de pasar a estos temas es necesario aclarar, brevemente, dónde se posiciona este ensayo en el marco de los debates más usuales sobre la sociedad civil en Cuba. En primer lugar, me referiré a la cuestión del régimen político; luego al problema de la autonomía de la sociedad civil y su relación con el Estado; y en tercer lugar al tema de la comparación de Cuba con otras naciones.

Primero, mi perspectiva es considerar al régimen político cubano como un régimen no democrático. Esta afirmación puede ser vista como trivial para los analistas políticos en los Estados Unidos y otros países, pero no resulta así para el grueso de su contraparte en Cuba. Desde el punto de vista de los procedimientos políticos, Cuba no cumple con el requisito mínimo de contar con una sociedad política en donde exista una competencia libre y pluralista por el manejo del aparato del Estado. Este elemento es central en la definición de un régimen democrático y su ausencia determina, a mi entender, el modo en que debemos caracterizar al régimen cubano. Por otro lado, es importante tener en cuenta que, desde el punto de vista de la participación y la representación, el sistema cubano

presenta una serie de características que se vinculan a ciertos ideales democráticos. Por ejemplo, la concepción de que la realización del bien común tiene prioridad por sobre la agregación de mayorías y la noción de que existen fuentes de legitimación del Estado que no están necesariamente presentes en el sistema electoral de las democracias occidentales. En síntesis, el análisis del régimen político en Cuba nos coloca en la encrucijada de privilegiar ya sea el carácter representativo de la democracia y la protección de minorías o su naturaleza participativa y mayoritaria.

En segundo lugar, es necesario referirse directamente a la pregunta tradicional: ¿existe sociedad civil en Cuba? Desde un punto de vista legal, no existen organizaciones no gubernamentales “independientes” en Cuba. La ley establece que las organizaciones de ciudadanos deben estar bajo el auspicio de ciertas instituciones del gobierno y deben mantener una relación constante con agencias de supervisión estatales (Quiroz 2003). Si adoptamos una definición de sociedad civil como un espacio autónomo (especialmente con respecto al Estado) de asociación ciudadana—y nos concentramos en el mundo de las asociaciones formales—entonces la respuesta es que no existe sociedad civil en Cuba *in stricto sensu*. Pero como varios autores han señalado, (Armony 2004), definir a la sociedad civil sólo en términos de organizaciones formales es restringir la vasta amplitud de este concepto. Es decir, ¿qué ocurre cuando observamos a la sociedad civil más allá de las organizaciones formales? Por ejemplo, ¿qué pasa si tomamos en cuenta a la esfera pública—es decir, el espacio social en el que se manifiestan debates colectivos entre distintos “públicos”? Obviamente, este enfoque presenta desafíos mucho más complejos para el análisis de la sociedad civil que los enfoques puramente legalistas y/o aquellos centrados exclusivamente en las asociaciones formales. Si queremos entender a la sociedad civil en Cuba no podemos hacerlo desde un enfoque restrictivo. El cuestionamiento permanente del cubano, los debates públicos sobre modelos de socialismo y reforma económica, los movimientos de jóvenes alrededor de consignas no políticas (el movimiento Rasta, por ejemplo) y las redes sociales alrededor de la religiosidad (tales como las religiones afrocubanas) representan espacios que podemos caracterizar, sin duda, como “sociedad civil”. Estos espacios definen una esfera pública en la que existen numerosos nichos de autonomía con respecto al Estado.

Un aspecto de la relación entre Estado y sociedad civil que suele ocupar un lugar clave en el análisis de la capacidad de la sociedad civil de influ-

enciar al Estado es el de la “rendición de cuentas” (*accountability*). Algunos analistas sostienen que, si la sociedad civil no tiene posibilidad de ejercer su influencia sobre el ámbito estatal, entonces no se puede hablar de un espacio de autonomía y, por lo tanto, de sociedad civil propiamente dicha. Esto presenta un dilema interesante: ¿de qué sirve la heterogeneidad de la sociedad civil en ausencia de mecanismos de rendición de cuentas por parte del Estado? Vista desde la experiencia de las democracias occidentales, Cuba no ofrece los mecanismos para que la sociedad civil demande *accountability*, lo que muchos ven como una de las funciones centrales de la sociedad civil. Esta visión no es compartida por muchos académicos cubanos, quienes sostienen que dichos mecanismos sí existen. Las explicaciones van desde aquellos que afirman que el Partido Comunista es parte de la sociedad civil a los que sostienen que las formas de democracia de bases (*grassroots*) en Cuba permiten un tipo de rendición de cuentas mucho más efectivo que el que existe en los modelos de democracia liberal.

En tercer lugar, es importante mencionar el debate acerca de la utilidad de comparar a Cuba con otros países. Algunos científicos sociales de la isla analizan su país desde el “excepcionalismo” y rechazan cualquier intento de comparación con otras naciones. Este tipo de perspectiva no suele estar basada en preceptos analíticos sino en consideraciones puramente ideológicas. Para aquellos que están dispuestos a dejar de lado esta “camisa de fuerza” el problema es mucho más complicado: comparar, sí, ¿pero con quiénes? Una posibilidad es recurrir a la tipología de regímenes políticos, o sea, comparar a Cuba con otros sistemas no democráticos, ya sea en Asia, África o el Medio Oriente. Aunque estas comparaciones pueden presentar muchas limitaciones, el trabajo comparativo puede rendir frutos mucho más valiosos que los estudios que tratan a Cuba como un caso único, es decir, “incomparable”. Cualquiera sea la posición que se adopte, éste es un tema sobre el cual es difícil llegar a un consenso.

Esta rápida mirada a los temas del régimen político, la autonomía de la sociedad civil con respecto al Estado y el análisis comparativo revelan, a mi juicio, una verdad evidente: no tiene demasiado sentido concentrarse en estos debates, ya que la posición que uno tome depende exclusivamente del marco teórico o ideológico al que uno se suscriba. Es decir, tal como tantos trabajos sobre la sociedad civil en Cuba ilustran, no es posible establecer un diálogo fructífero cuando el debate se limita a discutir lo democrático o no democrático del sistema en Cuba, la

definición de sociedad civil como asociaciones voluntarias o en un sentido más amplio, o bien el excepcionalismo o la posibilidad de comparar el caso cubano con otros. ¿De qué sirve estudiar a la sociedad civil en Cuba concentrándose en una tipología de asociaciones sobre la cual se debata *ad infinitum* el tema de la autonomía? ¿Cuál es el sentido de restringir el análisis de la sociedad civil cubana a un modelo Gramsciano ortodoxo que no permita considerar la multitud de vínculos entre el Estado y la sociedad, y la complejidad de la construcción de hegemonía? En síntesis, mi interés en presentar estos debates “de frente” radica en la convicción de que nos proponen un camino poco interesante de análisis. Por el contrario, se ha prestado poca atención a desarrollar otros modelos analíticos que nos permitan examinar el caso cubano sin caer en polémicas irresolubles. Tratemos de ver, entonces, si es posible construir tal modelo analítico, con un mayor potencial tanto conceptual como empírico—y que a la vez nos permita definir un espacio de encuentro intelectual entre estudiosos cubanos y no cubanos.

#### ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL

El lente analítico que discutiré trata de incorporar cinco temas claves: el multi-centrismo, contradicciones y tensiones presentes en la relación Estado-sociedad civil; la dinámica según la cual se abren y cierran espacios sociales (aperturas y clausuras) a partir de políticas del Estado; el proceso de diferenciación e interpenetración en la relación Estado-sociedad civil (incluidas las distintas formas de acoplarse); las tendencias hacia la cohesión y la fragmentación en la sociedad civil; y los cambios hacia adentro del Estado y en las formas de poder dentro de la sociedad civil.

A mi entender, para estudiar la relación recíproca entre el poder del Estado y el de la sociedad civil es necesario considerar, por un lado, las diferentes dimensiones del aparato estatal, es decir, sus recursos administrativos, coercitivos y simbólicos. Estas dimensiones del aparato del Estado definen la “estaticidad vertical” (*vertical stateness*) (Schamis 2002). O sea, el poder del Estado no es uniforme y debe ser analizado en función de sus capacidades en cada una de las dimensiones mencionadas. Por otro lado, debemos tener en cuenta la estructura de la sociedad civil. Esto implica distinguir entre su base socioeconómica, su capacidad de organización y movilización, y su horizontalidad (es decir, la naturaleza de los vínculos dentro de la sociedad civil).

En lugar de concentrarse en la visión de sociedad civil *frente* al Estado—una perspectiva dominante en el estudio de transiciones en países comunistas—propongo examinar la interacción recíproca e interpenetración entre sociedad civil y Estado. La capacidad de la sociedad civil para generar acciones concertadas en pos de una apertura o reforma del sistema actual (aún dentro del socialismo, vale la pena aclarar) está vinculada a los siguientes aspectos del Estado. Primero, la unidad interna del aparato del Estado, específicamente en cuanto a su capacidad administrativa, es decir, su capacidad de generar e implementar políticas públicas. Segundo, el grado de coerción que el Estado es capaz de emplear y está dispuesto a imponer a fin de disciplinar a la ciudadanía y de controlar a la oposición. Tercero, los recursos simbólicos que el Estado puede desplegar. Esto se refiere principalmente a la capacidad del Estado de promover y sostener un proyecto nacional<sup>2</sup>.

Vale la pena extenderse un poco en el último punto. En general, el proyecto del Estado se desdobra en dos dimensiones: un proyecto “defensivo” y un proyecto “ofensivo” (Stepan 1985). En el caso de Cuba, el proyecto “defensivo” consiste en defenderse de la amenaza constante de los Estados Unidos. Este proyecto implica una situación de confrontación permanente que justifica, por ejemplo, la represión de grupos vistos como contrarrevolucionarios. A su vez, el proyecto “ofensivo” está definido por la transformación económica: la introducción de mecanismos de mercado y el proceso de desestatización sin abandonar el proyecto socialista. Tal como es ampliamente conocido, los cambios profundos implementados como resultado de la desintegración de la Unión Soviética y del bloque comunista del este europeo han producido un cambio radical en la capacidad del Estado cubano de ejercer control sobre la distribución de recursos y la producción de discurso ideológico. Esta dramática reducción en las capacidades estatales ha abierto la posibilidad de que otros actores ocupen una variedad de espacios antes dominados por el Estado (Dilla 1999). En este contexto, el uso de recursos simbólicos para sostener el proyecto nacional tiene una importancia clave porque afecta directamente no sólo el apoyo que el aparato del Estado recibe de sus aliados en la sociedad civil, sino también su capacidad de sostener hegemonía en el sentido Gramsciano<sup>3</sup>.

Es necesario señalar que las coordenadas del proyecto defensivo del Estado cubano han cambiado significativamente en los últimos años. Por ejemplo, países como Canadá, Suecia y Noruega han reemplazado su postura de “vinculación constructiva” con Cuba por un énfasis en la democra-

**Cuadro 1. Dialéctica de poder Estado-sociedad civil**

		APARATO DEL ESTADO		
		Administrativo	Coercitivo	Simbólico
SOCIEDAD CIVIL	Base estructural	0		
	Organización		-	
	Horizontalidad			+

0 = Suma cero - = Suma negativa + = Suma positiva

cia y los derechos humanos—una posición que refleja cambios en el paradigma internacional. En el caso del embargo norteamericano, por ejemplo, los grupos en Estados Unidos con un mayor protagonismo en la demanda por el cese del embargo incluyen a corporaciones y a grupos empresariales cuyos intereses son exclusivamente comerciales. Esto ha llevado a que el cese del embargo sea promovido por congresistas republicanos, quienes reproducen la voz de los intereses locales a los que representan (Brenner, Haney, y Vanderbush 2002). Además, aunque se mantenga con muy bajo perfil, la colaboración entre los Estados Unidos y Cuba en una variedad de arenas (desde lo comercial al control sobre el narcotráfico) revela que la “confrontación permanente” entre estos países responde más a una retórica de utilidad para ambos gobiernos que a una realidad concreta.

**Interacciones**

La dialéctica de poder Estado-sociedad civil está definida por la interacción del aparato del Estado (en sus componentes administrativo, coercitivo y simbólico) con la base estructural de la sociedad civil (la base socioe-

conómica que sirve de sostén a la sociedad civil), su naturaleza organizativa (la capacidad de organización y movilización, la cual depende de los recursos materiales y simbólicos que posea la sociedad civil, así también como de sus vínculos transnacionales) y la densidad de su tejido horizontal (el grado de cohesión o fragmentación ideológica, política y de clase existente dentro de la sociedad civil).

El cuadro 1 muestra las distintas arenas del aparato estatal y las dimensiones de la sociedad civil en mi modelo. El cuadro resalta las interacciones principales entre Estado y sociedad civil, es decir, la dialéctica de poder entre el aparato administrativo del Estado y la base estructural de la sociedad civil, entre el aparato coercitivo del Estado y la capacidad organizativa de la sociedad civil, y entre el aparato simbólico estatal y el tejido horizontal de la sociedad civil. Si bien estas interacciones pueden producir una gran variedad de resultados, estableceré un esquema de resultados potenciales con el sólo propósito de ilustrar el análisis conceptual. Enfocaré la discusión en los tres tipos de interacciones resaltadas en el cuadro, planteando tres resultados posibles: suma cero, suma negativa y suma positiva<sup>4</sup>.

**Poder administrativo y base socioeconómica.** En el caso cubano, una posibilidad es que la interacción entre el poder administrativo del Estado y la base estructural de la sociedad civil resulte en una relación de suma cero. En esta relación, el poder del Estado se incrementa y el de la sociedad civil disminuye. La concentración administrativa (por ejemplo, la centralización de poder en el ejecutivo) y, principalmente, las políticas en el ámbito económico (la capacidad del Estado de definir los términos de las relaciones económicas en la sociedad, de extraer recursos y de definir y regular los derechos de propiedad) tienen un impacto clave sobre la composición estructural del campo social. Los cambios socioeconómicos que resultan de las políticas del Estado afectan la capacidad de los distintos sectores de la sociedad civil para acceder a recursos, lo que obviamente determina el potencial de acción de los ciudadanos.

Por ejemplo, las reformas económicas en Cuba contribuyen, en general, a fragmentar a los sectores populares y fortalecen a los grupos vinculados a los sectores más dinámicos de la economía cubana, dejándolos mejor posicionados para avanzar sus intereses (particularmente en relación a aquellos posicionados en áreas vinculadas al modelo socialista tradicional). Por ejemplo, la dinámica de suma cero podría resultar del proce-

so por el cual la acción del Estado en materia económica perjudica a los sectores populares tradicionalmente fieles a la revolución, los que pierden la capacidad de convertirse en la base de un movimiento de transformación dentro de los principios de igualdad planteados por el sistema socialista. Este tipo de dinámica limita las posibilidades de generar una esfera pública amplia y diversa. Es más, uno de los riesgos importantes de la política económica es que la esfera pública acentúe un carácter excluyente, limitando la posibilidad de grupos con menores recursos de circular sus discursos y defender sus derechos.

Uno de los posibles resultados de esta dinámica de suma cero sería un afianzamiento del régimen en base al sustento de nuevos bloques sociales con fuerte poder económico (por ejemplo, el nuevo sector tecnocrático-empresarial). ¿En qué medida estos sectores están dispuestos a resignar la posibilidad de gobernar a cambio de la oportunidad de acumular dinero? En otras palabras, es necesario examinar si los nuevos grupos con poder económico están dispuestos a resignar su derecho a acceder al control del aparato estatal a cambio de protección por parte de un Estado fuerte que garantice la continuación de un proceso de acumulación de capital que los favorece. Las concesiones del Estado al mercado pueden ayudar a la sociedad civil—al abrir nuevas fuentes de acceso a recursos que impulsen la capacidad de organización ciudadana—pero esta dinámica corre el riesgo de debilitar a la misma sociedad civil (o al menos a algunos de sus sectores) porque la maximización de ganancias no es el principio articulador del mundo asociativo (Dilla y Oxhorn).

**Poder coercitivo y organización.** La interacción entre la dimensión coercitiva del Estado y la capacidad de organización y movilización de la sociedad civil puede expresarse como una suma negativa. La represión estatal debilita la capacidad de movilización y protesta de la sociedad civil, pero también termina debilitando al Estado, ya que cuando la dominación depende por sobre todo del disciplinamiento de los ciudadanos a través del aparato de coerción, el poder del Estado para sostener un proyecto nacional se debilita tarde o temprano.

Es importante considerar que el Estado pre-reforma en Cuba era muy efectivo en su capacidad de regular casi todos los espacios de la vida social. En cambio, las transformaciones que tuvieron lugar en los '90 resultaron en un Estado incapaz de regular y controlar efectivamente a la sociedad. Al verse debilitada la legitimidad del Estado (por la crisis económica) y su

capacidad de control, la coerción ha aparecido como un recurso de un Estado progresivamente más débil (al menos en el sentido de producción de consenso). Dado que la sociedad civil (en cuanto a sus expresiones sociales, políticas y culturales) también funciona como fuente de consenso, el debilitamiento del consenso en la sociedad civil lleva a un incremento en la coerción que el Estado emplea para disciplinar a la sociedad. Esta coerción tiende a sofocar a la actividad cívica, resultando en una dinámica de suma negativa de la que es difícil escapar. Bajo estas condiciones, una de las preguntas centrales que debemos hacernos en el caso cubano es cómo es posible recrear la hegemonía socialista sin hacerlo a través de un endurecimiento del control social. En este sentido, la posibilidad de trabajar en el mantenimiento y desarrollo de los derechos de ciudadanía (tanto derechos sociales como políticos y civiles) es un camino digno de explorar<sup>5</sup>.

**Poder simbólico y horizontalidad.** ¿Qué ocurre cuando consideramos la interacción entre los recursos simbólicos del Estado y los vínculos horizontales dentro de la sociedad civil? Esta interacción puede resultar en una suma positiva. Si bien, como expliqué, la capacidad del Estado cubano de crear legitimidad a través del consenso está muy debilitada, todavía el aparato simbólico del Estado le otorga un grado importante de poder. Por un lado, el proyecto defensivo del Estado frente a la agresión de los Estados Unidos continúa siendo una fuente importante de consenso. Por otro lado, los enormes avances de la Revolución en el campo de los derechos sociales (comparados con el resto de América Latina aún después de la dramática crisis post 1991) sustentan el aparato simbólico del socialismo en la sociedad cubana<sup>6</sup>.

En este contexto, el poder del Estado se acrecienta a partir de sus recursos simbólicos, tanto efectivos como potenciales. El poder simbólico del proyecto defensivo fortalece al Estado pero a la vez justifica el uso de la coerción para disciplinar a la oposición, lo que tiende a debilitar el proyecto hegemónico de largo plazo del Estado. Al mismo tiempo, el temor a la amenaza norteamericana resulta en un apoyo tácito de la población al proyecto defensivo, lo que da cierta cohesión a la sociedad civil. La dinámica de suma positiva radica en que la sociedad civil podría utilizar los recursos simbólicos del Estado en su propio provecho, transformándolos para producir un consenso de reforma sin rechazar los principios básicos del proyecto nacional cubano. La cohesión horizontal de la sociedad civil puede solidificarse en tanto ésta funcione como un espacio

de legitimidad política para un proyecto democratizador que, por ejemplo, proponga recrear la hegemonía socialista en Cuba. Es decir, la conexión entre los recursos simbólicos del Estado y el fortalecimiento de redes sociales dispuestas a permanecer dentro del modelo socialista (aunque cuestionándolo y trabajando en su democratización) puede ser un camino viable de fortalecimiento de la esfera pública en Cuba. Por el momento, sin embargo, la evidencia parece indicar que los vínculos horizontales de la sociedad civil son mayormente frágiles e inestables (mientras que el proyecto ofensivo-económico del Estado contribuye a la atomización de la sociedad civil al profundizar las diferencias de clase).

### REPENSAR A LA SOCIEDAD CIVIL CUBANA

En función del análisis presentado hasta aquí es posible plantear algunas ideas centrales que orienten el estudio de la sociedad civil en Cuba. Es necesario ver a la sociedad civil a la luz de dos aspectos claves. Primero, es fundamental abandonar la visión del modelo cubano como un simple proceso de homogeneización social y adoptar un enfoque centrado en la diversidad, la diferencia y el multi-centrismo. Esto implica entender la lógica del socialismo como creador de diferencias para así acercarse al estudio de la sociedad civil como un espacio de conflictividad. Por ejemplo, el aumento de la pobreza urbana y el surgimiento de nuevas clases sociales (el caso de una burguesía urbana) ponen de evidencia la necesidad de entender cómo se construyen repertorios sociales y discursos antagonísticos dentro de la sociedad civil. Estos generan una complejidad que va mucho más allá de un modelo de sociedad civil “socialista” (tal como plantean algunos académicos y políticos cubanos) o como espacio exclusivo de construcción de oposición política<sup>7</sup>.

Segundo, tiene poco sentido quedarse en el debate de si los nuevos espacios sociales ocupados por grupos de ciudadanos han sido otorgados por el régimen o conquistados por los actores sociales. Este tipo de debate es poco fructífero porque no puede resolverse empíricamente. Entonces, es necesario tomar una perspectiva distinta. Si estudiamos la relación Estado-sociedad civil como una interacción en la cual la interpenetración y la separación se dan simultáneamente, entonces es posible comprender el carácter disyuntivo de esta relación. El lente de la ciudadanía es útil en este análisis, especialmente cuando consideramos la dimensión simbólica de la ciudadanía, es decir, la ciudadanía como ideal de pertenencia. En este

sentido, es interesante observar la dinámica de la relación entre el aparato simbólico del Estado y la cohesión-fragmentación de la sociedad civil. En juego está la definición de inclusión y exclusión. A partir de la identificación “patria = socialismo”, el discurso ideológico del Estado excluye como miembros de la comunidad política a quienes no apoyan el proyecto socialista hegemónico<sup>8</sup>. Por otra parte, la sociedad civil puede reproducir este discurso de exclusión o puede generar inclusión (pertenencia a través de la racialidad, la religiosidad, la identidad sexual, etc.). En cuanto a lo último, la sociedad civil puede generar espacios nuevos de transversalidad que se apropien del universo simbólico del Estado (“patria = socialismo”) y lo redefinan en formas innovadoras (por ejemplo, la resignificación del Che a través de la Regla Ocha-Ifá o de un discurso anti-homofóbico). La posibilidad de rastrear este proceso abre un escenario fascinante de análisis que ha sido poco explorado. Un ejemplo es cómo la santería reformula el tema de la individualidad sin rechazar la representación de mayorías y el modelo de democracia participativa del socialismo cubano<sup>9</sup>.

### COMPARACIONES

¿En qué medida podemos entender mejor el caso cubano cuando observamos la experiencia de otros países? En principio, se puede considerar casos en los que la sociedad se enfrentó a un régimen comunista. Un caso pertinente es el de Polonia. Pensemos, por ejemplo, en el tema de los recursos simbólicos. A mediados de los ‘70, los intelectuales polacos desarrollaron un lenguaje político renovador y revivieron tradiciones culturales y políticas que permitieron una alianza de actores sociales aparentemente irreconciliables (tales como la iglesia católica y la izquierda democrática). En base a un discurso democrático estos actores pudieron construir una identidad común mucho más inclusiva (sin abandonar su propia identidad sectorial), monopolizaron la iniciativa política contra el régimen comunista y ganaron apoyo masivo del público. La redefinición del lenguaje político (que desvinculó el lenguaje marxista del análisis social) permitió reivindicar tradiciones nacionales progresistas e integrar intelectualmente a movimientos de oposición junto a la iglesia. Esto fue central para la aparición de un “público contra-hegemónico”. Este público ayudó a dispersar una conciencia de cambio radical en la sociedad y facilitó la organización y movilización de la sociedad civil (Ekiert 1996, 228-36). Esta experiencia es interesante—no porque Cuba



deba tomar el camino de una sociedad que se enfrente al Estado como antagonista—sino porque plantea el interrogante de si es posible una confluencia de actores sociales dentro y fuera de la isla con un discurso que apele al pueblo cubano a la vez que impulse la democratización del sistema. El papel de la intelectualidad cubana es vital en este sentido, sobre todo en la medida en que logre recrear su discurso, rompiendo con los moldes de la ortodoxia marxista-leninista.

Cuando consideramos el caso cubano en relación a otros regímenes no democráticos (tales como China y las autocracias del Medio Oriente), hay una pregunta empírica que debemos plantear: ¿en qué medida la apertura de la economía puede producir un efecto comparable (es decir, de distensión) en los espacios sociales y políticos, especialmente en cuanto a nuevos espacios que puedan ser ocupados por la sociedad civil? En otras palabras, ¿estamos viendo en Cuba un proceso de liberalización que va de lo económico a lo político y social? ¿O en realidad se trata de una apertura rigurosamente vigilada que permite al liderazgo cubano comprar tiempo? En el caso de China, por ejemplo, se ha planteado que en realidad la lógica inicial de la reforma económica intentaba resolver conflictos intra-burocráticos en el régimen y no propiciar una correspondencia entre apertura económica y progresiva distensión política.

A su vez, debemos preguntar en qué medida la re-creación del Estado (por ejemplo, a partir de cambios en sus aspectos administrativos, coercitivos y simbólicos) genera conflictos dentro del aparato estatal—y en qué medida estos conflictos abren nuevos espacios para la sociedad civil. Tomemos el caso de China, en donde vemos una transición de un sistema totalitario comunista a un sistema autoritario de economía de mercado. El problema central en China es un sistema político arcaico con un partido que domina el discurso político y que intenta controlar demasiados espacios sociales—al tiempo que la expansión educativa y económica ha creado ciudadanos con mayores demandas de autonomía. En este contexto, la sociedad civil presiona constantemente para abrir espacios de organización e influencia. Ahora bien, ¿cómo estudiamos esos espacios de sociedad civil en un régimen como el de China? Pretender estudiar a la sociedad civil de acuerdo con el molde de las democracias occidentales lleva a profundas distorsiones—por ejemplo, restringir el estudio de la sociedad civil a organizaciones “independientes” del Estado. En China, por ejemplo, algunos sindicatos del Partido Comunista han dado señales

de un potencial democrático interesante: éstos podrían transformarse en fuentes de demandas vinculadas más a sus bases que al aparato oficial del Estado (Johnson 2003). En este sentido, ignorar a estas organizaciones porque no caben en el molde tradicional de *sociedad civil autónoma* podría ser un error importante.

¿Qué quiere decir esto en el caso de Cuba? Es necesario ver de qué manera las organizaciones de masas dan a los ciudadanos la oportunidad de crear espacios autónomos de representación. Estas organizaciones no cuadran en el esquema de sociedad civil independiente del Estado, pero son mucho más que correas de transmisión para los intereses del Estado. Tal como señalé al principio, ningún grupo es legalmente independiente del control gubernamental, por lo tanto no podemos limitarnos a buscar organizaciones definidas por su autonomía. Aún más, si miramos a otros casos entendemos que hay organizaciones cuyo objetivo no es necesariamente la reforma del sistema político pero que cumplen un papel importante en la construcción de sociedad civil y del debate de ideas. Tomemos el caso del grupo espiritual Falun Gong en China. Esta organización no debe verse simplemente como un grupo religioso que se enfrenta al Estado, sino como una expresión de la sociedad civil que opera desde las bases y que, en virtud de la respuesta estatal a sus actividades, termina cuestionando con fuerza a los elementos osificados del sistema político (Johnson 2003). Siguiendo esta línea de análisis, es importante considerar la contribución de los grupos religiosos (cultos afrocubanos, grupos católicos y pentecostales) en Cuba a empujar el balance de poder hacia la sociedad (Crahan 2003).

El caso de las autocracias en el mundo árabe es útil para examinar cómo los espacios abiertos por el Estado no llevan necesariamente a una cohesión dentro de la sociedad civil (Brumberg 2003). En Marruecos, Egipto, Jordania, Yemen y, en cierta medida, en Argelia, los gobiernos ha creado espacios de libertad (es decir, sin interferencia del Estado) para las actividades de sindicatos y asociaciones profesionales, cívicas y comerciales. Con astucia, los líderes de estas autocracias han utilizado dichas medidas para jugar una estrategia de “dividir y conquistar” a la sociedad civil. Al tiempo que permiten que ciertos sectores organizados ocupen nuevos espacios, estos gobiernos han establecido alianzas temporales con algunos grupos de ciudadanos de modo de propiciar tensiones hacia adentro de la sociedad civil<sup>10</sup>. Además de este tipo de manipulación por



parte de las élites políticas, muchas de las organizaciones civiles en estos países se ven forzadas a cumplir un papel político para el que no están preparadas. Estas condiciones llevan a una serie de resultados negativos. Por ejemplo, se producen repetidas crisis en las organizaciones mismas y, en muchos casos, grupos de la sociedad civil terminan dedicando gran parte de su esfuerzo a resolver conflictos con grupos similares. Según dan cuenta los expertos en estos países, no es extraño encontrar que asociaciones de derechos humanos, mujeres y medio ambiente, por ejemplo, estén profundamente divididas entre sí por disputas de carácter ideológico, político o étnico.

La experiencia de países como Egipto y Marruecos en los '90—donde los gobiernos permitieron el crecimiento de miles de organizaciones semi-independientes del Estado—demuestra que la pura existencia de organizaciones (aún cuando cuenten con un cierto grado de autonomía) no se traduce automáticamente en una sociedad civil fuerte y democrática<sup>11</sup>. Muchos trabajos sobre sociedad civil en Cuba caen en el error de presentar tipologías de organizaciones sin explicar cómo dichas organizaciones se relacionan entre sí y cómo se articulan con las distintas dimensiones del Estado. Este error ha sido frecuente en muchos de los esfuerzos “democratizadores” llevados a cabo en países post-comunistas por organizaciones internacionales. La idea de que la sociedad civil puede fortalecerse si se promueven ciertos tipos de asociaciones ha resultado en el derroche de esfuerzos y dinero—ya que dichos programas se llevaron a cabo sin entender la dinámica propia de la sociedad civil en su contexto específico (Armony 2004).

## CONCLUSIÓN

El análisis que presenté en este capítulo es sólo una primera aproximación conceptual al estudio de la interacción de la sociedad civil y el Estado en Cuba. La descripción de las posibles dinámicas que resultan de las relaciones principales entre Estado y sociedad civil puede ser útil como “mapa de ruta” en la investigación y evaluación del complejo papel que tiene la sociedad civil en la realidad cubana. Además puede servir eventualmente en los procesos de transformación que seguirán al renovarse el liderazgo político en Cuba.

Tal como planteé al comienzo, es necesario desarrollar nuevas estrategias analíticas que nos permitan estudiar a la sociedad civil cubana

desde una óptica que no limite nuestra capacidad de estar alertas a los cambios y procesos que se dan en la esfera asociativa. Muchas veces estos cambios y procesos no responden a los patrones derivados de casos donde la sociedad civil tiene otro tipo de conformación (por ejemplo, en los que existe un vasto universo de organizaciones que se distinguen claramente del Estado). Al mismo tiempo, una mirada comparativa puede ser importante para evitar la miopía del excepcionalismo que muchas veces aqueja a los estudios sobre Cuba. Es más, el ejercicio de mirar al caso cubano no sólo dentro del contexto latinoamericano sino también fuera de él puede ser útil para iluminar aspectos poco comprendidos de la sociedad civil y su relación con el Estado en este país.

## REFERENCIAS

- Armony, Ariel C. 2004. *The Dubious Link: Civic Engagement and Democratization*. Stanford: Stanford University Press.
- Brenner, Philip, Patrick J. Haney, and Walter Vanderbush. 2002. “The Confluence of Domestic and International Interests: U.S. Policy toward Cuba, 1998–2001.” *International Studies Perspectives* 3, no. 2 (May): 192–208.
- Brumberg, Daniel. 2003. “Liberalization versus Democracy: Understanding Arab Political Reform.” *Working Paper no. 37, Middle East Series*, Democracy and Rule of Law Project, Carnegie Endowment for International Peace (May).
- Crahan, Margaret E. 2003. “Religion, Culture and Society: the Case of Cuba.” Washington, D.C.: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- Dilla, Haroldo. 1999. “The Virtues and Misfortunes of Civil Society.” *NACLA Report on the Americas* 32, no. 5 (March/April): 30–36.
- \_\_\_\_\_, and Philip Oxhorn. 2002. “The Virtues and Misfortunes of Civil Society in Cuba.” *Latin American Perspectives* 29 (July): 11–30.
- Ekiert, Grzegorz. 1996. *The State against Society: Political Crises and Their Aftermath in East Central Europe*. Princeton: Princeton University Press.
- Gramsci, Antonio. 1994. *Letters from Prison*. New York: Columbia University Press.
- Johnson, Ian. 2003. “The Death and Life of China’s Civil Society.” *Perspectives on Politics* 1, no. 3 (September): 551–54.
- Quiroz, Alfonso. 2003. “The Evolution of Laws Regulating Associations and Civil Society in Cuba.” In *Religion, Culture, and Society: The Case of Cuba*, ed. Margaret E. Crahan. Washington, D.C.: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- Schamis, Hector E. 2002. *Re-Forming the State: The Politics of Privatization in Latin America and Europe*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

- Skocpol, Theda, and Morris Fiorina. 1999. "Making Sense of the Civic Engagement Debate." In *Civic Engagement in American Democracy*, ed. Theda Skocpol and Morris Fiorina. Washington, D.C.: Brookings Institution Press.
- Stepan, Alfred. 1985. "State Power and the Strength of Civil Society in the Southern Cone of Latin America." In *Bringing the State Back In*, ed. Peter B. Evans, Dietrich Rueschemeyer, and Theda Skocpol. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.

## NOTAS

1. Esta afirmación corresponde a la definición de la sociedad civil como los grupos y redes sociales (formales e informales) a través de los cuales los ciudadanos participan en actividades políticas y comunitarias. Véase Skocpol y Fiorina (1999, 2).
2. El análisis de estas dimensiones se basa en Alfred Stepan (1985).
3. Es decir, el consenso no coercitivo dado por la población a la orientación general de la sociedad impuesta por el grupo social dominante. Véase Gramsci (1994).
4. Está de más decir que las interacciones pueden generar numerosas combinaciones de resultados. Mi enfoque, como expliqué, es principalmente ilustrativo. El análisis está inspirado en algunas ideas planteadas en Stepan, (1985).
5. Véase el capítulo de Velia Cecilia Bobes en este volumen.
6. Es interesante observar que aún cuando el modelo socialista ha perdido su poder de persuasión a escala mundial, el creciente rechazo a las políticas neoliberales es un modo de validar *a contrario* modelos alternativos al capitalismo de libre mercado.
7. Véase el capítulo de Mayra Paula Espina Prieto en este volumen.
8. Véase el capítulo de Bobes.
9. Véase el capítulo de Lázara Menéndez en este volumen.
10. En el caso de Egipto, por ejemplo, la existencia de numerosas organizaciones no gubernamentales marcadas por la competencia y el conflicto no representaban una amenaza para el régimen de Mubarak. Véase Brumberg (2003).
11. Entendida como heterogénea, programática, capaz de generar recursos independientes y de influir sobre las instituciones. Véase el capítulo de Javier Corrales en este volumen.

## CAPÍTULO 2

### Actores larvados, escenarios inciertos y guiones crípticos: ¿Hacia dónde va la sociedad civil cubana?

HAROLDO DILLA ALFONSO

**S**i definiéramos actores (sociales, políticos, económicos) como grupos que poseen una proyección pública distinguible, con intereses definidos en relación con un sistema al que pretenden preservar, sustituir o solamente modificar, entonces habría que reconocer que nos encontramos con grandes dificultades para hablar de actores en Cuba. En particular, dadas las características de la evolución de la sociedad cubana en las últimas décadas, incluyendo las singularidades de su sistema político, lo que llamaremos aquí como actores emergentes (aquellos que aparecen en la última década como consecuencia de los cambios que experimenta la sociedad) son en todos los casos actores *larvados*, con pobre o ninguna organización y en todos los casos con guiones tan subrepticios que escapan al entendimiento de los profanos.

En cuanto actores larvados, no puede esperarse que en otra circunstancia éstos puedan mantener sus integridades como grupos. La coincidencia entre los grupos siempre es mayor cuando se trata de trazar diagnósticos que cuando se intenta hacer propuestas. Y estas últimas, excepto en lo que se refiere a cuestiones severamente gremiales, no son aún el eje de proyección pública principal de los actores emergentes. En una situación de un sistema político más abierto los actuales actores no tardarán en disgregarse en toda la infinidad posible de posiciones que ofrece el mundo contemporáneo, sea desde el arte, la academia, la política o la acción social. Será imposible estar de acuerdo con todas, sencillamente porque son diferentes y en ocasiones contrapuestas. Pero habría que reconocer la ventaja de que la propia sociedad genere sus actores en un marco pluralista que tendrá que prescindir de aquel "afán irreal de la unanimidad" que los propios dirigentes cubanos condenaron en los inicios de los complejos años '90.

Este artículo se compone de tres partes principales. La primera es una explicación acerca de las contingencias históricas que han modelado a estos actores en los últimos dos lustros. La segunda se propone una aproximación a las características de estos actores emergentes de la sociedad civil. En la tercera y última se propone una discusión acerca de las perspectivas de evolución de la sociedad cubana y la creación de escenarios nuevos que deben influir en la actividad de los actores.

### LOS ESCENARIOS DE LOS ACTORES EMERGENTES

El sistema político que hoy existe en Cuba es el resultado terminal de las sucesivas cristalizaciones institucionales que ha experimentado la alianza social básica que dio lugar al hecho revolucionario.

Desde sus orígenes fue una alianza socio/política notablemente asimétrica entre la clase política emergida de la insurrección y las masas populares. El nuevo régimen político asumió no solamente el monopolio de la asignación de recursos, sino también de la producción ideológica, todo ello en un cerrado cuadro institucional de control sociopolítico.

Esta alianza funcionó con notable eficacia durante varios lustros, consolidando una relación biunívoca muy estable en la que la clase política garantizaba la movilidad social de las mayorías y la independencia nacional a cambio de una lealtad sin fisuras no solamente respecto a las bases programáticas del proceso revolucionario, sino a cada una de sus políticas en curso. Sin embargo, era una alianza llamada a funcionar bajo tres condiciones muy especiales: una masa de población poco cualificada y entrenada, una economía de recursos relativamente abundantes y una clase política unificada.

Desde mediados de los '80 estas condiciones comenzaron a modificarse. Por un lado la movilidad social desatada por la revolución había cristalizado en una población más educada—donde era visible la consolidación de una franja profesional e intelectual—al mismo tiempo en que irrumpían en la vida pública nuevas generaciones de cubanos. Por otra parte, desde principios de los '90 desaparecieron los apoyos externos, con lo cual no sólo se perdieron los cuantiosos subsidios económicos y el apoyo militar soviéticos, sino también los paradigmas teleológicos de un campo socialista irreversible y en expansión que habían nutrido la producción ideológica por décadas. Por último, a lo cual me referiré más adelante, la clase política estuvo expuesta a condiciones externas muy duras en condiciones internas inusualmente desfavorables.

Esta aglomeración de contradicciones explica lo que sucedió entre 1986 y 1996, así como el sentido de la ofensiva burocrática contrarrevolucionaria de marzo de este último año.

En realidad, a pesar de la convocatoria del “proceso de rectificación” (1986–1990) a encontrar entre todos la ambiciosa meta de un “camino correcto”, y a pesar de los aires liberalizadores que refrescaron el ambiente cubano entre 1990 y 1995, nada indica que existiera un plan gubernamental aperturista que diera cabida a la variedad de opiniones incubadas en la sociedad y a los cubanos comunes la oportunidad de decidir de una manera más explícita acerca del destino de la comunidad nacional. Fue una relajación de controles que he denominado “tolerancia por omisión” y que abrió espacios a algunas reformas de los sistemas jurídico/político y económico<sup>1</sup>, y a la emergencia de actores diversos que tuvieron un lustro a su favor para desplegar acciones en un breve pero atractivo marco de oportunidades políticas (Mc Adam, 1998).

Anonadada por la nueva situación, la clase política cubana no tuvo otra opción que retroceder y abrir espacios menos controlados que fueron ocupados por otros actores, en unos casos como parte de las políticas en curso y en otros por simple omisión. En su propio seno surgieron clivajes que se manifestaron en una inusual inestabilidad en la composición de su élite, en insólitos desacuerdos públicos acerca del camino a tomar y en la defenestración de notables figuras de los aparatos partidista y estatal. Pero tuvo el instinto de no retroceder más allá de los límites de su propio proyecto de poder, reservándose la posibilidad, al menos matemática, de reconquistar los fueros perdidos.

El año 1996 marca un punto de no retorno, cuando, estimulada por la magra recuperación económica y por los ajustes internos materializados en el V Congreso partidista de 1997, la clase política inició una ofensiva contra todos los espacios abiertos en los cinco años precedentes. Para los fines que aquí nos ocupan, ello se tradujo en la disolución de grupos de pensamiento influyentes en la sociedad, la suspensión de los registros de nuevas ONG's, la imposición de controles a las existentes, la denuncia pública de los financiamientos externos y la presuntuosa conformación por decreto de una “sociedad civil socialista” cuya condición era la alineación medular con las políticas en curso.

Afortunadamente para la sociedad cubana y para el legado de su briosa revolución, la situación no pudo retroceder a los tristes niveles de los '80.

En el país funcionan instituciones intelectuales vigorosas que han puesto sobre el escenario ideas y valoraciones críticas valientes y agudas. Algunas ONG's han podido sobrevivir, pagando un precio de invisibilidad, pero existen. Las comunidades que se organizaron en los '90 han producido líderes y activistas que constituyen un valioso recurso para el futuro nacional y para la defensa de los intereses populares. Solo que la ofensiva burocrática de 1996 cerró un proceso en que los actores emergentes comenzaban a relacionarse y a influir en la opinión pública.

### LOS DIFUSOS ACTORES EN BUSCA DE SUS IDENTIDADES

Como antes anotaba los actores emergentes en la sociedad civil cubana son en todos los casos sujetos difusos y con una presencia limitada en la generación de opinión pública. Un listado de estos actores es siempre un tema polémico, y de cualquier manera el lector podrá advertir que el que aquí presento dista de ser un balance exhaustivo, lo que requeriría de una investigación más sostenida<sup>2</sup>.

*Las organizaciones sociales y de masas.* Aquí se incluyen numerosas organizaciones cuyo lugar común es su relación con el estado como “correas de transmisión” en el clásico esquema centralizado verticalista. Constituyen la mayor parte de lo que el estado cubano ha denominado “la sociedad civil socialista”. Aunque ninguna de estas organizaciones puede ser considerada emergente, en algunos casos han experimentado transformaciones significativas en el curso de los '90. Y de cualquier manera constituyen actores imprescindibles para explicar tanto el presente como el futuro cubanos.

Estas asociaciones constituyen un umbral impreciso entre la sociedad civil y el Estado, no debido al hecho de que comparten fines políticos similares, sino a la pobre autonomía que han mostrado en sus proyecciones públicas. Pudiera argumentarse a su favor que en ocasiones estas organizaciones son capaces de adoptar posiciones propias frente a problemas específicos que afectan sus esferas de acción, y que regularmente dirimen en aquellos espacios de toma de decisiones donde tienen asientos, sea en el Estado o en el partido, al mismo tiempo que exhiben una cierta dinámica autónoma en sus bases, particularmente allí donde han madurado condiciones de liderazgo y acción colectiva.

En la primera mitad de los '90, esta tendencia a la autonomía se acentuó, lo que fue perceptible en el caso de los sindicatos<sup>3</sup> y de algunas

asociaciones profesionales, de manera muy destacada el caso de la Unión Nacional de Escritores y Artistas. Es presumible que en el futuro las políticas oficiales marcadas por el signo del ajuste y la reforma económica tenderán a afectar a las bases de estas OSM. En qué medida estas organizaciones serán capaces de efectuar una efectiva representación de los intereses sectoriales populares en estas nuevas condiciones, aún cuando ello implique diferencias substanciales con algunas políticas en curso, pudiera ser un test case definitivo que tendrán que afrontar en el futuro.

*Los sectores intelectuales.* Como en el resto del mundo, el sector intelectual (y profesional en un sentido más laxo) es en Cuba una franja heterogénea, donde se incluyen todo tipo de modos de vida, ideologías y actitudes políticas. Sin embargo, el rol de los intelectuales fue crucial en los intentos de generar una comunicación política autónoma y elaborar las propuestas de cambios en la primera mitad de los '90.

En particular es interesante lo sucedido en el sector artístico, donde se han producido las expresiones críticas más sostenidas y de mayor impacto y los primeros intentos organizativos autónomos. En particular cabe mencionar proyectos organizados como Padeia, Artecalle, Hacer, y Castillo de la Fuerza (incisivamente estudiados por Boves, 2000) que intentaron una nueva relación con el público a partir de la desacralización de la propia simbología revolucionaria. Fue, además, el resultado de la irrupción de una nueva generación, que a diferencia de las predecesoras, no estaba dispuesta a asumir sus cuotas de obligación política como una obligación auto-asumida.

La intolerancia mostrada por las autoridades cubanas frente a estos proyectos, ninguno de los cuales fue un proyecto antisistémico, se produjo cuando éstos comenzaron a plantearse formas organizativas autónomas y cuando perfilaron propuestas sensiblemente políticas acerca de las relaciones entre Estado y sociedad. Ninguno sobrevivió a la década en que nacieron, y sus miembros emigraron o se integraron a instituciones oficiales. Fue el primer botón del pecado manifiesto de un régimen político que comenzaba a sufrir sus propios logros.

A partir de entonces el gobierno cubano ha seguido una política peculiar frente a las manifestaciones críticas artísticas, y que en los '90 han tenido una fuerte expresión en el teatro y en el cine. Sin lugar a duda estos sectores gozan de un espacio mayor para el ejercicio de la crítica que otros grupos intelectuales, pero han tenido que respetar los límites establecidos

en cuanto a la organización estricta en la paraestatal Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba y el constreñimiento de sus mensajes a aquella función tradicional del arte que Carpentier definía en una ocasión como la técnica de mostrar sin tener que demostrar. A cambio, los intelectuales y artistas agrupados en la UNEAC han encontrado en ésta una organización gremial sensible a sus demandas, un vector progresista en relación con las políticas culturales y espacios privilegiados de realización profesional y económica. Ha sido un mecanismo efectivo de cooptación a corto plazo, consustancial con la administración que el gobierno cubano hace de los derechos civiles y políticos de sus ciudadanos.

Fuera del ámbito artístico, el mundo profesional e intelectual cubano se organiza en diversas asociaciones, ninguna de las cuales posee los alcances, la autonomía y los privilegios de la UNEAC. En el campo específico de las ciencias sociales—la otra esfera de actividad de la que podría esperarse un diagnóstico crítico—la situación ha sido menos prometedora, en buena medida porque es una actividad bajo la atención licantrópica de los aparatos ideológicos, lo cual está indisolublemente ligado al hecho de que a diferencia de los artistas, los científicos sociales tienen por oficio la obligación de demostrar y la tentación de solucionar.

Si fuera posible distinguir actores en este campo, habría que buscar en la existencia de centros e instituciones de investigaciones y docencia que han jugado un rol importante en la producción de ideas, regularmente gracias a su vinculación con algún sector político. Es el caso, por ejemplo, de la Escuela Superior del Partido, que ha actuado regularmente como una caja académica de resonancia de los sectores más conservadores de los aparatos partidistas y estatales y que tuvo un rol muy distinguido en la fundamentación de la ofensiva burocrática contra la sociedad civil emergente desde 1996. O fue el caso del defenestrado Centro de Estudios sobre América, el mejor exponente de aprovechamiento de las oportunidades políticas de la primera mitad de los '90, y productor neto de propuestas de renovación socialista.

*Las organizaciones no gubernamentales.* Entre 1989 y 1995 se produce en el país una insólita emergencia de organizaciones no estatales, que hacia 1993 totalizaban más de dos mil. La mayor parte de ellas eran asociaciones muy particulares sin ninguna incidencia pública. Otras eran meras fachadas de instituciones gubernamentales para la obtención de fondos internacionales. Pero algunas, y a ello quiero referirme con más detalles,

fueron organizaciones no gubernamentales (ONG's) de acción pública que aprovecharon eficientemente las oportunidades políticas de la "tolerancia por omisión".

Las ONG's cubanas tuvieron su momento de gloria entre 1992 y 1996. Inspiradas (y sustancialmente financiadas) por sus homólogas hemisféricas y europeas, estas organizaciones intentaron la construcción de una sociedad civil a partir de una nueva relación Estado-sociedad pero con una fuerte carga elitista resultado tanto de las limitaciones legales para relacionarse con los movimientos comunitarios emergentes como por la extracción social e inspiración ideológica de sus protagonistas.

Aunque los informes de las propias ONG's consignaban la existencia de unas cincuenta organizaciones de esta naturaleza, en realidad no debieron pasar de dos decenas. En el trienio 1990-1992 estas organizaciones recibieron o canalizaron financiamientos ascendentes a unos siete millones de dólares, mientras en el trienio siguiente alcanzó la cifra de 42 millones. Hacia 1994 se registraban 108 proyectos de desarrollo convenidos con 66 ONG'S extranjeras. Aproximadamente la mitad de estos proyectos era administrada por ONG's cubanas, pero solamente tres de ellas capitalizaban la mayoría de los proyectos y del financiamiento. Estos proyectos se ubicaban en unas 6 áreas priorizadas: energía alternativa, desarrollo comunitario, medio ambiente, educación popular, promoción de la mujer y desarrollo institucional.

En diferentes reuniones con sus contrapartes europeas que tuvieron lugar entre 1993 y 1995 (CEE, 1994; 1995), las ONG's cubanas mostraron una beligerancia muy poco usual de cara a las trabas burocráticas y controles políticos del Estado cubano que dificultaban sus despliegues. Al respecto se manifestaron directamente contra las restricciones para el surgimiento de nuevas ONG's y el excesivo tutelaje estatal en sus funcionamientos, así como en favor de una mayor autonomía en la administración y coordinación de proyectos. De igual manera, las ONG's cubanas sentían la necesidad de mayores coordinaciones entre ellas y con ONG's extranjeras, y de una mayor capacitación. En todos los casos se pronunciaron contra cualquier tipo de imposición de proyectos externos que contribuyeran a la política norteamericana contra Cuba.

Esta última cualidad, y sus apegos a las metas socialistas, no salvaron a las ONG's cubanas de la ofensiva burocrática de 1996. La mayor parte de ellas fueron reducidas a roles muy discretos (el caso del Centro Félix



Varela), casi prescindibles, mientras otras fueron cerradas bajo el criterio de que sus funciones iban a ser asumidas directamente por el Estado, como sucedió con el interesante proyecto de Hábitat Cuba. El registro de ONG's fue congelado y algunas que estaban en proceso de formación (como sucedió con el proyecto feminista de Magín) fueron informadas de sus no pertinencias. En la actualidad es muy poco probable encontrar ONG's con proyección pública y posicionamientos distinguibles, si exceptuamos de esta consideración a algunas instituciones que gozan de protección política especial sea por sus contactos intra-élite o por sus relevancias en sus contactos internacionales.

*Las organizaciones comunitarias.* Una mención especial merecen las organizaciones comunitarias que emergieron en este lustro. Estas experiencias han sido ampliamente documentadas por autores como Fernández y Otazo (1996), Dilla et. al. (1997), Morales (2002) y en las excelentes recopilaciones de artículos realizadas por Dávalos (2000) y Dávalos y Hernández (2000). Lo distintivo de estas experiencias es que casi todas ellas fueron el resultado de intervenciones en las comunidades de organismos técnicos (los extendidos talleres de transformación barrial en la capital), de la evolución de técnicos o funcionarios locales (médicos comunitarios, técnicos agrícolas, activistas culturales) hacia roles de liderazgos más integrales o del desplazamiento de instituciones formales sub-municipales (circunscripciones, consejos populares) hacia experiencias participativas excedentes respecto a sus roles oficiales.

A partir de estos impulsos iniciales, todas estas organizaciones pudieron ampliar sus liderazgos y agendas y tener un impacto considerable en los barrios y comunidades. Hacia 1996, un conteo empírico realizado por el autor solamente en las provincias centrales y occidentales indicaba la existencia de 74 proyectos comunitarios, de los cuales unos 25 habían madurado como organizaciones formalizadas.

A partir de 1997, fue evidente una tendencia por parte del gobierno a incorporar estos proyectos a las estructuras oficiales municipales y sub-municipales, en particular dentro de los consejos populares. De manera que aunque muchos de estos proyectos continúan existiendo y realizando acciones de impacto, también han quedado entrampados en las estructuras de control burocrático, limitando aún más sus iniciativas.

*Los actores desde el mercado.* Con el avance de la reforma económica han aparecido nuevos actores que desarrollan sus actividades fundamental-

mente desde el mercado, aun cuando puedan tener filiaciones estatales. Entre ellos se distingue el nuevo sector tecnocrático-empresarial, y muy especialmente los empresarios extranjeros (en cuanto actor internalizado por su involucramiento en acciones que afectan la sociedad doméstica) o nacionales asociados, y que se atrincheran en los varios centenares de firmas establecidas en el país. Este sector no posee aún una estructura organizativa que les distinga. Sin embargo la peculiar inserción de estos sectores en el espectro social les permite una comunicación muy ágil entre sí y con sus interlocutores estatales. De hecho, esto los va convirtiendo en actores (aún incipientes) de la sociedad civil.

Al mismo tiempo, es parte de este sector emergente la élite de acaudalados que han amasado cuantiosas fortunas mediante la corrupción, los negocios ilegales o la provisión de servicios y mercancías en el siempre deficitario mercado alimenticio cubano. Aunque por el momento el despliegue de este sector está limitado por las restricciones inversionistas, es presumible que tendrá un espacio mayor en el futuro en el área de las pequeñas y medianas empresas, espacio idóneo para la conversión de sus tesoros en capitales.

La relevancia del sector tecnocrático empresarial en la sociedad estriba en varias cualidades excepcionales. Ante todo, constituye el único actor con capacidad de producción ideológica sin otra autorización política que la que facilita su propia existencia. Les basta con realizar, ante una población empobrecida, una vida cotidiana satisfactoria en relación con el mercado. Al mismo tiempo, es el único actor emergente que puede mostrar cierta garantía de perdurabilidad al resultar imprescindible para la reproducción económica, y que estará, por ello mismo, situado en una posición muy privilegiada en el futuro para negociar los espacios económicos con el capital internacional y los sectores de negocios de la comunidad emigrada.

Sus mayores debilidades están dadas por la fragmentación política de los mercados, que actúa como una afectiva contención de las relaciones entre sus componentes. En segundo lugar porque aún cuando son visibles en el escenario cubano figuras e instituciones partidarias de una mayor apertura de mercado, el sector empresarial emergente no posee representación política directa, por lo que su reproducción sectorial sigue pendiendo de la voluntad de reclutamiento de la clase política. Una y otra situación negativa son el resultado directo de un pacto en formulación que obliga a la clase política a garantizar las condiciones para la acumulación y una

gama de privilegios económicos y legales a cambio del excedente económico y de la total abstención política.

*La oposición organizada.* Otro actor distinguible es la miríada de organizaciones que, desde diversos credos, temas y posicionamientos se constituyen como opositoras al régimen político cubano, y que a diferencia de los grupos antisistémicos de los '60, se caracterizan por sus posiciones no violentas. Otros rasgos definitorios de este actor es la tremenda fragmentación organizativa—que Álvarez (2002) calculaba en 450 organizaciones—, una fuerte penetración por los aparatos de la seguridad cubana y una presencia internacional que excede ampliamente a su influencia pública doméstica.

La oposición organizada ha conseguido éxitos indudables, tales como la formación de coaliciones y el apoyo público de 25 mil firmas a la petición de reformas legales conocida como Proyecto Varela. Sin embargo, como antes anotábamos, su presencia pública doméstica es sumamente limitada y ha sido incapaz de canalizar el descontento creciente de la población cubana.

Analistas foráneos y emigrados han insistido en que el estado larvario de la oposición es debido a la fuerte represión/anatematización que ejerce contra ella el gobierno cubano. Y es evidente que estas acciones represivas son un factor de contención de la proyección pública de este actor. Pero al mismo tiempo se pudiera argumentar que si el gobierno cubano puede reprimir exitosamente a los grupos opositores es porque el costo de la represión es menor que el de la tolerancia, incluyendo a las repercusiones internacionales en este cálculo de pérdidas y beneficios.

Por su parte, el gobierno cubano ha insistido en la ilegitimidad de estos grupos partiendo del hecho de que poseen vínculos internacionales con países y organizaciones hostiles no solamente al gobierno cubano, sino también al proceso histórico de cambios revolucionarios. Y es también un argumento razonable que explicaría las acciones represivas contra algunos de ellos, pero difícilmente contra otros grupos y personas que no tienen estas vinculaciones, e incluso se plantean programas de acción más socialistas que los que lleva a cabo el gobierno.

Y sobre todo, que nada de ello pudiera indicar que debido a estos vínculos se trata de un actor fabricado. Si estos grupos existen y logran sobrevivir en medio de la represión es porque hay miles de personas que opinan que un cambio sistémico es necesario, no importa con que fines, lo cual es

evidente en (o al menos sugerido por) los resultados de las pocas encuestas fiables realizadas en Cuba y de las elecciones generales (Dilla 2002).

*La comunidad emigrada.* Cuba posee una comunidad emigrada cercana a los dos millones de personas, y que ha logrado alcanzar posiciones notables en las sociedades receptoras. El envío de remesas a Cuba, con montos que los economistas sitúan entre 500 y 1000 millones de dólares anuales, es un pilar básico de la gobernabilidad en Cuba y el principal paliativo extragubernamental al empobrecimiento de la población. Este motivo, y la consiguiente intensificación de vínculos entre ambas comunidades, ubica a la comunidad cubana emigrada como un actor distinguible del presente nacional. Y es previsible que este rol aumentaría si se liberalizaran las políticas migratorias cubanas, continuara el relajamiento del bloqueo y se abrieran espacios de inversión en la pequeña y mediana empresa. Pero al mismo tiempo no debe perderse de vista que esta comunidad es abrumadoramente antisistémica y usará su poder de cooptación económica y cultural en función de un cambio político en la isla, aún cuando no sea de la manera como lo han soñado las franjas derechistas tradicionales y *aggiornadas* del exilio.

## LOS INCIERTOS ESCENARIOS FUTUROS

En todo momento hemos estado hablando, implícita o explícitamente, de un proceso de transición cuyo probable destino final merece ser discutido en aras de una mejor comprensión del rol probable de los actores en el futuro de mediano plazo.

Posiblemente ningún tema como este muestre la notable polarización que impregna a la cubanología contemporánea. Autores de alta calidad académica (Suárez, 2000; Hernández, 1998; Espino, 2000) han percibido esta transición como un pasaje desde una variante de socialismo imperfecto que floreció en los '70 y primera mitad de los '80 hacia una versión superior. Se trata de una interpretación francamente atractiva pero de difícil verificación empírica. Otros como Álvarez (2002) han enfatizado un modelo de transición fuertemente anclado en las experiencias este/europeas con un destino democrático no más verificable que la presunción anterior. Probablemente se trate, más que de dos aprehensiones de la realidad, de dos posiciones ideológicas frente a ella.

Desde mi punto de vista Cuba transita desde un sistema estatalista, centralizado y burocrático de corte socialista hacia un sistema capitalista periférico. Identificar esta transición como una movida hacia la



democracia es sencillamente ingenua. De la transición al capitalismo emergerá sin lugar a dudas un ordenamiento político liberal sujeto a exigencias de acumulación poco amistosas con un sistema democrático en que la gente común actúe para producir política y no simplemente para consumirla. Creer que este rumbo puede ser alterado para obtener un “socialismo superior” no es más realista en la misma medida en que la posibilidad de una alternativa socialista está severamente bloqueada no sólo por el entorno mundial que parece recordarnos la deducción marxista sobre la imposibilidad del socialismo en un solo país, sino porque las políticas del propio gobierno cubano, aún cuando tomadas en nombre del socialismo, obliteran cualquier opción alternativa en esta dirección.

Sin embargo, no se trata de una discusión supernumeraria cuando tratamos sobre los actores, dado el hecho de que la posibilidad de que ese sistema futuro sea más democrático y equitativo a contrapelo de la lógica de funcionamiento capitalista en la periferia, e incluso la posibilidad de que nuevas alternativas socialistas sean planteadas en el escenario político, dependerá en buena medida de la madurez y vocación de los actores que hoy aparecen (o se transforman) al interior de la sociedad cubana.

Esta discusión, sin embargo, puede parecer excesivamente sofisticada si tenemos en cuenta que, a pesar de los discursos estridentes y de las alegorías frecuentes a la marcha de la historia, las políticas cubanas de los últimos años han estado regidas por el instinto etológico cortoplacista de la clase política sobre otras consideraciones estratégicas de largo plazo, lo que marca decisivamente los escenarios en que los actores deben desenvolverse.

En términos del tema que aquí tratamos, estas políticas pudieran ser resumidas en seis aspectos:

- Retroalimentación del pacto social básico del proyecto revolucionario mediante la conservación de los programas sociales y de los costos de consumo subsidiado.
- Administración de los procesos dimanantes del mercado a partir de una fuerte presencia regulatoria estatal, incluyendo aquí el control/cooptación de los sectores tecnocrático/empresariales emergentes.
- Fragmentación de los sujetos sociales, tradicionales o emergentes, sea en la economía, en la política o en la administración selectiva de los derechos civiles y políticos.

- Prevención y represión a bajo costo de acciones disruptivas del orden existente, sean estas políticas, intelectuales o de acción social, sin distinción de sus orientaciones político-ideológicas.
- Recurrencia discursiva a los núcleos duros del consenso, y en particular al nacionalismo, presentando a Cuba como el último bastión de la dignidad mundial en temas tan distantes como la guerra en Iraq y las olimpiadas.
- Reciclaje de la clase política a partir de la promoción de jóvenes, militares y tecnócratas, todos ellos distinguibles por sus posiciones duras y de lealtad a la figura del máximo dirigente cubano.

Hay, sin embargo, una serie de nudos gordianos sistémicos que deben ser resueltos para continuar avanzando en función de metas inseparables del funcionamiento de cualquier sistema político, pero cuyas soluciones, al mismo tiempo, erosionarían dramáticamente las bases de ese funcionamiento político y abrirían nuevos espacios para los actores emergentes.

El primero de estos entramamientos se produce en el campo de la economía. Si la economía no crece sustancialmente, el déficit de consumo acumulado puede tornarse explosivo, resultaría muy difícil mantener el actual esquema de gastos sociales y se agudizaría aún más la desigual relación entre demandas crecientes y más complejas y recursos disminuidos. Aunque el contexto internacional adverso—marcado por el bloqueo norteamericano—es un factor de obstrucción en este sentido, en términos puramente técnicos el gobierno cubano tiene a su disposición un stock considerable de acciones internas de auspicio que producirían un efecto positivo en la producción, los servicios y los empleos.

Entre otras pudiéramos mencionar una mayor descentralización de las grandes empresas estatales a partir de una profundización del programa de “perfeccionamiento” empresarial diseñado por el propio gobierno, la legalización de la pequeña y mediana empresa y una efectiva autonomía del sistema cooperativo rural.

Sin embargo, el gobierno cubano ha mostrado una tenaz reticencia a actuar en esta dirección. Para ello ha argumentado consideraciones ideológicas—un supuesto significado pro-capitalista de estas medidas—sin tener en cuenta que cualquiera de ellas puede ser acompañada de enfoques asociativos—cogestión y participación obrera, cooperativas, etc— que reforzarían los espacios socialistas y a los actores que

actúan en ellos, y que finalmente son más socialistas que las pasiones estatalistas del gobierno. La reticencia del gobierno cubano a avanzar en esta dirección no es el resultado de un sentimiento anticapitalista, sino de su instinto corporativo de conservación, en la medida en que cualquier paso adelante produciría una dinámica social autónoma y una unificación de los hoy fragmentados mercados, cualidad esta última indispensable para el monitoreo del emergente sector tecnocrático/empresarial.

En consecuencia, la dirigencia cubana se coloca en una compleja encrucijada en que la única vía para producir una reproducción económica ampliada pasa por el debilitamiento de su propio proyecto de poder.

Un segundo nudo contradictorio se ubica en la esfera internacional. Como antes apuntaba la agresividad de los Estados Unidos respecto a Cuba es un resultado de la vocación monroísta norteamericana y un exponente de su interés en devenir un actor interno de la política doméstica. Estados Unidos no pide una negociación, sino una rendición. Pero es también evidente que el gobierno cubano ha sabido jugar con esta variable con vista a consolidar sus apoyos internos. Tras cuatro décadas de entrenamiento en el arte de la confrontación, es difícil pensar la política en Cuba separada de ella. Y al consenso en la isla separado de la percepción (real o construida) del peligro exterior.

A pesar de que la Casa Blanca está actualmente habitada por un sector irracionalmente unilateralista y ultraderechista, el bloqueo americano sigue su marcha hacia la extinción. Nuevamente aquí el gobierno cubano ha mostrado su habitual habilidad para tratar con sus pertinaces vecinos, mediante una política de atracción de intereses económicos en una sociedad que siempre prioriza a sus clientes. Y con ello, apuntala la tendencia antes mencionada, pero a partir de motivaciones mercantiles que relegarían los condicionamientos políticos.

La pregunta clave aquí es en qué medida una normalización de relaciones con Estados Unidos, o al menos un relajamiento sustancial de tensiones, debilitaría la capacidad de convocatoria de un discurso político que enfatiza la cuestión nacional, sin lugar a dudas su argumento más duro y creíble, y vital para prevenir el corrimiento hacia la oposición de la amplia franja de apoyo pasivo que hoy caracteriza a la sociedad cubana. O, en otro sentido, si fuese posible en un escenario más relajado mantener los controles burocráticos sobre la expresión de los actores,

y en particular sobre los que conforman una oposición política. Otro avance sensiblemente contradictorio para los dirigentes cubanos.

El tercer plano contradictorio se sitúa en el campo del liderazgo político. La crisis ha acentuado de una manera extraordinaria los enfoques personalistas centrados en la figura de Fidel Castro. El presidente cubano ha sido una pieza clave tanto para la preservación de una franja imprescindible de apoyo activo como para la unidad de la clase política. Con su habitual habilidad, Fidel Castro ha sido capaz de reprimir o domesticar las tendencias disidentes dentro de la élite postrevolucionaria, dirigir el reclutamiento de nuevos integrantes y al mismo tiempo convencer a buena parte de la población de que el presente crítico es la mejor opción ante la panoplia de ofertas de futuros colocados en el mercado político.

Sin embargo, no es difícil advertir que este centralismo extremo deviene un problema insoluble cuando el presidente cubano desaparezca total o parcialmente de la escena política, sobre todo porque el sistema carece de mecanismos internos de concertación y negociación. Ello pudiera producir desgajamientos en los “fidelistas” activos—aquellas personas cuyas motivaciones políticas están fuertemente ligadas a la lealtad a la figura del presidente cubano—o en la propia clase política, cuya supuesta unanimidad depende del cuidado admonitorio de una persona en edad de jubilación.

Si la aseveración acerca de una inevitable apertura liberal del sistema político cubano no es solamente pesimista, entonces habría que asumir que todos estos actores tendrán nuevas oportunidades y llenarán el sistema político cubano de tantos colores como necesite el mercado de la política liberal. Una prueba *ex post* de la revolución cubana y su fuerza ideológica y cultural estribará justamente en comprobar en qué medida los valores y metas socialistas podrán perdurar como alternativas reales y no simplemente como referencias amargas de los conversos o como efluvios añorantes de los nostálgicos.

**REFERENCIAS**

- Álvarez, Alberto 2002. *La transición a la democracia en Cuba*, CEDOF, Caracas.
- Bobes, Velia Cecilia. 2000. *Los laberintos de la imaginación: repertorio simbólico, identidades y actores del cambio social en Cuba*. El Colegio de México, México.
- CEE. 1994. Relatoría del Taller: Ampliar las relaciones con Cuba, un año de experiencias, La Habana, 22 y 23 de septiembre 1995. Relatoría del seminario taller “Las ONG’s en el mundo”. La Habana, 24–28 de abril.
- Dávalos, Roberto 2000. *Desarrollo local y descentralización en el contexto urbano*. Universidad de la Habana. La Habana.
- \_\_\_\_\_ y Aymara, Hernández. 2000. *Ciudad y cambio social en los ‘90*. Universidad de la Habana, La Habana.
- Dilla, Haroldo. 2002. “Cuba: los escenarios cambiantes de la gobernabilidad” En *Los recursos de la gobernabilidad en la Cuenca del Caribe* (edit. por H. Dilla), Nueva Sociedad, Caracas.
- \_\_\_\_\_. 1996a. “Comunidad, estado y mercado: reinterpretando el dilemma del Socialismo cubano”. *La participación en Cuba y los retos del futuro*. ed. H. Dilla. Havana: Centro de Estudios sobre América.
- \_\_\_\_\_. al. 1997. *Movimientos barriales en Cuba*. Fundes, San Salvador.
- Espino, Mayra. 2000. “Transición y dinámica de los procesos socioestructurales” En *Cuba: construyendo futuro*, Editorial El Viejo Topo, Madrid.
- Fernández, Armando. 1996. “Comunidad, autogestión y medio ambiente”. En *La participación en Cuba y los retos del futuro*, (Edit. por H. Dilla) Centro de Estudios sobre América, La Habana.
- Hernández, Rafael. 1998. “Sin urna de cristal: reordenamiento y transición socialista en Cuba”, En *Cambio político en el Caribe*, (comp. por W. Lozano). Nueva Sociedad, Caracas.
- McAdam, Doug. 1998. “Orígenes conceptuales, problemas actuales y direcciones futuras” En *Los movimientos sociales* (comp. por P. Ibarra y B. Tijerina), Editorial Trotta, Madrid.
- Morales, Graciela. 2002. “Futuro y realidad de los movimientos comunitarios en Cuba”. En *Los recursos de la gobernabilidad en la Cuenca del Caribe*, (edit. por H. Dilla), Nueva Sociedad, Caracas.
- Suárez, Luis. 2000. *El siglo XXI: posibilidades y desafíos para la Revolución Cubana*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

**NOTAS**

1. Entre otras reformas y eventos importantes en el período pudiera mencionar los debates públicos en torno al llamamiento al IV Congreso del PCC, las reformas económicas liberalizadoras, la reforma constitucional, la nueva ley electoral, las nuevas disposiciones migratorias, entre otras acciones que explico en Dilla (2002).
2. En particular es notable la ausencia de referencias a los grupos religiosos e iglesias, actores muy relevantes en el presente y en el futuro cubano. La omisión, sin embargo, se explica por la inclusión en este volumen de ensayos específicos sobre el tema, desarrollados por autores de alta experiencia en esta materia.
3. Durante los meses previos a la reunión parlamentaria programada para la aprobación de las medidas de ajustes económicos (mayo de 1994), los sindicatos desplegaron una serie de debates en sus bases que fueron reflejados en la prensa gremial. Finalmente los sindicatos fueron capaces de posponer la imposición de un impuesto sobre los salarios, lo que estaba previsto en el programa inicial. Para un análisis de este proceso ver: Dilla (1996a).

## La sociedad civil en Cuba: exilio interno

JAVIER CORRALES

¿Existe la posibilidad de que surja y florezca una sociedad civil en un país como Cuba donde existen las más severas restricciones al derecho de libre asociación? ¿Se puede hablar de sociedad civil—es decir, de una esfera de asociaciones de ciudadanos con fines públicos—dada la falta de libertades políticas y económicas? ¿De existir dicha sociedad civil, qué consecuencias puede suponer para la evolución política del país?

Existen al menos tres tipos de postura ante estas interrogantes. La primera es negarse por completo a reconocer la existencia de una sociedad civil en Cuba. La segunda postura es proclamar que, al contrario, la sociedad civil en Cuba ha alcanzado niveles impresionantes de vitalidad, lo cual es el preámbulo de una próxima democratización. La tercera es la de aquéllos que reconocen la existencia de dicha vida asociativa, pero lejos de celebrarla, la consideran un fenómeno contrademocrático.

Este breve ensayo examina estas tres posturas e identifica problemas analíticos con cada una de ellas. Indiscutiblemente, han surgido en Cuba nuevas agrupaciones de ciudadanos en los años noventa. Pero dichas asociaciones no traerán los beneficios políticos que algunos analistas anhelan—por sí solas, no alcanzarán la fuerza para generar y mantener una transición democrática. Por otro lado, dichas asociaciones no representan una amenaza al civismo público, como pudieran opinar algunos pesimistas.

A mi modo de ver, el surgimiento de esta nueva sociedad civil en Cuba se trata más bien de un fenómeno equivalente a un exilio interno. Al igual que el exilio (externo), las asociaciones en Cuba brindan a los disidentes cubanos la posibilidad de encontrar un refugio, un respaldo, un albergue. Más aún, brindan un ámbito—limitado pero real—donde ejercer la voz. Ello es saludable en todo sistema político, pero insuficiente para democratizar al país.

### LAS TRES POSTURAS ANTE LA PRESUNTA SOCIEDAD CIVIL EN CUBA

La primera postura ante la interrogante del surgimiento de una sociedad civil en Cuba es simplemente negarse a creer que dicho surgimiento sea significativo. El gobierno cubano, reiteran estos comentaristas, ejerce un control cabal sobre la sociedad. Los cubanos carecen, *de jure* y *de facto*, del derecho a la libre asociación. La constitución cubana, en su espíritu excesivamente unitarista y en sus artículos 54 y 62, establece la ilegalidad de instituciones independientes del Estado. La Ley 88 de Protección de la Independencia Nacional y la Economía de Cuba, aprobada en febrero del 1999, permite la discrecionalidad de represión contra actividades típicas de las asociaciones. Se prohíben, o pena de encarcelamiento, delitos tales como colaborar con la prensa extranjera y sobre todo con cualquier dependencia de los Estados Unidos, aceptar donaciones no autorizadas por el gobierno, poseer o distribuir material subversivo o publicaciones independientes, perturbar el orden público con manifestaciones. Las sanciones son mayores si el “hecho se comete con el concurso de dos o más personas” (CubaNet News 1999). Y en la práctica, el estado no cesa de actuar en contra de dichas instituciones, valiéndose de mecanismos clásicos—la represión directa, la amenaza de represión (lo cual disminuye los alicientes para formar asociaciones), y la cooptación de grupos emergentes. En dicho marco hostil, sólo las asociaciones más leales al sistema, o al menos, las más inocuas, logran sobrevivir en Cuba.

No cabe duda que en Cuba las restricciones legales y de facto son sofocantes. Pero lo cierto es que ha habido una actividad asociativa impresionante en Cuba en los noventa, como lo documentan muchos de los capítulos en este libro. Los escépticos no pueden explicar, por ejemplo, que más de 100 organizaciones no gubernamentales hayan lanzado un llamamiento a la ciudadanía a favor del Proyecto Varela (*Encuentro* 2003:117). Es cierto que estas organizaciones fueron reprimidas, pero no obstante, el hecho innegable es que hubo 100 organizaciones. La misma existencia de represión (en el 1994, 1996, y en el 2003) comprueba el repetido irrupción de una esfera asociativa.

La postura de los escépticos por consiguiente peca de no reconocer la ingeniosidad y la tenacidad del concepto de sociedad civil, sobre todo dentro de contextos hostiles. No reconoce que, a mayor barreras contra la sociedad civil e inclusive deterioro de derechos sociales, mayor puede

ser la tenacidad de los ciudadanos de encontrar mecanismos de solidaridad y ayuda mutua. No es automático, por consiguiente, que exista una relación inversa entre contexto hostil y asociacionismo. Al contrario, ha quedado constatado que, en contextos políticos y económicos adversos, mayor es el incentivo de los ciudadanos de crear asociaciones (véase Alvarez et al. 1998). Es cierto que cuando el control del estado es total—es decir, en un régimen puramente estalinista—es difícil que florezca la sociedad civil. Pero una vez que se relaja el totalitarismo, entonces empiezan a surgir oportunidades de asociación, lo que Bobes llama “procesos de pluralización” con posibilidad de “contradiscursio” (2004:40). No sabemos bien cuáles son las condiciones que dan lugar al asociacionismo en condiciones hostiles, pero sí sabemos que es posible.

La segunda postura consiste en exagerar el potencial democrático de la naciente sociedad civil cubana. Estos analistas, a quienes pudiéramos llamar los entusiastas, parten de la premisa que toda transición democrática se inicia con la formación de una sociedad civil. Al principio, dichas organizaciones son predeciblemente sencillas y circumspectas, pero con el tiempo, adquieren mayores adherentes e imponen mayores demandas al estado. Esta postura se fundamenta en los argumentos de clásicos como Alexis de Tocqueville (1848), politólogos especialistas en el surgimiento de las democracias como Charles Tilly (1992), Robert Putman (1993), y Ernest Gellner (1994) y latinoamericanistas especialistas en democratización que en las décadas de los 70 y 80 romantizaron el poder transformativo de las organizaciones populares (véase Roberts 1997). Según esta vertiente, la esfera asociativa en Cuba, por más débil que sea, es de por sí un triunfo. Constituye la semilla de una gran transición democrática. Dicha sociedad civil sufrirá reveses, pero pronto será indetenible y, eventualmente, el motor de una democratización del país.

Si los escépticos pecan por su fijación en las barreras contra la sociedad civil, los entusiastas pecan por su ceguera ante las mismas. Mientras que los escépticos son incapaces de explicar las 100 organizaciones del 2003, los entusiastas se quedan boquiabiertos ante la facilidad con la que el estado cubano neutralizó estas actividades. Los entusiastas no logran reconocer que, en ausencia de otros cambios políticos en Cuba, la esfera asociativa tiene pocas posibilidades de presionar por una transición democrática. Por ejemplo, sin la presencia de partidos políticos, o al menos, de sindicatos obreros o de movimientos sociales de alcance nacional, capaces

de agrupar a diversos sectores y coordinar estrategias, las asociaciones permanecerán aisladas y por consiguiente incapaces de organizar un cambio político (véase Encarnación 2000; Carothers 1999–2000; Corrales 2001). Más aún, sin el surgimiento de reformistas en las diversas esferas del estado (Przeworski 1991), con los cuales las asociaciones puedan interactuar y negociar, es muy difícil que las organizaciones civiles logren introducir reformas democráticas. En fin, en aislamiento, la sociedad civil no tiene la capacidad de presionar al estado a otorgar nuevos derechos, celebrar elecciones libres, y abandonar el monopolio político.

Una tercera postura, todavía más pesimista que la de los escépticos, es aquella que reconoce la existencia de nuevas asociaciones en Cuba, pero desconoce su capacidad de aportar beneficios políticos. Basado en el famoso estudio de Sheri Berman (1997) sobre la república alemana de Weimar (1919–1933), existe una línea de pensamiento creciente que ve el asociacionismo tanto como síntoma como causa de vicios políticos.

El asociacionismo es síntoma de vicios ya que, como explica Berman, puede ser el resultado de un malestar profundo en el país. El asociacionismo surge cuando los ciudadanos se sienten gravemente enajenados e insatisfechos con el funcionamiento de las instituciones. Se vuelcan hacia asociaciones con un espíritu de derrota. Las asociaciones no son una manifestación de fortalecimiento de la sociedad, sino un síntoma de su desgaste. En Cuba, para ser más precisos, las asociaciones se copan, no de ciudadanos dispuestos a tomar manos en sus asuntos, sino de ciudadanos dados por vencidos, desconfiados de instituciones, en busca de un escapismo, guiados por un principio de “todo se vale” y no necesariamente encaminados a integrarse a la vida nacional (de Miranda Parrondo 2004:54). Para Berman, bajo dichas condiciones, las nuevas células son susceptibles a ser cautivadas por caudillos.

Berman va más allá. Considera que este tipo de asociaciones, es decir, las que surgen a la luz de desgaste de la sociedad y sin ayuda de partidos políticos, se convierten en causa de vicios políticos. Primeramente, fragmentan al país. Segundo, fomentan ciudadanos que sólo se vinculan con personas del mismo perfil—personas que opinan de la misma manera, que son partes del mismo oficio, que han tenido las mismas experiencias de vida, etc. En vez de exponer a los ciudadanos a diversos modos de ver y diversas tendencias, las asociaciones de este tipo sólo consiguen crear grupos de personas con visión uniforme. Esto puede ser peligroso para la democracia, pues disminuye la incidencia de negociación y confianza

mutua, tareas que deben practicarse en toda democracia (Putnam 1993; Hardin 1999; Habermas 1996, Fukuyama 1995). Al asociarnos con personas idénticas, no tenemos nada que negociar. No tenemos que enfrentar contra-argumentos. En fin, no practicamos la democracia.

No cabe duda que Berman ofrece una crítica contundente contra el asociacionismo en contextos desprovistos de instituciones de alcance nacional. La mayoría de las tendencias más amenazantes de las democracias—el racismo, el nativismo, el terrorismo, las mafias, el fundamentalismo, el chauvinismo nacionalista, el misoginismo y la homofobia—florecen precisamente en agrupaciones de ciudadanos que opinan igual y que no se integran con otros grupos. No obstante, esta postura peca de un pesimismo excesivo. En una democracia, es cierto que el exceso de asociacionismo puede ser un síntoma de enajenación y una causa de desintegración de la convivencia. Pero precisamente en un país sometido a restricciones políticas, el asociacionismo puede cumplir un sinfín de beneficios políticos. Dichos beneficios tal vez no incluyan potenciar un cambio de régimen, pero tampoco son triviales.

Existen por lo tanto problemas con las tres posturas prevalecientes en la literatura sobre la presunta sociedad civil en Cuba. Los escépticos son ciegos ante los múltiples modos de asociación que han surgido en Cuba. Los entusiastas son ciegos ante las severas restricciones políticas que limitan el quehacer de dichos grupos. Los pesimistas son ciegos a los beneficios sociales que las asociaciones aportan en un país carente de libertades. ¿Cuáles es, por consiguiente, el papel que cumplen estas asociaciones en Cuba?

#### ENTRE LA SALIDA Y EL SILENCIO

Para entender el papel político que cumplen las asociaciones en Cuba, conviene repasar el trabajo célebre de Albert Hirschman (1970) sobre salidas y voces. Según Hirschman, cuando los usuarios o consumidores reciben un servicio inaceptable, cuentan con dos alternativas: hacer uso de la salida, o bien de la voz. El uso de salida ocurre cuando los usuarios abandonan por completo la relación con el proveedor de servicios—compran otro producto, se mudan de lugar. El uso de la voz consiste en cualquier actividad destinada a protestar contra el status quo.

En Cuba políticamente, el uso de la voz acarrea peligros enormes. El estado sólo escucha ciertas voces—mayormente aquellas que van con un mensaje de lealtad hacia la revolución y aquellas transmitidas exclusivamente



por mecanismos oficiales. Todas las demás voces son desescuchadas y frecuentemente reprimidas.

Por consiguiente, desde comienzos de la revolución ha predominado en Cuba el uso de salida por parte de los desafectos del régimen (ver cuadro 1). La salida, por supuesto, incluye el exilio político, pero como bien aclara Eckstein (1995), también abarca otro tipo de actividades, predominantemente ilegales, como la corrupción, el canibalismo de empresas del estado, la prostitución, el ausentismo laboral, el consumo en exceso de alcohol, el suicidio. Muchos de estos actos de salida contribuyen poco al bienestar del país. Representan una pérdida de capital humano.

1961-70	1971-80	1981-90	1991-2000
208,536	264,863	144,578	169,322

Fuente: U.S. Census Bureau

Optar por la salida física de Cuba—el exilio—conlleva profundos sacrificios para quien lo emprende: el sacrificio de abandonar el país, los familiares y las amistades; el sacrificio de iniciar una vida nueva en un mundo ajeno; el riesgo político de declararse en Cuba dispuesto a abandonar el país, por no mencionar el costo financiero de toda salida física. La salida es por lo tanto costosa.

Sin embargo, la salida no es incosteable. Aquellas personas dispuestas a sacrificarse, encuentran en Cuba el modo de salir. Fidel Castro por lo general ha evitado igualar el modelo de la Alemania comunista de impedir las salidas a toda costa; se ha limitado únicamente a mantener los costos de salida lo más alto posible, de manera tal que sólo aquellos que de verdad quieran salir (es decir, los que están dispuestos a pagar el precio alto), se lancen a la tarea. Con ello logra un mecanismo de selección óptimo. Los más desafectos del sistema—y sólo ellos—son los que incurren los costos de salida. Al permitirles la salida a dicho grupo, el gobierno se libera así de los grupos más peligrosos. La permanente posibilidad del uso de salida ha disminuido el uso de la voz en Cuba por parte de quienes mayores quejas tienen.

En resumen, el ejercer la voz en Cuba es sumamente riesgoso y costoso. También lo es el ejercer la salida, pero a menor escala, razón por la cual históricamente ha predominado el uso de la salida y no el uso de la voz. La salida, por ser costosa, sólo la ejercen los ciudadanos más disidentes y aventureros. El gobierno consigue así sobrevivir, pues se libra de grupos desleales, pero a costa de una gran pérdida de capital humano.

## SOCIEDAD CIVIL: EXILIO INTERNO

El propósito de la discusión anterior es señalar que el surgimiento de una esfera asociativa en Cuba representa un nuevo mecanismo de ejercer la voz y buscar una salida, pero a menor costo para los ciudadanos. Es una suerte de exilio interno—de exilio más barato, por así decirlo. En dicho exilio interno, los cubanos consiguen muchos de los beneficios del exilio externo, pero sin tener que afrontar los costos altos del mismo. Consiguen, por ejemplo, escaparse o refugiarse de un sistema difícil, pero sin sufrir el sacrificio de tener que abandonar el país y los seres queridos. En las asociaciones, como en el exilio, los cubanos logran encontrar sosiego y solidaridad, pero a diferencia del exilio externo, no tienen que desprenderse totalmente del país. Más aún, los cubanos que participan de la esfera asociativa pueden entrar y salir de las mismas a diario. Pueden trabajar por el día, y trasladarse a las esferas asociativas durante las horas de oseo.

En las asociaciones, los ciudadanos pueden también ejercer el uso de la voz en un lugar relativamente, aunque no del todo, seguro. Siempre y cuando tengan confianza que los demás miembros no son delatores, encuentran ámbitos donde ejercer la libre expresión e inclusive discutir cambios posibles. A pesar de ello, los ciudadanos que operan en las esferas asociativas no pueden descartar la posibilidad de una represión. Viven siempre ante la amenaza de un posible ataque por parte del estado. Las libertades, recursos y seguridades que los cubanos encuentran en las asociaciones cubanas no son tantas como las que existen en un país libre, naturalmente, pero por otro lado, los que se integran a la vida asociativa se ahorran el precio alto de una salida permanente.

Sin embargo, al igual que el exilio externo, y he aquí el problema mayor, las esferas asociativas corren el riesgo del aislamiento político. Al no haber en Cuba organizaciones de protesta de orden nacional (prensa libre, partidos políticos, movimientos sociales abarcativos), las asociaciones carecen de aliados institucionales que les ayuden a llevar a cabo acciones políticas fuertes. Al no haber reformistas al nivel del estado, las asociaciones no cuentan tampoco con interlocutores en el estado. Por consiguiente, la capacidad de influir en el régimen—y por lo tanto presionar a favor de una apertura—es mínima.

En conclusión, la sociedad civil en Cuba, contrario a lo que opinan los escépticos, es real, ya que existe una demanda fuerte para ella y evidencia de su surgimiento. El contexto hostil de restricciones de libertades, aunque



por un lado dificulta el florecimiento de las asociaciones, por otro lado engendra incentivos para que los ciudadanos formen asociaciones.

Contrario también a lo que opinan los entusiastas, la sociedad civil en Cuba no va a democratizar al país precisamente porque opera en un aislamiento institucional y porque el estado cubano continúa exento de blandos. Pero no por ello las asociaciones son un desperdicio. Contrario a lo que opinan los pesimistas, las asociaciones en Cuba cumplen una función loable, tanto a nivel del individuo como a nivel del país. El individuo consigue a través de las asociaciones un modo alternativo de ejercer voz y salida, sin pagar los altos costos asociados con los mecanismos tradicionales de ejercer voz y salida en Cuba, es decir, de protestar abiertamente o exiliarse. El país, por su parte, disminuye la salida torrencial de capital humano.

En fin, las asociaciones están contribuyendo “a cambiar lo que significa ser un ciudadano” en Cuba, para citar al politólogo Philip Oxhorn (2001:180). Las asociaciones están creando un modelo nuevo de ciudadanía—individuos más dispuestos a expresarse y a desarrollar estrategias para cambiar el status quo. Las asociaciones, por consiguiente, contrarrestan dos tendencias perniciosas sobre la producción de ciudadanos que prevalece en Cuba. Una es el afán obstinado del estado de seguir fomentando ciudadanos guevaristas, es decir, obsecuentes con la revolución (el modelo de hombre nuevo de los años 60). La otra es la tendencia de todo período de escasez económica de dar lugar a ciudadanos predatorios—aquéllos que, con tal de sobrevivir, se vuelcan a la informalidad, a la corrupción, a la criminalidad, y al enajenamiento. Contra el guevarismo y el oportunismo, las asociaciones tienen el potencial de crear un modelo diferente de ciudadanía.

Por sí solos, estos nuevos ciudadanos, y por extensión, estas nuevas asociaciones, no van a ser capaces de ocasionar la democracia. No obstante, representan un dolor de cabeza para un gobierno que sigue empeñado en un modelo de ciudadanía poco apto para la Cuba moderna. Es otra razón más por la que el gobierno ve a las asociaciones como una amenaza. A la larga, la sociedad civil se beneficia de las asociaciones nuevas, a pesar de sus limitaciones. Ofrecen un mecanismo de ejercer voz y salida sin imponerles costos onerosos ni al individuo ni al país.

## REFERENCIAS

- Álvarez, Sonia, Evelina Dagnino, y Arturo Escobar. 1998. *Cultures of Politics/Politics of Culture: Re-Visioning Latin American Social Movements*. Boulder, CO: Westview Press.
- Berman, Sheri. 1997. “Civil Society and the Collapse of the Weimar Republic”. *World Politics* 49, 3 (April).
- Bobes, Velia Cecilia. 2004. “Ciudadanía, identidad nacional y narrativas de la sociedad civil: una exploración en tono a las sucesivas (re)constituciones de la nación cubana”. En Mauricio de Miranda Parrondo, ed., *Cuba: Sociedad, Cultura y Política en Tiempos de Globalización*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano, CEJA.
- Carothers, Thomas. 1999–2000. “Civil Society”. *Foreign Policy* 117 (Winter).
- Corrales, Javier. 2001. “Strong Parties, Weak Societies: Regime Change in Cuba and Venezuela in the late 1950s and today”, *Latin American Politics and Society* 43, 2 (Summer 2001): 81–113.
- CubaNet News. “Ley 88 de Protección de la Independencia Nacional y la Economía de Cuba”. <http://64.21.33.164/ref/dis/021699.htm>.
- De Miranda Parrondo, Patricia. 2004. “Una mirada sobre el presente y futuro de la sociedad cubana en torno a las relaciones actitudinales: el papel de la familia”. En Mauricio de Miranda Parrondo, ed., *Cuba: Sociedad, Cultura y Política en Tiempos de Globalización*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano, CEJA.
- Eckstein, Susan. 1995. “Response to Edelstein”. *Latin American Perspectives* 87, 22, 4 (Fall).
- Encarnación, Omar. 2000. “Tocqueville’s Missionaries: Civil Society Advocacy and the Promotion of Democracy”. *World Policy Journal* 17 (Spring).
- Encuentro de la Cultura Cubana*. 2003. “Represión en Cuba”. *Encuentro de la Cultura Cubana* 28/29 (primavera/verano).
- Fukuyama, Francis. 1995. *Trust: The Social Virtues and the Creation of Prosperity*. New York: Free Press.
- Gellner, Ernest. 1994. *Conditions of Liberty: Civil Society and its Rivals*. New York: Penguin.
- Habermas, Jurgen. 1996. *Between Facts and Norms*. Trans. William Rehg. Cambridge, MA: MIT Press.
- Hardin, Russell. 1999. “Do We Want Trust in Government?” En *Democracy and Trust*, ed. Mark Warren. New York: Cambridge University Press.
- Hirschman, Albert O. 1970. *Exit, Voice and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations and States*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Oxhorn, Philip. “From Human Rights to Citizenship Rights? Recent Trends in the Study of Social Movements”. *Latin American Research Review* 36, 3.
- Przeworski, Adam. 1991. *Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*. New York: Cambridge University Press.

- Putnam, Robert, con Robert Leonardi y Raffaella Y. Nanett. 1993. *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Roberts, Kenneth. 1997. "Beyond Romanticism: Social Movements and the Study of Political Change in Latin America". *Latin American Research Review* 32, 2.
- Tilly, Charles. 1990. *Coercion, Capital, and European States. A.D. 990–1990*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Tocqueville, Alexis de. 1848 [1969]. *Democracy in America*. Garden City, NY: Doubleday.

## Ciudadanía y derechos en Cuba, su evolución y actualidad

VELIA CECILIA BOBES

### INTRODUCCIÓN

A pesar de que el tema de la ciudadanía ha tenido gran discusión dentro de la sociología y la ciencia política, para el caso cubano, los estudios sobre ciudadanía han sido escasos. Este trabajo intenta contribuir a llenar este vacío a partir de una reflexión que, enraizada en lo histórico, permita interpretar los procesos más actuales. Desde la perspectiva teórica se parte de la consideración de que la ciudadanía se define como un conjunto de derechos y deberes a partir de los cuales se codifica la relación del individuo con el Estado, pero, más allá de ello esta categoría conlleva un ideal acerca de la pertenencia y, en este sentido, incorpora un contenido semántico que implica la igualdad, la comunidad política como representante de cierta comunidad cultural y la membresía (única) a un estado, siendo éste quien define—política y territorialmente—los límites de la comunidad.

Nos encontramos, entonces frente a un problema que—para ser analizado—debe considerar al menos dos dimensiones: una *procedimental*—que refiere a los derechos y los mecanismos necesarios para ejercerlos, así como al sistema concreto de relaciones en que se ejercen tales derechos—y otra *simbólica* que nos conecta con el ámbito ideal de la pertenencia a la comunidad ciudadana y, de manera general, a la esfera sociocultural en su conjunto. Ambas dimensiones implican inclusión, pero también exclusión.

En este sentido, la construcción simbólica de la ciudadanía se encuentra estrechamente vinculada a las nociones de nación, identidad nacional, cultura política y espacio público y esta vinculación posibilita entender los criterios básicos del patrón inclusión/exclusión que en ella se concretan. Asimismo, las narrativas que circulan en el espacio público como demarcadoras de la pertenencia a la sociedad civil contribuyen a instituir límites al

ejercicio ciudadano. Los discursos que definen el corazón de la sociedad civil—que también establecen un criterio básico de clasificación binaria (amigo/enemigo, bueno/malo, etc.)—están compuestos por antinomias que califican la cualidades positivas y negativas que demarcan y legitiman las inclusiones y exclusiones y, por lo tanto, la pertenencia y el tipo de personas que deben ser incluidos de manera legítima en la categoría de ciudadanos.

### ANTECEDENTES

El proceso de constitución de una ciudadanía moderna en Cuba tiene su antecedente principal de formación en el siglo XIX ya que éste es el momento fundacional de la nación como institución simbólica. Esto—es importante destacarlo—ocurre dentro del régimen colonial, lo cual le confiere características peculiares que determinarán el curso de los acontecimientos políticos posteriores.

La institución simbólica de la nación cubana tuvo lugar durante todo el siglo XIX primero en los discursos intelectuales y políticos que prefiguraban una “comunidad imaginada” desde posiciones no separatistas y, más tarde, con la entrada del independentismo como la corriente que terminó por establecer la idea de Cuba como una nación totalmente enajenada de la metrópoli española.

Dejando a un lado las diferencias, para ambas tradiciones la comunidad política que se pretendía fundar se basaba más en el *demos* que en el *etnos*, simbólicamente se trata de una nación que, más allá del compartir una cultura y una historia común, encuentra en la ciudadanía y en el establecimiento de un Estado democrático, un espacio de igualdad que posibilitaría desdibujar las diferencias raciales, de clase y políticas. Esto, como veremos más adelante, permite la legitimación de un criterio muy amplio de inclusión que se traducirá en la aprobación del sufragio universal masculino en fecha tan temprana como 1901 y en pocas restricciones para la adquisición de la nacionalidad cubana<sup>1</sup>.

El 20 de mayo de 1902 con la toma de posesión presidencial de Tomás Estrada Palma, dio inicio la vida republicana, en la cual prevaleció la articulación de una ciudadanía de tipo civil y pasiva dentro del marco de las instituciones democráticas. La constitución de la *ciudadanía como status* posibilitó al sistema político el procesamiento de la contradicción entre el modelo normativo jurídico y las prácticas políticas y sociales de los primeros años de la república.

La transición del estatus colonial al independiente se produjo en el marco de la intervención militar norteamericana en la Isla, dentro de la cual tuvieron lugar un conjunto de reformas que marcaron el inicio de un proceso de modernización económica, social y política. En este marco, y respecto a la dimensión política, la Constitución de 1901, democrática y liberal, refrendaba los principios de representación y elección, la división de poderes y el sufragio universal masculino, pero estaba acompañada de un apéndice—la Enmienda Platt—que otorgaba a los norteamericanos el derecho a intervenir militarmente en la isla. De este modo la soberanía del pueblo—principio ineludible de la condición de ciudadano—quedaba mediatizada, lo que implicaba, *per se*, una contradicción entre el modelo normativo jurídico y la realidad concreta del país<sup>2</sup>.

Por otra parte, la política cubana, a pesar de su institucionalidad democrática, siguió derroteros más bien oligárquicos, por ello para analizar el tipo de ciudadanía que prevaleció en Cuba, además que a la extensión del sufragio y los principios generales consagrados en la Constitución, hay que atender a las prácticas—inclusivas en algunos aspectos y excluyentes en otros—a través de las cuales las instituciones de poder buscaban consolidar las relaciones sociales con las que estaban comprometidos<sup>3</sup>.

Respecto a la traducción procedimental de la inclusión simbólica en la *nación*, si se analizan los derechos civiles y la pertenencia a la comunidad política, queda clara la negociación de diferentes definiciones simbólicas de la nación en su traducción como criterios de pertenencia a la comunidad política. Según la Constitución de 1901 (Art. 5 y 6) la nacionalidad cubana abarca a varios grupos sociales: los hijos de cubanos nacidos dentro o fuera del territorio nacional; los extranjeros que hubieran pertenecido al Ejército Libertador; los españoles residentes antes de 1899 que no se hubieran inscrito como españoles hasta 1900 (cubanos por naturalización); los africanos antes esclavos o emancipados; y otros extranjeros residentes en el territorio por no menos de dos años.

En cuanto al ejercicio de los derechos políticos hay que tener en cuenta el funcionamiento del sistema político en esos primeros años. Durante las tres primeras décadas del siglo el sistema político cubano se organizó a través de la prevalencia de dos fuerzas—liberales y conservadores—que se disputaban la elección usando para ello una maquinaria electoral sustentada básicamente en solidaridades y lealtades de tipo clientelar.

Estas características implican una limitación en el ejercicio de la ciudadanía y pocos incentivos para la competencia electoral. Tal incapacidad del sistema político para procesar e incorporar los verdaderos clivajes sociales, económicos, étnicos<sup>4</sup> e ideológicos de la sociedad cubana se iría mostrando durante todo el período y, finalmente, llevaría hacia la década del 20 a una profunda crisis en el sistema que culminaría en la Revolución del 30 y en la refundación de la República.

En estas circunstancias, la democracia y sus mecanismos se perfilaban más como valores por alcanzar que como una realidad factual y la ciudadanía no sólo era concebida como *status*<sup>5</sup>, sino que encontraba en el diseño institucional y las prácticas de los políticos, obstáculos para su ejercicio efectivo. El sistema político cubano encarnaba sólo la representación de la oligarquía y los caudillos revolucionarios. Las masas trabajadoras, las clases medias y el estudiantado, en su proceso de maduración como sujetos políticos comenzaron a formar sus propias organizaciones, al margen de un sistema que los excluía políticamente.

En la medida en que los diferentes grupos se organizan para articular sus intereses específicos, comienzan a hacer circular sus contradiscursos en el espacio público y a reivindicar modificaciones para el código binario que daba vida al patrón de inclusión y exclusión codificado en la Constitución de 1901; con ello nuevos discursos recomponen la narrativa de la sociedad civil.

Lo más sobresaliente de estos discursos es que revelan la renovación de los componentes del código. Las numerosas exploraciones que en torno a la década del 20 se realizan alrededor de “la cubanidad” cristalizan en un inventario de vicios y virtudes (y por lo tanto) de la pertenencia legítima a la sociedad civil. Estos discursos enfatizan en los vicios del carácter cubano —ligereza, hedonismo, pasividad, falta de civismo y de valor cívico, indiferencia hacia empresas trascendentes, afición al desorden y odio a las jerarquías, informalidad, choteo y novelería— los cuales—afirman—condicionan individuos aptos para la tiranía e ineptos para el patriotismo. Asimismo se considera que estos defectos son los que han originado el funcionamiento perverso de las instituciones políticas democráticas (Bobes 1994).

De hecho, esta nueva narrativa de la sociedad civil, insiste en una definición *negativa*; es decir, se señalan las conductas que deben ser excluidas de una sociedad civil democrática. De esta manera, a la vez que se rechazan las conductas corrientes de la política nacional (nepotismo,

caudillismo, fraude, enriquecimiento) se regresa al mito político de la revolución y, en consecuencia, el revolucionario en oposición al político. Coincidiendo sobre todo con la Revolución antimachadista del 30, la imagen negativa de la corrupción, la deshonestidad y el entreguismo, se identifican con la “politiquería” de los partidos tradicionales.

La revolución del 30 puede entenderse como una lucha por modernizar el sistema político y presionar por un cambio en el diseño institucional orientado hacia una democracia más efectiva; en definitiva, como el resultado de una movilización popular de los sectores excluidos de la representación, lo que explica que no terminara simplemente con la caída del dictador sino que se convirtiera en un movimiento de renovación de la vida política del país, por lo que marca el momento de irrupción de una ciudadanía clasista que *desde abajo* y autónomamente respecto al estado, presiona y exige el respeto y la ampliación de sus derechos<sup>6</sup>.

El período que media entre 1933 y 1940 Cuba vivió bajo la *provisionalidad* jurídica; en este lapso la Constitución de 1901 fue modificada 13 veces, a través de diferentes disposiciones provisorias aprobadas por los gobiernos en turno. En este proceso de crisis, el sistema político se reorganizó; aparecieron nuevos partidos—hijos de las organizaciones revolucionarias—, lo cual marcó el fin del bipartidismo y llevó al sistema cubano a un multipartidismo de representación clasista que permite hablar de un *sistema de partidos completo* (Valenzuela 1985)<sup>7</sup>; se derogó la Enmienda Platt y se inició el proceso de promulgación de una nueva Constitución.

Para las elecciones de delegados a la Constituyente de 1939 se constataron por primera vez en la historia de Cuba dos grandes coaliciones de partidos<sup>8</sup>. La intensa negociación de estos actores, representativos de intereses diversos, muchos de ellos surgidos y legitimados por su acción revolucionaria, pero todos inmersos en la coyuntura de efervescencia política y amplias expectativas de la sociedad, explica, al menos en parte, lo extenso de la Carta Magna y la cantidad de temas sobre los que se legisla en el documento.

La Constitución del 40 amplió los derechos civiles y políticos, al refrendar el sufragio femenino que había sido otorgado en 1934 y legalizar todos los partidos y agrupaciones políticas, reconocer el derecho de huelga e incorporó derechos sociales como jornada de 8 horas, salario mínimo, contrato colectivo de trabajo, descanso retribuido, licencia de maternidad, derecho a seguridad social, etc. (Constitución del 40 en Pichardo 1973, T IV: 329–418).

Hay que destacar que entre los derechos ciudadanos, además de los refrendados en 1901, se introducen explícitamente la no discriminación por raza, credo, clase u opiniones políticas—no incluye el género—y la residencia irrestricta en el territorio (Art.10, inciso a), el derecho al voto, el derecho a la seguridad social (Art. 10, inciso c). Y como obligaciones se incluyen el sufragio, el cumplimiento a la Constitución y el observar una conducta cívica (Art. 9). Otros cambios de importancia tienen que ver con la limitación al presidencialismo<sup>9</sup> y la modificación del sistema electoral, la representación de las minorías y la prohibición de la reelección presidencial.

No obstante, aunque con esta legislación se ampliaban los derechos ciudadanos y se buscaba corregir viejos vicios del sistema, ella no fue suficiente para garantizar el funcionamiento democrático de las instituciones ya que siguió imperando la cultura de la violencia, el amiguismo, el “fulanismo” y la falta de respeto a la ley. A pesar de lo avanzado de la Constitución del 40, la refundación republicana no logró implementar (o hacer cumplir) los mecanismos legales necesarios para el cumplimiento de sus principios rectores. El poder legislativo virtualmente no fiscalizaba las acciones del ejecutivo, lo cual facilitaba la corrupción y el enriquecimiento personales de los gobernantes y, aunque se amplió considerablemente el sistema de partidos y se hizo más equitativa la representación, el sistema siguió siendo excluyente y no se logró controlar la violencia como comportamiento político, lo cual implicó que la legitimidad de los gobiernos y las elecciones—aún cuando se realizaban competitivamente y con una alta concurrencia, fueran permanentemente cuestionadas por la ciudadanía. En estas circunstancias, la sociedad civil cubana de los 50, aceptó y se movilizó en una lucha contra la dictadura batistiana que culminaría con una Revolución que terminaría por transformar radicalmente la noción y el ejercicio de la ciudadanía.

### **CIUDADANÍA MILITANTE ¿DERECHOS SOCIALES VS. DERECHOS POLÍTICOS?**

En 1959, el sistema político republicano y la noción de ciudadanía en su condición de *status*, pasiva y civil habían demostrado su incapacidad para articular el consenso político. La revolución de enero logra un nuevo consenso alrededor de la redefinición simbólica de la nación, la identidad nacional y la *resemantización* de los valores centrales de la normatividad y la cultura política de la nación. Tal redefinición simbólica condiciona el

cambio—*desde arriba*<sup>10</sup>—a una ciudadanía militante, activa y participativa que buscó anclarse en la tradición cívico-republicana que había presidido las guerras patrióticas por la independencia.

En cuanto al sistema político, durante los primeros años el nuevo gobierno irá barriendo con las instituciones democráticas y con los viejos órganos de poder estatal—Congreso, ejército y policía—, con los partidos republicanos y sus maquinarias electorales. En febrero de 1959 se aprueba una Ley Fundamental que sustituye a la Constitución del 40<sup>11</sup>, con la finalidad de hacer más expedito el camino a las leyes revolucionarias. Aunque en su parte dogmática reitera los principios de 1940, introduce reformas substanciales para el sistema de gobierno y las relaciones de propiedad. Entre ellas reforma la organización del Estado, elimina el Congreso, limita los derechos políticos de los que participaron en la dictadura, crea el Consejo de Ministros como órgano supremo del poder público, al que le otorga funciones legislativas, elimina la elección popular del presidente, da potestad al Consejo de Ministros para reformar la Constitución y concede vigencia a las leyes del Ejército Rebelde (Chalbaud Zepa 1978). Esta Ley Fundamental fue modificada más de 20 veces hasta la aprobación, en 1976, de la Constitución Socialista.

Respecto a la organización de la economía, las leyes revolucionarias (Reforma Agraria, Reforma Urbana, Nacionalización de la Enseñanza y Nacionalización de empresas norteamericanas) implicaron reformulaciones drásticas de los principios—liberales—consagrados por la Constitución anterior y cambios radicales en la estructura económico-social. Así, el resultado de estos procesos fue la instauración de un sistema de partido único, la estatalización de la economía y la creación de organizaciones sociales orientadas y dirigidas por el Estado; todo lo cual implicó una modificación de la relación Estado-sociedad la cual se limitó, prácticamente a la identificación entre ambas esferas. En el marco de esta nueva relación, es que se reconstituye simbólicamente la nación, se modifica la noción y el ejercicio de la ciudadanía y se transforma la narrativa de la sociedad civil para reconfigurar un nuevo patrón de inclusión/exclusión.

Si para la sociedad civil, las transformaciones más importantes fueron la cancelación de la pluralidad y la identificación de su narrativa con el discurso político; en el ámbito simbólico y de la cultura política lo más importante en términos de construcción de la nación y que tiene grandes implicaciones para la comprensión y el ejercicio de la ciudadanía, fue la

reelaboración de la identidad nacional en términos de su identificación con el proyecto socialista, a partir de lo cual se asume que el socialismo es la patria.

Esta operación tiene lugar, básicamente, a través de la presentación de la Revolución del 59 como la realización y encarnación reales de la nación, la reelaboración de la historia nacional, la resemantización de los principios básicos de la democracia, la idea de la creación de la nueva sociedad como tarea para “el hombre nuevo” y la insistencia en la unidad como necesidad para la supervivencia de la patria. Cada uno de estos elementos tiene consecuencias importantes para la legitimación de una nueva constitución imaginaria de la nación, la instauración de un nuevo patrón de inclusión en la sociedad civil y, consecuentemente, una nueva formulación de la noción de ciudadanía.

En tanto el nuevo discurso propone a la revolución como alumbradora, como el acto que da cuerpo real a la identidad nacional, se produce la identificación del proyecto socialista con la patria, lo cual coloca la confrontación con el *enemigo*—los Estados Unidos—como un elemento central de la constitución imaginaria de la nación y, consecuentemente se legitima la exclusión de los que discrepan.

Junto a esto, aparece una nueva narración de la historia, donde el período republicano se considera como lo “no cubano” (o lo anticubano) ya que se identifica la república y sus instituciones con la corrupción, el juego, la violencia, los abusos, los crímenes, las inmoralidades públicas, el robo y el fraude. Con ello, a la vez que se desautorizan las relaciones políticas anteriores aparece un nuevo catálogo de virtudes (públicas y privadas) para delimitar la pertenencia legítima a la sociedad civil. La noción de pueblo sustituye a la de ciudadano, enfatizando con esta noción la categoría de *trabajadores* y la libertad se asume para este grupo mayoritario.

La democracia, se redefine en esta nueva narrativa como *participación*, ante todo, en la distribución del ingreso y en las tareas revolucionarias orientadas por el estado, y de esa manera, las ideas de representación, competencia electoral y procedimientos pasan al contracódigo de relaciones perversas (identificadas con el pasado).

Con la idea del “hombre nuevo” como constructor del nuevo orden social, se incorporan nuevas virtudes, ausentes en el anterior código de la sociedad civil. Las nuevas conductas y relaciones adscritas al polo positivo incluyen la participación responsable y consciente en la creación de una

sociedad mejor, a la cual se llegará planificada, organizada y colectivamente. En este sentido, se va dibujando un asentamiento simbólico donde el individualismo, la apatía y la pasividad definirán el lado negativo; mientras que el código positivo reivindicará las conductas orientadas por el colectivismo y el desinterés.

Las virtudes de la pertenencia a la sociedad civil comenzarán a incluir también la austeridad, el trabajo, y el ahorro; y el nuevo arquetipo de los atributos positivos incorporará la consagración a la causa de la revolución, la postergación de los intereses individuales por los colectivos, el rechazo al dinero y los bienes materiales, la solidaridad, la responsabilidad, la honradez, a generosidad, la superación y la utilidad.

Por último, desde este discurso es crucial la *unidad* en función de los intereses de la patria, por esta vía se justifica la cancelación de la pluralidad y la exclusión de los que discrepan con el proyecto socialista, los cuales resultan definidos como enemigos (no cubanos), y de este modo la cubanidad se delimita a partir de una elección ético política.

Estas reelaboraciones discursivas generan un cambio en el patrón inclusión-exclusión de la ciudadanía. A partir de ellas se excluyen de los derechos ciudadanos (civiles, políticos y sociales) no sólo a los extranjeros, sino a todos aquellos que—a partir de su discrepancia con el proyecto estatal—deciden emigrar. La opción de emigrar precisamente a Estados Unidos facilitó la descalificación de esta oposición emigrante puesto que ése era precisamente el país *enemigo* por excelencia, la fuerza que representaba una amenaza para el pueblo cubano y *su revolución*. La oposición, entonces, aparecía identificada a un adversario externo y poderoso y se le podía acusar de antinacional y antipatriótica, con lo cual su exclusión de la nación se presentaba como su propia elección. Esta diferenciación dicotomiza y perfila el código simbólico de exclusión: de un lado estarán los *cubanos* (aquellos que están a favor y participan activamente en la revolución) y del otro los *anticubanos* (el extranjero agresor y los que se pliegan a sus designios en contra de la nación, más los que emigran y discrepan con el proyecto) codificados en la narrativa como *gusanos*<sup>12</sup>.

La nueva comprensión de la igualdad ciudadana, así como la ampliación de los derechos sociales y el establecimiento de mecanismos efectivos para su ejercicio, permiten avanzar en la solución de la exclusión racial y de género. Los pasos efectivos dados en función de la igualación real de las oportunidades—tanto en el plano legal formal como en la participación



en la distribución de beneficios económicos y sociales—constituyen un desarrollo sin precedentes para la solución de esta tensión (aunque no la han hecho desaparecer del todo<sup>13</sup>). No obstante, la redefinición de la democracia como emancipación y satisfacción de las necesidades conlleva la negación de las reglas y las instituciones representativas con lo cual la legitimación pasa de la legalidad al compromiso y la convicción.

La Constitución Socialista—discutida como anteproyecto en asambleas populares a nivel de barrio y aprobada en referéndum en 1976—dio carácter institucional y legal jurídico a estos principios morales en los cuales habían sido educados los cubanos por más de 20 años de revolución. En su Artículo 1 se define al estado cubano como un estado socialista de obreros y campesinos y demás trabajadores manuales e intelectuales y, a partir de ahí, todos los preceptos constitucionales y los derechos individuales—libertad individual, de palabra, religiosa, de asociación, de prensa, etc.—aparecen subordinados a la construcción y defensa de la sociedad socialista; la integridad y soberanía de la nación y la permanencia del orden estatal vigente<sup>14</sup> ya que en su Artículo 61 expresa que “Ninguna de las libertades reconocidas a los ciudadanos puede ser ejercida contra lo establecido en la Constitución y las leyes, ni contra la existencia y fines del Estado socialista, ni contra la decisión del pueblo cubano de construir el socialismo y el comunismo” (Art. 61, el subrayado es mío); lo cual implica, de hecho, la restricción y el condicionamiento del ejercicio de los derechos a la adhesión del proyecto socialista.

La Constitución de 1976, consagra una gran cantidad de derechos sociales como el derecho al trabajo, a la educación, asistencia médica, descanso retribuido, seguridad social, protección para los no aptos para trabajar, protección y seguridad en el trabajo, educación física, etc. Y, también una gran cantidad de deberes, entre los que se cuentan el trabajo, el cuidar la propiedad pública y social, acatar la disciplina del trabajo, respetar los derechos de los demás, observar las normas de convivencia socialista y cumplir los deberes cívicos y sociales (Art. 63), la defensa de la patria socialista—que se considera “el más grande honor y deber supremo de cada cubano”—(Art.64), el cumplimiento de la constitución y las leyes, entre otros.

En cuanto a la ciudadanía y la nacionalidad se incluyen como ciudadanos cubanos por nacimiento a aquellos “extranjeros que por méritos excepcionales alcanzados en las luchas por la liberación de Cuba fueron

considerados ciudadanos cubanos por nacimiento” (Art. 29, inciso c)—refrendando lo establecido en este sentido por la Constitución del 40—y ciudadanos cubanos por naturalización a “los que hubiesen servido a la lucha armada contra la tiranía derrocada el 1ro de enero de 1959...” (Art. 30, inciso b). Respecto a las exclusiones, es precepto constitucional que pierden la ciudadanía cubana los que adquieren una ciudadanía extranjera (no se acepta la doble ciudadanía), pero además tanto los que, sin permiso del gobierno sirvan a otra nación en funciones militares o cargos con jurisdicción propia, como “los que en territorio extranjero de cualquier modo conspiran o actúen contra el pueblo de Cuba y sus *instituciones socialistas y revolucionarias*.” (Art.32, inciso c, subrayado mío). En este caso, estamos viendo una forma en la que se concreta el patrón inclusivo que identifica la nación con el orden estatal vigente y la patria con el socialismo.

Tal formulación procedimental está amparada y legitimada en la cultura política, la institución simbólica de la nación y las narrativas de la sociedad civil que se fundan en la primera década revolucionaria. Esto se mantiene prácticamente sin modificaciones hasta la segunda mitad de la década de los 80 y no es sino hasta después de 1989, durante el Periodo Especial que se han producido los cambios más importantes para la configuración de la ciudadanía en Cuba (tanto en la dimensión procedimental como en la simbólica).

A principios de los 90s, el estado cubano enfrentaba la peor crisis económica de su historia, crisis que se extendía además a las esferas de la legitimación política y la integración social. Esto provocó una necesidad de realizar ciertas reformas (desde el propio poder) para garantizar la supervivencia del régimen; entre ellas las más importantes fueron la Reforma Económica y la Reforma Constitucional de 1992. Junto a ellas, la aparición de nuevas formas de asociación que surgen vinculadas a nuevos tipos de solidaridad y a modos no estatales de solución a los problemas cotidianos, están cambiando el panorama—institucional y simbólico—de la sociedad civil cubana, la construcción simbólica de la nación y los fundamentos del patrón inclusión/exclusión ciudadana que de ellos se derivan.

Desde el punto de vista político institucional los cambios principales comprenden la Reforma Constitucional y la promulgación de una Nueva Ley Electoral<sup>15</sup>, ambos procesos, junto con la cancelación del ateísmo como principio del PCC han tendido a la ampliación de las bases de consenso y a un reciclamiento de los mecanismos de legitimación política.

Respecto a este último punto es importante señalar que las fuentes de legitimación han continuado fincadas en la Revolución (popular) y sus conquistas, como acto fundador del orden estatal, y el énfasis ha seguido en tratar de ampliar (hacia sectores antes excluidos como los religiosos) el carácter inclusivo de esta ideología. No obstante, la crisis ha obligado a replantear los logros revolucionarios en forma de una versión restringida que los iguala a las conquistas mínimas de la educación, la salud y la seguridad social.

En el orden económico, los cambios sí apuntan a una verdadera reforma de la estrategia y el modelo global del proyecto. Las medidas de ajuste originan cambios en la estratificación de la sociedad cubana, a la vez que inducen una tendencia hacia la diferenciación entre los diferentes subsistemas y al interior del propio subsistema económico. Desde la perspectiva institucional la sociedad civil se ha pluralizado y han aparecido dentro de ella zonas de “relativa autonomía”; pienso en la aparición (o conversión de algunas de las viejas organizaciones de masas) de ONGs, la actuación en la sociedad cubana de asociaciones religiosas (humanitarias o caritativas)— además de un *revival* en la religiosidad del pueblo—, y movimientos comunitarios de diverso tipo; todos ellos tolerados y algunos, incluso, estimulados por el estado como formas de obtención de financiamientos o de solución a problemas sociales a los cuales ya él no puede responder (Bobes 2000). También han surgido otras organizaciones más pequeñas, no toleradas por el estado pero que, a pesar de su ilegalidad existen y actúan dentro de la sociedad actual; tal es el caso de los grupos de derechos humanos, las bibliotecas y la prensa independiente. Por último, no hay que olvidar las asociaciones informales que han proliferado en los últimos años articuladas alrededor de preferencias sexuales, étnicas o culturales (grupos de travestís, sociedades afrocubanas, etc.) y empiezan a ser visibles en el escenario actual. Todo esto, unido a los efectos de la Reforma Económica, ha comenzado a transformar la narrativa de la sociedad civil, siendo lo más notorio que ésta empieza a separarse del discurso político y, con ello, se modifica el patrón selectivo de inclusión/exclusión.

La aparición y legalización de empresas mixtas, de capital extranjero y de pequeños propietarios modifica la percepción del trabajo; se comienzan a aceptar nuevos criterios de eficiencia, productividad y remuneración, lo que modifica el igualitarismo a ultranza como principio de organización de la sociedad civil y posibilita la inclusión dentro de las cualidades posi-

vas del código binario del empresario exitoso y del trabajador independiente del estado. En segundo lugar, las diferencias en la remuneración, tanto como la despenalización de la tenencia de dólares (que incluye la proliferación de las remesas de familiares residentes en el exterior), generan una gran diferenciación de los consumos (antes homologados por un sistema de racionamiento subvencionado y distribución estatal de los alimentos, los artículos de primera necesidad y electrodomésticos y automóviles). Esto conlleva no sólo una diferenciación de la calidad y los estilos de vida, sino también una transformación importante en la percepción subjetiva y la valoración social del trabajo, ya que la calidad de la vida se disocia (por primera vez en muchos años) de la relación con el Estado<sup>16</sup>.

El quiebre de los valores que habían ayudado a integrar a la sociedad obliga a pensar en un reacomodo del consenso y en la propuesta de valores alternativos que orienten un cambio en la cultura política nacional. Algo semejante parece estar dándose en la actualidad con la flexibilización y ampliación de la definición simbólica de la nación en el discurso oficial<sup>17</sup>. Los recientes acercamientos a la comunidad cubana en el exterior que se han traducido en propuestas de aceptar a los emigrados como *cubanos*, los cambios constitucionales hacia un estado laico—y no ateo—y las propuestas de incluir dentro del proyecto, el partido y los órganos de autoridad a los religiosos de diversas denominaciones pueden servir como evidencia.

El Estado cubano, ha reciclado su discurso nacionalista y, a la vez que organiza encuentros con la emigración, a los que son invitados algunos representantes de la comunidad—elegidos por el gobierno cubano—comienza a distinguir entre los emigrados y los *neoplattistas* y *neonanexionistas*<sup>18</sup>, con lo cual la pertenencia a la nación se recodifica y la exclusión se dirige de manera más precisa a la oposición al proyecto socialista y al liderazgo de Fidel Castro. Junto a esto, la noción de *enemigo*, sin abandonar a los Estados Unidos, ha comenzado a desplazarse hacia conceptos más amplios y difusos como el neoliberalismo y la globalización. Este reciclamiento del nacionalismo conlleva a una modificación en la percepción social de la emigración, muy vinculada al aumento de la importancia de las remesas tanto para la economía nacional como para la doméstica.

Así, el discurso se ha modificado, el calificativo de *gusano* ha dejado de usarse y en su lugar ha surgido una forma más limitada que excluye de manera selectiva; la *mafia de Miami* es una expresión que limita la exclusión a los grupos políticos más extremistas de la emigración. En este sentido,

puede habarse de una ampliación de la nación en términos simbólicos que comienza a restringir la exclusión a sólo una parte de los emigrados.

También la narrativa de la sociedad civil, ha modificado su patrón de pertenencia legítima y, más allá del discurso estatal, la sociedad, a medida que crecen el mercado negro y la economía sumergida y proliferan las conductas marginales y delictivas como estrategias de supervivencia, ha dejado de excluir a los vagos y los parásitos y las valoraciones sobre estas conductas se tornan cada vez más laxas y tolerantes. El patrón de inclusión ha experimentado una ampliación con el ingreso como miembros legítimos de la sociedad civil de algunos grupos antes excluidos del código positivo; tal es el caso de los religiosos, los homosexuales, (algunos de) los emigrados, los trabajadores por cuenta propia, los propietarios de micro-empresas, etc.

De esta manera, se puede pensar en una pluralización de la sociedad civil, aunque más a nivel simbólico que institucional ya que, por ejemplo, si bien los que viven fuera del país ya no son excluidos de la narrativa de manera absoluta sino selectivamente, en términos institucionales y procedimentales ellos siguen estando impedidos de participar en los espacios institucionales de la sociedad civil.

Respecto a la traducción procedimental de esta pluralización, en la reforma que dio lugar a la Constitución de 1992, pueden constatarse algunas de estas ampliaciones. Entre ellas, merecen destacarse: a) la definición del estado cubano como un “estado de trabajadores... organizado con todos y para el bien de todos” (Art. 1), suprimiéndose la exclusión que significaba la anterior constitución que lo definía como un estado de obreros y campesinos; b) la consideración del PCC como *martiano* y marxista-leninista (Art. 5: 9) y como vanguardia de la *nación* cubana (y no de la clase obrera) y fuerza dirigente de la sociedad y el estado; y c) la eliminación del principio de ateísmo, que incluye la modificación del Art. 54 de la Constitución del 76 que establecía la educación del pueblo “en la concepción científica materialista del universo” y elimina el párrafo que establecía “ilegal y punible oponer la fe o la creencia religiosa a la revolución, a la educación o la cumplimiento de los deberes de trabajar, defender la patria con las armas, reverenciar sus símbolos y los demás deberes establecidos por la Constitución”; incorporación del reconocimiento al respeto y la garantía de la libertad religiosa (Art. 8) y menciones explícitas a la proscripción y punibilidad de la discriminación por motivo de creencias religiosas (Art. 42 y 43).

La nueva Constitución mantiene la gran cantidad de derechos sociales de la de 1976 y también los deberes mientras que respecto a la ciudadanía, ha sido modificado el artículo 32 de la Constitución del 76 referido a la pérdida de la ciudadanía cubana, eliminando los incisos b, c, ch y d, y quedando sólo la referencia a la adquisición de una ciudadanía extranjera en cuyo caso se perderá la cubana.

En términos de inclusión/exclusión, hay que señalar que la ampliación simbólica de la nación no se ha traducido aún en una reflexión sobre los derechos ciudadanos de los cubanos que no residen en Cuba ya que los artículos sobre ciudadanía no han sido modificados en lo fundamental y la ley electoral sigue restringiendo los derechos de participación a los cubanos residentes en la Isla. No obstante, si consideramos la magnitud de la diáspora cubana, su participación en la economía del país a través de las remesas y la tendencia actual en los países latinoamericanos a otorgar el derecho del voto a sus comunidades emigradas (por ejemplo, los casos de México, Perú, Colombia, República Dominicana, Argentina, etc.), cualquier discusión en torno a la ampliación de la ciudadanía en Cuba, tendría que considerar a la emigración.

## CONCLUSIONES

Tanto la noción como el ejercicio de la ciudadanía en Cuba sufrieron una importante transformación después de 1959. Tal modificación se legitimó en una reconstitución simbólica de la nación y un cambio en las narrativas de pertenencia de la sociedad civil, lo que se ha traducido en una ampliación de los derechos sociales y una restricción de los derechos civiles y políticos. En este sentido, puede hablarse de un cambio hacia un modelo de ciudadanía militante y participativa, pero dependiente de la adhesión al proyecto socialista, lo que implica a la vez ampliación y exclusiones respecto a los derechos ciudadanos.

Las consecuencias de este cambio en el modelo ciudadano son diversas y de la mayor importancia. En primer lugar hay que señalar que, la ampliación de los derechos sociales y su efectiva aplicación a través del conjunto de leyes y prácticas revolucionarias, representan un avance indiscutible en el logro de una verdadera igualdad social y en una distribución más equitativa del ingreso nacional<sup>19</sup>.

Sin embargo, a la vez que el énfasis en los derechos sociales contribuye a mejorar las condiciones materiales para el ejercicio de la ciu-

dadanía, lleva a colocar los derechos civiles y políticos en un plano secundario, lo que implica un debilitamiento del poder ciudadano. No hay que olvidar que mientras los derechos civiles posibilitan la libertad de acción y sirven para crear grupos y asociaciones autónomas (y, consecuentemente, fortalecen la sociedad civil), los derechos sociales asumen al individuo como consumidor y no como actor, ya que es el Estado quien debe proveer tales bienes, y por lo tanto tienden a favorecer el surgimiento de aparatos estatales extensos y profesionalizados en la distribución de los bienes sociales (Turner 1992).

Los logros obtenidos en materia de educación, salud, deportes y cultura han permitido a los cubanos no sólo una vida más digna sino que han aumentado su seguridad y estabilidad y han creado las condiciones subjetivas para una participación política informada y racional<sup>20</sup>. No cabe duda de que el ciudadano cubano es hoy más culto (por ello cuenta con un mayor potencial para acceder y asimilar racionalmente la información) y tiene garantizadas las condiciones materiales mínimas para su vida, en este sentido, es apto para participar en política.

No obstante, la nueva normatividad jurídica tanto como los valores férreamente colectivistas que han prevalecido con la revolución han favorecido el predominio de la igualdad sobre la diferencia y, en ese sentido, han restringido la libertad: la modificación de los principios liberales de igualdad y libertad así como la definición restrictiva de la nación, ha conducido a contraer el espacio de libertad para el disenso, lo cual implica una paradoja; siendo un proyecto legitimado y adherido por la mayoría, el espacio para las minorías prácticamente se reduce a cero.

Por otra parte, los niveles de participación han crecido pero han desaparecido los canales *autónomos* para ella. La creación y estímulo a organizaciones de masas ha sido la forma de encauzar la participación política y social de los cubanos aumentando el nivel de involucramiento de la sociedad con los problemas del país; no obstante, la identificación y dirección de estas organizaciones por el estado ha generado una pérdida de autonomía de las acciones colectivas y un debilitamiento del poder ciudadano.

A pesar de ello, en los últimos años ha comenzado a evidenciarse un proceso de pluralización de la sociedad cubana, que abarca no tanto a la esfera institucional como a los espacios informales y que desde una perspectiva simbólica constituye un contradiscurso social que pugna por una redefinición de la nación que amplíe las pertenencias legítimas a la sociedad civil.

Desde esta perspectiva se puede conjeturar la posibilidad de que en el mediano plazo se produzca una reconsideración de la noción de la ciudadanía dentro de la sociedad cubana, donde se encuentran hoy los actores que serían los protagonistas de tales cambios. Uno de los cursos posibles sería el tratar de revivirla en su condición militante, activa y participativa pero ampliando el patrón de inclusión y *radicalizando* (Mouffe 1992) algunos de los valores que la han conformado históricamente.

Para ello sería imprescindible en primer lugar, extender los principios de igualdad y libertad a un número mayor de relaciones sociales. Una vez alcanzada una distribución equitativa de los beneficios sociales habría que extender la libertad ciudadana al ámbito de las demandas particulares de los diferentes grupos y sus identidades específicas -raza, género, generación, orientación sexual, etc. Legitimar la pluralidad y multiplicidad de identidades a través de las cuales se constituyen los sujetos y que corresponden a su inserción diferenciada en una variedad de relaciones sociales y aceptar las tensiones que esto conlleva (lo que significa asumirlas como legítimas y necesarias).

Esta nueva comprensión implicaría la reformulación de las nociones de igualdad y justicia, para incluir en ellas no sólo la equidad económica, sino la política, la cultural y la simbólica; lo cual puede lograrse con una visión *compleja* de la igualdad (Walzer 1983) que posibilite una distribución social a través de un criterio que refleje la diversidad de bienes y sus significados sociales para los diferentes grupos y la diversidad de opciones en cuyo ejercicio consiste la libertad. Todo esto apuntaría hacia una sociedad a la vez equitativa y heterogénea, que posibilite el procesamiento completo de las diferencias y la participación activa de un ciudadano que no sea simplemente súbdito de un estado sino participante en un espacio de decisión pública.

En segundo lugar, es necesario ampliar la definición simbólica de la nación y eliminar la identidad nacional como elección ética política que se instituye en criterio de inclusión/exclusión y promover la tolerancia, el diálogo y el pluralismo como principios básicos de la convivencia que puedan orientar la formulación de derechos ciudadanos (civiles, políticos y sociales) que todos podamos ejercer.

Por último, la noción de ciudadanía está vinculada estrechamente a la existencia de una esfera pública donde los miembros de la sociedad civil puedan actuar en tanto ciudadanos para discutir y resolver los problemas de la comunidad. Puesto que los valores no existen fuera de los sujetos, el

único medio para canalizar el cambio de los valores está en la existencia de un espacio público de discusión al margen de lo estatal.

En la situación actual la sociedad cubana podría evolucionar hacia el fortalecimiento de una sociedad civil capaz de articular acciones colectivas que sean producto de la sociedad y no del estado, para lo cual se hace necesario una mayor descentralización de la autoridad y la creación de fuentes independientes de la misma. El futuro del sistema político cubano depende de muchos factores, entre ellos, su capacidad para hacer frente adecuadamente y resolver estas tensiones no es uno de los menos importantes.

## REFERENCIAS

- Azcuy, H. 1994. "Cuba: ¿Reforma Constitucional o nueva Constitución?", Cuadernos de Nuestra América, Vol. XI, núm. 22, La Habana.
- Bobes, V.C. 1994. *La invención del paraíso: itinerario de la cultura política, la identidad nacional y el cambio revolucionario en Cuba (1959-1969)*, tesis de Maestría, FLACSO-México, (inéedita).
- \_\_\_\_\_. 1996. "Cuba y la cuestión racial". *Perfiles Latinoamericanos*. Vol. 8, FLACSO-México.
- \_\_\_\_\_. 2000. *Los laberintos de la imaginación: repertorio simbólico, identidades y actores del cambio social en Cuba*. México D. F.: El Colegio de México.
- Brubaker, W.R. 1989. *Immigration and the Politics of Citizenship in Europe and North America*. Londres-Nueva York: University Press of America.
- Buch Rodríguez, L. M. 1999. *Gobierno revolucionario cubano: génesis y primeros pasos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Chalbaud Zepa, R. 1978. *Estado y política*. Venezuela: Universidad de los Andes.
- García, D., ed. 1995. *Cuba: cultura e identidad nacional*. La Habana: Unión.
- Marshall, T.H. 1965. *Class, Citizenship and Social Development*. Doubleday, Nueva York: Anchor Books.
- Mouffe, Ch., ed. 1992. *Dimensions of Radical Democracy*. Londres: Verso.
- Pichardo, H., comp. 1973. *Documentos para la historia de Cuba*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Rojas, R. 1994. Una reforma lenta y silenciosa. No. 1, Miami: Cuadernos del IEC
- Suárez, L. 1995. "El sistema electoral cubano", en Dilla, H., comp. *La democracia en Cuba y el diferendo con los Estados Unidos*. La Habana: CEA.
- Taylor, D. 1994. "Citizenship and Social Power", en B. Turner y Hamilton, P., eds. *Citizenships: Critical Concepts*. Londres- Nueva York: Routledge.
- Turner, B. 1992. "Outline a Theory of Citizenship", en Ch. Mouffe, ed. *Dimensions of radical democracy*. Londres: Verso.
- Valenzuela, S.J. 1985. *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile*. No. 6, Buenos Aires: IDE.
- Walzer, M. 1983. *Spheres of Justice*. Nueva York: Basic Books.

## CONSTITUCIONES DE LA REPÚBLICA DE CUBA

*Constitución de Guáimaro (1869), Constitución de Jimaguayú (1895), Constitución de la Yaya (1897), Constitución de 1901 y Constitución de 1940*, todas en Pichardo, H. 1973. *Documentos para la historia de Cuba*, Tomos I, II y IV.

*Constitución de la República de Cuba*. La Habana: DOR- PCC, 1976.

*Constitución de Cuba (1992)*. México D. F.: UNAM-Fondo de Cultura Económica, 1994.

## NOTAS

- De alguna manera, las diferentes tradiciones de concebir a la nación impactan los límites de inclusión y exclusión de los derechos ciudadanos. (Cfr., por ejemplo, Brubaker 1989)
- Esta circunstancia marcaría en lo adelante toda la vida política cubana y constituye el elemento simbólico fundamental que posibilitó la inserción del proyecto socialista en el marco de la cultura política prevaleciente (Bobes 1994 y 2000)
- Como ha señalado Taylor (1994: 144), los derechos sólo tienen significación si dan la posibilidad de acceso y control sobre los recursos necesarios para realizar las necesidades humanas de autodesarrollo
- En cuanto al clivaje étnico, el único intento por fundar una fuerza política de base racial o étnica—el de los Independientes de Color—fue rápidamente neutralizado por la Ley Morúa—que prohibió la creación de partidos raciales en nombre del universalismo de los derechos—y culminó en un alzamiento militar cruentamente reprimido por las fuerzas del orden. A partir de lo anterior es posible discutir el patrón de exclusión y restricción del ejercicio de derechos políticos que dimanaba de una institución imaginaria de la nación cubana basada en la *integración y la asimilación* de lo negro dentro de una Cuba que, si bien intentaba presentarse como mestiza, era, obviamente aún blanca y, por supuesto, masculina.
- Esta clasificación responde al análisis del balance entre derechos y deberes; En la Constitución de 1901, entre los deberes el voto no es obligatorio y sólo se consagran como obligaciones (Art. 10) el servir a la patria en casos que la ley establezca y la contribución fiscal. En este caso existe un mayor énfasis en los derechos que en los deberes, con lo cual la participación se perfila como una opción que el ciudadano tiene y que puede o no ejercer.
- En este caso coincido con Marshall (1965) en concebir la ampliación de los derechos ciudadanos como el efecto de las luchas contingentes de los diferentes grupos sociales por sus derechos frente al estado.
- Hablo de un sistema completo porque en él aparecían representados desde la extrema derecha—vieja oligarquía que mantiene sus partidos y el nuevo ABC—, hasta las clases alta y media nacionalistas—Autenticismo, Ortodoxia—y la izquierda radical representada por los Comunistas.



8. Por una parte en el Frente Gubernamental se agruparon el Partido Liberal, Unión Nacionalista, Conjunto Nacional Democrático, Unión Revolucionaria Comunista, Partido Nacional Revolucionario (Realistas) y Nacional Cubano; mientras que en el Bloque Opositor se unieron el Partido Demócrata Republicano, el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), Acción Republicana y ABC
9. El Art. 138 de la Constitución del 40 estableció la figura del Consejo de Ministros y el Primer Ministro y prohíbe la reelección en periodos consecutivos.
10. Como se verá a continuación la ampliación de derechos ciudadanos—básicamente sociales—tiene lugar desde arriba vía el Estado.
11. Ya el 3 de enero de 1959, en el Acta de Constitución del Gobierno Revolucionario se había acordado que: “Ante la necesidad de fijar la norma fundamental estructuradora del estado de derecho que caracterizará el desenvolvimiento del gobierno y de la nación, reafirmar la vigencia de la Constitución de 1940, tal como regía en la fecha nefasta de la usurpación del poder público por el tirano, *sin perjuicio de las modificaciones que de ella acuerde el Gobierno Provisional para viabilizar el cumplimiento de los postulados de la Revolución hasta la promulgación de la Ley Fundamental*” (Buch 1999: 168, el subrayado es mío).
12. Esta operación simbólica tiene un correlato en la política migratoria del estado cubano, que establece la categoría de “salida definitiva”, a través de la cual aquellos cubanos que emigran a un país extranjero pierden su derecho de residencia en Cuba—además de todos sus derechos civiles, políticos y sociales—. A pesar de que la Constitución (1992, Art. 32) establece que los cubanos no pueden ser privados de su ciudadanía (y que aunque emigren conservan un pasaporte cubano), durante muchos años esta restricción incluyó la prohibición de visitar el país.
13. Sobre esto he discutido en Bobes 1996.
14. Constitución de la República de Cuba, edición oficial, 1976. En la reforma habida en 1992, aunque hay reformulaciones importantes en otros artículos, estos principios generales se mantienen.
15. A estos cambios no me voy a referir in extenso, para una discusión minuciosa de los mismos me limito a remitir al lector a los trabajos de Azcuy, H.: “Cuba: ¿Reforma Constitucional o nueva Constitución?”, *Cuadernos de Nuestra América*, Vol. XI, num. 22, La Habana, 1994, R. Rojas: *Una reforma lenta y silenciosa*, Cuadernos del IEC, num. 1, Miami, 1994 (para el análisis de la reforma constitucional) y al de L. Suárez: “El sistema electoral cubano”, en Dilla, H. (comp.): *La democracia en Cuba y el diferendo con los Estados Unidos*, CEA, La Habana, 1995 (para la nueva ley electoral). Por mi parte, he hecho una reflexión sobre ambos temas en el libro antes citado (Bobes, 2000).
16. Si antes los símbolos materiales del estatus (autos, casas, consumos) referían a una ubicación en la *nomenklatura* o la burocracia (y por lo tanto, daban una medida de compromiso político), ahora estos símbolos pueden también referir a una posición

- muy subalterna en las empresas extranjeras, al éxito empresarial en un pequeño restaurante, a la generosidad de un pariente emigrado, o incluso a la participación en actividades ilegales (como es el caso del ejercicio de la prostitución, por sólo citar un ejemplo conocido).
17. Véanse, por ejemplo, las ponencias presentadas a la Conferencia “Cuba: Cultura e identidad nacional” (García 1995), donde participaron, junto a académicos y políticos de dentro de la isla, representantes de la comunidad emigrada. Es importante destacar que esta ampliación simbólica de la nación no se ha traducido al ámbito procedimental, ya que—aunque en el discurso se acepta que todos somos cubanos—se mantienen las restricciones a la residencia y las visitas al país para los que no residen en él.
  18. Ambos términos refieren a la historia de Cuba, el primero a la Enmienda Platt, apéndice constitucional impuesto por los Estados Unidos a la Constitución de 1901 que mediatizaba la independencia y subordinaba la soberanía nacional. El segundo a una corriente política que pugnaba en el siglo XIX por la anexión de Cuba a los Estados Unidos.
  19. En este sentido puede decirse que se resuelve la contradicción apuntada por Marshall (1965) entre igualdad formal ciudadana que encubre intereses y diferencias que el Estado Benefactor no alcanza a resolver del todo.
  20. El aumento de los niveles de educación y acceso a la cultura condiciona mayores posibilidades de comunicación y participación porque amplía las capacidades individuales de un desarrollo de habilidades y actitudes favorables a la participación política y constituye un elemento importante para la creación de un espacio público donde los ciudadanos puedan discutir los asuntos de la comunidad.



## Cuba en el “Periodo Especial”: de la igualdad a la equidad

JUAN VALDÉS PAZ

### INTRODUCCIÓN

La hipótesis de que partimos es que la crisis de los noventa forzó la implementación de estrategias de salida y que ambas, crisis y estrategias, dieron lugar a cambios en la sociedad cubana que obligaron a suplantarlo por otro basado en relaciones equitativas<sup>1</sup>.

Como se sabe, la igualdad es una noción formal y abstracta, una noción límite que en la realidad social solo aparece en las formas jurídicas y en el pensamiento utópico. Lo que constatamos en la sociedad son diferentes grados de desigualdad y de tendencias a su crecimiento o disminución. Parece pues, más útil la propuesta de la socióloga Mayra Espina de referirnos a “patrones de desigualdad” para medir las diferencias aceptables y vigentes en cada período (Espina 2003). En este sentido, los años noventa mostrarían el paso de un patrón de menor desigualdad en la sociedad cubana a otro de mayor desigualdad real y aceptable, para la opinión dominante.

La noción de equidad supone un criterio moral y social acerca del patrón de desigualdad deseable y posible en un momento dado. Algunos de estos criterios equiparan la equidad a la igualdad; otros la definen como “igualdad de oportunidades y en los caminos para llegar a ella” (Ásael 1998). En este último sentido, la sociedad cubana transitaría de un patrón de equidad igualitaria a uno eticista, en que el que las diferencias pueden estar justificadas.

Estas nociones deben ser contrastadas en la sociedad real mediante indicadores operacionales que la describan en sus distintas dimensiones y no solo en la económica. (Ver Anexo A) La situación descrita sería tanto el efecto del desarrollo socioeconómico alcanzado como de los escenarios

confrontados y de las políticas públicas para superarlas. La preservación del patrón de desigualdad deseable o la instauración de un patrón de equidad viable, supone tanto una voluntad política como una opinión pública que los promuevan. La sociedad cubana del “período especial” mostraría tanto la evolución de esos patrones como el papel de los sujetos sociales y actores políticos en su promoción.

Por otra parte, el discurso político cubano tendería a evolucionar desde la propuesta de una sociedad igualitaria, fundada en mecanismos de distribución igualitaria de todos o de casi todos los bienes y servicios, a la de una sociedad equitativa, fundada en la igualdad de acceso a provisiones básicas y de igualdad de oportunidades en el acceso a bienes y servicios escasos. En ambas versiones las propuestas adolecen de economicismos al no incorporar explícitamente, la igualdad o equidad en la libre determinación de los sujetos, el posicionamiento social, el empoderamiento y la participación. No obstante, asumiremos en nuestro examen esta multidimensionalidad de toda propuesta socialista.

La crisis de los años noventa precipitó reformas que en gran medida se hacían necesarias en la sociedad cubana de los ochenta, caracterizada por:

Un sistema económico de crecimiento extensivo, de baja eficiencia, estructurado sobre sectores tradicionales y con tendencia a fuertes desequilibrios macroeconómicos. Este sistema se hallaba dotado de un alto nivel de seguridad social.

- Un sistema civil estructurado, básicamente, sobre sus perfiles ocupacionales, una población mayormente joven y con una alta equidad entre sus grupos sociales.
- Un sistema político fuertemente centralizado, con un alto nivel de legitimidad, gran capacidad de movilización social, amplios espacios participativos y restricciones democráticas consensuadas.
- Un sistema cultural virtualmente universal aunque lastrado por manifestaciones de una ideología de Estado, dotado de amplios recursos y de un alto potencial creativo.

La crisis de los años noventa, originada en causas externas, impactó sobre la sociedad cubana de ese momento deteniendo abruptamente su desarrollo, modificando sus condiciones de existencia y exigiendo un enorme esfuerzo de resistencia y recuperación por parte de la población.

Con la declaración del “Período Especial en Tiempos de Paz” el gobierno dio cuenta de una nueva etapa de la sociedad cubana, en gran medida ya preparada para las situaciones contingentes de una guerra, que no por precipitada, dejaba de mostrar sus secuelas de destrucción del capital social, desorganización y sufrimiento humano.

La crisis cubana coincidió con un debate internacional sobre la “transición” al capitalismo de las sociedades llamadas socialistas de Europa del este (Taibo 1998 y VVAA 1992). La posición cubana era entonces de defensa de todas las experiencias de orientación no capitalistas; su percepción de estas “transiciones” era de una traición a los intereses nacionales y populares en lo político y de una regresión de enorme proporciones en lo social. La opción cubana en las nuevas condiciones quedó plasmada en el lema “Salvar la Patria, las Conquistas de la Revolución y el Socialismo” mediante el cual se movilizaba a la población a la resistencia y a la lucha, en una propuesta estratégica que era también un orden de prioridades en los nuevos escenarios.

Un sucinto examen de cada uno de estos escenarios nos revela cambios en las relaciones sociales preexistentes, en las instituciones y en los respectivos actores. A la vez se observa una relativa disminución de la capacidad del régimen sociopolítico para prevenir y controlar estos procesos de cambios.

### ESCENARIO INTERNACIONAL

La disolución del Pacto de Varsovia, el derrumbe del socialismo europeo y la extinción del Estado Soviético, produjeron una brusca modificación del sistema internacional, dando el paso desde un equilibrio bipolar a uno fundado en el dominio político militar incontrastable de los EEUU, así como a un escenario conformado por una nueva geopolítica y una nueva geoeconomía.

Estos cambios en el sistema internacional implicaron para Cuba la desaparición de su marco de integración económica, la pérdida de sus aliados políticos y la caída de su umbral de defensa. Como se sabe, Cuba concentraba en los países miembros del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) el 80% de intercambio económico; el 95% de la ayuda al desarrollo; y la casi totalidad de sus recursos defensivos).

En cuestión de meses la Revolución Cubana se vio impelida a reinserirse en el mercado mundial, reorientar sus áreas de integración económica y enfrentar las condiciones de la globalización neoliberal en curso.

Cabe señalar ahora el éxito de Cuba en lograr una rápida reinserción económica internacional (Álvarez 1995).

De mayor dificultad fue para la Isla reorientar una compleja política exterior que compartía intereses con el bloque socialista europeo y el movimiento de países no alineados. Se trataba de resistir las políticas de aislamiento de los nuevos y viejos adversarios, así como de ampliar sus relaciones bilaterales y multilaterales. De hecho, el gobierno cubano logró ampliar su protagonismo en el sistema de Naciones Unidas y mejorar considerablemente sus relaciones diplomáticas con Estados y organizaciones de las distintas regiones, como lo demuestra el ingreso de Cuba a esquemas de integración económica como el CARICOM, a ALADI y de posible asociación al MERCOSUR<sup>2</sup>.

Las relaciones de Cuba con EEUU en el “Período Especial” han mantenido su carácter conflictivo, acorde al patrón seguido por sucesivas Administraciones norteamericanas desde 1959. El período aparece enmarcado entre las administraciones de Bush padre y Bush hijo y en su transcurso la política norteamericana se habría empleado a fondo mediante las Leyes Torricelli de 1991 y Helms–Burton de 1996, caracterizadas por el reforzamiento del bloqueo, la codificación de todas las medidas y sanciones, así como su expresa vinculación a un proyecto político de reversión del país a las condiciones anteriores a 1959. El fracaso del bloqueo económico como la “solución final” ha dado lugar a tendencias hacia la formulación de una nueva estrategia de relaciones con Cuba, favorecidas por sectores menos ideologizados del establishment y grupos de interés económico. Estas tendencias se han visto de momentos estorbadas por una administración comprometida con estrategias globales de dominación no compartida y por el papel orgánico otorgado por aquella a la extrema derecha cubana de Miami, en la implementación de políticas hacia Cuba y América Latina.

Visto de conjunto, el escenario internacional le presenta a Cuba nuevos retos y mucha mayor incertidumbre. El Gobierno habría logrado evitar el aislamiento político y preservar gran parte de su protagonismo aunque en condiciones más desfavorables.

### ESCENARIO ECONÓMICO

Al comenzar nuestro sucinto examen de los “escenarios” internos—económico, social y político—queremos llamar la atención sobre que los efectos de la crisis del período observados en estos escenarios, han sido

totalmente desproporcionados entre ellos. Así, mientras que el escenario económico muestra haber sufrido una verdadera hecatombe, sus manifestaciones en el escenario social, aunque importantes, habrían sido mucho más leves; y el escenario político mostraría una gobernabilidad casi total. De hecho, la recuperación en los distintos escenarios mostraría la misma gradación pero invertida: mayor en el político, mediana en el social y mucho menor en el económico, como muestran los respectivos indicadores. Esta gradación de los efectos en los diferentes escenarios revelaría, en nuestra opinión, las capacidades objetivas y subjetivas de un régimen como el cubano para administrar una situación de crisis semejante.

Este escenario económico es aquel en el cual el impacto de la crisis ha sido catastrófico y en el que se han producido los cambios más importantes del período. En más de una década de “período especial” podemos distinguir hasta tres subperíodos, a saber:

**De 1990 a 1994 – Sobrevivencia.** Este subperíodo se inició con la caída libre de la economía cubana que perdió en un trienio el 36% de su PIB, más del 40% del consumo de la población y una no cuantificada masa de capital social. En él se enmarcaron las estrategias planificadas para un escenario de contingencia, se implementaron medidas urgentes frente al desplome de las disponibilidades energéticas y productivas del país, así como frente al deterioro del nivel de vida (ONE, 1998)<sup>3</sup>.

**De 1994 al 2001 – Recuperación.** En este subperíodo se inició la recuperación de la economía a partir de estrategias de salida de la crisis integrada por políticas de ajuste, medidas de apertura o liberalización de la economía y por cambios estructurales. (Ver anexo B). De hecho, al finalizar el período, la estructura económica se habría modificado en distintos aspectos, tales como: un sistema monetario dolarizado; diversificación de las formas y estructura de la propiedad sobre los medios de producción; la ampliación de las relaciones monetario mercantiles y el surgimiento de espacios de mercados libres; cambios en la estructura sectorial de la economía con el sector turístico como su “locomotora”; mayor peso absoluto y relativo de las remesas familiares en el ingreso externo; y un nuevo modelo agrario basado en una nueva estructura de tenencia de la tierra, la reorganización de la producción, un nuevo modelo tecnológico y un nuevo modelo de incentivación (Valdés Paz 2000).

Otros cambios relevantes orientados a la recuperación, fueron de carácter institucional, tales como la descentralización administrativa, la

reforma bancaria, creación de una esfera empresarial operante en divisas, el inicio del “perfeccionamiento empresarial”, el reordenamiento jurídico y la redefinición del Plan y la planificación.

Las estrategias de recuperación proporcionaron un crecimiento de la economía entre 1995 y el 2001 del 4,0% medio anual, así como una relativa modernización de ciertos sectores, la mejora del consumo alimentario y la constitución de un sector económico de propiedad mixta (ONE 2002).

**Del 2001 hasta la fecha - Recesión.** Con los sucesos del 11 de septiembre del 2001 en EEUU y su impacto exterior, se iniciaron cambios en la economía nacional de signo recesivo, como la caída de precio de las materias primas, incremento del precio de los energéticos y alimentos, contracción de las actividades turísticas y de transportación aérea, caída de la inversión directa, incremento del gasto militar, etc. Tal situación y el agotamiento de algunas de las medidas de apertura, dieron lugar a una inflexión y caída del ritmo de recuperación al 2% promedio anual, produciendo una dilación en la meta de regreso al producto interno bruto del año 1989<sup>4</sup>.

Por otro lado, se ha iniciado una reconversión del sector azucarero que permitirá utilizar sus recursos excedentes en apoyo a otros sectores y racionalizar los actuales niveles de subsidio. Se trata de la transformación económica de más largo alcance entre las emprendidas en el período con un enorme y previsible impacto sobre la sociedad y la cultura cubana (MINAZ 2001).

El aspecto más destacado del escenario económico del período ha sido la política social de la Revolución, núcleo duro de las estrategias de la recuperación y máxima prioridad política del régimen<sup>5</sup>. De hecho, el gasto público en política social se habría recuperado antes que el conjunto de la economía—en 1999 ya superaba su nivel de 1989—y habría pasado del 20% del PIB en 1989 al 30% en el 2001. La capacidad del régimen para sostener lo fundamental de la “obra de la revolución”—salud y educación gratuita para toda la población, deporte y cultura, seguridad social, canasta básica de alimentos, servicios públicos y comunales, asistencia social etc.—limitando primero su afectación y sobrepasando más tarde su calidad y cobertura, le ha permitido al régimen, limitar los efectos sociales de la crisis económica, asegurar un alto nivel de calidad de vida y mantener un consenso político mayoritario (CEPAL-INIE 2003).

Actualmente, la política social mantiene su prioridad absoluta—en términos relativos el gasto social eleva su peso en el PIB—en condiciones de baja recuperación de la economía lo que vuelve al gasto social más una consecuencia de la prioridad política que un efecto del desarrollo de la economía.

Otro aspecto de la recuperación se refiere al empleo cuya contracción en los primeros años de los noventa produjo hasta un 10% de desempleados. La gradual recuperación de la actividad económica más un conjunto de medidas al efecto—incremento de la matrícula en la enseñanza media y superior, la condición de trabajo estudio y la creación de nuevos servicios sociales—permitieron rebajar el nivel de desempleo hasta el 5% en 1999 y al 2,3 % en el 2003 (Morales Cartaza 2004). Esta recuperación del empleo estuvo acompañada de un cambio de estructura en la cual el Estado pasó de ser el empleador del 92% de toda la fuerza del trabajo en los años 80, al 76,6 % a comienzo del 2002, en favor de un emergente sector privado (ONE 2002).

Cabe señalar que una parte importante de esta recuperación se debe a un empleo estatal basado en el incremento del gasto presupuestario, el que incrementó su función de proveedor social de oportunidades.

La recuperación del sector externo—excluyendo el sector turístico—se halla por debajo de la del conjunto de la economía. De hecho, se habrían producido importantes cambios estructurales en el sector pero insuficientes para una mayor dinamización de la economía (ONE 2002):

*Comercio Exterior.* La rápida rearticulación al mercado mundial, el cambio en la estructura de valor de las exportaciones y en su destino, así como la flexibilización del monopolio estatal del comercio exterior, han sido parte de los logros alcanzados en el período.

El derrumbe de las exportaciones azucareras, una estructura de exportaciones básicamente tradicionales y una balanza comercial crecientemente deficitaria, son parte de las dificultades no superadas en el sector.

*Finanzas Externas.* Las finanzas externas en general y la falta de divisas en particular, siguen siendo uno de los puntos de estrangulamiento de la recuperación. De hecho, la economía cubana carece de crédito internacional, dispone de un bajo nivel de ayuda, el monto de la inversión extranjera es insuficiente y las remesas familiares son un factor determinante en el equilibrio de la balanza de pagos.

Podría calificarse de milagro que Cuba haya logrado en este escenario económico mejorar sus índices de desarrollo humano y avanzar en su posición entre todos los países hasta el lugar 52 en el año 2003 (PENUD 2003). No obstante, el tema del desarrollo y de las estrategias de desarrollo, desde y más allá del llamado “período especial”, es objeto de preocupación y debate entre los científicos y políticos del país. Los temas de inserción internacional, desarrollo sectorial, papel del mercado, modelo de incentivación económica, transformaciones científico técnicas, etc., se resumen en el debate sobre un nuevo modelo de acumulación y desarrollo, apenas iniciado.

Si bien factores azarosos—como cambios en la política de EE.UU. hacia Cuba; hallazgo de grandes reservas petroleras y una mejora de su sector externo, etc.—pudieran crear condiciones más favorables al desarrollo, este dependerá en mayor medida de una estrategia basada en factores endógenos.

### ESCENARIO SOCIAL

El escenario social, es decir, el espacio de los sujetos y relaciones sociales, ha sufrido aunque en mucha menor medida que el económico, los impactos de la crisis. Los cambios que se aprecian hoy en la sociedad cubana tienen diversas fuentes, a saber: el modelo de “transición socialista” de los años ochenta; los cambios internacionales; la crisis económica de los noventa; y las estrategias de salida de la crisis.

El primero y más grave de estos cambios, ha sido el incremento de la desorganización social—indisciplina social, delitos, corrupción, prostitución, narcotráfico, emigración ilegal y otros—hasta niveles desconocidos a lo largo del período revolucionario. La diversidad de formas y de actores asociados a estas manifestaciones se relacionan con diversas condiciones que van desde el impacto de la crisis económica, pasando por las oportunidades de ingresos extraordinarios originadas en la escasez, la dualidad monetaria y la demanda turística; hasta las expectativas reforzadas de consumo. Aunque una mayor desorganización social pareciera explicarse o justificarse por los efectos de la crisis, en realidad tal desorganización ha devenido en una nueva fuente de desigualdad social.

Las acciones emprendidas contra estas tendencias—jurídicas, policiales, ideológicas y de control social—así como la recuperación económica, permitieron declinar la curva de desorganización hasta valores cercanos a los valores normales aunque ahora coexistiendo con condiciones

favorables a su eventual incremento. De hecho, la sociedad cubana transita con un nivel de desorganización social inédita ante de los años noventa y que la acompañará por un tiempo indefinido, dadas las condiciones favorables a su reproducción. Los grupos e individuos ligados a estas actividades lograron alcanzar ventajas respecto de otros grupos y cierta capacidad de influencia sobre su entorno social.

A estas tendencias se agrega el surgimiento de una franja de pobreza estimada en el año 2003 cercana al 20% de la población—y otra de marginalidad que no por ser específicas de la sociedad cubana dado su nivel de sociabilidad, seguridad social, instrucción, etc. dejan de ser una manifestación ligada a la crisis y dependiente de su superación. Estas manifestaciones evidencian extremos de los procesos de diferenciación social presentes en el escenario actual.

Aunque de manera menos perceptible, la estructura social manifiesta en distintos grados, cambios inducidos por diversas fuentes. De hecho, la estructura social se ha visto modificada aceleradamente bajo fuertes tendencias a la diversificación de los grupos sociales y a la mayor desigualdad entre los mismos. Podemos comentar brevemente tales cambios como sigue:

**Estructura demográfica.** La población cubana, unos 11,2 MM de residentes en la isla, mostraba en el año 2001 una fuerte tendencia a polarizarse entre jóvenes y viejos, un bajo crecimiento y un envejecimiento acelerado, como efectos del incremento de la expectativa de vida. De hecho, el decrecimiento relativo del PEA y el crecimiento absoluto de la población senescente, el 14,4% de la población en el 2001, se convierten en dos obstáculos al desarrollo económico (ONE 2002).

**Estructura socio clasista.** La estructura socio clasista cubana se había caracterizado porque a los factores generales que la conforman<sup>6</sup> se agregaban los de una estructura ocupacional, estatal en más del 90%; y una estructura de ingreso, fuertemente dominada por el salario. Estas dos características habrían aminorado su influencia en la conformación de la estructura socio clasista actual, como resultado de los cambios estructurales ocurridos en el escenario económico del período. De hecho, se habrían fortalecido las determinaciones económicas sobre la estructura de los años noventa y la configuración socio clasista habría evolucionado hacia: a) una mayor diversificación de sus componentes socio clasistas; b) un incremento de la desigualdad entre los grupos y al interior de éstos, como efecto de la diferenciación en los ingresos en divisas de segmentos poblacionales; c) ascenso social más selectivo y tendencias excluyentes; y

d) una alta movilidad social horizontal del sector estatal al no estatal y de los tradicionales a los emergentes.

**Estructura generacional.** Para el año 2000 se podían distinguir hasta cinco generaciones coexistiendo en la sociedad cubana. Entre estas existe un alto componente filial, baja conflictividad y un alto nivel de actividades compartidas, pero la crisis de los noventa habría impactado la estructura generacional, produciendo mayores diferencias entre las generaciones, particularmente entre las tres mayores y las dos más jóvenes, marcando una tendencia hacia la discontinuidad. A diferencia de la experiencia vivida por las anteriores generaciones, para sectores de las nuevas la calificación no implica el ascenso social; el empleo no está garantizado y puede estar acompañado de una caída de status; y el ingreso salarial no garantiza el nivel de consumo (Domínguez 1998 b). Otras muchas diferencias subjetivas se derivarían de sus distintas experiencias históricas.

Este incremento de la desigualdad entre generaciones ha demandado políticas paliativas orientadas a reequilibrar en lo posible la estructura socio clasista y a preservar la equidad mediante acciones afirmativas.

**Estructura de Género.** La notable disminución de la desigualdad entre las mujeres y los hombres alcanzada entre los años 50s y 80s; se vio a comienzo de los noventa afectada por la feminización de la crisis y el retroceso temporal en alguno de sus indicadores de desarrollo, como el empleo social, el tiempo libre, la matrícula escolar, etc. Estos se habrían recuperado al ritmo de la economía y de los servicios; mediante acciones afirmativas al efecto. De hecho, la mujer cubana aventaja a los hombres en los indicadores de escolaridad, salud y expectativas de vida; y habría alcanzado notables niveles de inserción social y un menor patrón de desigualdad, pero la equidad de género estaría aún lejos de alcanzarse plenamente.

**La familia.** El conjunto de las familias cubanas crece en los años noventa a una tasa del 2,2% anual, determinada por una alta matrimonialidad—del 6% anual entre 1990 y 1998—y también alta divorcialidad—del 3,6% en igual período. Aunque la familia nuclear es preponderante se nota un incremento de la familia extensa por incidencia de la escasez de vivienda y la edad laboral de sus miembros; así como un incremento de las familias monoparentales en su mayor número con mujeres de cabeza de familia.

La institución familiar ha acentuado su importancia en los años del período especial, tanto para la población que encuentra en ella el sustento de su vida cotidiana, una red de solidaridad y una fuente de recursos; como

para el Estado que finalmente la reconoce como un eslabón imprescindible de sus políticas públicas y un factor insustituible de sociabilización.

Como podemos observar, la estructura social aparece en el período atravesada de procesos de cambios que como efectos de la crisis y principalmente, de las estrategias de salida de la crisis, la han hecho evolucionar desde ser la más igualitaria del mundo—consideraciones aparte—a una estructura social regida por un patrón de mayor desigualdad. Esta transformación ha sido compensada con un más alto patrón de equidad, mediante políticas y acciones afirmativas sobre la estructura social en general, y sobre las estructuras generacionales, de género y de familia en particular.

También en la subjetividad social de los distintos grupos, se advierten cambios en el período, como efecto de diversos factores, entre ellos: los propios cambios en la estructura social, el derrumbe del campo socialista europeo, y la propia experiencia del socialismo cubano, así como las percepciones sobre la crisis y las estrategias de salida.

Otros cambios relevantes se han manifestado en la esfera ideocultural. El impacto—obviamente más difícil de precisar—de los acontecimientos y demás transformaciones se ha expresado en esta esfera de manera contradictoria: a) la estructura ideológica dominante, ya en proceso de conversión de sus tradiciones “marxistas leninista” desde mediados de los ochenta, vería acelerado este proceso bajo el impacto del derrumbe soviético y la entrada a escenarios tan imprevistos como inciertos, en los noventa; b) los nuevos desafíos y la inoperancia de acudir a una ideología de Estado, determinaron el confinamiento de la ortodoxia a algunos espacios de la política y la apertura a una nueva heterodoxia que en parte ha sido cubierta con el regreso a la tradición del marxismo revolucionario y en parte con la emergencia del pensamiento martiano. A ello han contribuido, en sentido negativo, los cambios mundiales, los procesos de globalización neoliberal, el auge del imperialismo y la desmovilización de la izquierda política; y en sentido positivo, los movimientos sociales, las experiencias china y vietnamita, el surgimiento de una nueva izquierda política y el auge de una cultura que es a la vez, nacional y cosmopolita.

Otro aspecto de los cambios ideoculturales se refiere al incremento de la religiosidad y a la bancarrota de una religión de Estado, traducida en términos de “ateísmo científico”. Las políticas de apertura y



reconocimiento de la religiosidad popular y de las iglesias, ha propiciado el sinceramiento de la sociedad con todas sus creencias y la conciliación entre la conciencia política y la religiosa de las masas.

Desde fines de los noventa se puso en curso una nueva campaña, denominada “Batalla de Ideas”, en la que se pone un nuevo énfasis en los aspectos subjetivos de la revolución y en la formación de las nuevas generaciones en ideales igualitaristas, internacionalistas y humanistas, con las cuales enfrentar en general, los cambios mundiales, la revolución científico técnica y el nuevo auge del capitalismo; y en particular, la continuidad y los cambios en la Revolución Cubana.

Sin embargo, se hace de notar en esta campaña la no inclusión de un más amplio examen de la realidad nacional y de un libre debate sobre el modelo de transición socialista que deberá surgir del período especial

#### ESCENARIO POLÍTICO.

Lo primero a resaltar en el examen del escenario político es su altísima y sostenida gobernabilidad manifiesta en su enérgica conducción de los procesos sociales del período, en su capacidad para administrar la crisis, en la continuidad de todas las funciones del sistema y en la reproducción del régimen revolucionario<sup>7</sup>. Las tendencias más favorables a un déficit de gobernabilidad como un entorno internacional adverso, la crisis económica y sus efectos sociales, los cambios en el patrón de incenti- vación, la erosión del consenso, la insatisfacción de demandas y otras, no han podido incidir en un descenso visible de la gobernabilidad del sistema político. De hecho, la llamada “crisis de los balseros”, las manifestaciones de protesta pública en el verano del 1994 y la emigración ilegal; han sido apenas desafíos a la estabilidad del régimen y a su total control sobre el territorio, el orden público y la oposición contrarrevolucionaria.

Solo la amenaza externa afecta a la gobernabilidad del sistema político al imponerle un síndrome defensivo y de unidad permanente.

La evolución del escenario político interno aparece demarcada a lo largo del período especial por: las constricciones del escenario internacional; las consecuencias de la crisis; la agenda fijada por la opinión pública en el debate nacional del llamado al IV Congreso del PCCC; y por la percepción que tiene la cúpula política sobre las amenazas a la sobrevivencia de la Revolución, en los nuevos escenarios. Los fuertes condicionamientos del período no han impedido, ni han servido de excusa para

dejar de promover importantes cambios en el sistema político, ni en su desarrollo democrático. Algunos de los cambios más relevantes han sido:

- La Reforma Constitucional de 1992—de hecho, una reelaboración del texto constitucional—que propició los cambios en el sistema económico y la descentralización del sistema político.
- Importante reforma institucional que redujo a la mitad los Organismos Centrales del Estado, las Fuerzas Armadas y la burocracia.
- Un mayor desarrollo del Gobierno Local, mediante la ampliación de sus facultades, la constitución por separado de los Consejos de Administración y la creación de los Consejos Populares, como nueva instancia de coordinación en la demarcación de zonas, barrios o poblados.
- No menos importantes, el incipiente desarrollo de movimientos comunitarios

La crisis de los noventa tampoco ha impedido un mayor desarrollo de la democracia socialista cubana ya se defina ésta en su perspectiva institucional o ciudadana<sup>8</sup>. En este sentido se destaca:

- Una ampliación y consolidación de los derechos humanos y ciudadanos con énfasis en los derechos sociales, culturales y ecológicos
- El funcionamiento ininterrumpido de la representación política mediante procesos electorales basados en la nueva Ley Electoral de 1992 que establece el voto directo, universal y secreto, para todos los órganos representativos del Estado; candidaturas cerradas pero condicionadas por el voto libre y la mayoría absoluta de los votos emitidos; y la separación del PCC del proceso electoral. En el “período especial” se han realizado seis elecciones a los Órganos del Poder Popular en el nivel municipal y tres para los niveles nacional y provincial.
- El funcionamiento en distintos grados del mecanismo de control democrático como el mandato imperativo, la rendición de cuenta de los electores y la revocabilidad.
- Notable incremento de la participación política como el efecto de la ampliación de los espacios participativos—Consejos Populares, Movimientos Comunitarios, Movilizaciones, Consultas, Asociaciones

Civiles, etc.—y de su reconocimiento como condición de una democracia socialista. Sin embargo, el nivel de participación directa sería insuficiente y su mayor desarrollo estaría afectado por el carácter centralizado del sistema político, sus tendencias burocráticas, las diferencias en las oportunidades de participación según los distintos momentos de su proceso—particularmente la toma de decisiones—y el nivel de cultura política alcanzado por los cuadros dirigentes y la población.

- Una mayor aunque insuficiente, apertura informativa.
- No obstante este mayor desarrollo democrático en las condiciones del período, la democracia cubana mantendría restricciones—a la oposición legal, la información, la propaganda política, la libertad de circulación—que no por reconocidas y consensuadas, dejan de ser situaciones a superar.

El período muestra un mayor desarrollo de la sociedad civil cubana, tanto en el incremento de sus organizaciones civiles—organizaciones de masas, asociaciones, instituciones eclesiales, mayor papel social de la familia—como en su incidencia sobre el sistema político. Sin embargo, el insuficiente desarrollo de una esfera pública limita el papel de la sociedad civil en su contribución al desarrollo del país y en su función de control sobre los demás sistemas.

La crisis del período habría estrechado la base social del régimen revolucionario cubano, sin afectar el apoyo mayoritario de la población ni incrementar la oposición. Esto se probaría en las encuestas públicas, en los procesos electorales y en la capacidad movilizadora del sistema político. De hecho, la legitimidad del régimen cubano—su capacidad de construir el consenso—sería muy alta si tenemos en cuenta sus fuentes históricas, jurídicas, sus realizaciones, su desarrollo democrático y la ascendencia de su liderazgo.

Sin embargo, esta legitimidad enfrenta importantes desafíos en la medida que su fuente histórica pierda peso, no se haya consolidado un Estado de derecho, la capacidad del régimen de satisfacer demandas y expectativas sea limitada, permanezcan restricciones al desarrollo democrático y se avecine una renovación del liderazgo histórico.

Podemos concluir que en el período este escenario manifiesta tanto un incremento de la igualdad como de la equidad en el sistema político sin que falten restricciones a la representación y participación de sectores ciudadanos en el mismo.

### CONCLUSIONES PROVISIONALES

Visto de conjunto, podemos concluir que diversos procesos de cambios han incidido en la sociedad cubana en los años noventa y primeros de este siglo, modificándola en el corto y mediano plazo, así como instaurando tendencias a una mayor diversificación de las relaciones y los actores sociales. No obstante, estos cambios de diferente grado y en los distintos escenarios, no han alterado en lo fundamental la continuidad del régimen económico, social y político, instaurado en el país bajo la advocación de la Revolución.<sup>9</sup>

Estos años del llamado “período especial” tendrían como meta recuperar el nivel de actividades de la segunda mitad de los ochenta, pero aún entonces la sociedad cubana padecería de serios desequilibrios, de una lenta recuperación, de nuevas condiciones externas e internas y de la necesidad de nuevos cambios. Ello quiere decir que la sociedad cubana tendría que evolucionar en el sentido de sus propios objetivos socialistas, haciendo a su sociedad civil más diversificada y autónoma; a su sociedad política más participativa; a su orden legal más inclusivo; a su burocracia más legítima; y a su economía más eficiente y equitativa.

El escenario de crisis desencadenado a comienzos de los noventa ha probado la capacidad de la población cubana de resistir y superar la crisis, así como la capacidad del régimen para administrar los efectos y salida de la crisis; particularmente, limitando los efectos de la crisis económica sobre los escenarios social y político. En realidad, la preservación de la equidad social ha dependido de políticas públicas al efecto.

La prolongación del período especial y sus consecuencias han dado lugar a un debate interno, más o menos abierto, sobre la estrategia más idónea para remontar la crisis y minimizar los costos políticos y sociales correspondientes. Este debate podríamos resumirlo en dos posiciones extremas, entre las que median los más diversos matices. De un lado, la estrategia de salida de la crisis se concibe como el conjunto de medidas mínimas necesarias cuya implementación ha de ser gradual y controlada. Del otro, la estrategia alternativa concibe la salida de la crisis en el menor tiempo posible, tomando todas las medidas de liberalización que sean necesarias para ello.

Cabe destacar que entre estas posiciones extremas existen otras propuestas en las que se concilia la necesidad de importantes cambios con la de restricciones y regulaciones económicas y extraeconómicas que preserven las condiciones para la reproducción socialista del sistema<sup>10</sup>.

La sociedad cubana salida de la crisis, cualquiera que sea el criterio de “salida”, habría sido objeto de grandes transformaciones y como ya señalamos, estará emplazada a nuevos cambios. Cualquiera de las estrategias que se adopten dará lugar a una sociedad más desigual pero deberá asegurar que sea más equitativa, es decir fundamentalmente justa<sup>11</sup>.

Ese modelo tendría que ser viable en las nuevas condiciones nacionales e internacionales; garantizar el desarrollo; preservar la equidad social; y sobre todo, asegurar la independencia del país. El rechazo a modelos de transición inadecuado a las condiciones y objetivos del régimen cubano, deja en pie la necesidad de discernir o crear un modelo propio, una versión de la transición socialista que ha de ser nacional en su forma y contenido; y universal por sus objetivos últimos.

La transición en curso en la sociedad cubana parece conducirse con una mayor o menor correspondencia con estas metas, no obstante la presencia de tendencias contradictorias y la incertidumbre de todo futuro.

Una última conclusión se refiere a los sujetos sociales. Parecería que independientemente de las estrategias de salida de la crisis, los sujetos sociales emergentes del período especial no serán los mismos. De hecho, es posible percibir cambios individuales, grupales, socio clasistas y generacionales que influenciarán sobre los nuevos actores.

Al respecto, se plantean entre otros, dos grandes desafíos: la capacidad del modelo establecido de utilizar en todos los sistemas el enorme capital humano creado por la Revolución; y reproducir en las nuevas generaciones el compromiso con el proyecto socialista. Ambos objetivos se muestran, son a la vez, condición y parte de otros objetivos más distantes.

**ANEXO A**

ESCENARIO	IGUALDAD	EQUIDAD	MEDICIÓN
<b>Económico</b>	Igual ingreso económico Igualdad consumo Igual nivel de vida	Igualdad de oportunidades y de medios No explotación Igual calidad de vida	Relación entre los grupos de ingreso: • Estructura del Ingreso • Índice de Gini Nivel de provisión social Nivel de conflicto económico Índice de Desarrollo Humano
<b>Social</b>	Igualdad de los grupos sociales Igualdad de los sujetos en la relación social.	No discriminación No exclusión Desarrollo de la sociedad civil Autonomía privada	Grado de diferenciación social Nivel de conflictos sociales Índices delictivos y penales
<b>Político</b>	Igualdad ante la Ley Igualdad de derechos políticos Igualdad de poderes de: • las instituciones del Estado • los grupos sociales en la esfera pública Igualdad en los procesos de representación Igualdad de información	Nivel de democracia • grado de libertad • grado de igualdad ciudadana • grado de participación Acceso a la esfera pública Descentralización Autogobierno Acceso a la información	Índices de participación electoral Correlación entre los poderes del Estado Nivel de conflictos políticos Instancias y diferencias jerárquicas

Fuente: El Autor

**ANEXO B**

TIPO	AÑO	ACCIONES
Institucionales	1992	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Reforma Constitucional:</li> <li>• Descentralización del monopolio estatal sobre el comercio exterior</li> <li>• Reconocimiento de la propiedad mixta y otras formas de gestión</li> </ul>
	1994	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Reorganización de la Administración Central del Estado. Reducción del número y tamaño de sus organismos</li> </ul>
	1990	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Decreto Ley de reorganización del sistema bancario y financiero</li> </ul>
Apertura Externa	1995	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Ley sobre Inversión Extranjera</li> </ul>
	1996	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Decreto Ley sobre Zonas Francas</li> <li>• Modificación Ley Arancelaria</li> </ul>
Nuevas formas de organización económica	1993	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Nueva Reforma Agraria mediante la creación en tierras estatales de Unidades Básicas de Producción Cooperativa, la creación de nuevos productores campesinos y la distribución de parcelas de autoconsumo</li> </ul>
	1999	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Difusión de esquemas de auto financiamiento en divisas en las empresas, ramas y sectores</li> <li>• Inicio de la implantación del programa de Perfeccionamiento Empresarial</li> </ul>
Nuevos espacios económicos	1993	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Decreto Ley sobre el ejercicio de trabajo por cuenta propia.</li> </ul>
	1994	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Decreto Ley creando Mercado Libre de Productos Industriales y Artesanales</li> </ul>

**ANEXO B continuación**

TIPO	AÑO	ACCIONES
Saneamiento Financiero	1994	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Aumento de precios a productos esenciales</li> <li>• Eliminación de gratuidades</li> <li>• Ley Tributaria</li> </ul>
Desregulación	1993	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Despenalización de la tenencia de divisas y creación de red comercial en estas monedas</li> </ul>
	1994	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Introducción de un nuevo signo monetario, el peso convertible</li> </ul>
	1995	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Apertura de Casas de Cambio en divisas</li> </ul>
Regulación		<ul style="list-style-type: none"> <li>• Sustitución de la planificación basada en balances materiales por la planificación financiera</li> </ul>
Orientación Económica		<ul style="list-style-type: none"> <li>• Desarrollo priorizado de los sectores turístico, minero y biotecnológico</li> <li>• Descentralización del comercio exterior y diversificación de su orientación geográfica</li> <li>• Reorganización del trabajo basado en la vinculación del ingreso al resultado de la producción y establecimiento de sistemas de estímulos materiales en sectores y ramas priorizadas</li> <li>• Preservación de las políticas sociales</li> </ul>

Fuente: Reelaboración por el autor de (Ferrol et al. 1998)

## REFERENCIAS

- Abbagnano, Nicolai. 1966. *Diccionario de Filosofía*. México, DF: F.C.E.
- Alvarez, Elena. 1995. “La apertura externa cubana”. *Cuba: Investigación económica*, no.1 (La Habana).
- Assael, Hugo. 1998. “La búsqueda de la equidad”. *Revista de la CEPAL, Número Extraordinario* (Santiago de Chile).
- Camou, Antonio; Julio Labastida Martín del Campo; and Noemí Luján Ponce. 2000. *Transición democrática y gobernabilidad: México y América Latina*. Mexico: FLACSO, IISUNAM, and Plaza y Valdés.
- CEPAL-INIE. 2003. “Las políticas y la evolución social y económica de Cuba en el quinquenio 1998–2002. Primer borrador de discusión”. La Habana: CEPAL-INIE.
- Domínguez, María Isabel. 1998. “Integración social de la juventud cubana: un estudio”. *Revista Bimestre Cubana*, no. 8, época VI (La Habana: SEAP).
- Espina, Mayra. 2003. “Componentes socioculturales y distancias sociales en la ciudad”. *Informe de Investigación*. La Habana: CIPS.
- Ferriol Muruaga, A; G. Carriazo Moreno; O. U-Echevarria; and D. Quintana Mendoza. 1998. “Efectos de políticas macroeconómicas y sociales sobre los niveles de pobreza: el caso de Cuba en los años noventa”. En *Política Macroeconómica y Pobreza: América Latina y el Caribe*, editado por E. Ganuza, L. Taylor and S. Morley. Nueva York: UNDP, ECLAC, IDB.
- Ministerio del Azúcar (MINAZ). 2001. *Documento de trabajo, Tarea “Alvaro Reynoso”*. N.p.
- Morales Cartaya, Alfredo. 2004. “Batalla de Ideas, Empleo y Seguridad Social”. *Granma*, 5 y 6 de marzo.
- Oficina Nacional Estadística (ONE). 2002. *Anuario Estadístico de Cuba, 2001*. La Habana: ONE.
- \_\_\_\_\_. 1998. *Cuba en Cifras, 1997*. La Habana: ONE.
- Rodríguez, José Luis. 2003. “Informe sobre los resultados económicos del 2003 y el Plan Económico Social para el 2004”. *Granma*, 25 de diciembre.
- Taibo, Carlos. 1998. *Las Transiciones en la Europa central y oriental*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- UNDP. 2004. *Human Development Report 2003*. Oxford: Oxford University Press.
- Valdés Paz, Juan. 2000. “Un examen de los cambios en curso y de su impacto en la sociedad cubana de los noventa”. Texto no-publicado.
- VV.AA. 1992. “Cambio y transformaciones en la Europa del Este”. *Número Temático de Debates*, no. 40 (Valencia).

## NOTAS

1. Las relaciones de igualdad suponen, además de una magnitud común, que los términos de la relación social puedan ser intercambiados sin que se modifique “el valor del contexto”; es el caso de la igualdad ante la ley, ante la norma moral, etc. La equidad sin embargo, se refiere a la justicia natural que acompaña a ciertas relaciones, de las cuales la de igualdad puede ser un caso. De esta manera, la equidad en las relaciones sociales supone ciertos criterios universales acerca de qué relaciones o condiciones son equitativas. Cfr. El concepto “Equidad” en (Abbagnano 1966).
2. Cuba mantiene relaciones diplomáticas con 181 de los 192 miembros de las Naciones Unidas. Es miembro electo de distintos Organismos del Sistema como la Comisión de Derechos Humanos y la de Desarrollo Económico y Social.
3. A manera de ejemplo mencionaremos alguna medidas como: el cierre de fábricas; el racionamiento total del consumo; la reutilización de la tracción animal; la producción emergente de alimentos; campañas de ahorro; etc.
4. El crecimiento del año 2003 se estimó convencionalmente en el 2,6% y sobre nueva bases en 3,8%. Cfr. (Rodríguez 2003).
5. En todas las estrategias económicas implementadas por el gobierno cubano desde 1959, las políticas de desarrollo social han ocupado un lugar priorizado. Esta esfera ha sido un componente central del modelo socialista cubano.—incluso con un mayor peso relativo que en cualquiera de las otras experiencias socialistas—y en lo fundamental, la expresión de su régimen de equidad. Esta política social es igualitaria en cuanto reconoce el derecho de todo ciudadano de disponer de su provisión social; y es equitativa en cuanto incluye acciones afirmativas a favor de los grupos más vulnerables o personas desvalidas.
6. Tales como: régimen de propiedad y de tenencia de los medios de producción; niveles de desarrollo tecnológico en las diferentes actividades económicas; sistema de formación profesional y de la fuerza de trabajo calificada; estructura ocupacional y política de empleo; estructura del ingreso y la política de salarios, de precios y ganancias; imagen subjetiva de la estructura socio clasista.
7. Para el concepto de “gobernabilidad” asumiremos la definición general de Antonio Camou de: “Un Estado de equilibrio dinámico entre el nivel de las demandas sociales y la capacidad del sistema político para responderlas de manera legítima y eficaz”. Tomaremos además en cuenta sus observaciones de que: a) la gobernabilidad es una relación entre el sistema político y su entorno, es decir, los demás sistemas sociales; b) no son los actores del Estado los que garantizan la gobernabilidad sino la conjunción de todos los actores concernidos; y c) gobernabilidad e ingobernabilidad son situaciones límites de un continuo que en la realidad social se nos muestra como grados más o menos altos de gobernabilidad. (Camou 2000).

8. Nos referimos aquí a la democracia política aunque la democracia, entendida en sentido socialista, se refiere al mayor o menor grado de democraticidad alcanzada por la sociedad en sus distintos sistemas. A la vez, definimos democraticidad como el grado de libertad, de igualdad, y de participación social, alcanzado en cada momento.
9. En nuestra opinión, si bien el actual régimen cubano dista mucho de su propuesta socialista, al comenzar el siglo XXI la sociedad cubana habría logrado sobreponerse a parte de los efectos de la crisis de los noventa, habría mantenido su orientación no capitalista y superado o mejorado muchos de los rasgos del modelo de transición dominante de los años 80. Una comparación de este autor sobre 23 aspectos "básicos" del modelo teórico del socialismo mostraría que en los escenarios catalizados por la crisis el actual régimen habría avanzado en 18 de ellos y se habría estancado o retrocedido en 5 de tales aspectos
10. De hecho, el Estado Cubano ha logrado preservar en gran medida su régimen de regulación económica, basado en diversos mecanismos, como: la planificación centralizada; la administración de precios; las provisiones físicas; el subsidio estatal; las restricciones al mercado; el racionamiento del consumo; el sistema impositivo; el monopolio de la banca; y otros.
11. Según el notable marxista español Francisco Fernández Buey, el socialismo se define más por lo que no es, por lo que niega del capitalismo, que por una propuesta de cómo debe ser.

## CAPÍTULO 6

### Cambios estructurales desde los noventa y nuevos temas de estudio de la sociedad cubana

MAYRA P. ESPINA PRIETO

#### COMENTARIOS INICIALES

El tema de la estructura social, de la estratificación y las desigualdades, ha tenido una presencia constante en las ciencias sociales cubanas, especialmente en la sociología, que es la disciplina social *estructurista* por excelencia, y puede decirse que ha quedado configurado como uno de los ejes centrales para la comprensión (y eventual intervención) de la realidad social, bajo el supuesto teórico de su capacidad descriptiva y explicativa de los caracteres de la reproducción social, tanto de su dimensión de estabilidad como de la de cambio.

Por razones diversas—expansión del marxismo como paradigma científico y como doctrina oficial, incremento de las relaciones académicas con los países socialistas europeos, acercamiento a la tradición marxista y crítica del pensamiento social latinoamericano, creación de un amplio sistema de estadísticas continuas, económicas y sociales, relevancia política oficial concedida en los documentos del Partido Comunista de Cuba al tema de la igualdad social, entre otras (Ver M. Espina 2000)—esta área de estudios fue ampliando sistemáticamente su peso dentro de las investigaciones sociales después de 1959 y, muy especialmente entre la segunda mitad de los '70 y finales de los '80, hasta convertirse en una de las que acumula un mayor número de resultados y materiales de investigación sobre la transición socialista cubana en sus diferentes etapas.

Esta línea de análisis transitó desde un enfoque sustentado en el llamado "proceso de homogeneidad u homogenización social", bajo el influjo de la sociología "regularista" soviética—que colocaba los énfasis en la medición de indicadores y de las regularidades (leyes-tendencias teóricamente esperables) del acercamiento y liquidación de las diferencias entre



clases y grupos sociales, en el entendido de que la promoción de la igualdad era el contenido fundamental de los cambios en el socialismo y que estos se producían guiados por una lógica progresivista ascendente *cuasi* lineal e irreversible, aplicable a cualquier contexto o circunstancia nacional—hacia una perspectiva crítica problematizadora, que trató de acercarse más a la comprensión de los procesos de transformación socialista desde el subdesarrollo y a la tensión entre tendencias de igualación y diferenciación, simultáneas y contradictorias, propias del socialismo, y los significados de heterogenización y desigualdad en este proceso.

El enfoque problematizador arribó a interesantes conclusiones que de alguna manera contradecían o matizaban las nociones de la perspectiva homogenista al considerar, por ejemplo, la complejización de las relaciones sociales que representaba la transición socialista (vs. la visión simplificadora); la reproducción de diferencias sociales en esa etapa no solo como consecuencia de la herencia capitalista, sino también como parte de una lógica diferenciadora socialista: la potencialidad conflictual de estas diferencias; la necesidad y posibilidad de concebir un repertorio amplio de propiedad social, no identificándola en términos absolutos con propiedad estatal; la legitimidad de abrir un espacio a la pequeña propiedad mercantil urbana, insertada en una lógica general socialista; la pertinencia de diseñar una política distributiva que atendiera tanto a la igualdad y a la integración social, como a la diversidad de necesidades e intereses de los distintos grupos sociales (Espina 2000). Desde esta óptica, más que centrar la atención en el proceso de homogeneidad social la teoría del socialismo precisa comprender la tensión entre igualdad y diferenciación social, entre la necesidad de reconocer las diferencias y de articularlas en un proyecto sociopolítico común.

Este pensamiento ha encontrado algunas barreras para su aceptación: fundamentalmente la concepción generalizadora o igualitarista prevalente en los diseños de las políticas sociales y la identificación del concepto de unidad nacional con el de homogeneidad social, subyacente en la prédica política del socialismo cubano, lo que conduce a escuchar con reserva propuestas que enfatizan el rol y significado de las desigualdades, que prioricen el estudio de los procesos de diferenciación y señalen las aristas conflictuales de las relaciones entre sectores sociales disímiles.

A pesar de ello, puede decirse que la sociología cubana logró acercarse a la construcción de un discurso crítico sobre los cambios socioestruc-

turales que acompañan la transición socialista desde el subdesarrollo, destacando su conflictividad potencial, su capacidad de generación de nuevas diferencias y retando el modelo homogenizador y estatalista de estratificación social, desde un rescate de la comprensión de la diversidad, lo que creó un precedente muy favorable para enfrentarse a los bruscos y acelerados impactos de recomposición de la estructura social que la crisis y la reforma de los '90 tuvieron sobre la sociedad cubana y que aún hoy continúan manifestándose.

Partiendo de ese enfoque crítico, este texto incluye una caracterización de las modificaciones más importantes que la crisis y la reforma han introducido en la estructura socioclasista cubana y una valoración de los nuevos temas que afloran en esta área de estudio.

### DESESTRATIFICACIÓN E IGUALDAD

El análisis que se presenta, ha tenido en su centro el concepto de *estructura socioclasista*, definida como entramado de posiciones, de grupos sociales y de las relaciones que se establecen entre ellos, que se configuran a partir, en primer lugar (pero no exclusivamente) de la división social del trabajo y de las relaciones de propiedad que constituyen la base de la reproducción material de una sociedad histórica concreta, entramado que expresa el grado de estratificación y desigualdad primaria, y de integración o exclusión que caracteriza a dicha sociedad, y que se conecta con otros ejes de articulación de diferencias sociales de naturaleza histórico cultural (de género, generaciones, raza, etnia, entre otros). Sin negar la relevancia de los factores subjetivos y socioculturales en la construcción de las diferencias y las desigualdades, aquí el concepto de estructura es usado en su dimensión de construcción externa al sujeto, armazón que es creada por la acción de actores sociales concretos y que puede ser transformada y significada por ellos, pero que objetivamente se encuentra constituida como un sistema de limitaciones para el posible repertorio de su acción. Ampliar o modificar dicho repertorio implica alterar y modificar la estructura que constriñe la acción. La noción de “repertorio de acción” se refiere al conjunto de posibilidades, de opciones de vida, de elección de trayectorias y de apropiación de bienes, materiales y espirituales, de oportunidades de ejercer cuotas de poder socialmente significativas, en el sentido de participar en la toma de decisiones y de influir sobre la distribución de recursos relevantes, de que disponen los sujetos individuales

y colectivos, en situaciones espacio-temporales concretas. Las ubicaciones socioestructurales suponen, desde esta óptica, un repertorio potencial delimitado para quienes las ocupen y barreras para traspasarlo, lo que de manera simplificada se expresa en la idea de que las posiciones ubicadas en la parte superior y ventajosa de la pirámide de estratificación tendrían repertorios potencialmente mas amplio, con mayores cuotas de poder y menores barreras de movilidad.

Entender la naturaleza de los efectos de recomposición que han tenido la crisis y la reforma que caracterizaron la sociedad cubana de los '90 y del inicio del presente siglo sobre la estructura socioclasista, exige que el análisis se remonte hasta etapas anteriores. Podemos tomar el período de 30 años que corre entre 1959 y 1989 como una relativamente larga etapa de desestratificación social. No se quiere dar a entender con ello que durante estos años hubiera tenido lugar la desaparición de todas las desigualdades sociales, si no que las tendencias predominantes fueron las de sustitución de un esquema de estratificación mercadocéntrico y estructurado fundamentalmente a partir de los antagonismos de clase, caracterizado por distancias socioeconómicas relativamente grandes y la presencia de amplias franjas sociales de exclusión del acceso al bienestar básico (alimentación, salud, empleo, ingresos, educación) por otro de naturaleza estadocéntrica, con muy poco peso del mercado en la distribución de bienes materiales y espirituales, que elimina la gran propiedad privada sobre los medios de producción y tiene como propósito proveer altos grados de integración social y de igualdad en el acceso al bienestar. La lógica desestratificadora es la predominante en el contenido de los cambios sociales que están teniendo lugar, aunque paralela y entrecruzadamente se configuran otras diferencias.

Siendo esta una etapa bastante conocida, documentada y divulgada de la experiencia de la revolución cubana, no nos detendremos demasiado en ella, solo comentar muy brevemente que en los '60 se concretaron el grueso de las medidas que indujeron los cambios fundamentales del esquema de estratificación, como fueron las leyes de reforma agraria, la estatalización de la propiedad comercial, industrial y financiera, la Ley de Reforma Urbana, la alfabetización, la conversión en públicos, universales y gratuitos de todos los servicios educacionales y de casi todos los de salud, la distribución igualitaria, a través de una cartilla de racionamiento, de los bienes básicos de alimentación y consumo personal, entre otras.

Desde los inicios de esta etapa se configuran los mecanismos distributivos centrales de la política social cubana que llamamos “*espacios de igualdad*”: un mecanismo de distribución que se caracteriza por la universalidad, masividad, gratuidad o facilidad para el acceso, condición de derecho legalmente refrendado, carácter público, centralidad y estatalidad de su diseño y de la garantía para acceder a él, preponderancia de las soluciones colectivas sobre las individuales, homogeneidad, calidad creciente, opción de integración social en igualdad de condiciones para todos los sectores sociales, independientemente de sus ingresos. En este tipo de mecanismo el estado es el único distribuidor, o al menos el protagonista hegemónico por un amplio margen, es decir, no existen otras alternativas para acceder al bien o servicio que se distribuye, o estas son de muy bajo perfil y no pueden competir con la opción estatal,

La política social cubana ha tenido como pivote el ensanchamiento progresivo de estos espacios, ubicados esencialmente en seis áreas: satisfacción de necesidades nutricionales básicas, educación, salud, cultura, deporte y seguridad social, evidenciando una marcada intencionalidad hacia la homogenización de la estructura socioclasista.

Los datos siguientes muestran el acelerado proceso de cambio sociestructural que estas medidas indujeron, especialmente aquellas que alteraron la matriz de la organización de la propiedad.

Puede decirse que las transformaciones socioeconómicas de carácter socialista tuvieron como efecto, en las tres primeras décadas de revolución, una reducción relevante de las asimetrías en la distribución de los ingresos monetarios de la población y sus fuentes, la tendencia a la desconcentración y la débil presencia de procesos de polarización, por la

**Tabla 1. Cuba. Estructura de la ocupación por sectores de propiedad**

	1953	1970
Total	100	100
Trabajadores estatales	8,8	86,0
Asalariados privados	63,3	1,3
Cuenta propia	24,0	1,2
Otros trabajadores no estatales	3,9	10,0

Fuente: CEE 1981, Cuadro II, pág.VI

eliminación de los extremos más agudos y marcados (élites explotadoras, desempleo y pobreza extrema) de la pirámide de la estratificación.

Si en 1953 el 10% de la población de mayores ingresos concentraba el 38% del total de los mismos, mientras el 20% de menores ingresos percibía el 2,1% de estos, en 1978, esta relación había variado sustantivamente: el 20% de estatus económico más bajo participaba del 11% de los ingresos totales y el 20% de los estratos superiores lo hacía en un 27% (Brundenius 1984).

Esta desconcentración y acercamiento de los niveles de ingresos corrió a cuenta, fundamentalmente, de la estatalización de la ocupación, reforzada por una política de pleno empleo, lo que *salarizó* la mayor parte de los ingresos individuales y familiares. La proporción de trabajadores estatales, con respecto al total de la población ocupada, varió de 8,8% en 1953, a 86% en 1970 y 94% en 1988, de tal manera la “salarización” solo dejaba fuera una pequeña proporción de trabajadores autoempleados, al campesinado y a pensionados y rentistas, cuyo peso comparativo en la estructura socioclasista era muy inferior, proceso que estuvo acompañado por la aplicación de un sistema salarial uniforme y centralizado, que daba protagonismo máximo al Estado en la fijación de las retribuciones.

Con la implantación hacia 1983 de la Reforma General de Salarios, la delimitación de la escala calificacional-salarial quedó fijada en un espectro de 13 grupos, admitiendo solo una diferenciación entre salarios máximos y mínimos de un rango de 4,5 a 1. (Nerey y Brismart 1999).

El coeficiente Gini, calculado para 1986 en Cuba alcanzó un valor de 0,24 (Brundenius, 1984). Esta bajísima diferenciación por grupos de ingresos, y especialmente de los salariales, unido al elevado peso de la vía redistributiva social, generaron una situación de homogeneidad en muchas dimensiones del acceso al bienestar que tuvo su punto de expresión máxima hacia mediados de la década de los ‘80. El efecto homogenizador de los ingresos salariales se vio reforzado por un sistema de seguridad y asistencia social que garantizaba protección de cobertura universal e ingresos pos o extra laborales cuyo monto mínimo, unido a los fondos sociales de consumo, aseguraban un acceso al consumo adecuado para los no trabajadores y asistidos.

Simultáneamente tiene lugar una pérdida de la importancia absoluta y relativa de los ingresos como marcador de desigualdad. Ello se explica por la expansión, universalización, masificación y homogenización de los

“espacios de igualdad”, con lo que se redujo la dependencia entre consumo o bienestar e ingresos familiares y personales.

Si bien las políticas desestratificadoras tuvieron, como se ha mostrado, un éxito palpable en la promoción de igualdad y en la disminución de las distancias sociales, desde la investigación social se ha construido un interesante punto de vista crítico sobre las posibilidades y límites de una política social igualitarista y sobre el modelo de cambio socioeconómico seguido por la transición socialista cubana.

Diversos estudios develaron la presencia, hacia la segunda mitad de los ‘80, de tendencias que contradecían la eficacia y pertinencia de impulsar un proceso desestratificador sustentado en la lógica de la homogenización social y sus supuestas regularidades universales. Muy apretadamente estas tendencias podrían resumirse en los puntos siguientes (Espina 2000): desaceleración del ritmo de las transformaciones socioestructurales y retardo en la tarea de completamiento cualitativo de los componentes socioclasistas fundamentales (clase obrera, intelectualidad y campesinado); presencia de fuertes “distorsiones socioestructurales”, asociados al predominio casi absoluto del estatalismo con mecanismo de configuración de la estructura social: crecimiento excesivo de los empleados administrativos, los dirigentes y especialistas dedicados a la planificación y el control; burocratización; deterioro de la proporción entre grupos directamente vinculados a la producción y no productivos; relación inversa entre el crecimiento del empleo estatal y la productividad del trabajo; disminución del peso relativo de la clase obrera; intensificación progresiva de la heterogeneidad de la estructura social y previsible reproducción prolongada de cierto grado de polarización entre grupos extremos lo que reclamaba tomar en consideración en la política distributiva la situación real de las posiciones ventajosas y desventajosas y el grado creciente de diversidad de demandas e intereses; procesos de debilitamientos de los núcleos centrales de los componentes socioclasistas fundamentales: disminución acelerada de los obreros y trabajadores agropecuarios en general; débil presencia de la intelectualidad técnico-ingenieril; baja eficiencia del campesinado cooperativista; baja productividad de los obreros industriales; movilidad social como causa de decrecimiento de los componentes fundamentales (especialmente de los obreros agrícolas) y de incremento de grupos no fundamentales (trabajadores de los servicios y no estatales); intensificación de los ritmos de reproducción de una estructura social paralela asociada a

la economía sumergida que genera una redistribución de roles y bienes (o “contradistribución”) que niega el esquema socioestructural socialista y ensancha informalmente las desigualdades.

A todo ello se sumaba el hecho de que la homogeneidad de ingresos había tenido también un conjunto de efectos negativos como la incapacidad del salario para convertirse en un “motor movilizador/corrector” de la estructura social heredada del subdesarrollo; acentuación de los desequilibrios entre profesiones y sectores; déficit permanente de fuerza de trabajo en actividades económicas prioritarias pero poco remuneradas (p.e. agricultura); separación entre incremento del salario y de la eficiencia; uso extensivo de los recursos humanos; baja capacidad estimuladora del salario, entre otros (Nerey y Brismart 1999).

Otra vertiente crítica tiene que ver con las insuficiencias del modelo económico puesto en práctica y, en consecuencia, con su debilidad como sostén de una política social ambiciosa, por sustentarse en un crecimiento de tipo extensivo baja eficiencia y excesivo nivel de compensación por vía externa que le restaba posibilidades de autosustentabilidad (Monreal y Carranza 2000).

De igual modo se considera que la alta concentración de la propiedad en manos del estado estaba acompañada de una baja productividad en muchas actividades, bajo rendimiento de los fondos básicos de inversión y, en general, una baja eficiencia económica, por métodos de planificación excesivamente centralizados, con escasa autonomía empresarial y regional y con espacios muy restringidos para el mercado; poca variación de la composición mercantil de las exportaciones (dependencia de los ingresos externos de azúcar, el níquel, cítricos, pesca y otros escasos productos primarios), insuficiente asimilación de tecnología de punta en el desarrollo industrial y una concentración del 85% del intercambio internacional con los países miembros del CAME (Álvarez 1997).

En lo que respecta al lugar de la distribución y el consumo en este modelo, se ha valorado que el igualitarismo homogenista distributivo, si bien puede ser eficaz para masificar y universalizar las satisfacciones de un conjunto amplio de necesidades, no tiene sensibilidad para la diversidad y produce el efecto de homogenizar artificialmente a los seres humanos y grupos sociales, igualando sus necesidades y los satisfactores de estas, con lo cual, contrariamente a sus propósitos, este esquema distributivo genera insatisfacción o satisfacción parcial, y se convierte, también paradójicamente, en

un factor de reproducción de desigualdades, pues tiene muy bajo perfil para responder de forma particularizada a las necesidades de sectores con condiciones de partida desventajosas, que no les permiten acceder en situación verdaderamente de igualdad a la apropiación de los beneficios distribuidos homogéneamente y que requerirían más bien políticas de “acción afirmativa”, que interrumpieran las condiciones de reproducción de las desventajas. De igual forma, un consumo indiferenciado y poco conectado con los resultados del trabajo y el esfuerzo productivo, pierde sus posibilidades como resorte movilizador para la eficiencia (Hernández et al 2002).

Por último se señalan los “déficits participativos” que limitan las posibilidades de responder a la diversidad socioestructural y a la presencia efectiva de todos los actores en la construcción de la agenda social (Valdés Paz 2002).

Recuperando una imagen de conjunto de lo hasta aquí expuesto tendríamos que en los 30 primeros años de experiencia socialista en Cuba se verificó un fuerte proceso desestratificador, que destruyó la estructura socioclasista propia del capitalismo dependiente y creó una nueva articulación social caracterizada por altos grados de integración e igualdad, propiciando el acceso a la satisfacción de necesidades básicas para los más amplios sectores sociales. Este proceso tuvo como cara oscura la absolutización del estatalismo como eje casi exclusivo de constitución socioestructural, la baja sensibilidad para captar la diversidad y colocarla en la agenda de transformaciones sociales, el excesivo homogenismo distributivo con su efecto desmovilizador ante el rendimiento productivo, la débil sustentabilidad económica, el centralismo y el subaprovechamiento de los potenciales participativos.

### **CRISIS, REFORMA Y REESTRATIFICACIÓN**

Las observaciones anteriores indican la presencia, hacia finales de los ‘80, de un escenario de crisis o, al menos, de precrisis, en el sentido del agotamiento del modelo de reproducción económica y social, adoptado como sustrato de las transformaciones de carácter socialista, y la necesidad de sustituirlo por otro que imprimiera dinamismo y garantizara la sustentabilidad de la esfera económico-productiva y una articulación sinérgica con la social.

La abrupta desaparición del campo socialista y, con ello, de los canales de intercambio internacional en que Cuba se había insertado y del que dependían la mayor parte de sus suministros y ventas, precipitó la

situación de crisis y la necesidad de diseñar y poner en práctica una estrategia para enfrentarla.

De tal manera, los '90 se caracterizan por los impactos de un triple haz de factores: provenientes del agotamiento del viejo modelo, de la crisis que hace emerger la liquidación de los mecanismos de inserción económica internacional y de la reforma económica que intenta responder a los nuevos escenarios. Y estas tres fuerzas convergen en un efecto de multiplicación de las desigualdades y reestratificación social que trataremos de describir sumariamente<sup>1</sup>.

Entre las medidas fundamentales que integran el paquete de la reforma puesta en práctica hacia 1993 se incluyen apertura al capital extranjero; reordenamiento de la producción agropecuaria, que incluye la entrega en usufructo de tierras estatales a cooperativas y familias y creación del mercado agropecuario; legalización de la circulación de divisas y de las remesas familiares; priorización de sectores claves para la captación de divisas o solución de problemas estratégicos (como el turismo, la biotecnología, la explotación petrolera); ampliación del empleo por cuenta propia; implantación del sistema de estimulación en divisas; reestructuración del aparato administrativo estatal; aumento de los grados de descentralización en la toma de decisiones económicas; mayor espacio para la distribución a través del mercado (Ver González 1998).

Elas inducen, como efecto deseado o no, prediseñado o relativamente espontáneo, una reconfiguración de la estructura socioclasista que se concreta en la aparición de un nuevo esquema de estratificación social que, como consecuencia de las nuevas condiciones objetivas del funcionamiento de la economía, requiere y genera franjas de desigualdad mas amplias. Entre las tendencias de reestratificación mas fuertes se encuentran:

*Aparición de nuevas formaciones de clases y recomposición de capas medias.* Esta es una tendencia que corre fundamentalmente a cuenta del sector informal: los propietarios, patronos, empleadores, son categorías típicas de la reconfiguración de una pequeña burguesía urbana. Propietarios de pequeños negocios de restaurantes y cafeterías, de talleres de reparación de automóviles, pequeños productores de calzado, son figuras emblemáticas de esta reconfiguración.

*Segmentación interior de los grandes componentes socioclasistas precedentes* En esta nueva etapa, los grandes componentes típicos de la transición

**Tabla 2. Cuba. Estructura de la ocupación por sectores de propiedad**

CONCEPTO	1988	1996	1997	1998	1999	2000	2001
Total de ocupados	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Entidades estatales	94,0	81,1	80,5	79,5	78,0	77,5	76,6
De ellos: Sociedades Mercantiles Cubanas	-	2,3	2,9	3,5	3,7	4,2	4,2
No Estatal	6,0	18,9	19,5	20,5	22,0	22,5	23,4
Empresas mixtas	-	0,6	0,5	0,6	0,7	0,7	0,7
Cooperativas	1,8	9,6	9,1	8,8	8,5	8,4	8,0
Privado Nacional	4,2	8,7	9,8	11,1	12,9	13,4	14,7
De ello: Por cuenta propia	1,1	3,3	3,5	3,0	4,1	4,0	3,8

Fuente: ONE Anuario Estadístico de Cuba 1998 (a) y 2002.

socialista cubana (clase obrera, intelectualidad, directivos y empleados) que anteriormente se caracterizaban por articularse a partir de la propiedad estatal, y con ingresos salariales con un diapasón relativamente estrecho de diferenciación, están experimentando una heterogenización interior proveniente de su vínculo con formas de propiedad diferentes, (los estatales, los vinculados a la economía mixta y al capital extranjero y los ocupados en la economía informal como asalariados o trabajadores autónomos).

De igual modo es observable en estos componentes una división entre ocupados en sectores tradicionales y emergentes. Convencionalmente esta clasificación distingue entre actividades donde se han aplicado nuevas fórmulas de estimulación del trabajo, que suponen ventajas materiales, monetarias o de otro tipo, y que por lo general están vinculados a la exportación o al mercado interior en divisas (emergente) y aquellos que permanecen regidos por criterios de dirección y estimulación anteriores a la crisis (tradicionales).

La división entre sectores tradicionales y emergentes condiciona una diferencia significativa al interior de las clases obrera, la intelectualidad, los dirigentes y los empleados al crear una fractura entre posiciones ventajosas y desventajosas atendiendo al diferente acceso al bienestar material en las condiciones de trabajo y de vida.

*Heterogenización de los actores propios de la producción agropecuaria.* Este proceso tiene lugar, fundamentalmente, a través de la parcelación y cooperativización de tierras estatales, del potenciamiento de la pequeña propiedad y la introducción de mecanismos de mercado, se ha producido, la emergencia de nuevos grupos sociales (cooperativistas en tierras del estado y parceleros).

*Polarización de los ingresos.* El elemento tangible por excelencia de los esquemas de estratificación es el de la distribución de los ingresos. La crisis y la reforma han supuesto un significativo ensanchamiento de las distancias por ingresos cuyas expresiones extremas son la presencia de una franja relativamente amplia en situación de pobreza, en la base de la pirámide de estratificada y de otra, de menor proporción en situación material muy superior a la media.

Examinemos algunas evidencias empíricas que nos permiten verificar la presencia de este proceso de reestratificación.

En un período breve todos los grupos vinculados al sector de la propiedad estatal experimentaron un decrecimiento más o menos drástico, tendencia

sostenida en el tiempo, que llega al presente y que se ha producido a partir del aumento del desempleo, del desplazamiento de muchos trabajadores estatales hacia el sector informal, de la aparición del sector mixto y de la desestatalización de la mayor parte de la producción agropecuaria.

Otro elemento que expresa muy nítidamente la reestratificación es el de los ingresos. Diversas investigaciones realizadas en la segunda mitad de la pasada década identificaron un conjunto de rasgos y tendencias en esta área que muestran el debilitamiento de los ingresos como factor homogeneizador y, por el contrario, su emergencia como componente esencial de la desigualdad. Entre esos rasgos se encuentran: empobrecimiento de vastos sectores de la fuerza laboral, aparición de una élite trabajadora, surgimiento de ingresos y niveles de vida no asociados al trabajo, exclusión de importantes segmentos de población del consumo en ciertos mercados o, al menos, reducción de su acceso a un grupo muy limitado de los productos que se distribuyen de ellos (Togores 1999); diversificación de las formas de estímulo a los trabajadores; pérdida de peso del salario en la capacidad financiera de las familias, como vehículo de satisfacción de las necesidades de la población y como factor homogeneizador de la estructura social, dispersión de los niveles de ingresos de los asalariados estatales, redistribución de los poderes para la fijación de salarios con pérdida de la centralidad absoluta del estado, debilitamiento cuantitativo y cualitativo de los servicios sociales (Nerey y Brismart 1999).

Para 1995 se había estimado una distribución de grupos por ingresos de 10 estratos, que recorría un espectro desde un grupo inferior, con ingresos que no rebasaban un per cápita mensual de 50 pesos, en el que se concentraba el 19,3 % de la población, hasta uno superior, donde dicho per cápita era superior a los 2000 pesos, con un 0,4% de la población. En el primero de estos grupos, el ingreso mensual promedio era de 40 pesos. y en el último de 6000. Aunque la proporción poblacional en el grupo superior parece insignificante, la suma de los 5 grupos superiores, que rebasan los 600 pesos como per cápita mensual promedio, ascendía a una proporción de 9,3% (Cálculos de Quintana et al. 1995).

A pesar de que entre 1995 y la actualidad la situación de los ingresos personales y familiares no ha permanecido estática, pues en ese período se han incrementado los salarios en diferentes sectores y actividades de la economía nacional (p.e. agricultura cañera, salud, educación, ciencia y técnica, orden interior, entre otros); han aumentado el número de trabajadores vinculados



a esquemas de estimulación en divisas, se ha diversificado el sector de los trabajadores independientes y se ha ampliado el rango de acción del mercado, elementos todos que influyen en esta situación, estos estimados muestran cómo a mediados de los '90 se había configurado ya una estratificación considerablemente amplia en la estructura de ingresos de la población cubana. Un cálculo reciente del coeficiente Gini lo sitúa en 0,38 (Añé 2002).

Por añadidura, la franja de pobreza urbana se calcula actualmente en alrededor de un 20% (Ferriol 2002), lo que pone en evidencia un rasgo distintivo de las desigualdades por ingresos en la etapa actual: que estas están colocadas en el ámbito de las necesidades básicas y que el nuevo esquema de estratificación incluye grupos en situación de insuficiencia para cubrir demandas elementales, mientras que en el otro extremo se sitúan estratos con ingresos considerablemente altos para la media del país, generándose distancias sociales significativas.

Dos factores adicionales apuntan hacia una complejización de este campo de análisis: por un lado, el acceso a ingresos en divisas y, por otro, la diversificación de las fuentes de ingresos. Se considera que al menos el 50% de la población cubana tiene algún tipo de ingreso en divisas, de igual modo, diversos estimados confirman que los ingresos medios de los trabajadores autoempleados son muy superiores a los de los asalariados estatales, muy especialmente los que alquilan viviendas o habitaciones y los dueños de pequeños restaurantes. (Ferriol 2002, Espina et al 2002).

Por otra parte, diferentes estudios cualitativos realizados en Ciudad de La Habana (Ver Dpto. de Estudios sobre Familia 2001; Iñiguez et al 2001, Espina et al 2002) encontraron que, en las familias de altos ingresos, hay una fuerte presencia de las entradas provenientes del sector no estatal, por encima de los estatales o con ausencia total de estos. Las entradas por jubilación y pensiones son muy bajas y no alcanzan, por sí solas para cubrir las necesidades básicas. Son fuentes importantes por la magnitud de los ingresos que proveen: las remesas, el trabajo en el sector de propiedad mixta y en el estatal emergente. Pero parece que lo más efectivo resulta la combinación de fuentes de ingresos, incluida la puesta en práctica de estrategias para la elevación de los ingresos que pueden abarcar actividades ilegales o no legitimados por la institucionalidad vigente.

Esta información apunta hacia la disminución de la importancia del trabajo en general, y del trabajo en el sector estatal, como proveedor de ingresos y de alto bienestar; debilitamiento del papel del salario como

fuente de ingresos; elevación del rol de vías no asociadas al trabajo y del vínculo con la propiedad privada en la disponibilidad de ingresos monetarios; presencia eficiente de estrategias ilegales para la obtención de ingresos y muestra la presencia de tendencias reestratificadoras como elemento central de la dinámica sociestructural vigente en la sociedad cubana actual. Heterogeneidad interior, complejidad, aumento de las distancias inter e intra clasista han pasado a ser los procesos más intensos de la reproducción social, teniendo como ejes articuladores básicos de la desigualdad la propiedad y los ingresos.

#### **COMENTARIOS FINALES. NUEVA AGENDA PARA EL ESTUDIO DE LAS DESIGUALDADES Y LA DIVERSIFICACIÓN SOCIAL EN CUBA**

Como era de esperar, los '90, por constituir una etapa de cambios profundos en la sociedad cubana, generaron también un nuevo momento en las ciencias sociales, que no es posible describir aquí, y dentro de ellas de los estudios referidos a las estructuras de desigualdad. Siendo este, el aumento de las desigualdades, un rasgo distintivo de los nuevos momentos y que se instala como proceso perdurable, en las disciplinas sociales ha tenido lugar una especie de reacomodo para otorgarle el lugar que merece: a diferencia de etapas anteriores este ha dejado de ser un tema casi exclusivo de la sociología y la filosofía para extenderse a la economía, la antropología, la geografía y la psicología, ya sea con un tratamiento disciplinar o multidisciplinar, y aparece, de diferentes formas, en las agendas de los más importantes centros de investigación del país.

Podemos identificar la agenda general en curso en el área de los estudios sobre la estructura social y las desigualdades y campos afines, que está compuesta por las siguientes áreas temáticas<sup>2</sup>:

- Dimensiones económicas, sociales, políticas y culturales de los nexos entre los procesos de globalización y la sociedad nacional. Articulación global de las desigualdades.
- Reforma y problemas de un nuevo modelo de socialismo. Desigualdad y socialismo. La norma socialista de desigualdad.
- Articulación de las fórmulas de sobrevivencia con las de desarrollo a nivel societal, territorial-comunitario e individual y familiar.
- Reorganización del sistema de propiedad y emergencia de nuevos actores sociales y sujetos históricos. Alternativas de futuro de que

- ellos son portadores y sus posibilidades de realización.
- Cambios en la organización y funcionamiento de la agricultura y sus derivaciones económicas y sociales.
  - Pobreza, marginalidad y grupos sociales vulnerables. Desarrollo humano.
  - Diferencias socioeconómicas, desigualdades y distancias sociales y cuotas de equidad e integración posibles.
  - Nuevas funciones del Estado. Las relaciones planificación-mercado, centralización-descentralización, uniformidad-pluralidad. La política social y su papel en el manejo de la desigualdad.
  - Sector informal. Sus posibilidades y papel en el socialismo.
  - Subjetividad social e individual en las nuevas condiciones socioeconómicas. Percepciones, valores y representaciones sociales de la desigualdad. Identidades colectivas. Nuevos actores y nuevas identidades.
  - Fórmulas de participación popular autogestora (comunitarias, cooperativas, económicas, culturales) como instrumentos de inclusión de la diversidad.
  - La espacialidad como dimensión y factor de las desigualdades sociales
  - Vida cotidiana. Familia y estrategias de sobrevivencia como expresiones de la desigualdad.
  - Racialidad, desventajas sociales y reproducción de los prejuicios raciales.
  - Enfoque de género. Empoderamiento femenino
  - Migraciones internas y externas y sus impactos sobre la estructura social.
  - Proceso de envejecimiento de la sociedad cubana. Sus consecuencias.
  - Juventud, tendencias integradoras y de desintegración social.
  - La ciudad y lo urbano. Crisis urbana.

A mi juicio, lo más importante es el énfasis problemático, más que en lo disciplinar, en las diferencias, en las desventajas sociales de cualquier naturaleza y sus consecuencias para el diseño de las políticas sociales y en el rescate de la relevancia de la subjetividad y en la posibilidad y necesidad de lo autotransformativo y la sustentabilidad de las acciones sociales.

En relación con las influencias y preferencias teóricas, se observa una aceptación, si no declarada al menos implícita, del carácter pluriparadigmático de las ciencias sociales y de la necesidad de integración y síntesis de paradigmas, como vía para superar posiciones reduccionistas y simplificadoras, y un abandono progresivo de posturas de deslegitimación ideológica apriorística.

Identifico como un terreno emergente y prometedor en las ciencias sociales cubanas, aún incipiente, la introducción de la perspectiva de la complejidad en el análisis socioestructural, de la diversidad y las desigualdades. La noción de complejidad de la estructura social que asumimos es aquella que, cercana a la postura sistémica, la entiende como multiplicación de los actores sociales y de los nexos y redes que se forman entre ellos, ampliación y coexistencia simultánea de las posibilidades de elección y de los repertorios de acción (no necesariamente realizables en la realidad concreta, pero si potencialmente elegibles) que integran el horizonte de lo posible en que el mundo social puede ser interpretado por los actores sociales. Todo ello supone la expansión de las posibilidades de auto organización de los actores, de la capacidad de emergencia (en el sentido del potencial para la aparición de nuevas cualidades, procesos y realidades no inscritas en el curso histórico anterior de los acontecimientos, no previsibles desde este curso) y de los elementos azarosos en los derroteros de acción que finalmente se verifiquen.

La crisis y reforma (explícita o implícitamente, directa o indirectamente) han generado una diversificación y diferenciación de actores, ampliado los grados de desigualdad, multiplicado sus opciones de acción autónoma en lo tocante a su reproducción material y simbólica como tales actores, ampliando los márgenes de complejidad. La perspectiva socioestructural compleja clausura la visión teleológica y de misión universal de los sujetos históricos, como necesidad inevitable, para expandir el perfil de posibilidad, de construcción colectiva, de autotransformación, de la sociedad futura.

Para finalizar, queremos referirnos a un tema que subyace a la agenda en su totalidad y que es de la mayor actualidad en los estudios socioestructurales: el del esquema de estratificación vigente en la sociedad cubana contemporánea, las clases, grupos y estratos que contiene. Sabido es que ninguna investigación en este campo puede prescindir de un esquema que permita construir las evidencias empíricas y documentar los procesos en

curso, pero es este un ejercicio de gran riesgo, puesto que todo esquema de este tipo parte de un supuesto teórico—ideológico dado, no son esquemas neutrales y depende, en buena medida, de los fines de la investigación. Por lo tanto no es nuestra pretensión proponer un esquema como único y “realmente existente”, sino hacer visible aquí lo complicado de este asunto y la variedad de acercamientos a él que se han elaborado en los últimos años para tratar los efectos socioestructurales de la reforma cubana.

Entre las interpretaciones del nuevo esquema de estratificación emergente que han sido elaboradas podemos identificar las siguientes:

**Pirámide invertida** (*proceso de inversión de la pirámide social*) (Guzmán 1995): Parte implícitamente de aceptar la existencia anterior de una estructura social piramidal. En el esquema precedente el acceso a las posiciones ventajosas de la pirámide transitaba especialmente por los canales de la calificación—una especie de credencialismo o valorización del capital cultural—, el trabajo intelectual de alta complejidad y la eficacia productiva, lo que era garantía de ventajas sociales. La idea de la inversión de la pirámide indica que sigue funcionando una estructura estratificada de jerarquías, pero las vías de desplazamiento hacia los espacios superiores tienen en su centro la obtención de altos ingresos, independientemente de sus fuentes, dentro de las que incluso pueden estar ingresos no provenientes del trabajo. Una buena proporción de los que antes ocupaban los segmentos superiores se ha visto desplazada hacia estratos medios y bajos, sin haberse movido ellos mismos de su situación socioocupacional, sino en virtud de la desvalorización económica de esa situación por la caída de sus ingresos reales y de las opciones de satisfacción de sus necesidades materiales y espirituales a las que pueden acceder. El punto central de esta idea es hacer notar la salida brusca de los ocupantes de las posiciones anteriormente ventajosas y la entrada de nuevos estratos sociales a esa zona de la pirámide y el cambio de los propios criterios que la estructuran objetiva y subjetivamente.

El esquema socioestructural que puede inferirse de esta propuesta supone la presencia de tres grandes grupos o estratos: *posiciones ventajosas* (grupos de altos ingresos); *posiciones intermedias* (grupos de ingresos medios); *posiciones desventajosas* (grupos de ingresos bajos).

**Recomposición socioclasista:** La noción principal en esta propuesta es que la reforma genera un proceso de recomposición en

función de un bloque tecnocrático–empresarial emergente, en detrimento de los sectores populares (Dilla 1998). Aunque a partir de esta tesis el autor realiza interesantes análisis en torno a la distribución del poder y el futuro del socialismo en Cuba, aquí solo nos detendremos en el esquema socioestructural que identifica: *bloque tecnocrático–empresarial emergente*: grupos ubicados en el ámbito de la inversión extranjera y capa de empresarios y gerentes nacionales vinculados a ellos; directivos de las empresas estatales ventajosamente ubicadas en el mercado mundial y con cuotas relativamente altas de autonomía (“nuevo tipo de empresario nacional”); grupos sociales de alto potencial económico acumulado, como regla, mediante la especulación en el mercado negro (campesinos acomodados, intermediarios comerciales, proveedores de servicios, etc.) y *sectores populares*: clase obrera y sectores asalariados estatales en general; productores cooperativistas e individuales no asalariados rurales; trabajadores por cuenta propia.

Desde esta óptica, los procesos socioestructurales más importantes serían: elevación del rol del mercado en la asignación de recursos y en la remodelación de las relaciones de poder; reconfiguración de las redes sociales de poder; fortalecimiento del bloque tecnocrático–empresarial ventajosamente vinculado al mercado, con posibilidades de erigirse en bloque social hegemónico; fragmentación y debilitamiento de los sectores populares; reducción absoluta, debilitamiento económico y superexplotación de los sectores asalariados estatales; remodelación de la clase obrera y asalariados en general por el capital internacional; proliferación de los sectores de productores cooperativos e individuales; expansión del cuentapropismo. Su es interés enfatizar los vínculos entre potenciación económica y potencialidades de configuración de un nuevo bloque hegemónico que excluya a los sectores populares.

**Fragmentación y regresión social** (Burchardt 1998): esta perspectiva se basa en un análisis empírico de los ingresos para identificar los nuevos grupos sociales surgidos a raíz de la crisis y los estratos desiguales que este elemento genera. Su esquema de estratificación es el siguiente: Primero, gruporico: *grupo rico*: segmentos nacidos de la acumulación de grandes sumas de dinero a partir del mercado negro y actividades ilegales; segmentos de nuevos productores por cuenta propia; campesinos privados con altos ingresos; porciones de empleados en la economía del dólar; trabajadores de los sectores que operan con divisas; personas que reciben reme-

sas en divisas desde el extranjero; funcionarios, tecnócratas y empresarios de los sectores que trabajan con divisas. Segundo, *gran masa de los que no han sido beneficiados por la reforma*: empleados con bajos ingresos de los servicios públicos y la administración estatal; trabajadores mal remunerados de las industrias y cooperativas en el campo; desempleados; jubilados; intelectuales; estudiantes; campesinos. Tercero, *grupo marginal*.

Esta propuesta no es muy precisa en la definición de los segmentos sociales, pero su propio autor nos aclara que sólo se basa en los ingresos. Lo esencial es llamar la atención sobre el carácter fragmentario y regresivo de la heterogeneidad socioestructural asociada a la crisis.

Coincidimos con estas tres propuestas en tanto incluyen procesos fuertemente influyentes en el esquema estratificado que acompaña la crisis y la reforma económica cubana y señalan sus aristas más perversas, que retan la naturaleza socialista real de las relaciones sociales, como son la expansión de las desigualdades hasta límites que incluyen la polarización en pobres (y de algún modo excluidos) y posiciones privilegiadas; caída brusca de grupos de alta contribución al bienestar social desde posiciones relativamente ventajosas hacia ubicaciones socioestructurales en desventaja; ascenso socioeconómico de grupos con altos ingresos no provenientes del trabajo y deterioro económico de buena parte de los asalariados estatales y de los sectores populares en general.

Pero estas visiones, al basarse en un análisis presentista, dejan fuera de su alcance la posibilidad de valorar algunas tendencias que representan soluciones a las anteriores debilidades homogenistas y estatalistas de la estructura social precedente, como son la ampliación de espacios autogestores, la diversificación (que debería transitar hacia la complementación) de las formas de propiedad; la emergencia de un esquema de estimulación material (aún imperfecto) más apegado a los aportes laborales reales, en algunas ramas y actividades económicas, entre otras. Al centrar su atención en buena medida en los ingresos o el potencial económico para distinguir bloques y agrupaciones socioestructurales, no se detienen a examinar otros procesos, de orden cualitativo, pero no menos importantes en lo que a la diferenciación social concierne—por ejemplo, la reconfiguración de las capas medias; la heterogenización interior de la intelectualidad y de la clase obrera (incluida la vulnerabilización de algunos de sus estratos y un cierto proceso de “aristocratización” y fortalecimiento económico de otros); la expansión de los asalariados no estatales—y

que son portadores de una fuerte diversificación de los actores sociales y una complejización de los intereses económicos y políticos.

Definir un esquema de estratificación que pueda caracterizar sintéticamente todas las complicadas fuerzas estructuradas actuantes, es un propósito en extremo difícil. Nos atrevemos a adelantar nuestra propuesta centrada en la *reestratificación social*. Este punto de vista, reconociendo que existen múltiples posibilidades de esquematizar la reconfiguración de la estructura social que está teniendo lugar, en dependencia del elemento que se sitúe como central, coloca sus énfasis en la heterogenización creciente de la composición interior de los grandes componentes socioclasistas típicos de la transición socialista, que puede llegar a tomar rasgos de fragmentación y los procesos de conformación de nuevos estratos sociales. Una versión sintética de este esquema es la siguiente: a) *Clase obrera*: estratos vinculados a la propiedad mixta y al capital extranjero; estratos vinculados a la propiedad estatal en sectores emergentes; estratos vinculados a la propiedad estatal en sectores tradicionales; asalariados de la pequeña propiedad privada urbana y rural. b) *Intelectualidad*: estratos vinculados a la propiedad mixta y el capital extranjero; estratos vinculados a la propiedad estatal en sectores emergentes; estratos vinculados a la propiedad estatal en el sector público y tradicional; estratos autoempleados; estratos asalariados de la pequeña propiedad privada. c) *Directivos*: estratos vinculados a la propiedad mixta y el capital extranjero; estratos vinculados a la propiedad estatal en el sector emergente; estratos vinculados a la propiedad estatal en el sector tradicional. d) *Campesinado*: cooperativistas; pequeños agricultores privados; parceleros; ayudantes familiares no remunerados. e) *Sector informal*: propietarios—empleadores; autoempleados independientes; asalariados; ayudantes familiares no remunerados. f) *Segmentos sociales con ingresos no provenientes del trabajo*: estratos que reciben remesas; estratos vinculados a actividades económicas ilícitas. (Dentro de cada estrato es necesario distinguir grupos de estatus económico alto, medio y bajo).

Por supuesto que un esquema no es más que una construcción analítica, no una pretendida realidad objetiva. Obviamente, estas no son categorías puras, sino que están entremezcladas. Nuestra intención radica en acercarnos a una lógica investigativa más adecuada a lo que consideramos que marca los procesos socioestructurales que acompañan la reforma cubana, en primerísimo lugar, su carácter contradictorio: la tensión entre tendencias contrarias, simultáneas y entrelazadas de integración y

exclusión, progresión y regresión, fragmentación y articulación, que alteran las formas tradicionales asumidas por el hegemonismo social de los sujetos populares, pero que no necesariamente lo liquidan, sino que reclaman maneras novedosas de reconstruir dicho hegemonismo.

La posibilidad de continuidad de ese hegemonismo y de mantenerse como un proyecto alternativo dependerá, en buena medida de una comprensión más abierta de las desigualdades y la diversidad social en las decisiones políticas y ello pasa, a mi juicio, por diferentes ejes:

- La reconstrucción de la política de igualdad, en el sentido del diseño de principios estratégicos y la definición de acciones que promuevan equidad y justicia social, corrijan desigualdades injustas, asuman las diferencias necesarias, aseguren retribuciones en el vínculo más estrecho posible con el aporte económico y social y protejan a los individuos y grupos que se encuentran en situaciones más precarias, entendiendo la unidad y la integración social como unidad e integración de diferentes.
- En tal sentido, el propósito de esta política en modo alguno puede ser el igualitarismo homogenizante, sino la ampliación sistemática de los márgenes posibles de igualdad y que se acompaña con una cuota de desigualdad adecuada que es expresión de reconocimiento de las diferencias en el aporte y en las necesidades como instrumento de desarrollo.
- Potenciar el carácter participativo y autotransformativo de las acciones de desarrollo, partiendo de un enfoque de agentes sociales, es decir, de identificar aquellos grupos y sectores sociales que se configuran dentro de un territorio concreto y que tienen una capacidad para actuar proactivamente para modificar las condiciones de su existencia y relacionamiento.
- Asumir la sustentabilidad como centro del trazado de estrategias y de los procesos de cambio, entendiendo esta cualidad como el uso intensivo de la riqueza natural, cultural, calificacional e histórica que garantice su regeneración sistemática, el respeto a las tradiciones junto a la potenciación de la innovación y la instalación de una capacidad perdurable de autogestión y autoorganización participativa de las sociedades en sus diferentes escalas, con una base económico productiva adecuada.

- Diversificación del repertorio posible de formas de propiedad en la pequeña producción y los servicios locales (comunitaria, cooperativa urbana, propiedad mixta: estatal-cooperativa, estatal-comunitaria, estatal-individual, profesional) en un esquema de integración, complementación y competencia, en la que todas las formas aporten directa o indirectamente a espacios mercantiles y de igualdad. Esta ampliación contribuiría a concentrar la propiedad estatal en actividades esenciales, la descarga de actividades que la hipertrofian y a disminuir la apropiación privada de sus beneficios.
- Recuperación de la calidad de los espacios de igualdad, especialmente aquellas instalaciones a las que, por su ubicación espacial, acceden mayoritariamente los grupos en las situaciones menos favorecidas, lo que podría atenuar el efecto desigualitario de la diferenciación de ingresos.
- Perfeccionar la relación entre plan y mercado en una dirección que permita dar cuenta de las diferencias que se están generando y atender las necesidades de los distintos grupos sociales. Sería útil una ampliación del ámbito del mercado que de respuesta a demandas de los grupos de mayores ingresos, lo que permitiría financiar demandas similares u otras en grupos de menores ingresos.

Obviamente se trata de un tema extremadamente complicado para tratarlo en un espacio breve. Hasta aquí solo hemos tratado de dar una panorámica de los avances de la investigación en este campo y de sus aportes en materia propositiva, de encontrar alternativas de solución a los problemas sociales que la crisis y la reforma han generado y al manejo de la desigualdad en un proyecto cuya utopía es la igualdad.

**REFERENCIAS**

- Añé, Lía 2000. “La reforma económica y la economía familiar en Cuba”. En: de Miranda, Mauricio. (Comp.) *Reforma económica y cambio social en América Latina y el Caribe*. Cali: T/M Ediciones.
- Álvarez, Oneida. 1997. “La economía cubana”. Ensayo n. 52. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Brundenius, Claes. 1984. *Crecimiento con equidad. Cuba 1959–84*. Managua: Cuadernos de pensamiento propio INIES-CRIES.
- Burchardt, Hans Jurgen 1998. “¿Deberían leer en Cuba a Bourdieu? Socialismo, estructura social y capital social”. Colombia, *Análisis Político* 34.
- Comité Estatal de Estadísticas (CEE). 1981. *Censo de población y viviendas*. 1981. La Habana: CEE.
- Departamento de Estudios sobre Familia. 2001. “Familia y cambios socioeconómicos a las puertas del Nuevo Milenio” La Habana. Fondos del CIPS.
- Dilla, Haroldo. 1998. “Cuba: el curso de una transición incierta”. Santo Domingo, inédito.
- Espina, Mayra. 2000. “Transición y dinámica de los procesos socioestructurales. En: Monereo, Manuel et al (coord.) *Cuba construyendo futuro*. Madrid, El Viejo Topo.
- Espina, Mayra et al. 2002 “Componentes sociestructurales y distancias sociales en la Ciudad. Informe de Investigación”. La Habana. Fondos del CIPS.
- Ferriol, Angela. 2002. “Explorando nuevas estrategias para reducir la pobreza en el actual contexto internacional. Experiencias de Cuba”. La Habana: Ponencia presentada al Seminario Internacional Estrategias de reducción de la pobreza CLACSO-CROP.
- Ferriol, Ángela et al. 1999. “Política social en el ajuste y su adecuación a las nuevas condiciones”. La Habana: Cuba. *Investigación Económica* 4.
- González, Alfredo. 1998. “Economía y sociedad: los retos del modelo económico”. La Habana. *Temas* 11.
- Guzmán, Antonio. 1995. “Redimensionamiento y reestructuración de la economía cubana”. La Habana: Intervención en Seminario por el Primer Aniversario del Sindicato de las Ciencias.
- Hernández, Ángel et al. 2002. “El consumo en el socialismo” La Habana: Fondos de la Revista Temas.
- Íñiguez, Luisa et al. 2001. “La exploración de las desigualdades espacio-familias en la Ciudad de La Habana”. Informe de investigación. La Habana: Fondos del CESBH.
- Monreal, Pedro y Julio Carranza. 2000. “Los retos del desarrollo en Cuba: realidades mitos y conceptos”. En: Monereo, Manuel et al. (coord.) *Cuba construyendo futuro*. Madrid, El Viejo Topo.

- Nerey, Boris y Nivia Brismart. 1999. “Estructura social y estructura salarial en Cuba. encuentros y desencuentros”. La Habana. Trabajo de curso de la maestría en Sociología.
- Oficina Nacional de Estadísticas (ONE). 1999. Anuario Estadístico de Cuba 1998. La Habana: ONE.
- \_\_\_\_\_. 2002. Anuario Estadístico de Cuba 2001. La Habana: ONE.
- Togores, Viviana. 1999. “Cuba: efectos sociales de la crisis y el ajuste económico de los ‘90””. La Habana. Fondos del CIEC.
- Valdés Paz, Juan. 2002. Notas sobre la participación política en Cuba. La Habana. Inédito.
- Quintana, Didio et al. 1995. “Mercado agropecuario, apertura o limitación”. La Habana: *Cuba Investigación Económica* 4. INIE.

**NOTAS**

1. Estamos aquí llamando reestratificación social a un proceso de cambio de una estructura social dada (global, regional, nacional, territorial, local) que se caracteriza por el ensanchamiento de las distancias económicas y sociales entre los componentes de dicha estructura, la aparición de nuevas clases, capas y grupos sociales, que generan nuevas diferencias sociales o expanden los ya existentes, la diversificación de las fuentes de ingresos y la polarización de estos, haciéndose mas evidente y palpable la existencia de una jerarquía socioeconómica, de un arriba y un abajo en la estructura social asociada a las diferencias en la disponibilidad económica y en las posibilidades de acceso al bienestar material y espiritual. Usamos la idea de re-estratificación para enfatizar un proceso de incremento de la desigualdad que sustituye otro de des-estratificación (de eliminación y disminución de desigualdades).
2. Para la identificación de esta agenda se revisó lo producido en los marcos de los llamados Programas Nacionales de Ciencia y Técnica (clasificación con que el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente reconoce formalmente la máxima prioridad de determinados problemas de investigación), especialmente los resultados de los Programas Sociedad Cubana, Relaciones Económicas Internacionales, Economía Interna y Montaña, y los informes de investigación y publicaciones de los últimos 5 años del CIPS, el Instituto de Filosofía, el Departamento de Sociología de la Universidad de La Habana, el Centro de Antropología, el Centro de Estudios Demográficos, el Instituto Nacional de Investigaciones de la Economía Cubana, el Centro Juan Marinello, el Centro de Estudios de Bienestar Humano, el Centro de Estudios de la Juventud, la Fundación de la Naturaleza y el Hombre, el Instituto de Estudios del Trabajo, Facultad de Economía y el Centro de Estudios de la Economía Cubana.



**SOCIEDAD, CULTURA Y PRODUCCIÓN  
DE PENSAMIENTO EN LA CUBA ACTUAL**

## Cambios en la sociedad civil cubana y su reflejo en el pensamiento cubano desde los noventa al momento actual

JORGE LUIS ACANDA GONZÁLEZ

### INTRODUCCIÓN

**E**l análisis del tema de la sociedad civil en Cuba enfrenta dos grandes dificultades, una de carácter teórico y otra de carácter político. La dificultad de carácter teórico está asociada a las propias ambigüedades que caracterizan al uso del concepto de sociedad civil en la ciencia social contemporánea. Es por ello que la utilización teórica de esta categoría exige, si queremos explicitar posiciones, una reflexión previa sobre la acepción en que se la utilizará. La dificultad de carácter político emana de la profusa utilización del término “sociedad civil” en discursos políticos encontrados sobre la realidad cubana. El gobierno de Estados Unidos, los sectores más derechistas del exilio y los así llamados grupos disidentes al interior del país, han enarbolado la consigna de crear y fortalecer la sociedad civil en Cuba—asumiendo la inexistencia de la misma—como vía para derribar el sistema político-social existente. Como reacción a ello, algunos círculos identificados con la revolución cubana han asumido una posición enclaustrada, que se manifestó en una primera etapa en afirmar que en Cuba no hacía falta la existencia de la sociedad civil, pues ello sólo llevaría al desmantelamiento del socialismo y al regreso a la situación de dependencia semi-colonial con respecto a los EE.UU. (con lo que implícitamente aceptaban las tesis de su enemigo acerca de la incompatibilidad de la sociedad civil con un Estado socialista), y en una segunda etapa en la afirmación de que en Cuba existe la mejor sociedad civil del mundo, conformada por las organizaciones de masas establecidas por la constitución cubana, y algunas ONGs más, y que no hacía falta discutir más el asunto. El tema de la sociedad civil cubana se ha convertido, en muchos casos, en campo de acusaciones, dogmatismos y sospechas, lo

que pareciera eximirla de la necesidad de reflexionar acerca de sus características y dinámicas de funcionamiento y desarrollo.

Estas consideraciones explican la estructura de este texto. Primero, someteré a una reflexión crítica el uso del concepto de sociedad civil, rechazando aquellas posiciones que considero teóricamente insostenibles, y explicitando el contenido que le asigno a esta categoría y la intencionalidad con la que la utilizo. En un segundo momento presentaré a grandes rasgos la historia de la recepción de la idea de sociedad civil en Cuba a partir del decenio de los '90 del pasado siglo. Y por último, expondré algunas tesis para la caracterización de las dinámicas de desarrollo y funcionamiento de la sociedad civil existente en Cuba.

### DOS INTERPRETACIONES SOBRE LA SOCIEDAD CIVIL

Se ha extendido una lectura de la noción de sociedad civil que se caracteriza por los siguientes rasgos:

1. Se la define por exclusión y antítesis con respecto al Estado y la política.
2. Se la identifica en exclusiva con el espacio asociativo, la voluntariedad y la espontaneidad.
3. Se la entiende como algo homogéneo, y con una valencia exclusivamente positiva. “Fortalecer” la sociedad civil significa desterrar el autoritarismo, desarrollar la conciencia cívica de las personas, etc. (Véase Habermas 1998, Keane 1992, y Pérez-Díaz 1997).

Este discurso prevaeciente sobre la sociedad civil ha sido rechazado por muchos en América Latina, por considerar que tiende a fortalecer el poder de la oligarquía dominante. Con la yuxtaposición simplificada Estado-sociedad civil, se pretende que el fortalecimiento de todo lo que no depende del Estado constituye un paso hacia la democratización y la emancipación. Resulta obvio que esta idea puede estar muy cerca del pensamiento neoliberal, pues conduce a aceptar que cualquier privatización sería un paso hacia una sociedad civil más desarrollada. Este empleo de la noción de sociedad civil tiende a esconder las diferencias que realmente existen en la sociedad, haciendo que desaparezcan de la percepción de lo social fenómenos tales como las clases sociales, los grupos de poder económico, etc. (Meschkat 1999). Ha conducido a que se diluya la

centralidad de la relación capital-trabajo en la definición de las relaciones de poder (Dilla 1996: 107).

Por todas estas razones, asumiré una segunda lectura o interpretación del concepto de sociedad civil, por considerarla más ajustada a las características esenciales de la sociedad y a los procesos objetivos que en ella se desarrollan. Me refiero a la interpretación desarrollada por Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel* (Gramsci 1999). Sus elementos fundamentales pueden resumirse, a grandes rasgos, así:

1. Su punto de partida es la idea de que la diferenciación entre sociedad civil y sociedad política es sólo metodológica, pero no orgánica.
2. Se fundamenta en una interpretación relacional, y no cosificada, de los procesos y objetos sociales.
3. Por ende, asume una comprensión ampliada (con respecto a la tradicional) y relacional sobre el Estado, el poder y la política, que se expresa en la teoría gramsciana de la hegemonía.
4. Plantea la existencia de una relación de interpenetración y exclusión entre la sociedad civil y el Estado. Determinadas estructuras del Estado forman parte de la sociedad civil, y a su vez ciertas estructuras de la sociedad civil forman parte del Estado.
5. La sociedad civil es entendida como el campo por excelencia de la lucha de clases y, por tanto, de la obtención de la hegemonía o del desafío a la existente.

Desde esta interpretación, se identifica a la sociedad civil con los espacios de socialización pública, de transmisión de códigos y valores, de formación de hábitos culturales y patrones de conducta, de interacción ideológica donde se reproduce cierto tipo de relaciones sociales. Una estructura como el mercado capitalista, instituciones como la escuela y las universidades, las asociaciones profesionales y religiosas, las organizaciones comunales y laborales, los medios de difusión masiva, las publicaciones culturales y académicas, forman parte de la sociedad civil (sin detrimento de que también se incluyan en otros espacios, como el Estado o la economía), pues en ellas se reproducen y se transforman cotidianamente los correlatos culturales e ideológicos de la hegemonía.

En los *Cuadernos de la cárcel*, el concepto de sociedad civil no es utilizado para designar simplemente relaciones asociativas contractuales,

voluntarias, entre las personas, pues la producción y reproducción de la civilidad se había tornado algo mucho más complicado, sino como el conjunto de todas las relaciones sociales productoras de sentido. Esto es lo que permite entender el modo en que, para Gramsci, se vincula la economía con la sociedad civil en el mundo moderno. Está claro que la producción de mercancías (finalidad fundamental de la economía capitalista) no significa tan solo la creación de un objeto, sino ante todo la producción de un tipo específico de subjetividad humana, como premisa y resultado de la existencia de aquellas. El mercado capitalista es algo mucho más complejo que la simple compra-venta. “Es la generalización de un modo de representar sujetos, procesos y objetos regidos por la lógica del fetichismo” (Marinas 1997: 92). El mercado capitalista es una importantísima agencia de socialización de los individuos, y por ende de “civismo”, de producción, difusión y reafirmación de normas y valores, y de los códigos simbólicos distintivos que le dan un significado concreto al sentido de la sociedad, la solidaridad y la comunidad.

La invocación a la idea de sociedad civil no puede llevarnos a repetir los esquemas teóricos del liberalismo ni a aceptar sin cuestionamientos sus estructuras políticas. Es necesario tener en cuenta el sentido en el que este término ha sido empleado por los movimientos de izquierda en América Latina. En palabras de Norbert Lechner, su uso ha sido una expresión del “*malestar con la democracia*” (Lechner 1995: 7). Su invocación ha tenido el propósito de marcar los defectos, insuficiencias y limitaciones del modelo liberal de democracia, y de llamar a la revisión radical de sus postulados.

Es con el contenido que le asignó Gramsci que utilizaré el concepto de sociedad civil, y será con la finalidad explicitada por Lechner con la que analizaré la dinámica de la sociedad civil en la Cuba actual.

#### LA RECEPCIÓN DE LA IDEA DE SOCIEDAD CIVIL EN CUBA

La recepción de la idea de sociedad civil comienza en Cuba, en lo esencial, en los años ‘90 del Siglo XX. Es una recepción que ha estado marcada por los procesos que se han producido tanto a nivel internacional como al interior del país. Entre los primeros, destacaré tres: la bancarrota y desaparición del sistema del socialismo de Estado en los países al este del Elba; el desmontaje del llamado “Estado de bienestar”, asociado a políticas neoliberales y a una nueva interpretación del papel del Estado en los países del centro capitalista, y la crisis de las estructuras tradicionales de la izquierda

latinoamericana y su intento de reorganización a través de la potenciación del papel de los movimientos populares. En Cuba, desde 1986, cuando se inició lo que se conoció como “Proceso de Rectificación”, se desplegaron procesos de recomposición económica, política y social, que marcaron nuevos espacios, prioridades, tácticas y estructuras, y que recibieron una nueva dirección tras la desaparición de la Unión Soviética en 1991. Todo ello provocó la existencia en Cuba, a partir de estos años, de una percepción generalizada, en todos los niveles y sectores sociales, sobre la necesidad de transformaciones. La discusión se estableció en torno a cómo entender las dimensiones, objetivos y dirección de las mismas. El concepto de sociedad civil comenzó a ser utilizado en el campo cultural cubano como instrumento de esa reflexión. La utilización de la invocación a la sociedad civil como pieza fundamental de la retórica política del gobierno de los EE.UU. y en los proyectos de subversión del orden político en la isla, ha sido un factor que ha condicionado fuertemente la percepción que de este tema se ha tenido en Cuba. El carácter masivo que tuvo desde principios de la década del ‘70 del siglo pasado la difusión en el sistema educativo cubano del marxismo de corte soviético, condujo a que muchos desconocieran la interpretación gramsciana de este concepto, y a que lo asumieran como un tema impuesto por la propaganda anti-socialista.

Si analizamos los más de diez años de circulación de este término en nuestro contexto, considero que podemos discernir una primera etapa, en la que predominó la percepción del mismo como un instrumento teórico utilizable sólo para criticar las estrategias pasadas y presentes de la Revolución, y plantear salidas a las situaciones de crisis de nuestra realidad que no tienen nada que ver con alternativas socialistas. El momento más destacado de esta primera etapa, que duró aproximadamente hasta el año 1994, lo constituyó la publicación y difusión en nuestro país del documento titulado “Reconstruir la sociedad civil: un proyecto para Cuba” (Valdés y Estrella 1994), que se discutió y aprobó en la II Semana Social Católica efectuada en La Habana en diciembre de 1994. Este documento es significativo, porque expresa en esencia una de las tres posiciones fundamentales en el debate cubano sobre sociedad civil, a las que me referiré después. Se asumió la interpretación liberal clásica del concepto de sociedad civil, que lo identifica sólo como el conjunto de asociaciones voluntarias independientes del gobierno y como esfera contrapuesta a la política y al Estado. La reconstrucción de la sociedad civil que se proponía

en este texto implicaba de hecho la eliminación de los principales rasgos socialistas de nuestra estructura político-económica.

Esta primera etapa, en la que es casi exclusiva la presencia de esta interpretación y uso del concepto de sociedad civil en documentos y publicaciones (Valdés 1996 a, b), es seguida por una segunda etapa marcada por la presentación en nuestros medios escritos de posiciones divergentes entre sí. Podemos decir que es entonces cuando propiamente comienza a darse el debate. Cronológicamente se superpone en algo con la anterior, pero las fronteras en los procesos sociales suelen ser bastante indefinidas. Es en esta etapa donde se presentaron públicamente las tres posiciones fundamentales en la discusión.

El punto de partida lo podemos establecer convencionalmente en la publicación de dos artículos escritos por Rafael Hernández y publicados en la revista *La Gaceta de Cuba*, de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (Hernández 1993 y 1994). Los artículos de Rafael Hernández marcaron un desafío, al rechazar explícitamente la connotación anti-socialista que se le pretendía asignar al concepto de sociedad civil, y presentar la interpretación gramsciana del mismo, con lo que no solamente la dimensión teórica, sino también la dimensión política de este concepto cambiaba radicalmente y se convertía en un instrumento indispensable para pensar la profundización y perfeccionamiento del socialismo en el sentido de su desarrollo político y democrático. Estos artículos marcaron el inicio del debate sobre este tema en Cuba.

Es en esta segunda etapa cuando los representantes de este marxismo crítico van a publicar un conjunto de artículos, principalmente en la revista *Temas*, aunque también en otros órganos escritos, presentando sus criterios sobre la legitimidad teórica y la imprescindibilidad revolucionaria de la reflexión sobre el desarrollo de nuestra sociedad civil (Acanda, 1996, Alonso 1995, Azcuy 1995, Blanco 1995, Dilla, 1996, Martínez, 1995).

En este segundo período de la discusión aparecen algunos pocos artículos donde se expresaban las posiciones de desconfianza y rechazo al concepto de sociedad civil a las que me he referido anteriormente (Valdés Vivó 1996, Núñez 1996).

Las tres posiciones en el debate en la etapa entre 1994 y mediados de 1996 estaban claramente delimitadas: la posición que denominé “liberal”, profundamente hostil al proyecto socialista, que adoptaba acriticamente la interpretación del concepto de sociedad civil proveniente del neoliberalismo,

representada en lo fundamental al interior del país por los llamados grupos disidentes y la intelectualidad laica vinculada orgánicamente a la iglesia católica cubana; la posición del “marxismo de la sospecha”, que se negó a la utilización del concepto y a toda reflexión acerca del tema, por considerarlo una maniobra del enemigo (y que con ello, de hecho, aceptaban la interpretación del concepto de sociedad civil de sus oponentes); por último, la posición del marxismo crítico, que rechazaba las dos posiciones anteriores por considerarlas basadas en un mismo fundamento teórico unilateral, y asumía a la sociedad civil como el espacio privilegiado de consolidación de la hegemonía política del socialismo.

La publicación de la resolución aprobada por el V Pleno del CC del PCC, efectuado en marzo de 1996, marcó un hito en esta historia. Se trata de un documento contradictorio. Por un lado su dura retórica parecía deslegitimar el debate en torno a este y otros temas. Por el otro, no es menos significativo que, por primera vez, en un texto oficial de un partido comunista en el poder se reconoce y valora la existencia de la sociedad civil. Precisamente en ese año 1996 Armando Hart, entonces miembro del Buró Político del PCC y ministro de cultura, en un conjunto de artículos y entrevistas aparecidos en diversos medios de prensa cubanos, utilizó ampliamente la categoría de sociedad civil, exponiendo la importancia de su desarrollo en la consolidación del proceso revolucionario cubano (Hart 1996 a, b, c).

En mi opinión, después de las posiciones fijadas en el V Pleno del Comité Central, y de los pronunciamientos de Armando Hart, se abrió una tercera etapa, en la que aún nos encontramos. La posición de rechazo al uso del término “sociedad civil” por considerarlo antimarxista y anti-socialista se ha deslegitimado por completo, y ya no es mantenida prácticamente por nadie. El choque de criterios se centra ahora fundamentalmente en torno a dos cuestiones: el contenido del concepto de sociedad civil, y el sentido de la reconstrucción de la sociedad civil cubana. Esto se aprecia especialmente en el uso que algunos han dado a la expresión “sociedad socialista cubana”, la cual identifican sólo con el conjunto de organizaciones políticas y/o de masas existentes desde la década de los ‘60. Es una interpretación unilateral y excluyente, que sólo puede conducir a negar toda perspectiva de desarrollo a una sociedad civil que, para ser “socialista”, ha de contribuir realmente al despliegue de un proceso de socialización del poder y de la propiedad (¿acaso puede ser otra cosa el

socialismo?) que contrarreste todas las formas de enajenación. Por otra parte, aquellos que tratan el tema desde la perspectiva gramsciana, entienden a la sociedad civil como la esfera de la producción ideológica, en su interconexión y entrelazamiento con la sociedad política y con el Estado, y centran su reflexión sobre el perfeccionamiento de una sociedad civil cubana que tribute al crecimiento del socialismo, en el desarrollo de las estructuras e instituciones de producción ideológico-cultural: el sistema de enseñanza, los medios de difusión masiva, la política editorial, la búsqueda y perfeccionamiento de nuevas formas de producción y asociación económicas que tributen a la efectiva socialización de la propiedad, etc.

### CAMBIOS EN LA SOCIEDAD CIVIL CUBANA

Los procesos de formación y evolución de la sociedad civil cubana han sido muy poco estudiados por el pensamiento social de mi país. Los historiadores apenas han realizado algunas investigaciones muy puntuales sobre el surgimiento de algunos espacios asociativos específicos. Por otra parte, las investigaciones hechas desde la sociología sobre la dinámica de la sociedad civil cubana en los últimos años también han sido escasas, y una buena parte de las que se han realizado no son de dominio público.

La sociedad civil cubana antes de 1959 estaba marcada por procesos contradictorios. Es cierto que era más densa y compleja que la existente en la mayoría de los países latinoamericanos y de las Antillas, debido al mayor grado de desarrollo de las relaciones sociales capitalistas en Cuba. Pero también debe tenerse en cuenta que la existencia de casi un 30% de analfabetismo (más la alta proporción de la población que era analfabeta funcional), y de una tasa de desempleo que no bajaba nunca del 25% en sus mejores momentos, implicaba la fragmentariedad, debilidad y desigualdad de ese desarrollo. Amplias masas de la población estaban excluidas de cualquier inserción en el tejido asociativo, o de tener ningún tipo de participación en el manejo o control de los asuntos públicos a nivel local, y mucho menos nacional, y su interacción con los aparatos de reproducción ideológica (escuela, prensa, etc.) era muy limitada, cuando no nula.

Con todo, esa sociedad civil jugó un papel importante en el proceso insurreccional de la década del '50 contra la dictadura batistiana, lo cual resalta una característica que siempre ha tenido la sociedad civil cubana: su profunda y explícita politización (Recio 1998–99 [Álvarez]: 158). Tras

la toma del poder por la revolución en 1959 se operó una radical transformación de la sociedad civil cubana. Por un lado una buena parte de ella desapareció. La mayoría de las formas asociativas (partidos políticos, instituciones profesionales, asociaciones religiosas, etc.) desaparecieron. Ello fue resultado de la acción del nuevo Estado, pero también de procesos de autodisolución. La mayoría de sus miembros abandonaron el país, producto de la primera oleada migratoria de los años 1959–1962. Con las nuevas dinámicas sociales que se desencadenaron, surgieron nuevos espacios de acción, se masificaron agencias de socialización ya existentes y surgieron otras, y aparecieron nuevos espacios de asociación. En palabras de María López Vigil, “la sociedad cubana se convirtió en una sociedad civil en gran escala” (López 1997: 35). La participación popular fue profunda y masiva. La autogestión alcanzó un peso y significación como nunca antes. Es preciso no olvidar algo importante: se logró la socialización del poder a una escala sin precedentes en muchos países.

Los años '60 fueron testigos de un crecimiento explosivo de la sociedad civil cubana. Y ello no tan solo—ni siquiera principalmente—por la aparición de nuevas organizaciones de masas (CDR, FMC) o por el nuevo rol social que pasaron a desempeñar algunas de las ya existentes (sindicatos y organizaciones estudiantiles), sino sobre todo por el redimensionamiento de todo el sistema de instituciones encargadas de producir y difundir las nuevas formas ideológicas que cimentaban el nuevo bloque histórico (desarrollo del sistema educacional, conversión de los medios de difusión masiva en instrumento de interés público, etc.), y por la inserción activa en esa sociedad civil de amplios sectores sociales que antes jugaban un papel pasivo, o que, por su posición marginal, ni siquiera podían considerarse incluidos en ella. Fue a través de esta nueva sociedad civil como la revolución logró la obtención de su hegemonía.

A partir de los años '70, con el desarrollo de lo que se llamó “proceso de institucionalización”, el panorama fue cambiando lenta pero esencialmente. Se pasó a un sistema político basado en la presencia omnimoda del Estado, el paternalismo y el verticalismo. El Estado con vocación socialista beneficiaba con sus políticas básicamente a sectores populares. Se trataba de un Estado que tenía un monopolio casi exclusivo en la asignación de recursos y valores. La planificación central funcionaba con una disponibilidad de recursos relativamente abundantes. Ese Estado se ocupaba de casi todos los espacios de la vida social. La reproducción de la vida de las per-



sonas estaba indisolublemente ligada a la presencia del Estado. Por otra parte, el Estado tenía una posición muy importante en la producción ideológica. La iglesia y el mercado, instituciones muy importantes en la producción de valores, no tenían aquí ningún papel en ese campo (el mercado apenas existía). Todo ello hacía que el Estado tuviera un monopolio práctico también en la producción de ideología, que por demás era creíble, pues entonces el Estado lograba crecimientos económicos y movilidad social, creando así una compatibilidad entre esa ideología y los beneficios reales que era capaz de proporcionar (Recio 1998-99 [Dilla]). Si en los años '60 la sociedad civil se expandió extraordinariamente, y asumió muchas funciones típicas del Estado-gobierno, en las décadas del '70 y el '80 ocurrió un proceso inverso, y las instituciones estatal-gubernamentales asumieron muchas funciones de la sociedad civil. Era una sociedad civil muy comprimida, muy limitada. De hecho las organizaciones de masas (CDR, FMC, CTC, etc.) se convirtieron en una continuación del Estado-gobierno.

Con ese sistema la sociedad cubana se desarrolló durante esos años. Y logró alcanzar cuotas de justicia social muy altas. Sobre todo desarrolló su capital humano. Pero a la vez el centralismo y el paternalismo tuvieron consecuencias espirituales y en el campo de la participación. Se desarrolló la cultura de la espera de decisiones, de la inercia y la rutina. Se perdió la cultura del debate. Disminuyó la participación real, y el formalismo pasó a jugar un papel importante (CIPS 1991).

La crisis desencadenada en Cuba a inicios de los años '90 marcó un nuevo punto de viraje en todos los aspectos de la sociedad cubana, y también en la sociedad civil. Hubo un factor importante que contribuyó a los cambios que se operaron en esta esfera: el Estado no podía seguir ejerciendo con igual eficacia las funciones que hasta ese momento venía desempeñando. Se mantuvo la matriz socialista de nuestra economía, pero se tuvo que abrir un espacio importante a la inversión extranjera, a la existencia de distintos tipos de propiedad y a la aparición de lo que se ha llamado "trabajo por cuenta propia". El Estado tuvo necesariamente que permitir que otros sujetos asumieran ciertas funciones que hasta entonces eran exclusivas suyas. La aparición de relaciones de mercado, que han alcanzado un peso significativo en la economía y en la vida cotidiana del país, ha sido un elemento que ha traído consigo una cierta diferenciación social en un nivel no conocido en la etapa anterior.

La imposibilidad por parte del Estado de cubrir todas las necesidades de la vida cotidiana llevó a la aparición de nuevas formas asociativas. La escasez de recursos obligó a buscar mecanismos de descentralización para su utilización más eficiente. Se realizaron transformaciones en la estructura político-administrativa (por ejemplo, la creación de los Consejos Populares del Poder Popular) con el objetivo declarado de dar más poder a los distintos niveles de la administración estatal.

Pero la crisis económica no ha sido la única causa de los cambios operados. La sociedad cubana se ha vuelto más plural y más diferenciada de lo que era no sólo en los '70, sino también en los '50. La propia obra de la revolución ha contribuido a ello. El desarrollo del nivel cultural y educacional de la población ha contribuido a que aumenten y se tornen más complejas las necesidades y demandas de la población, y a que con ello los mecanismos existentes de participación y representación se vean sometidos a una fuerte tensión.

En cierta medida esta situación se venía expresando desde mediados de la década del '80. El crecimiento del sector profesional conllevó a la necesidad de crear (en algunos casos, volver a crear) organizaciones de profesionales. En la segunda mitad de la década del '80 surgió un conjunto de nuevas organizaciones profesionales (de economistas, etc.), que se unieron a las ya existentes, como la de periodistas (UPEC) y la de artistas y escritores (UNEAC). Con todo, debe reconocerse que la mayoría de esas organizaciones profesionales no tiene un impacto visible o significativo en la sociedad cubana. La excepción más importante la constituye la UNEAC. A través de sus debates, y del aporte de sus miembros expresado en su labor artístico-profesional (plasmado en la creación de cuadros, obras literarias, películas, documentales, publicaciones periódicas, etc.), esta organización jugó y juega un papel importante en la reflexión acerca de la realidad nacional y en la creación de espacios de discusión y debate de la misma, que contrastan fuertemente con la pobreza informativa y la uniformidad exhibida por la televisión, la prensa plana, etc.

En la primera mitad de los años '90 creció el número de asociaciones registradas, crecimiento que cesó en 1996, cuando las autoridades gubernamentales correspondientes suspendieron hasta hoy la autorización de nuevas asociaciones civiles. Es cierto que el endurecimiento creciente de la agresión del gobierno de los EE.UU. hacia Cuba explica esta medida, pero no lo es menos que con ello se ha limitado el desarrollo de un sector

significativo de la sociedad civil cubana. Pero de hecho existen muchas organizaciones ilegales en Cuba, de carácter fuertemente político y de oposición al Estado cubano, y fuertemente vinculadas al gobierno de los EE.UU. Son las así conocidas como “organizaciones de disidentes”. Estas organizaciones no representan a ningún sector importante de la población.

Más importancia, en este sentido, tiene el sistema de publicaciones, organizaciones culturales de base y espacios asociativos de la iglesia católica cubana. Una buena parte de estas organizaciones, así como las distintas revistas de los obispos existentes en la isla promueven abiertamente un proyecto social para el país muy distinto de cualquier tipo de opción socialista, y por ende muy distanciado de la ideología oficial y de la retórica existente en los medios de difusión de propiedad estatal.

El panorama político cubano se ha caracterizado por la contradicción entre las tendencias descentralizadoras ya presentes y con una cierta importancia, por un lado, y el sistema caracterizado aún por una excesiva centralización dentro de una estructura piramidal. Cambios en el plano jurídico-institucional serían importantes, para establecer un marco que facilite la acción de los ciudadanos contra las tendencias burocratizantes, y para marcar nuevas pautas que permitan el desarrollo de un asociacionismo cívico que promueva los valores del proyecto socialista, aunque es evidente que, por sí mismos, estos cambios jurídicos no constituyen un factor decisivo.

En mi opinión, una importancia decisiva lo tiene la búsqueda y desarrollo de nuevas formas de propiedad colectiva en la economía. Es imperioso buscar y experimentar con nuevas formas de organización de la propiedad social que generen valores colectivistas alejados del egoísmo típico del mercado capitalista. Las cooperativas y otras formas de autogestión deben conducir a una mayor socialización de la propiedad. En este campo es muy poco lo que se ha avanzado en los últimos años.

Otro reto importante es el que plantea el redimensionamiento que adquiere lo público en las nuevas condiciones del país. Antes de los 90, lo público y lo estatal se identificaban. Ahora han surgido nuevas formas y espacios de existencia de lo público que ya no son estatales. La autonomía de lo público que no es estatal es un desafío importante, y que aún no ha sido asumido en todas sus implicaciones.

Una tarea de no menor importancia está asociada al desarrollo de la cultura del debate. No puede decirse que en Cuba no exista debate. De hecho es mucho mayor que el que existió en los '70 y los '80, y en cier-

ta medida hay una diversidad que no se alcanzó ni siquiera en los años 60. Pero para que crezca, es preciso continuar perfeccionando los mecanismos jurídicos y estructurales que amplíen el derecho de todos a recibir flujos continuos de información suficiente, y la necesidad de someterlo todo a discusión, tarea que permanece pendiente.

Otro desafío consiste en la necesidad de buscar formas de articular el verticalismo necesario a la existencia de un Estado que, por muchas razones, tiene que mantener una cierta fortaleza, y el necesario desarrollo de la horizontalidad, que permita que crezcan y se profundicen las experiencias de la autogestión, y que esas nuevas experiencias se conozcan entre sí e intercambien información. Esa búsqueda se ha detenido, y es urgente recomenzarla.

La evolución de las estructuras políticas y económicas del país ha de avanzar en el sentido de contribuir al despliegue de nuevas formas de participación y socialización del poder.

## REFERENCIAS

- Acanda, Jorge Luis. 1996. “Sociedad civil y hegemonía”. *Temas*, no. 6, La Habana.
- Alonso, Aurelio. 1995. “Marxismo y espacio de debate en la revolución cubana”. *Temas*, no. 2, La Habana.
- Azcuy, Hugo. 1995. “Estado y sociedad civil en Cuba”. *Temas*, no. 13, La Habana.
- Blanco, Juan Antonio. 1995. “Cuba, ¿‘museo socialista’ o laboratorio social?”. *Contracorriente*, no. 2, La Habana.
- Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS). 1991. “La participación social en la sociedad cubana actual”. La Habana: CIPS.
- Dilla, Haroldo. 1996. “Pensando la alternativa desde la participación”. *Temas*, no. 8, La Habana.
- Gramsci, Antonio. 1999. *Cuadernos de la Cárcel*. México: Editorial Era.
- Habermas, Jürgen. 1998. *Facticidad y validez*. Madrid: Trotta.
- Hart, Armando. 1996a. “Intervención del ministro de cultura en el PCC provincial de Ciudad de la Habana”. La Habana: Ministerio de Cultura.
- \_\_\_\_\_. 1996b. “Sociedad civil y organizaciones no gubernamentales”. *Granma*, La Habana, 23 y 24 de agosto.
- \_\_\_\_\_. 1996c. “Socialismo, democracia y sociedad civil”. *Habanera*, no. 3, La Habana.
- Hernández, Rafael. 1994. “La sociedad civil y sus alrededores”. *La Gaceta de Cuba*, La Habana, septiembre-octubre.
- \_\_\_\_\_. 1993. “Mirar a Cuba”. *La Gaceta de Cuba*, La Habana, septiembre-octubre.

- Keane, John. 1992. *Sociedad civil y democracia*. Madrid: Alianza.
- Lechner, Norbert. 1995. “La problemática invocación de la sociedad civil”. *Espacios*, no. 4, San José de Costa Rica.
- López Vigil, María. 1997. “Sociedad civil en Cuba. Diccionario urgente”. *Envíos*, no. 184, Managua.
- Marinas, José Miguel. 1997. “La verdad de las cosas (en la cultura del consumo)”. *Agora* 16, no. 1, Universidad de Santiago de Compostela.
- Martínez, Fernando. 1995. “Izquierda y marxismo en Cuba”. *Temas*, no. 3, La Habana.
- Meschkat, Klaus. 1999. “Una crítica a la ideología de la sociedad civil”. En *Sociedad civil en América Latina*, ed. P. Hengstenberg, K. Kohut, y G. Maihold. Caracas: Nueva Sociedad.
- Núñez, Nestor. 1996. “Civilidad y participación”. *Bohemia*, La Habana, abril.
- Pérez-Díaz, Víctor. 1997. *La esfera pública y la sociedad civil*. Madrid: Taurus.
- Recio, Milena. 1998–99. “Sociedad civil en los 90: el debate cubano”. *Temas*, 16–17 (Entrevistas con Jorge Luis Acanda, Berta Álvarez, Haroldo Dilla, Armando Hart, y Miguel Limia).
- Valdés, Dagoberto and Luis Enrique Estrella. 1996a. “Reconstruir la sociedad civil: pan para hoy y democracia para mañana”. *Vitral*, no. 14, Pinar del Río.
- \_\_\_\_\_. 1996b. “Sociedad civil: impedimentos, miedos y coincidencias”. *Vitral*, no. 15, Pinar del Río.
- \_\_\_\_\_. 1994. “Reconstruir la sociedad civil, un proyecto para Cuba”. Material mimeografiado.
- Valdés Vivó, Raúl. 1996. “¿Sociedad civil o gato por liebre?” *Granma*, 4 de enero.

## CAPÍTULO 8

### Espejo de paciencia: Notas sobre estudios cubanos, ciencias sociales y pensamiento en Cuba contemporánea

RAFAEL HERNÁNDEZ

Muchos recordarán quizás una valla situada en los años ‘90 cerca del aeropuerto José Martí, que exhibía el siguiente texto: “Soy cubano, no puedo ser diferente.”

En torno a este cartel y su significado, un ensayo titulado *Interpretations of National Identity* (Fernández y Cámara, 2000) discurría lo siguiente:

*The message, presumably authorized by a government official... might indicate the uniformity imposed by the political system or by the determinism of the “national character,” it suggests a fatalism from which one cannot escape, a useful excuse for all shortcomings and an explanation for all glories.*

Indagando en el origen filológico de la frase que dio pie a esta contundente interpretación, encontré que “Soy cubano, no puedo ser diferente” es un verso de una canción puesta de moda por el Grupo Moncada, un conjunto entre roquero y sonero que cuenta con una pléyade de admiradores, y que “todo el mundo”—es decir, todos los que siguen al Moncada en Cuba—“se sabe.” En otras palabras, se trata de una frase que se canta y se baila popularmente en Cuba.

El enfoque de Fernández y Cámara tipifica ciertas premisas y líneas de razonamiento establecidas en zonas de los estudios cubanos, influyentes también dentro de la isla. Estos presupuestos y lógicas de análisis se han manifestado en un paradigma que interpreta los más diversos fenómenos de la sociedad y de la cultura como trasuntos de la política y la ideología. La clave de cualquier problema estaría, según esta manera de pensar, en la uniformidad política, el determinismo, el fatalismo, la justificación y glorificación del sistema. Detrás de toda idea

habría “a government official”. O lo que es lo mismo, la sociedad resulta la imagen especular del Estado, de manera que “la sociedad civil socialista y el Estado son idénticos.” Esta visión que hace un bloque indiferenciado entre el Estado y la sociedad civil cubanos ha sido compartida por autores que, curiosamente, pueden pertenecer a bandos políticos diametralmente opuestos<sup>1</sup>.

Como muestra el párrafo citado más arriba, este sesgo peculiar ha tenido una expresión aguda en el campo de los estudios sobre la sociedad y la cultura cubanas. En este ensayo me propongo discutir estas limitaciones, así como compararlas con las que se han presentado, paralelamente, en las ciencias sociales en la isla. Finalmente, me referiré a los cambios que han tenido lugar en las ciencias sociales adentro, especialmente en el período desde la crisis de los ‘90 hasta el presente.

#### PROBLEMAS DE LOS ESTUDIOS CUBANOS: ANTES Y DESPUÉS

Como saben todos los familiarizados con los estudios sociales sobre Cuba, el término estudios cubanos ha sido empleado desde los años ‘70 para designar el campo común de una variedad de disciplinas que se ocupan de los problemas económicos, sociales, históricos, culturales y políticos de la isla y que son producidos fundamentalmente afuera. Como señalaba el editorial de la publicación más importante que ha difundido esta producción intelectual en las últimas tres décadas, la revista académica *Cuban Studies*, esta ha reflejado la existencia de “a committed scholarly community that found Cuba fascinating long before its current post-cold war kitschy popularity” (Pérez y Aragón 2000). Al mismo tiempo, este editorial anunciaba la voluntad de abrir “a new era in the history of Cuban Studies with the inclusion of two articles in Spanish by colleagues residing in the island”, y expresaba que con este paso se buscaba fortalecer “the healthy proliferation of academic contacts with the island in the past few years”.

En otra parte (Hernández 1993) he expresado mi reconocimiento al valor académico de los estudios cubanos—también llamados por algunos *cubanología* o *cubanística* (Zimbalist 1986). Estos estudios, con diversa filiación ideológica, han aportado al conocimiento neto de los problemas de Cuba, así como han servido de acicate a las ciencias sociales y humanísticas cubanas. La crítica que he hecho antes—y la que haré en estas notas—no debe interpretarse como un intento de descalificación de

los estudios cubanos fuera del país en su auténtico valor intelectual. Me limitaré a señalar algunas deficiencias que pueden advertirse en una parte considerable de esta producción, relacionadas con sus enfoques de base.

Entre las insuficiencias ancestrales en los estudios cubanos pueden mencionarse las siguientes:

- Escasa construcción y explicitación conceptual de paradigmas.
- Carencia de diálogo crítico con lo producido en el mismo campo de estudios.
- Predominio del empirismo, el nivel narrativo y descriptivo.
- Personalización del análisis político, centrado en la figura de Fidel Castro, y en las asociaciones o conflictos interpersonales entre miembros de las “élites”.
- Limitación del análisis de la política a los contenidos del discurso.
- Discontinuidad del proceso histórico cubano, anterior y posterior a 1959.
- Carencia de un enfoque de sociología política, particularmente sobre la cultura política y el consenso a nivel de la sociedad civil.

En términos generales, los paradigmas usados en el estudio de América Latina y el Caribe no se aplicaron durante la guerra fría—ni posteriormente—al análisis de la realidad cubana. Los modelos de análisis sobreimpuestos a Cuba fueron más bien los de la soviología, no los de la latinoamericanística (Duncan 1985; González y Ronfeldt 1986). Si bien es cierto que el sistema político cubano de los ‘70 y los ‘80 importó numerosos rasgos del socialismo real, resulta evidente que el entorno geopolítico, la estrategia internacional y regional, el pensamiento político, la convergencia tercermundista, la vocación de autonomía y la definición de intereses nacionales de Cuba no respondían a los de una provincia soviética o un Estado esteuropeo. Menos aún los de la sociedad y la cultura.

De modo que, pesar de los progresos habidos desde las décadas de los ‘70 y los ‘80 en los estudios cubanos, las debilidades mencionadas han seguido afectando la capacidad de la mayoría de estos estudios para pasar la prueba de fuego de una ciencia social consistente: poder explicarse los cambios desde una perspectiva social y cultural, compararla con la de otros países y estimar sus trayectorias y tendencias. Esta afirmación no desconoce, sin embargo, los aportes realizados por estos estudios durante

los años de la guerra fría. Por ejemplo, las obras de Louis Pérez Jr. (1988) en la historiografía; las de Smith (1987), Jorge Domínguez (1992) o William LeoGrande (1982) en la política exterior; las de Andrew Zimbalist (1986) en la economía; las de Alejandro Portes (1985) en los estudios migratorios, las de Sheryl Lutjens (1988) en la educación.

La caída del Muro de Berlín y el fin de la URSS fue un parteaguas, que inició un proceso doble y contradictorio en los estudios sobre Cuba. Por una parte, la desaparición del marco Este-Oeste como supuesta *ultima ratio* de la situación cubana, creó la oportunidad para un acercamiento más centrado en torno a la índole propia del sistema, así como para analizar críticamente las premisas metodológicas y conceptuales de una sociología cubana. Por otra, sin embargo, la proliferación de la “transitología” o “estudios sobre la transición” introdujo un enfoque más prescriptivo que explicativo. A partir de paradigmas entresacados de los casos de Europa del Este, los regímenes postdictatoriales en América Latina, la España postfranquista, esta transitología extrapolaba regularidades y deducía desenlaces prestablecidos en la propia lógica de sus modelos, más que en el examen de lo que estaba ocurriendo realmente en la isla. La mayor parte de estos estudios sobre la transición cubana, realizados sobre todo en EE.UU., han representado un debilitamiento del análisis interpretativo, a favor de un enfoque teleológico, que asume de entrada hacia donde va el proceso político en la isla (Falcoff, 1992; Baloyra, 1993; Gunn, 1993; Mesa-Lago, 1993; Cuban Research Institute, 1993; Kaufman, 2000; Pérez-Stable, 2003).

#### **LAS CIENCIAS SOCIALES CUBANAS: EL LEGADO Y EL CAMBIO**

En los últimos quince años, los estudios sociales en la isla siguieron un curso marcado por la revisión y la renovación. Las ciencias sociales generaron, desde fines de la década de los ‘80, la crítica de las políticas que marcaron su desarrollo, así como su propia autocrítica. Estas se expresaron en tópicos discutidos públicamente (Espina 1995), entre los cuales se pueden mencionar los siguientes:<sup>2</sup>

- El sectarismo teórico.
- La compartimentación del conocimiento social.
- La falta de crítica sobre los problemas de la realidad social, y sobre los productos de la reflexión.

- La escasa integración de los estudios nacionales e internacionales.
- La carencia de modelos conceptuales alternativos.
- La falta de difusión de los resultados de la reflexión y la investigación.

Sin embargo, los años ‘90 no fueron importantes sólo por las negaciones que pusieron en circulación, sino por lo que afirmaron. La envergadura de esta transformación iniciada en medio de la crisis de esa década, en su significación más profunda, responde a una dinámica nueva de la relación entre conocimiento y sociedad. El pensamiento y la cultura, en su condición de reservorios de nuevas ideas, búsquedas, interrogantes y representaciones acerca del mundo real, en la medida en que aportan propuestas de interpretación y esclarecimiento de problemas, han suministrado un discurso informativo y generador de *estados de conciencia*, que los ha convertido en vehículos potenciadores del cambio social.

Una muestra, entre otras, de la renovación del pensamiento en Cuba, se puede encontrar en las publicaciones culturales y académicas. En la curva de recuperación del *período especial*, fueron surgiendo (o resurgiendo) más revistas que recogen aspectos del pensamiento cultural, social y político que nunca antes. *La Gaceta de Cuba*, *Temas*, *Revolución y Cultura*, *Catauro*, *Opus Habana*, *Contracorriente*, *Debates Americanos*, *Marx Ahora*, *Caminos*, *Cultura y Desarrollo*, *Casa de las Américas*, la *Revista de Ciencias Sociales*, *Unión*, *Cúpula*, *Arte Cubano*, sin soslayar algunas que se editan desde diversas provincias, como *Islas*, *Del Caribe*, *Cauce*, y otras más, reflejan lo que podría considerarse una etapa de polémica, reanimación y diversificación en el terreno de las ideas.

La mayoría de estas publicaciones no son órganos de una institución determinada; e incluso cuando lo son, suelen dar cabida en sus páginas a una diversidad de perspectivas y problemas que no reflejan un punto de vista institucional. Muchas de ellas resultarían, por tanto, órganos de la sociedad civil cubana, imprescindibles para seguir el rumbo del pensamiento, el movimiento intelectual y el debate de ideas en la isla. Sus tópicos recurrentes son numerosos (Hernández 1997): la sociedad civil, los problemas de género, el auge de las religiones, las relaciones interraciales, las nuevas generaciones, la cultura cubana en el exterior, los temas de la nueva narrativa, el teatro y las artes plásticas como espacios de confrontación de ideas, la crisis de valores, la discusión sobre el papel de los medios de difusión, la mayor diversidad y desigualdad social, la revisión

crítica de la historia de Cuba y el marxismo, la revalorización de las repúblicas prerrevolucionarias, entre otros campos objetos de controversia hoy. De hecho, el sustrato de este debate son los fundamentos y el significado mismo del socialismo como orden social y cultural en Cuba.

Catalogadas por algunos como “revistas de pensamiento”, “académicas”, “culturales” o de “ciencias sociales”, esos rótulos no expresan del todo el interés que despiertan algunos de sus artículos, ni la diversidad de su público lector, que rebasa el de los círculos intelectuales. Lo más interesante de estas revistas no radica sólo en sus contenidos, sino en sus lectores: intelectuales y académicos, pero también políticos; radicados en centros de investigación y universidades, pero también en institutos pedagógicos y tecnológicos, preuniversitarios, centros de enseñanza militar, bibliotecas públicas, escuelas de cuadros políticos, seminarios religiosos, organismos estatales. Una encuesta realizada por un centro de investigaciones sociales especializado en estudios de opinión acerca de la revista *Temas*, en la segunda mitad de 2002, y que se aplicó en todas las provincias de Cuba, arrojó los siguientes resultados (Boo y García 2003).

La mayoría de los lectores encuestados resultaron ser profesores, investigadores y dirigentes, distribuidos de la siguiente manera:<sup>3</sup>

- Profesor (27,5%)
- Investigador (18,9%)
- Dirigente (7,2%)

Entre 1995 y 2003, la revista había publicado 246 ensayos sobre problemas cubanos escritos por autores residentes en la isla, y 50 por estudiosos residentes afuera, además de otros textos sobre temas no cubanos. Asimismo, auspició y divulgó 25 mesas redondas donde se debatieron problemas cubanos. Entre más de treinta tópicos o campos que fueron temas centrales de los ensayos publicados, encabezaban la lista de preferencia de los lectores—según la misma encuesta—los siguientes: el desarrollo de los estudios sociales en Cuba, la identidad, la marginalidad, la religión, las migraciones, la globalización, la sociedad civil, los valores, la mujer, las influencias culturales EE.UU.-Cuba, la cultura cubano-americana. Entre los más de 180 temas propuestos por los lectores para ser tratados en números futuros de la revista se encontraban los siguientes: migración, marginalidad, raza, racismo, delincuencia, droga, familia,

violencia social y doméstica, machismo, feminismo, alcoholismo, diferencias sociales en el poder adquisitivo, madres solteras, juventud, prostitución y proxenetismo, desempleo, identidad cubana, ideología, ética, mujer, género y religión, homosexualidad, erotismo, transexualidad, el VIH/ SIDA, identidad sexual del cubano, comunicación y medios de difusión masiva, entre otros. La mayoría de estos asuntos ya han sido tratados en artículos o números monotemáticos de la publicación.

Como se puede apreciar por la naturaleza de los temas, la razón de este auge radica en que estas publicaciones articulan un debate abarcador de campos como el arte, la literatura o la teoría social, pero también indagan en esas otras dimensiones de la cultura que atañen más ampliamente a la sociedad, la ideología y la política. El sentido problemático de los tópicos que se tratan, los elementos de juicio y el contenido analítico de sus planteamientos, la divergencia respecto a los abordajes tradicionales, y el carácter contemporáneo y polémico de los asuntos que se discuten, ofrecen a los diferentes lectores maneras coherentes y sugestivas de considerar temáticas que los asaltan en sus vidas diarias.

#### LOS ESTUDIOS SOBRE LA SOCIEDAD CUBANA CONTEMPORÁNEA: CUATRO PROBLEMAS

No dispongo de espacio en estas notas para detenerme a examinar en detalle la producción de los estudios cubanos—fuera de la isla—en los últimos años. Me limitaré a apuntar solamente algunos trazos gruesos sobre aspectos sobresalientes y contexto actual.

En cuanto a lo que se sigue escribiendo sobre “la transición” en Cuba—por académicos cubanos, españoles, norteamericanos, polacos y de otras nacionalidades—, el lector interesado podrá encontrar una muestra representativa en cualquiera de los números de la revista *Encuentro*, editada en Madrid. Sin embargo, los estudios sociales sobre la realidad cubana van mucho más allá de este tópico, especialmente a partir de finales de la década de los ‘90.

El auge experimentado por estos estudios ha respondido—como en los años ‘60—a factores extra-académicos. Fenómenos como Buena Vista Social Club (1998), la visita del Papa (1998) y el caso de Elián González (1999–2000), colocaron el tema de Cuba en el campo visual de norteamericanos y europeos, y renovaron el de latinoamericanos y caribeños. La creciente comunicación entre empresarios, artistas, científicos,



académicos, periodistas, iglesias, universidades, de Cuba y de otros países, junto al crecimiento del turismo hacia la isla, levantó un nuevo mercado de libros de viajes, películas, literatura, obras musicales, guías de turismo, libros de arte, fotografías, y también de estudios académicos sobre Cuba. Una consecuencia de este renovado interés es, por ejemplo, la aparición de una nueva generación de historiadores—Ada Ferrer, Aline Helg, Alejandro de la Fuente, Alejandra Bronfman—, con obras que retoman aspectos relegados por la historiografía anterior, como el problema racial.

En ese contexto, no obstante, el conocimiento de la sociedad cubana contemporánea—sociedad civil, cultura, política interna—sigue siendo el área más débil y saturada de elementos ideológicos. Es en esta área, precisamente, donde ha resultado significativa la producción intelectual en la isla durante los últimos años—como se señaló en la sección anterior al examinar las publicaciones periódicas. A pesar de estos avances, tanto en la investigación como en la difusión de los resultados, se mantienen insuficiencias. Trataré de bosquejar algunos de esos más recientes avances, así como ciertas insuficiencias que considero fundamentales,<sup>4</sup> mediante la discusión de cuatro áreas de problemas.

### ***Las antinomias de la sociedad cubana***

La investigación sociológica en Cuba ha avanzado en identificar asuntos tales como la reestratificación, los cambios en las relaciones laborales y la participación, la dinámica de los roles familiares, el resurgimiento de la fe religiosa, el repunte de la pobreza, la problemática de la vida comunitaria, la necesidad de desarrollar campos como la sociología de las organizaciones o del medio ambiente (CIPS 2003). Sus avances más recientes revelan el mayor peso concedido a los criterios de contextualización y premisas. La identificación de puntos críticos y, muy especialmente, la *periodización histórica*, no como un referente externo, sino como una dimensión cualitativa interna imprescindible, aparece como central en esos enfoques. Las investigaciones más recientes revelan que sin una visión diacrónica, no se puede explicar la nueva sociedad cubana y su matriz de cambio.

Los estudios sobre la sociedad cubana presentan rasgos característicos relativamente comunes, no muy frecuentes antes. Estos constituyen un acercamiento problematizador, crítico y *en movimiento* de la sociedad cubana real de los últimos años. Muchos enfatizan en una visión de los

actores sociales, no como agregados socioeconómicos o demográficos, sino como grupos de sujetos interactuantes con el resto de la sociedad, con el Estado, y con su propia conciencia, cuya imagen se proyecta como en un espejo sobre la historia reciente (Espina 2003). Y subrayan que la crisis ha impactado todas las esferas de la realidad, de manera que los cambios en las condiciones de vida conllevaron una transformación en la *subjetividad* del cubano (Perera y Pérez Cruz 2003).

Estas investigaciones presentan un teatro social cubano donde confluyen, como en la historia de *La tormenta perfecta*, una combinación de factores que se potencian entre sí: la crisis “coyuntural” de fin de siglo, los “factores externos” ya internalizados, las tendencias sociodemográficas acumuladas, y las mutaciones de la conciencia social. Un máximo de personas mayores (Durán y Chávez 2003); un mínimo de jóvenes (Domínguez 2003); alta complejización de la situación ideológica, reducción de la participación (Martin 2003); mayoría de creyentes religiosos, minoría integrada en instituciones (Perera y Pérez Cruz 2003); más mujeres jóvenes calificadas y en cargos de dirección, más desvinculadas, menos en niveles de poder altos (Domínguez 2003). Estas tensiones ofrecen una representación muy gráfica y traslúcida de la sociedad cubana actual y de su complejidad.

Al correlacionar una diversidad de problemas, y salirse a menudo de su carril “temático” y “disciplinario” convencional, estos estudios más recientes consiguen una explicación más rica y convincente de la compleja realidad cubana actual, y contribuyen a discutir críticamente nociones del sentido común y la conciencia cotidianas.

### ***Historia sociológica y sociología política: asignaturas pendientes***

Las ciencias sociales cubanas carecen de una “sociología histórica” que permita construir una “historia sociológica” de la Cuba de los últimos tres lustros problema que, en general, constituye una de las principales deficiencias en el estudio de las décadas de la sociedad de la revolución. Este vacío ha sido interpretado por algunos autores como reflejo de la inexistencia de una sociedad civil en la Cuba anterior a la crisis, es decir, la que transcurre entre 1959–1989. En todo caso, sí es un reflejo de la falta de desarrollo de una sociología política en Cuba.

¿Qué asuntos requerirían una mayor atención? A pesar de los avances recientes, se carece de un conocimiento suficiente sobre la naturaleza del

cambio; las ramificaciones de la heterogeneidad; los problemas de la participación; las asimetrías en las relaciones intergéneros, intergeneracionales, intrafamiliares, interraciales; las mudanzas de valores y creencias; la multiplicación de actores sociales; las transformaciones que afectan la cultura política y el pensamiento crítico de la sociedad.

En el plano de las ideas, la situación no es mucho mejor. Por ejemplo, sobre el pensamiento de Fidel Castro carecemos en Cuba, paradójicamente, de una elaboración intelectual apreciable, que vaya más allá de glosarlo. La mayoría de lo que se ha escrito con los instrumentos analíticos de la historia y la ciencia política ha sido hecho por autores no cubanos. Sobre la obra intelectual del Che Guevara, apenas en los años '90 ha comenzado a ser estudiada—después de más de dos décadas de resultar muy poco investigada y difundida—desde una perspectiva que vaya más allá de la apología. A pesar del trabajo de algunas instituciones en esta recuperación analítica de su obra, parte de ella aún sigue sin publicarse.

Sin embargo, lo político, como tema y como motivación, no ha estado al margen de las ciencias sociales cubanas. La pregunta sobre si lo que se encuentra, o a veces apenas se vislumbra, puede representar o no un elemento de conflicto para el orden socialista, así como sobre qué es ese orden, o qué puede ser, se suscita a menudo de manera tácita o explícita en estas investigaciones. Esta inquietud se articula en torno al problema del cambio en sí mismo: qué dirección, qué valores de tradición y renovación, qué relaciones sociales, qué tipo de sociedad. Incluso el lugar que toma la fe religiosa se explica por la visión de un camino lleno de obstáculos, lucha, espera y confianza en los cambios (Perera y Pérez Cruz 2003). Asimismo, se reconoce que la crisis ha sometido la identidad sociopolítica de los sujetos en ciertos espacios a fuertes tensiones (Martin 2003).

La comprensión más compleja y orgánica de los factores que intervienen en el estudio de las organizaciones y la participación constituye una cuestión clave. La distancia entre participación institucional y toma de decisiones (Martin 2003), incorporación formal y participación protagónica (Domínguez 2003), membresía organizacional y significado real en la vida de la gente (Perera y Pérez Cruz 2003), sentido de pertenencia y distribución/ejercicio del poder (Arenas 2003), construyen una imagen múltiple de la densa red de estructuras e intersticios sociales en que se canaliza—o no—la actividad de los diferentes grupos. La insuficiente participación en la toma de decisiones de grupos diversos—trabajadores,

jóvenes, mujeres, adultos mayores—revela la ineptitud de los canales existentes para viabilizar criterios y permitirles defender sus intereses como grupo, para devenir sujetos de su propia socialización.

Por otro lado, los estudios sobre la etapa de la crisis podrían arrojar una luz retroactiva sobre las etapas anteriores del período revolucionario: los heroicos e incomprensidos '60, la aparentemente homogénea y equilibrada sociedad de la institucionalización. Una sociología histórica podría excavar en estas etapas anteriores, en busca de explicaciones de fondo para entenderlas como algo más que hologramas de la política—que es como la historia escrita hasta ahora dentro y fuera de Cuba los recoge. Esta excavación resultaría fundamental para poder encontrar antecedentes claves de la propia década crítica de los 90, desde su dramático inicio en la compleja situación del año 1989. Sin esa revisión crítica de la etapa anterior, resultaría muy difícil profundizar en la química social que impidió el desarme del pacto socialista a nivel de la sociedad civil, a pesar de la caída brutal del crecimiento económico 90-93 y de la conmoción ideológica creada por la implosión del socialismo europeo, así como por otros acontecimientos.

Un nuevo modelo explicativo de la sociedad cubana, más complejo y multivariado, podría integrar al estudio de la movilidad y la reestructuración no sólo los componentes socioclasistas que articulan la desigualdad y la diversidad, sino los raciales, generacionales y espaciales; así como considerar las múltiples aristas de fenómenos radiales, que impactan en muchas direcciones, como la emigración. Este fenómeno, cardinal en las sociedades caribeñas y latinoamericanas de nuestra época, y relativamente estudiado en el caso de Cuba, tiene repercusiones sobre la totalidad del tejido social que rebasan el nivel de las barras demográficas o los conteos censales, el drenaje de grupos etéreos y profesionales, o la aritmética macroeconómica de las remesas. Los cambios en el proceso migratorio imprimen una profunda huella en las relaciones sociales, en la conciencia y en la cultura política.

### ***Ciencia social y estudios culturales: el costo del divorcio***

La separación entre ciencia social y cultura no solo ha reflejado un modo decrepito de pensar, sino que ha bloqueado la fertilización mutua entre modos de conocimiento diversos, lastrando su socialización. Las interpretaciones de “historia sociológica” y las propias representaciones artísticas deberían poder integrarse *ab ovo* y no como “momentos” cronométricos del trabajo o “partes introductorias” de la exposición, al estilo de las

obligadas citas de Marx, Lenin y Brezhnev en el encabezamiento de las tesis doctorales en las universidades soviéticas. Los estudios sobre la historia y sobre el arte y la literatura serían dos formas de conocimiento principales a considerar en la construcción de las hipótesis de investigación, la definición de los problemas y las estrategias “de campo,” la recopilación cualificada de “los datos,” y naturalmente, el análisis, la interpretación y la comprensión orgánica del “fenómeno social” particular que se intenta descifrar.

Más que de *interdisciplinar* o de *transdisciplinar*, la cuestión consistiría en *des-disciplinar* los enfoques, lo que es difícil para los que mantienen un apego escolar a sus viejos manuales y carriles profesionales. Y también de hacerlos más *complejos*, en el buen sentido que se le ha vuelto a dar a este término. La idea de que el arte y la literatura puedan servir como vías de conocimiento crítico y de adelanto en el camino de socializarlo no debería requerir demostración. Baste recordar que la carga problemática de las artes plásticas, el teatro o la nueva narrativa, se adelantó no solo a las ciencias sociales —a lo que estas pudieron difundir—, sino al debate político, en la identificación y tratamiento de nuevos problemas, desde los años ‘80.

Las cuestiones de la fe religiosa y de la raza, la orientación sexual, las diferencias intergeneracionales, la crisis de valores, la nueva percepción social sobre los emigrantes y sus motivaciones en los ‘90, los fenómenos asociados al impacto de la crisis y los modos de vida capitalista—desde la prostitución hasta las drogas—, han sido tratados públicamente por la literatura, el arte, el teatro, o el cine, antes que por ninguna de las ciencias sociales. Temas como la posmodernidad, la revisión crítica de la tradición marxista y la búsqueda de nuevos paradigmas se desplegaron desde muy temprano en el campo de la cultura artístico-literaria, en sus instituciones y publicaciones, desde los albores de la crisis de los ‘90, y aún siguen marcando una pauta.

### ***Ciencia y sociedad: la relación dialógica***

Las investigaciones sociales que abordan los cambios traídos por la singular combinación de factores que ha tenido lugar en los últimos tres lustros, revelan precisamente la importancia de las ciencias sociales como bien público, como conocimiento que se convierte en un vehículo fundamental para la autotransformación de la sociedad. Esto se manifiesta en la labor

interventiva de las ciencias sociales, pero no se reduce a esa función. Como se apuntó antes, un discurso informativo y generador de *estados de conciencia* como el de las ciencias sociales representa hoy un vehículo potenciador del cambio social, que permite entroncarlas con la tradición de doscientos años de pensamiento cubano. La mayor participación del conocimiento contribuiría a cultivar un debate que está teniendo lugar de todas maneras en diversos espacios formales e informales de la sociedad civil. Cuestiones como las de la igualdad, los cambios de valores morales e ideológicos, los impactos del turismo, los problemas de la condición ciudadana, la pluralidad, entre otros muchos, forman parte de los discursos cotidianos en diversos espacios de la sociedad civil. Y aunque esas formas del conocimiento que aportan el arte y la literatura las han venido abordando de una manera más libre y con un mayor alcance que las de las ciencias sociales, no lo han hecho con la sistematicidad y el poder explicativo que éstas pueden aportar.

Las ciencias sociales pueden tener, al igual que la cultura en general, un papel más activo y eficaz en el intercambio con el exterior. A diferencia de la mayor parte de la producción intelectual cubana de los años ‘70 y principios de los ‘80, las investigaciones sociales no desconocen hoy el pensamiento social en América Latina y el Caribe. Este se reconoce hoy como un referente teórico y metodológico, tanto como un instrumento valioso por su capacidad crítica y empleo de enfoques alternativos. La cultura de las ciencias sociales latinoamericanas debería enriquecer los estudios cubanos. La aplicación durante tres décadas de artefactos intelectuales importados de sociedades tan diferentes como las de Europa del Este y la Unión Soviética—algunos de los cuales, a pesar de haber sobrepasado su vida útil, permanecen todavía conectados—, deberían hacer precaver a los estudios sociales cubanos del peligro de trasladar mecánicamente modelos de la ciencia social norteamericana y europea.

En el pasado, temas como los de la religión, la política educacional, las nuevas formas de organización de la agricultura o la necesidad de nuevas formas de empleo, particularmente el trabajo por cuenta propia, fueron investigados por las ciencias sociales cubanas, aunque estos resultados no fueron difundidos, ni siquiera después de convertirse en política (Hernández y otros, 1997). Es fundamental que hoy puedan hacerlo, y conocerse dentro y fuera de la isla, sobre todo en América Latina y el Caribe, y también en el primer mundo, donde existe tanto interés como ignorancia acerca de la sociedad cubana actual.

### LA RELACIÓN DIFÍCIL: LOS ESTUDIOS CUBANOS Y LAS CIENCIAS SOCIALES EN LA ISLA

El aumento de los intercambios académicos y de otro tipo con el exterior ha facilitado la comunicación entre las ciencias sociales cubanas y los estudios cubanos fuera. Se han multiplicado los contactos, lo que ha reducido el legado de desconfianza, y ha dado lugar a la posibilidad de incrementar la cooperación en el campo de las investigaciones. En algunas disciplinas, como la historia, cada vez más investigadores de afuera han accedido al trabajo en archivos cubanos. Aunque también ocurre a la inversa, es más difícil para un investigador de la isla hacer lo mismo, a menudo por razones presupuestarias; otras por carecer del apoyo institucional o de visas del otro país. En algunos ámbitos, como el de la literatura, se ha difundido más en la isla el conocimiento y estudio de los escritores cubanos en el exterior. Asimismo, algunos autores cubanos han podido acceder a ciertas editoriales en español.

Aunque sigue siendo muy difícil para un sociólogo o un antropólogo venir a hacer trabajo de campo a Cuba, en algunas instituciones—la Universidad de La Habana, el Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS), el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, y otras—se ha elevado notablemente la colaboración con investigadores del exterior. Numerosos grupos de estudiantes extranjeros visitan la isla—aunque no ocurre lo mismo a la inversa. Se han multiplicado y diversificado los cursos sobre Cuba en universidades donde antes no existían—en Estados Unidos, España, México y otros países. La salida al exterior de profesionales, intelectuales y artistas cubanos durante la crisis de los 90 ha sido parte de este estrechamiento de relaciones. Aunque en algunos casos este flujo no ha contribuido a desideologizar las visiones sobre Cuba en el exterior, en otros muchos sí ha colocado afuera un nuevo activo intelectual, más informado y balanceado sobre la realidad de la isla.

A pesar de los progresos apuntados, los estudios cubanos y las ciencias sociales en la isla están aún lejos de formar un cuerpo integrado o un conjunto articulado. Se presentan al menos dos problemas fundamentales—que a veces se solapan—, entre otros: el de la información y el de los paradigmas.

Como Domínguez reconoce, sin embargo, el concepto que ha ido extendiéndose en el pensamiento social en la isla es “far broader, suppler

and subtler than either the foreign or the officialist view would have it” (Domínguez 2003 xii). Este conocimiento—y reconocimiento—del debate intelectual generado por el pensamiento cubano resulta imprescindible para pensar la realidad actual y el futuro de Cuba.

Este y otros esfuerzos por tender puentes mutuos—que rebasen la nostalgia y contribuyan al conocimiento—resultarían mucho más productivos que la aplicación de ejercicios mentales basados en supuestas regularidades y mecánicas universales a la realidad cubana. Estas prácticas y modelos extrapolados me hacen evocar irremisiblemente aquellos memorables textos soviéticos donde uno podía leer que “la práctica de la Revolución Cubana evidenció la necesidad de contar con un partido proletario revolucionario para llevar a cabo la revolución socialista” (Volski 1986). En vez de este repetido ejercicio de metafísica, una fórmula que enfatice la cooperación paciente entre los estudios cubanos y las ciencias sociales en la isla podrían potenciar el conocimiento de la Cuba realmente existente.

### REFERENCIAS

- Baloyra, Enrique y James A. Morris (eds.) 1993. *Conflict and Change in Cuba*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Boo, Alina y Yamilet García. 2002. “La revista *Temas* y sus lectores”. *Temas*, no. 31 (octubre-diciembre), pág. 134–35.
- Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS). 2003. *La sociedad cubana. Retos y transformaciones*. La Habana: CIPS.
- Cuban Research Institute, Florida International University. 1993. *Transition in Cuba: New Challenges for U.S. Policy*. Miami: Cuban Research Institute, Florida International University.
- Domínguez, Jorge. 2003. “Foreword”. En Rafael Hernández, *Looking at Cuba. Essays on Culture and Civil Society*. Gainesville: University Press of Florida.
- \_\_\_\_\_. 1989. *To Make a World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy*. Cambridge: Harvard University Press.
- Duncan, Raymond W. 1985. *The Soviet Union and Cuba. Interests and Influence*. Nueva York: Praeger.
- Espina Prieto, Mayra P. 1995. “Tropiezos y oportunidades de la sociología cubana”. *Temas*, no. 1 (enero-marzo), pág. 36–49.
- Falcoff, Mark. 1992. “Is Cuba Next?” *Commentary*, Supplement (November), pág. 42–47.
- Fernández, Damián. 1992. “Opening the Blackest of Black Boxes: Theory and Practice of Decision Making in Cuba's Foreign Policy”. *Cuban Studies*, no. 22 (Ed: Jorge I. Domínguez), Pittsburgh y Londres: University of Pittsburgh Press, pág. 53–78.

- \_\_\_\_ y Madeline Cámara Betancourt. 2000. *Cuba, the Elusive Nation. Interpretations of National Identity*. Gainesville: University Press of Florida.
- González, Edward y David Ronfeldt. 1986. *Cuba, Castro and the World*. Santa Monica: Rand Corporation.
- Gunn, Gillian. 1993. *Cuba in Transition: Options for U.S. Policy*. Nueva York: The Twentieth Century Policy Fund.
- Hernández, Emilio. 1997. "Pase de revistas". *Temas*, no. 10 (abril-junio).
- Hernández, Rafael. 2003a. "Prólogo". *La sociedad cubana. Retos y transformaciones*. La Habana: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.
- \_\_\_\_. ed. 2003b. *Sin urna de cristal. Pensamiento y cultura en Cuba contemporánea*. La Habana: Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.
- \_\_\_\_; Carlos Alzugaray; Armando Cristóbal; Mayra Espina; Rolando González Patricio; Juan Luis Martín; et al. 1997. Mesa Redonda sobre "Las ciencias sociales en la cultura cubana". *Temas*, no. 9 (enero-marzo).
- \_\_\_\_. 1993. "Mirar a Cuba". *La Gacete de Cuba*, no. 4, septiembre-octubre.
- Horowitz, Irving Louis, ed. 1977. *Cuban Communism*. New Brunswick, NJ: Transaction Books.
- Kaufman Purcell, Susan. 2000. "Why the Cuban Embargo Makes Sense in a Post-Cold War World". En *Cuba. The Contours of Change*, ed. Susan Kaufman Purcell y David Rothkopf. Boulder, CO: Americas Society, Lynne Rienner Publishers.
- LeoGrande, William. 1982. "Cuba Policy Recycled". *Foreign Policy*, Spring.
- Martín, Juan Luis. 1999. "Investigación social en Cuba". *Temas*, no. 16-17, pág. 143-153.
- Mesa Lago, Carmelo, ed. 1993. *Cuba after the Cold War*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Pérez, Lisandro y Uva de Aragón, ed. 2000. "Preface". *Cuban Studies* 30. Pittsburg: University of Pittsburg Press.
- Pérez, Louis A., Jr. 1988. *Cuba and the United States. Ties of Singular Intimacy*. Atenas y Londres: University of Georgia Press.
- Pérez-Stable, Marifeli, et al. 2003. *Cuba, la reconciliación nacional*. Miami: Latin America and Caribbean Center, Florida International University.
- Portes, Alejandro y Robert L. Bach. 1985. *Latin Journey. Cuban and Mexican Immigrants in the United States*. Berkeley: University of California Press.
- Recio, Milena. 1998. "Sociedad civil en los 90: el debate cubano". (Entrevistas). *Temas*, no. 16-17 (octubre 1998-marzo 1999).
- Smith, Wayne 1987. *The Closest of Enemies. A Personal and Diplomatic Account of U.S. - Cuban Relations since 1957*. Nueva York: W.W. Norton & Co.
- Volski, Viktor. 1986. "Introducción." En *Cuba: 25 años de construcción del socialismo*. Moscú: Instituto de América Latina, Academia de Ciencias de la URSS.
- Zimbalist, Andrew, ed. 1988. *Cuban Political Economy: Controversies in Cubanology*. Cambridge, MA: Westview Press.

## NOTAS

1. En una entrevista colectiva publicada en la revista *Temas* (Recio 1998), se encontrarán definiciones idénticas, desde una posición ideológica contraria, sobre la sociedad civil y el Estado en el socialismo.
2. Sigo de cerca en esta sección el argumento expuesto en "Sin urna de cristal. Notas al pensamiento cubano contemporáneo", en Hernández 2003b.
3. La inmensa mayoría de ellos tenían un nivel de educación universitaria, correspondiente a las siguientes áreas de formación profesional: Educación (Profesor-Pedagogo) (16,6%); abogado-jurista-fiscal (5,6%); Psicología (5,6%); Información Científico-Técnica y Bibliotecología (5,2%); Historia (4,7%); Sociología (3,8%); Filosofía (3,3%).
4. Para un tratamiento más amplio de estos tópicos, véase Hernández (2003a).

## La juventud cubana: aspiraciones, percepciones sociales e identidad

MARÍA ISABEL DOMÍNGUEZ

**E**l escenario de los años '90 para la sociedad cubana se caracterizó por la profunda crisis económica que afectó al país y por importantes cambios resultantes de la estrategia de enfrentamiento seguida para salir de ella, basada en la difícil combinación de elevar la eficiencia económica con la menor afectación de los niveles de justicia social alcanzados.

La convergencia de todo este conjunto de factores, produjo diversos efectos sociales que han tenido una influencia más directa o más mediada sobre la juventud, sin olvidar que ello está condicionado en gran medida por las condiciones de partida, en particular el nivel de integración social previo y el grado de preparación que tenía la población para enfrentar una situación de crisis.

Es necesario apuntar que cuando hablamos de la juventud nos estamos refiriendo a un sector que—a pesar de la considerable reducción de sus efectivos en más de 300 mil personas entre 15 y 29 años en la década de los años '90 como resultado de la transición demográfica que tiene lugar en el país, lo que representó un decrecimiento del 10% del grupo juvenil—aun representa el 23% del total de la población (ONE 2001).

En estas condiciones de partida confluyeron elementos favorables y desfavorables. El más positivo ha sido sin dudas, el fuerte consenso en torno a valores básicos como la igualdad y la justicia, que ha mantenido a la mayoría integrada al proyecto social y la capacidad creativa y de resistencia que forma parte de la identidad del cubano<sup>1</sup>.

Entre los principales elementos negativos habría que mencionar la disminución de la participación y el desarrollo de una conciencia igualitarista, que provocó un disparo de las expectativas de los diferentes grupos sociales no asentadas en el trabajo, resultante del debilitamiento de la



conciencia laboral, así como insuficiencias en la socialización juvenil con impactos en el área de los valores (Domínguez 1994).

Hay que partir de considerar que la magnitud de la caída económica que se produjo durante esos años implicó una drástica reducción de los niveles de vida de la población cubana, lo que ha significado una considerable afectación para los distintos grupos. Digamos por ejemplo que en solo tres años (entre 1989 y 1992), el consumo per cápita de los hogares se redujo en 18,5% (ONE 1997).

Pero también es necesario reconocer que una de las dimensiones principales de la estrategia de reajuste seguida, a diferencia de las soluciones neoliberales, se encaminó a repartir la crisis con equidad, es decir, evitar la toma de medidas puramente económicas que tuvieran un fuerte costo para algunos grupos en particular, como podría haber sido la racionalización laboral indiscriminada o mercantilizar los servicios sociales básicos, a la vez, que se hicieron esfuerzos por compensar aquellos sectores más afectados a través de un reforzamiento de la seguridad social.

Por ejemplo, si se compara la proporción de ocupados dentro del total de personas en edad laboral en 1996 con la proporción de 1987, en los años más agudos de la crisis se produjo una reducción de apenas un 5% a pesar del crecimiento de ese segmento de la población en más de 650.000 personas (CEE 1987; ONE 1997). De igual forma se reportó un crecimiento de los gastos en seguridad y asistencia social del 40% entre '90 y 1996, los cuales subieron del 17% al 24% del total de gastos del presupuesto (en la actividad no empresarial) (ONE 1997). Quiere decir que aun en los peores momentos se trató de conservar un nivel de justicia social que evitara el aplastamiento de ningún grupo.

Sin embargo, la naturaleza de la crisis y el tipo de salida que se ha ido configurando como posible en las circunstancias internas e internacionales en que ésta tiene lugar, produce inevitablemente un conjunto de efectos, algunos de carácter estructural, que tienen implicaciones para los niveles de integración social, en particular del grupo juvenil, vista dicha integración al menos a través de tres elementos básicos: acceso a la educación, el empleo y la participación sociopolítica.

Elementos tales como la presencia de capital extranjero, el incremento de la actividad turística, el crecimiento de la actividad laboral por cuenta propia, la desestatalización de parte de la producción agropecuaria, la dualización de la moneda y la flexibilización de las regulaciones

migratorias y de la política hacia los creyentes son acciones, entre las más significativas, que dejan sentir sus impactos. No es la intención hacer aquí el análisis de dichos cambios en sí mismos, sino evaluar algunos de sus efectos generales sobre la juventud.

Por ejemplo, la diversificación de las formas de propiedad con la apertura al capital extranjero, la creación de las UBPC (Unidades Básicas de Producción Cooperativa) y de otras formas de trabajo cooperativo, y el crecimiento del cuentapropismo, ha tenido importantes repercusiones sobre las condiciones de trabajo y de vida de sectores importantes y está provocando un proceso de recomposición de la estructura de clases de la sociedad, en la que sin duda alguna el componente generacional tiene una particular relevancia en esos cambios. Ello ha dado lugar a:

- Cambios en la estructura de ocupaciones en el sector formal de la economía. Solo en el último lustro de los años '90, se dieron notables incrementos del total de trabajadores ocupados en actividades económicas como la minería; electricidad, gas y agua; turismo y comercio; actividades financieras, de seguros y servicios a empresas y en actividades agropecuarias. Simultáneamente decreció el número de trabajadores en la construcción, el transporte y las industrias manufactureras. (ONE 2001). Aunque no se dispone de datos exactos sobre la estructura de edades de estos movimientos es de suponer que el peso que en ello tiene la fuerza de trabajo joven es alto.
- Presencia de la subocupación. Los datos del subempleo son muy difíciles de calcular, mucho más para conocer las características particulares de los grupos afectados, pero es posible inferir que en los primeros años de la crisis tuvo una fuerte repercusión sobre los trabajadores jóvenes, pues el sector más afectado fue el industrial, en el cual se concentraban altas proporciones de personas menores de 30 años. Sin embargo, por los rasgos propios de la edad, así como la más elevada calificación de este grupo, se puede suponer que los jóvenes han logrado reinsertarse más rápidamente que otros grupos de trabajadores en los espacios más activos donde se expresa menos la subocupación.
- Incremento del sector informal de la economía es una opción laboral que abarca a una porción de la juventud<sup>2</sup>.
- Incremento del cooperativismo cuenta con una presencia juvenil en las labores agrícolas mucho mayor que en períodos anteriores<sup>3</sup>.

- Alto peso de la desvinculación al mercado laboral, se redujo el interés de la juventud por alcanzar un empleo estable y se elevó la magnitud de los grupos de desvinculados.

Ya desde los primeros años (1991) se apreció la reducción de las tasas de actividad económica en las mujeres y la juventud (Ferriol 1998). “... esta última condición [la inactividad] absorbió el 60,4% del crecimiento de los recursos laborales disponibles, por lo que solo poco más de un tercio de los arribantes fue a parar al mercado de trabajo” (Nicolau 1999).

A su vez, según estudios realizados a mitad de la pasada década, el 79% de una muestra representativa de jóvenes desvinculados laboralmente expresó tener quien los mantuviera y el 71% no encontraba estímulo económico para trabajar (CESJ 1995).

Esta situación comenzó a mostrar cierta reversión a partir de 1996, momento en que la desocupación alcanzó cifras entre 6%–7%<sup>4</sup>, de los cuales el 60% eran jóvenes, con mayor proporción de mujeres, calificación media o media superior y procedencia urbana (Valdés 1997).

La presencia considerable de esos segmentos de jóvenes desocupados y desvinculados ha dado lugar a la implementación de un conjunto de programas sociales para incorporarlos/as a diferentes opciones de estudio y trabajo. Los mismos tiene entre sus objetivos recuperar el valor de la educación, brindar opciones para la continuidad de estudios que permitan una formación no solo técnica sino cultural integral y reinsertarlos/las en labores socialmente útiles. Dichos programas permiten una formación emergente a través de cursos de formación profesional intensivos que preparan a la juventud para su incorporación al trabajo y para la continuidad de estudios superiores en filiales municipales de las universidades, que facilitan la concurrencia a las aulas con programas especialmente habilitados para una atención directa al estudiante. Estos programas, a pesar de su corto tiempo de existencia, han comenzado a revertir algunas de las tendencias que predominaron en el decenio anterior y han reducido significativamente la desocupación y desvinculación juvenil.

Todos estos procesos se han dado en estrecha relación con la esfera educativa, la que ha tenido oscilaciones a lo largo de este período y se ha caracterizado por el reforzamiento de algunas tendencias que ya se apuntaban desde etapas anteriores como la fuerte feminización de la enseñanza superior. A fines de los años ‘80, las muchachas constituían el 43% de

estudiantes universitarios del país, pero en la segunda mitad de los años ‘90 e inicios de la actual década llegaron a representar más del 60% del total (CEE 1987, ONE 2001). Esta es un área de análisis de gran relevancia pues evidenció los cambios producidos en los roles sociales de la mujer y los espacios de inserción social de que disponen. Pero, a su vez, alertó en el sentido de evitar situaciones que provocaran desventajas para algún grupo, en este caso, afectaciones para el ingreso en las universidades de los jóvenes varones.

Ello es sólo una muestra de algunos efectos de interés para la juventud que se produjeron en el ámbito educacional, esfera altamente priorizada en las expectativas juveniles y que sufrió cierta desvalorización a lo largo de los años ‘90. No es posible dejar de considerar que la educación a lo largo de tres décadas sirvió como canal real de integración social a sectores socioclasistas y grupos raciales diversos y en particular, actuó como factor dinamizador para la integración social de la mujer. Al finalizar la década de los años ‘80, las niñas y mujeres constituían el 50,2% de la matrícula total del país en los distintos niveles de enseñanza y el 57% en el nivel superior (ONE 1997).

La aspiración de estudios universitarios para los/as jóvenes se había hecho extensiva a toda la sociedad con independencia de la extracción social, el género, el color de la piel o la zona de residencia, pues se había afianzado en la psicología social como el mecanismo por excelencia de movilidad ascendente, tanto por su garantía para alcanzar un mayor nivel de vida que como vía de realización personal y status social.

De manera que, aun cuando se hizo un gran esfuerzo por minimizar los impactos de la crisis y el reajuste sobre el área educacional y se logró conservar la cobertura educativa en la enseñanza primaria y secundaria a pesar de la menor disponibilidad de recursos, se produjeron efectos objetivos o estructurales, cuyas tendencias más marcadas fueron las modificaciones de la estructura interna de la enseñanza media superior con la reducción de la enseñanza preuniversitaria, la ampliación de la enseñanza politécnica, sobre todo la agropecuaria y la potenciación de los preuniversitarios vocacionales como vías de acceso a las universidades. En el mismo sentido se redujo la matrícula general en la enseñanza superior y, en particular, de algunas especialidades.

Ello, a su vez, estuvo acompañado de efectos subjetivos en la percepción social del papel de la educación, una vez que ésta dejó de ser el canal

de movilidad social por excelencia al perder su espacio como principal vía de acceso a un mayor nivel de vida y, por tanto, esencial mecanismo favorecedor de status social, frente al surgimiento de otras vías de acceso a mayores niveles de ingreso (empleo en el sector emergente, trabajo por cuenta propia, remesas del extranjero, actividades ilícitas, etc.), aun cuando ese proceso no se ha dado de manera uniforme sino con variaciones a lo largo de la década y con notables diferencias entre grupos sociales.

Otra área esencial para valorar los niveles de integración social de la sociedad es la de la participación sociopolítica, en particular en referencia a la generación joven, por su habitual exclusión de la toma de decisiones en la mayor parte de los modelos de institucionalidad existentes y, en los últimos años, por su apatía y retraimiento político en casi todas partes del mundo.

En Cuba, los indicadores de nivel macrosocial, evidenciaron la conservación de la participación juvenil en diferentes actividades sociales y económicas e incluso en la dirección estatal y política, aunque en algunos indicadores se produjeron decrecimientos. La pertenencia a las organizaciones juveniles continuó siendo alta: la totalidad del estudiantado pertenece a la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM) o a la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), así como altas proporciones de militantes en las organizaciones políticas que experimentó cierto decrecimiento en el decenio como resultado del incremento de la pasividad en algunos sectores de la juventud frente a tareas de naturaleza social y política, proceso que en los tres últimos años ha vuelto a recuperarse.

En cuanto a la presencia de representantes de la juventud en los gobiernos territoriales (provinciales y municipales) la proporción había oscilado entre la cuarta y la sexta parte del total a lo largo de casi 20 años de existencia del Poder Popular, con excepción del primer período de mandato en que la proporción se acercó al 30%. En la última legislatura al Parlamento fueron electos 26 jóvenes, lo que representa el 4,3% de los Diputados (ANPP 2000)<sup>5</sup>.

Sin embargo, los datos de adscripción y pertenencia a organizaciones no son el único indicador válido para entender la participación sociopolítica que en otras dimensiones ha expresado crecimientos o decrecimientos y, en sentido general, heterogeneización pues el incremento de la heterogeneidad estructural y de la diferenciación que de ella se deriva ha producido una diferenciación en el área subjetiva, en par-

ticular en cuanto a percepciones sociales, expectativas y valores.

Las aspiraciones, satisfacciones y preocupaciones de la juventud expresadas en estudios recientes se concentran prioritariamente en cuatro esferas básicas para el individuo: familia, superación, trabajo y condiciones materiales de vida, que son esencialmente esferas de satisfacción individual vital, aunque habría que especificar algunos elementos de interés en el sentido de las prioridades (Domínguez, Cristóbal y Domínguez 2002)<sup>6</sup>.

En primer lugar, se aprecia la máxima prioridad de la esfera familiar, la que muestra un lugar central en la subjetividad juvenil tanto como elemento condicionante que como resultante de dicha subjetividad. Las otras tres esferas aún cuando cambian su lugar en el orden de prioridad en función de los diferentes grupos, se reiteran en los primeros lugares.

La perspectiva pasado–presente–futuro de las aspiraciones en períodos de diez años evidencia una interesante dialéctica entre estabilidad y cambio. La comparación entre presente y pasado (década de los años ‘90 en relación con los años ‘80) permite apreciar un incremento de la diversidad de aspiraciones como resultado de la aparición de nuevos elementos o aumento del peso de algunos apenas esbozados por individuos aislados en la etapa precedente.

Quiere decir que las tendencias más marcadas en la década apuntan a un movimiento de las aspiraciones en el sentido de reforzar su significado individual—familiar. Elementos de naturaleza social como por ejemplo referidos a la paz mundial, la solidaridad internacional y el futuro de la humanidad, encontrados entre las aspiraciones de la juventud de fines de la década de los años ‘80, alcanzaron una expresión menor en la época actual.

Vistas en la perspectiva de futuro (después de diez años, es decir, ubicadas alrededor del año 2010) no se dan radicales variaciones en relación con el presente: familia, trabajo y condiciones materiales de vida, especialmente tener una vivienda independiente, alcanzan las máximas prioridades, a la vez que las de naturaleza espiritual individual y las referidas a la salud también alcanzan cierto interés. De manera que la visión de futuro también apunta a la conservación de la tendencia de reforzamiento de las aspiraciones de mayor significación individual – familiar.

Tal visión de los problemas que enfrenta la sociedad resulta aun más interesante si se compara con la percepción que la juventud tiene acerca de los principales objetivos específicos que el sistema social se plantea, a partir de los cuales—de lograrse—sería posible dar solución a los principales problemas identificados. En tal sentido, la prioridad se situó en lograr el

desarrollo económico del país lo que es absolutamente coherente con la visión del condicionamiento económico de todos los problemas de la sociedad.

Todo ello no puede verse al margen de la visión de futuro con que se están evaluando estos procesos. Es cierto que predomina una tendencia optimista que considera que el futuro de la sociedad cubana será mejor que el presente, pero ese mejoramiento se subordina a un conjunto de factores económicos, políticos y sociales, internos y externos. No puede tampoco desconocerse la presencia de una visión de incertidumbre que se expresa no solo entre los/as que opinan que el futuro es impredecible, sino que a ello se añade que la perspectiva de futuro optimista se orienta a un largo plazo. Con estas dos posiciones conviven visiones pesimistas, aun cuando minoritarias y concentradas en determinados grupos sociales.

Este cuadro, que refleja las principales aspiraciones de la juventud y su relación con sus percepciones acerca de la sociedad cubana actual, explica en gran medida percepciones, motivaciones y conflictos encontrados en otras áreas concretas. Por ejemplo:

- La búsqueda de elementos de orden espiritual es un elemento significativo que aparece con fuerza por primera vez en las aspiraciones juveniles<sup>7</sup> y que puede ser una respuesta a la tensión que ha vivido la sociedad durante una prolongada etapa de crisis. Estas razones unidas a su percepción como un espacio donde se puede obtener educación, cultura e información apunta a la religión como vía de integración social para segmentos de la juventud.
- Particular importancia en términos de integración social tienen los elementos asociados al fenómeno de la emigración, tanto interna como externa, que revelan el predominio de un deseo de permanencia de los/as jóvenes, no solo ya en el país sino incluso en sus territorios de residencia actual.
- En cuanto a la emigración hacia el exterior fue expresada como aspiración por el 4% de los/as jóvenes entrevistados fundamentalmente entre trabajadores por cuenta propia y desvinculados del estudio y el trabajo, de la Capital, blancos y del sexo masculino. Los motivos principales que fundamentan esa aspiración se asocian a encontrar mayores oportunidades para el mejoramiento de sus

condiciones de vida y para el desarrollo personal.

- Entre los que no valoran la opción de emigrar del país argumentan sentirse satisfechos con su vida en Cuba, el hecho de ser cubanos y no querer abandonar su lugar de origen y el arraigo familiar.
- Sin embargo, es algo mayor el interés en viajar temporalmente para conocer otros países o con el objetivo de superarse o en misión de trabajo (en estos casos fundamentalmente entre estudiantes y profesionales).
- Además de esas tendencias, para otros/as la emigración es una idea latente, algo en lo que se ha pensado alguna vez, por motivos familiares y/o económicos principalmente, o que al menos no se descarta del todo y queda condicionada a la evolución de las circunstancias.
- También es importante corroborar que la representación social de la emigración hacia el exterior que tiene la juventud cubana actual se neutraliza y despolitiza y se le concede cierto espacio en las estrategias individuales y grupales, muy especialmente a la migración temporal.
- De particular importancia para una caracterización de la juventud cubana actual es la fortaleza de la identidad nacional que conserva la generación joven y su asociación a elementos de orden histórico, social y político, entre otros de especial relevancia.

Resultados de la investigación de referencia confirman la amplia y rápida capacidad del/a cubano/a joven para autodefinirse y la conservación de una autoimagen positiva. La profusión de rasgos positivos pueden agruparse en orden de importancia, por el peso en que fueron mencionados, en siete grupos:

1. Referidos al buen carácter y el sentido de la vida.
2. Referidos a la amabilidad, la solidaridad y la capacidad para las buenas relaciones interpersonales.
3. Referidos a la valentía.
4. Referidos a la capacidad de trabajo, esfuerzo, sacrificio y creatividad.
5. Referidos a los principios revolucionarios, patrióticos y morales.
6. Referidos a la inteligencia, la capacidad y la instrucción.

### 7. Referidos a los sentimientos y los afectos.

Los rasgos negativos aun cuando cuantitativamente resultan relativamente reducidos frente a los positivos (abarcan alrededor de la quinta parte de las características expresadas), recorren una gama de adjetivos que aluden principalmente a su presunción o sobreestimación; su informalidad o irresponsabilidad, su falta de educación formal (malos modales, hábitos de respeto, cortesía y reglas de urbanidad), características que también fueron reflejadas desde etapas anteriores. Sin embargo, aparecen algunas respuestas que hacen referencias a cambios recientes en sentido negativo tales como “se han vuelto interesados” o “se han perdido los rasgos del cubano”.

Es interesante que ese tipo de rasgos sea el que alcance más peso al caracterizar a la juventud, mientras que al hablar del/a cubano/a en sentido general ello ocupó el tercer lugar, precedido de aquellas características que se refieren al buen carácter y a las buenas relaciones humanas, lo que puede ser indicativo de la tendencia a reforzar la autoimagen positiva— en este caso del grupo concreto de pertenencia— al destacar aquellos elementos a los que se le atribuye más valor.

Quiere decir que tanto la valoración de los rasgos que caracterizan a la población de conjunto, al grupo juvenil y los que se atribuyen personalmente, expresan la existencia de una clara autoimagen, estable en el tiempo, positivamente orientada, apoyada fundamentalmente en elementos positivos del carácter y elevados valores humanos y sociales, dirigidos a la solidaridad, las buenas relaciones humanas, la capacidad de trabajar y enfrentar los problemas con sacrificio y optimismo, sin que ello signifique que no está presente cierta valoración crítica, (aunque es menor la valoración autocrítica) que confirma lo ya constatado por otros autores acerca de la aparición de una autoimagen más balanceada y menos apologética del /a cubano/a (de la Torre 2001).

Esta imagen más contradictoria se expresa en la coexistencia de visiones altamente positivas con rasgos negativos, incluso en lo personal. Esa convivencia de características positivas y negativas no implica conflictos antagónicos, digamos que son poco comunes las visiones polarizadas (aunque también se expresaron del corte “trabajadores – vagos”; “responsables – irresponsables”; “cumplidores – incumplidores”; “conscientes – inconscientes”. Más bien se trata de rasgos positivos y negativos que conviven con cierta armonía, por ejemplo “solidarios – alardosos”;

“inteligentes – gritones”.

Ello se complementa con el hecho de que los/as jóvenes encuentran siempre al menos un motivo para sentirse orgullosos de ser cubanos. El peso mayor se le atribuyó a factores históricos y políticos, relativos a la valentía, luchas por la independencia, capacidad de resistencia, dignidad, así como el ejemplo internacional que representa Cuba. En segundo lugar se situaron como motivo de orgullo las oportunidades que brinda el sistema social, en especial las referidas a la educación y a la tranquilidad ciudadana y en tercer lugar se le brindó importancia a las características de la población. Un segmento no identificó motivos específicos sino que argumentó su orgullo por el hecho de ser su país, haber nacido y vivir en él, es decir, por el hecho de su pertenencia nacional y en menor medida se mencionaron elementos de cultura e idiosincrasia y elementos naturales y geográficos.

En sentido general, resalta la presencia de rasgos propios de la identidad nacional del/a cubano/a consolidados desde generaciones anteriores y con un balance altamente favorable hacia los rasgos positivos aun cuando se aprecia la referencia a cambios recientes de orden negativo en el sentido de pérdida de valores humanos.

En términos subjetivos vale la pena destacar que la imagen colectiva del/a cubano/a es más crítica que la autoimagen, pero prevalece un fuerte sentimiento de orgullo nacional que hace que al hecho de ser cubano/a se le atribuya un alto y diversificado significado simbólico.

La imagen nacional alimenta coherentemente la autoimagen generacional y es especialmente significativa que esta última pondere como principal rasgo la capacidad de la juventud para enfrentar problemas y resolverlos, trabajar y esforzarse; por encima de aquellos referidos al buen carácter que se atribuye a la población cubana en su conjunto y que ha estado presente en valoraciones de etapas anteriores.

De particular relevancia para la subjetividad juvenil resulta el hecho de que la juventud aprecie entre ella misma mayores diferencias que similitudes, asociadas a factores sociales, culturales, de valores y comportamientos, económicos y políticos, que dificultan el desarrollo de una identidad generacional sólida y ampliamente compartida, a pesar de que un segmento considerable apunta a la presencia de rasgos comunes asociados a las características de la edad que propicia gustos, intereses, aspiraciones y experiencias afines.

Ello explica por qué resulta difícil encontrar una identificación entre los

miembros de los distintos subgrupos etéreos considerados jóvenes, especialmente una mayor distancia entre el segmento de 25 a 30 años y el resto, que cuestiona la validez—ya puesta en duda desde finales de la década de los años ‘80<sup>8</sup> (Domínguez 1991)—de considerar al grupo juvenil dentro de límites tan extensos, diferencias que se han potenciado fuertemente si se tiene en cuenta el distinto significado de vivir los años ‘90—como etapa de crisis económica y reajuste—en la infancia o en las distintas etapas de la propia juventud.

Ello se corrobora por el hecho de que el grupo de 25 a 30 años valore con fuerza las diferencias de la juventud actual (valoración en la que no se incluyen) en relación con generaciones anteriores y que a la misma se le atribuya una connotación desfavorable a partir de aspectos tales como sus valores morales, rasgos del carácter, cultura y educación formal y valores políticos, en ese orden, lo que apunta a su mayor identificación con grupos fuera ya de la juventud y su distancia con los más jóvenes, que refuerza la hipótesis del surgimiento de una nueva generación (en sentido sociológico) en los años ‘90 que fractura generacionalmente al segmento hoy comprendido en la juventud.

Todo lo anterior, unido al reconocimiento de importantes diferencias respecto de la juventud de otros países, así como a una autoimagen altamente positiva, aunque no absolutizadora ni apologética, brinda elementos de interés para la interpretación de la identidad generacional de la juventud cubana actual como elemento relevante de su subjetividad.

Por último, la lectura general de la subjetividad juvenil no puede desconocer la diferenciación encontrada según la pertenencia a distintos grupos sociales. Sin lugar a dudas, el grupo socioclasista y el territorio son, en ese orden, los dos factores decisivos de distinción, aunque el género y el grupo de edad (sobre todo entre el mayor y el resto como ya se apuntó) marcan importantes diferencias en casi todas las áreas.

### A MODO DE CIERRE

Los años ‘90, con su peculiar evolución para la sociedad cubana, ha tenido impactos para la subjetividad de la actual generación joven que, a mi modo de ver, pasan por cinco direcciones generales:

1. La ruptura de los estrechos nexos con la ex - Unión Soviética y el resto de Europa Oriental que han devuelto a Cuba a una

más estrecha relación con su contexto latinoamericano y la ha obligado a una reinserción en el mundo que amplía sus contactos e interrelaciones.

2. El propósito de preservar un modelo socioeconómico alternativo al capitalismo, después de la pérdida del referente del llamado “socialismo real”, lleva a una búsqueda más profunda en sus raíces históricas nacionales y a la actualización de un pensamiento social propio.
3. La agudización de las tensiones con el gobierno de Estados Unidos ante el incremento de las presiones para obligar a un cambio al capitalismo, refuerza el sentimiento de independencia y soberanía nacional.
4. La afectación en las condiciones económicas, de vida y de trabajo de la población, genera comportamientos contrapuestos que coexisten actualmente en la sociedad: un espíritu de resistencia y supervivencia en las más difíciles condiciones que refuerzan la cohesión nacional y la autoestima; y un espíritu de competitividad y búsqueda de vías alternativas que refuerza el individualismo y puede cambiar su autoimagen.
5. La situación económica, la estrategia de reestructuración en el ámbito social y algunas de las estrategias individuales utilizadas, han dado lugar a la aparición de desigualdades sociales no presentes en décadas anteriores, que provocan cierta heterogeneidad en los rasgos del cubano y en sus percepciones, que deben impactar la identidad nacional y generacional.

Para la actual generación joven el proceso se combinará con sus principales fortalezas y debilidades. Las primeras son sus elevados niveles educativos y sus altas expectativas que pueden actuar como factores dinamizadores hacia un mayor esfuerzo. Sus principales debilidades son cierta concentración de dichas expectativas hacia lo individual – familiar en detrimento de lo social.

La generación de los años ‘90 se caracteriza por una mayor heterogeneidad estructural que las precedentes, a partir de cierta recomposición de la estructura socioclasista de la sociedad y del fortalecimiento de algunas diferencias territoriales asociadas al ritmo de recuperación económica y la presencia del sector emergente. De ello también se deriva el crecimiento de la heterogeneidad en el área subjetiva, en particular en cuanto a percepciones



sociales, expectativas y valores, lo que se expresa en un amplio abanico de intereses y en una diversidad mayor que tiene sus efectos en la conformación de identidades.

No es posible tampoco desconocer las influencias más universales de la época, signada por la creciente interacción tecnológica y directamente humana, que imponen cambios y marcan la fisonomía de la actual generación joven con rasgos comunes más allá de fronteras nacionales. Estos procesos provocan efectos contrapuestos pues tienden, simultáneamente, a acentuar la fragmentación y a potenciar la integración al interior de la generación, lo que a su vez tiene impactos interesantes en la dinámica de relaciones intergeneracionales.

Los rasgos comunes adquiridos durante la socialización de la actual juventud en el contexto social que le ha tocado vivir en la etapa clave de su conformación como generación, así como los impactos aproximadamente similares que se han producido sobre ella, imponen su sello y marcan diferencias en relación con las precedentes. Esto favorece la integración de una identidad juvenil claramente diferenciada de las generaciones anteriores, la cual se expresa con mayor fuerza que en las últimas décadas.

Sin embargo, los efectos diferenciadores de algunas de las medidas del reordenamiento económico, el incremento de la heterogeneidad de experiencias vitales acumuladas y la concentración de un segmento de la juventud en la búsqueda de salidas individuales que los aleja de la participación en soluciones colectivas, crean distancias al interior del grupo juvenil que limitan la conformación de esa identidad generacional ampliamente compartida.

En sentido general, es posible apreciar el surgimiento de una nueva generación: la generación de los '90, en la que emerge la preocupación acerca de cuáles son las metas posibles—individuales y sociales—a las que pueden aspirar con posibilidades reales de satisfacerlas y que permitan un ajuste entre sus expectativas de realización personal y las necesidades sociales, lo que a su vez pasa por una mayor clarificación de las vías para lograrlo.

Este segmento juvenil está en un proceso de búsqueda y adaptación a un escenario relativamente distinto del de las anteriores generaciones, aun no completamente delineado y precisado, portador de tendencias contradictorias, para el cual las instituciones socializadoras tampoco tienen todas las respuestas y para los cuales los valores permanentes de la identidad nacional

cubana son un valioso referente orientador.

## REFERENCIAS

- Asamblea Nacional del Poder Popular. 2000. *Datos estadísticos*. La Habana: Departamento de Estadísticas ANPP.
- Centro de Estudios sobre la Juventud (CESJ). 1995. "Estudio sobre los desvinculados laborales". *Informe de Investigación*. La Habana: CESJ.
- Comisión Económica para América Latina (CEPAL). 1997. *Panorama social de América Latina 1996*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Comité Estatal de Estadísticas (CEE). 1987. *Anuario estadístico de Cuba*. La Habana: CEE.
- Domínguez, María Isabel. 2002. "Subjetividad e integración social de la juventud cubana". *Informe de Investigación*. La Habana: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS).
- \_\_\_\_\_. 1994. *Las generaciones y la juventud: Una reflexión sobre la sociedad cubana actual*. (Tesis Doctoral, Inédito). La Habana: CIPS.
- \_\_\_\_\_. 1991. "Propuesta de reajustes de los rangos de edades de las organizaciones políticas y estudiantiles". *Informe de Investigación*. La Habana: CIPS.
- \_\_\_\_\_. 1990a. "Características generacionales de los estudiantes y los desvinculados del estudio y el trabajo". *Informe de Investigación*. La Habana: CIPS.
- \_\_\_\_\_. Desirée Cristóbal y Deysi Domínguez. 2000. "La integración y desintegración social de la juventud cubana a finales del siglo. Procesos objetivos y subjetividad juvenil". *Informe de Investigación*. La Habana: CIPS.
- \_\_\_\_\_. y María Elena Ferrer. 1993. "Efectos del 'Período Especial' sobre la juventud". *Informe de Investigación*. La Habana: CIPS.
- \_\_\_\_\_. María Elena Ferrer y María Victoria Valdés. 1990. "Las generaciones en la sociedad cubana actual". *Informe de Investigación*. La Habana: CIPS.
- Ferriol, Angela. 1998. *El empleo en Cuba (1980–1996)*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Nicolau, José Luis. 1999. "La problemática del empleo en San Miguel del Padrón. Del diagnóstico a los servicios de empleo". *Informe de Investigación*. La Habana: CIPS.
- Oficina Nacional de Estadísticas (ONE). 2001. *Anuario estadístico de Cuba 2000*. La Habana: ONE.
- \_\_\_\_\_. 1997. *Anuario estadístico de Cuba 1996*. La Habana: ONE.
- Valdés, Salvador. 1997. "Economía y empleo deben marchar juntos" (Entrevista al

Ministro del Trabajo). La Habana: *Granma*, 3 de enero de 1997.

### NOTAS

1. Esos rasgos fueron identificados en diferentes investigaciones realizadas en momentos previos y durante los años más intensos de la crisis económica, tales como Domínguez, Ferrer y Valdés (1990); Domínguez y Ferrer (1993) y de la Torre (2001), entre otras.
2. Para la población en su conjunto, los trabajadores por cuenta propia registrados eran alrededor de 153.000 y representaban el 4% de los ocupados mientras en la década anterior apenas alcanzaban el 2% (CEE 1987; ONE 2000, 142).
3. El sector cooperativo abarcaba a fines de la década entre el 8% y el 9% de los ocupados; en 1987 eran solo el 2% (CEE 1987; ONE 2000, 142).
4. Para esa fecha en América Latina en su conjunto se estimaba un 7,7% de desempleo urbano, pero una elevada proporción de países superaba esa cifra (CEPAL 1997).

	1976	1979	1981	1984	1987	1992	1995	1997
<b>total</b>	11840	11795	11874	12340	14528	13865	–	15726
<b>jóvenes</b>	3491	2750	2412	2156	3167	2259	–	1914
<b>%</b>	29.5	23.3	20.3	17.5	21.8	16.3	15.6	12.2

Fuente: Asamblea Nacional del Poder Popular, 2000.

5. Jóvenes Delegados a las Asambleas Municipales y Provinciales del Poder Popular.
6. Los resultados aparecen recogidos en los informes Domínguez, Cristóbal y Domínguez (2000) y Domínguez, Cristóbal y Domínguez (2002).
7. Este tipo de aspiraciones no fue encontrado en la investigación de fines de los años '80.
8. En Cuba se consideran jóvenes las personas entre 14 y 30 años y a ellas van dirigidas las políticas sociales hacia la juventud. Sin embargo, desde fines de los años '80, las investigaciones han constatado importantes diferencias en el subgrupo de mayor edad (25–30 años) que lo acercan más al grupo adulto, lo que sugiere una concentración de los procesos típicamente juveniles en el segmento que reconoce la ONU como juventud, es decir 14–25 años.

## TRANSNACIONALIDAD Y COMUNIDAD; NUEVAS MODALIDADES DE SUPERVIVENCIA ECONÓMICA Y SOCIAL

## Ingresos monetarios de la población, cambios en la distribución y efectos sobre el nivel de vida

VIVIANA TOGORES GONZÁLEZ

### INTRODUCCIÓN

A partir de los años '60 y durante tres décadas el país desarrolló una política inversionista que le permitió pasar de una economía netamente agroindustrial a una con un grado de desarrollo industrial medio. Ello fue posible a partir del establecimiento de relaciones comerciales con el campo socialista, a través del CAME, y en especial con la URSS basadas en una preferencialidad económica unilateral y el acceso a líneas de créditos en condiciones blandas, que permitieron mercados seguros con mejores precios a las exportaciones, así como la adquisición de materias primas y fuentes de energía.

De aquí que la desaparición del bloque socialista, fuese el detonante de una crisis, que ya dejaba ver los primeros síntomas de gestación a mediados de los '80, y propiciara:

- El deterioro de los términos y la reducción del intercambio comercial, que afectaron grandemente al país ya que el 80% del comercio exterior se realizaba con esta área, implicando de hecho una brusca caída de las importaciones y exportaciones que debieron ser reubicadas geográficamente y en condiciones menos favorables.
- La desaparición de los créditos blandos a que se tenía acceso, quedando como fuente alternativa de financiamiento los que ofrecían las economías de mercados a corto plazo y con altas tasas de interés, que provocaron la paralización de las inversiones y la semiparalización de varias industrias por no disponer de suministros de materias primas y combustibles, utilizándose en los momentos más críticos, año 1993, entre el 10% y el 15% de sus capacidades (Marquetti 1996).

- Crece la liquidez que alcanza su máximo nivel en 1993 con 11.043,3 millones, con sus consecuentes efectos negativos sobre la productividad y la intensidad del trabajo.
- El salario se mantiene con pequeños incrementos en el tiempo. La productividad del trabajo disminuye y no es hasta 1996 que se produce una mejoría en este indicador.

Ello se reflejó en la abrupta caída experimentada por el producto interno bruto a partir de 1990 que no logra frenarse hasta 1994, año en que se alcanza una ligera reanimación de la economía con un crecimiento del PIB del 0,7 %, tendencia que se ha mantenido en los años sucesivos, con altas y bajas sin que aún se acerque a los niveles de 1989. Esta reanimación es la resultante de la aplicación de un conjunto de medidas y transformaciones económicas que tuvieron como objetivo fundamental amortiguar los efectos de la crisis, adaptar la economía a las nuevas condiciones económicas y financieras para evitar que colapsara y crear bases para el desarrollo futuro.

En lo tocante a la población y el nivel de bienestar, todas las decisiones asumidas en el ajuste y proceso de adaptación a los cambios, ya fueran de política económica, comercial, laboral e incluso familiar, han tenido una repercusión en la distribución del ingreso, con implicaciones para el acceso al consumo, el nivel de vida y la equidad. Claro, que las que tienen un impacto mayor son las tomadas por el gobierno, debido a que afectan a la mayoría de la población.

El paquete de medidas aplicado en el ajuste económico, por voluntad de gobierno y la clara expresión de compromiso con la política social ha tenido sobre la población y el desarrollo social efectos menos traumáticos que las aplicadas en otras regiones del continente, lo cual no debe ser objeto de complacencia si, urge solucionar un conjunto de problemas que laceran los resultados del proyecto social cubano y que sin duda están ligados o interconectados con la búsqueda de soluciones en el entramado económico del país.

De hecho, en la década de los noventa, los resultados alcanzados en el desarrollo social de Cuba comienzan a experimentar un considerable deterioro, con evidentes signos de retroceso por la aparición de un conjunto de nuevos problemas u otros que en las tres décadas anteriores habían sido erradicados. De este modo pueden inventariarse fenómenos

tales como la disminución del nivel de vida de la población, el empobrecimiento de vastos sectores de la fuerza laboral, la ocurrencia de un proceso de reestratificación social, la exclusión de amplios segmentos de la población como consumidores típicos de ciertos mercados, el surgimiento de niveles de vida absolutamente divorciados de los resultados del trabajo, la inequidad, y otros que como la diferenciación racial y de género latían débilmente pero que en la actualidad han cobrado fuerza y reclaman del trazado de nuevas políticas y estrategias.

### DISTRIBUCIÓN DE LOS INGRESOS

El análisis de esta problemática partirá de la distribución que sigue la variable ingreso de la población ya que de la disponibilidad de ésta depende directamente la demanda y por tanto el consumo, en los diferentes mercados, además de que se usa como indicador para determinar la posición de los individuos hacia uno u otro estrato social, y es un elemento que está determinando sobre la capacidad para el aprovechamiento de un conjunto de oportunidades que brinda la sociedad y que al final tenderán a reproducir los recursos monetarios en manos de la población.

El registro estadístico de esta variable—en el caso cubano—comprende todas las formas de ingreso monetario percibido directamente por la población en sus relaciones con el estado y excluye las relaciones monetarias entre la población, así como los ingresos en especie y en forma de servicios que se brinden de manera gratuita. De ahí que en un inicio el análisis estará sesgado por la ausencia de un conjunto importante de elementos que serán abordados con posterioridad y que hoy tienen una alta representatividad en los ingresos de la población.

El ingreso, experimenta grandes cambios en la configuración de su estructura a partir del triunfo de la revolución explicados en lo fundamental por el establecimiento de la propiedad estatal sobre la mayoría de los bienes de producción y por ende del estado como empleador casi universal de la fuerza de trabajo. Dichas transformaciones dieron lugar a que “solo se consideraran legítimos los ingresos provenientes del trabajo..., la posibilidad de obtener ingresos extra laborales prácticamente se elimina, pasando entonces los ingresos vinculados a la inserción laboral a ocupar el papel de eje estructurador y generador de desigualdades legítimas” (Nerey 2004).

Para que se tenga idea de la magnitud del cambio, entre los años 1960 y 1970 casi un millón de personas se incorporan al trabajo, lo que significó un 58,5% de incremento de la fuerza laboral del país, aspecto determinante en el aumento de la emisión de dinero por la vía de los salarios. En la década del '60 los salarios representaron como promedio el 71,6% de la totalidad de ingresos de las familias, en la del '70 ascienden al 77%, manteniéndose en los ochenta alrededor del 75% para perder peso de manera significativa en los noventa en donde solo alcanza el 56% del total.

En resumen, hasta 1989 la variable ingresos de la población puede caracterizarse como sigue: el crecimiento experimentado ha estado descansando en mayor o menor medida en la expansión de la ocupación. La contrapartida material siempre resultó insuficiente en relación con el nivel de ingresos, básicamente por tres factores: a) deficiente respuesta de la producción doméstica de bienes de consumo, b) imposibilidad de suplir el déficit con importaciones por no disponer de los recursos financieros necesarios para hacerlo y c) escasa provisión de servicios. El componente fundamental de los ingresos han sido los salarios, que de conjunto con los pagos por seguridad y asistencia social aportaron como promedio el 87% en todo el período.

### INGRESO DE LA POBLACIÓN A PARTIR DE LA DÉCADA DE LOS NOVENTA.

El ingreso nominal exhibe una tendencia histórica al crecimiento hasta 1989, año a partir del cual comienza, como expresión de la crisis, una disminución que para 1994 muestra una caída acumulada del 4,1%, explicada por el descenso que experimenta el ingreso que proviene de la categoría salario y otras remuneraciones que en el período es de 15,6%, ya que el proveniente del resto de las categorías se incrementa en rangos de valores que van desde un 25% hasta un 70%. Desde el punto de vista del ingreso real el descenso en este período fue mucho más significativo 75,2%, el cual ocurre a un ritmo promedio de 24,3% anual.

En el período comprendido entre 1994–2002 y derivado de la aplicación, desde 1993, de un paquete de medidas de ajuste económico, los ingresos se recuperan incrementándose en 99,2%; que desde el punto de vista real significan un crecimiento del 277,1%. Ello se explica por la ampliación del espacio existente para el ejercicio del trabajo privado y cooperativo que aportó fuertes aumentos en los ingresos nominales de

privados y cooperativistas que ascienden a 196% y por los que provienen de la categoría otros ingresos con 235%, los cuales comprenden aumentos de las pensiones mínimas de la seguridad social y de los recursos financieros destinados a estipendios de estudiantes y a la asistencia social con el objetivo—por un lado—de paliar el deterioro experimentado por estos ingresos desde el punto de vista real, además de proveer de asistencia social a un mayor número de personas y garantizar la posibilidad de estudiar de otros con bajos recursos en el núcleo familiar. Los salarios, sin embargo, también crecen (43%) pero con cuantificaciones de influencia menos significativas que los elementos anteriores.

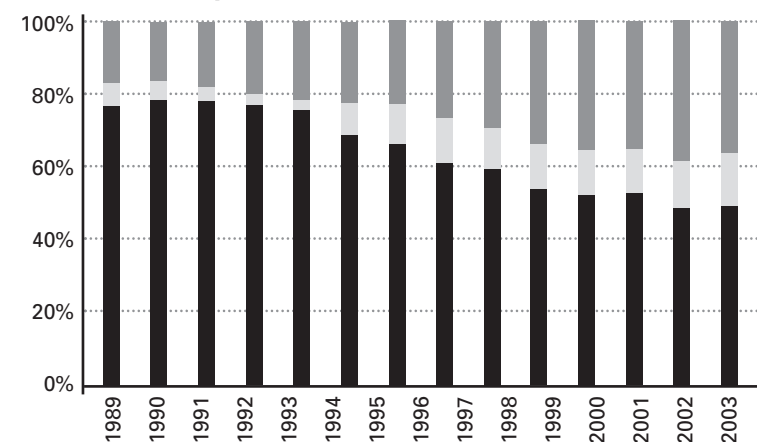
**Tabla 1. Variación de la estructura del empleo (%)**

Sector	1989	1995	2002
Estatal	95,0	79,5	76,7
No Estatal*	5,0	18,5	23,3
<b>Total</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>

\*Incluye las Empresas Mixtas, Unidades Básicas Cooperativas, las Cooperativas de Producción Agropecuaria y las de Créditos y Servicios, además de los trabajadores privados y auto empleados

Fuente: Estimaciones del autor sobre la base de diversas informaciones públicas y del MTSS

**Gráfico 1. Representatividad de las fuentes de ingresos de la población**



■ Otros ingresos ■ Ingresos sector cooperativo y Privado ■ Salarios y otras remuneraciones

Fuente: Elaboración propia a partir de ONE, Anuarios de varios años.

### ESTRUCTURA DEL INGRESO Y VÍAS POR LAS QUE SE OBTIENE

Las fuentes de ingreso según la procedencia pueden dividirse en dos grandes grupos; el primero incluirá *los que fluyen de la producción*, integrados por las remuneraciones por el trabajo y los ingresos no laborales (remesas, giros, herencias, entre otros) y el segundo *las transferencias*; en las que media el estado y son producto de la redistribución secundaria del ingreso—este último elemento a pesar de la importancia que tiene en Cuba no será analizado en este artículo.

Retomando el análisis desde esta óptica, la estructura del ingreso de la población en el período 1989–2002 se caracterizó por la ocurrencia de importantes cambios en las proporciones de los elementos que la conforman y en donde los salarios pierden significación respecto al resto de las categorías, pasando del 78% en el 1989 a 49,1% en el 2002. En contraposición los ingresos del sector privado han incrementado su participación de 5,3% a 14,1%, mientras que la categoría otros pasó de 16,7% a 36,7%. Estos cambios están vinculados a los ocurridos con la distribución de la fuerza de trabajo por tipo de propiedad y en donde se establecen dinámicas diferentes de niveles de ingresos según el sector de ocupación al que se pertenezca, elemento que se ha convertido en clave para la migración de trabajadores hacia el sector de mejores remuneraciones: *el no estatal*<sup>1</sup>.

En el sector estatal, que proveía prácticamente el 95% de los empleos a finales de los ochenta, las políticas salariales y las condiciones de trabajo han dejado de funcionar como móviles para que los trabajadores asuman tales ocupaciones por lo que contrae su participación hasta 76,7% en el año 2002, mientras que el sector no estatal alcanza el 23,3%, habiendo partido con poco más del 5% en 1989.

### INGRESOS QUE FLUYEN DE LA PRODUCCIÓN: REMUNERACIONES POR EL TRABAJO. SALARIO Y OTRAS REMUNERACIONES.

El salario, evidentemente, continúa siendo un componente de suma importancia para un segmento mayoritario de la población ya que el sector estatal, aún es el mayor empleador de la fuerza de trabajo, lo que implica que a esta fuente de recursos financieros también esté supeditada la mayoría de la población dependiente, sobre todo menores y adolescentes en edad escolar.

El salario medio nominal ha mantenido un comportamiento en el tiempo con pocas variaciones, que muestran un decrecimiento entre

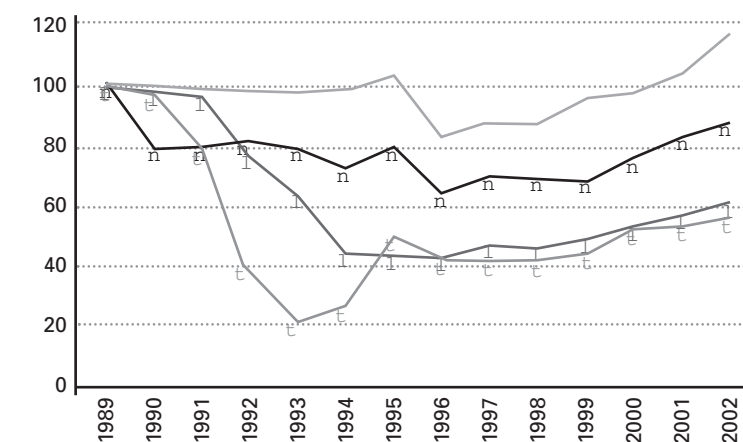
**Gráfico 2. Comportamiento de los salarios 1989–2002**



—r— real —n— Nominal

Fuente: Elaboración propia a partir de cifras estadísticas del Ministerio de Finanzas y Precios, Anuarios de la ONE y cálculos sobre la base de información publicada en la prensa nacional.

**Gráfico 3. Evolución de los salarios 1989 =100**



— Salario Nominal —n— Salario real Bienes Agropecuarios  
—r— Salario Real Bienes Manufacturados —t— Salario Real

Fuente: Elaboración propia a partir de cifras estadísticas del Ministerio de Finanzas y Precios, Anuarios de la ONE y cálculos sobre la base de información publicada en la prensa nacional.



**Tabla 2. Rangos de ingresos salariales de la población ocupada 1998 (UM: Pesos cubanos)**

Rangos de ingresos de 100	Menos de 100	100–150	150–200	200–250	250–300	300–350	350–400	400–450	450 y más
% de la población total en el rango	3,47%	20,28%	24,63%	17,45%	15,51%	10,08%	4,08%	1,96%	1,47%

Fuente: Nerys, 2003.

1991 y 1994, punto a partir del cual comienza a elevarse rápidamente alcanzando para el año 2002 los 261 pesos que, comparados con el existente en 1989 significan un aumento del 38,1% para todo el período. Sin embargo el ritmo de crecimiento promedio anual del salario nominal de 2,5% no ha logrado atenuar el impacto que ha causado la inflación (expresada a través del índice de precios del consumidor) sobre el salario real, el cual ha experimentado un deterioro promedio anual del 3% y una caída acumulada del 32,3% para el período; pasando—en valores absolutos—de 131 a 88,65 pesos.

En esta evolución pueden distinguirse tres momentos: *el primero* entre 1990 y 1993, donde se produce una abrupta caída del salario real y una ampliación significativa de la brecha entre ambas variables, lo cual se explica por un conjunto de factores entre los que se encuentra el fuerte descenso de las importaciones, la casi paralización de la industria nacional, el incremento de la población ocupada y la desaparición de los mercados estatales alternativos del racionado, pasando el mercado negro a ocupar un importante papel en la oferta, *el segundo* momento entre 1994 y 1995, donde como resultado de la aplicación de un paquete de medidas de ajuste económico, crece el salario, y *el tercero* posterior a 1995, donde se produce una desaceleración y estancamiento del crecimiento, con una tendencia a la estabilización de la grieta abierta entre el salario nominal y el real debido en lo fundamental al agotamiento de la efectividad de las medidas. Lo cual pone en dificultad a la mayoría de las personas que cuentan con éste como la más importante fuente de ingresos.

Según Marx, el salario debe constituir la fuente para la satisfacción de las necesidades básicas de los que lo perciben, además de los medios de vida de su familia (Marx 1965). Sin embargo la tendencia mostrada por este indicador en las gráficas anteriores es una clara evidencia de que para una parte importante de los trabajadores esta función del salario ha dejado de cumplirse, ya que de hecho no satisface por sí sola el acceso al consumo de los bienes y servicios.

Cálculos realizados sobre la base del establecimiento de una tasa de dependencia<sup>2</sup> (indicativa de cuántas personas dependen como promedio de un asalariado), permitieron estimar los niveles de salario mínimo necesarios para que el asalariado y su familia satisficieran los costos de la canasta básica de alimentos, obteniéndose valores 432 pesos en 1995,

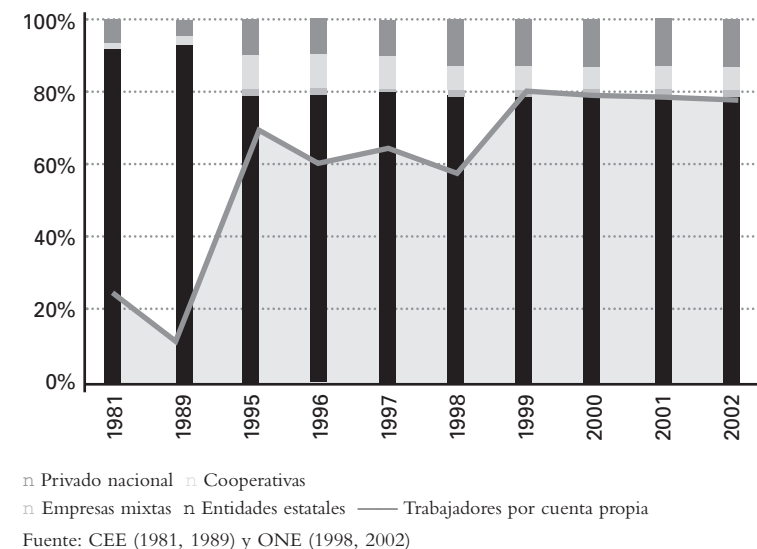
315 en 1996 y 231 pesos en 1997, lo que indica una severa brecha entre los niveles de salario medio y los mínimos necesarios (Nerey 2003).

Bajo estos supuestos de dependencia podría cuantificarse, al menos, que porción de la población recibe ingresos salariales que no le permiten cubrir necesidades básicas<sup>3</sup> tales como la alimentación y para ello se usó una canasta que contabilizó en 1998 las necesidades mínimas de alimentación según FAO para el buen funcionamiento del organismo humano por valor de 156 pesos per cápita a partir de la cual puede afirmarse que aproximadamente el 48,4% de la población no logra satisfacer este tipo de necesidades o cuenta con el mínimo de recursos financieros para hacerlo.

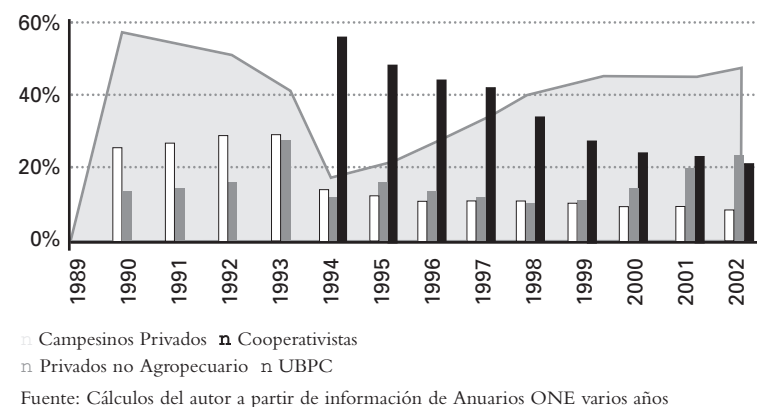
Es evidente que la pérdida de relevancia de los salarios como fuente de ingresos, durante este período, ha impulsado a las familias a la implementación de un conjunto de estrategias generadoras de recursos financieros que le permitan satisfacer sus necesidades más apremiantes que no son únicamente de alimentación. En tal sentido han aparecido una amplia gama de prácticas entre las que se encuentran: a) la centralización de los recursos familiares, b) la búsqueda de empleos con mejores remuneraciones o acceso a determinados recursos o vinculados a estímulos y propinas, c) la incorporación de más miembros del núcleo familiar al trabajo, en detrimento de los grados de escolaridad o preparación profesional, d) la emigración tanto al exterior como a las capitales provinciales, e) acciones vinculadas a la ilegalidad. Este término va desde acciones vinculadas a la compra de mercancías en el mercado negro hasta otras como la sustracción y venta de recursos pertenecientes al estado o el ejercicio ilegal de un trabajo por cuenta propia. Algunas de ellas son prácticas que escudadas tras la *necesidad* atentan contra la eficiencia productiva, y por demás laceran los principios y las normas de moral, conducta y comportamiento del ser social, comenzando a ha dejar secuelas a nivel sociopolítico.

Por la parte que corresponde los empleadores del sector estatal y cooperativo también se han implementado un conjunto de instrumentos a través de los cuales se incrementen los ingresos—ya sea en metálico o en especies—y que a su vez sirvan como incentivo para mejorar los desempeños económicos y sacar a flote las reservas de productividad. Estos sistemas de estimulación beneficiaron en el 2000 alrededor de dos millones de trabajadores (Rodríguez 2000), que de este modo mejoran los ingresos y en consecuencia el acceso al consumo, pero aún no resuelven el deterioro experimentado por el salario real.

**Gráfico 4. Ocupados por sectores**



**Gráfico 5. Ingresos del sector privado y cooperativo según fuente de procedencia**



Otro de los cambios que apunta al incremento de los salarios esta relacionado a la flexibilización en la utilización del fondo de salarios con mayores prerrogativas empresariales en la determinación de cuanto pagar según el aporte y/o importancia de la actividad que el trabajador desempeñe dentro de un marco salarial aprobado de forma centralizada. “Sin embargo estos avances, aunque significativos, son sin dudas insuficientes, primero por su poca extensión en las empresas, segundo porque reproducen en cierta medida vicios, como la centralización y el verticalismo, y tercero porque la estructura social ha experimentado cambios regresivos profundos que estos no contribuyen, en su forma actual, a corregir” (Nerey 2003).

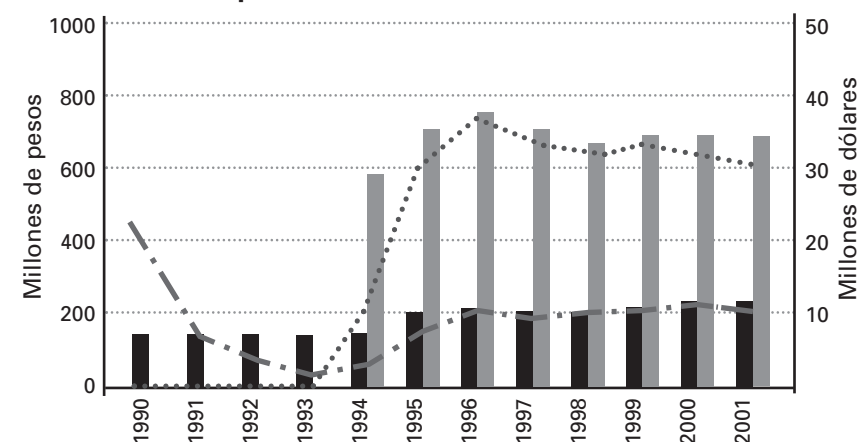
El comportamiento experimentado por el salario y sus limitaciones o incapacidad para dar cumplimiento a la más importante de sus funciones ha favorecido el establecimiento de distorsiones en el mercado de trabajo, que promueven que las personas hagan valoraciones acerca de las oportunidades de trabajo en primer término sobre la base del acceso a ingresos complementarios (sobre todo en divisas) legales o no, desplazando a un segundo escaño la importancia social de la actividad o el vínculo que ella pueda tener con su preparación técnico-profesional.

Durante los años noventa el sector estatal de la economía deja de estar en posibilidad de continuar asumiendo ciertas producciones y servicios, además de los excesos de trabajadores en sus plantillas, lo cual valida la alternativa de buscar por vías no estatales la solución a una parte de la producción y el empleo. Aumentando, el sector privado, su participación en la provisión de la ocupación y en consecuencia en la provisión y distribución de los ingresos de la población.

Los ingresos del sector cooperativo y privado han incrementado su participación dentro del total de ingresos de 5,3% a 14,1% entre 1989 y el 2002, ello ha estado propiciado por la implementación de un conjunto de medidas tomadas, en el período, con relación a las fuentes creadoras de empleo como el establecimiento de las UBPC, la ampliación del autoempleo, la parcelación de las tierras y otras que abren nuevos espacios de mercado, y que en el entorno macroeconómico de crisis en el que se han insertado han tenido efectos colaterales algo nocivos para la distribución de los ingresos.

Con la creación de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC), pasan del sector estatal agrícola al sector cooperativo un número significativo de trabajadores, imprimiéndole una variación en la ocupación

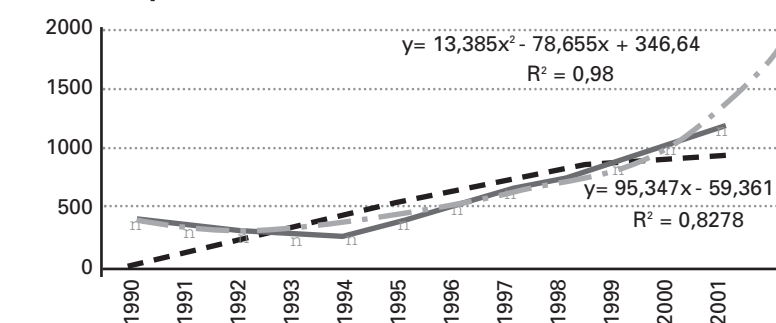
**Gráfico 6. Evolución de los ingresos de los cooperativistas en Cuba**



■ CPA (en pesos) ■ UBPC (en pesos)  
 - - - CPA (equivalente en dólares) ..... UBPCX (equivalente en dólares)

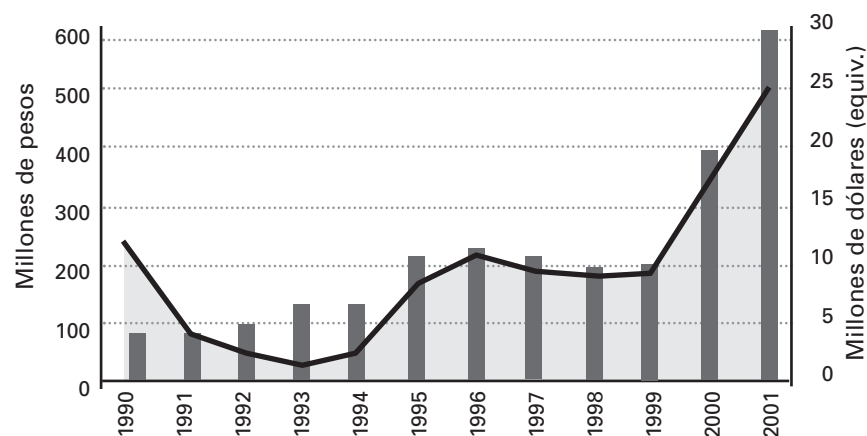
Nota: CPA, Cooperativas de Producción Agropecuaria.  
 Fuente: García 2003.

**Gráfico 7. Evolución de los ingresos de los campesinos privados en Cuba**



--- Tendencia cuadrática —■— Campesinos privados (pesos)  
 - - - Tendencia Lineal

Fuente: Elaboración propia a partir de ONE varios años.

**Gráfico 8. Ingresos de privados no agropecuario en Cuba**

n Pesos

Fuente: García 2003.

de 391,3% para todo el período, siendo la medida que contribuyó en mayor grado al incremento del número de trabajadores del sector privado y cooperativo, no así al incremento de los ingresos—20,7% para el 2002—o al menos no en correspondencia con lo que perciben otros productores agropecuarios lo cual podría ser contradictorio o al menos cuestionable.

La ley que regula el funcionamiento del mercado de los productos del agro no establece ningún tipo de discriminación entre los productores que a él concurren, sin embargo, en la práctica existen elementos que establecen diferencias en la posibilidad de aprovechamiento de las oportunidades y que de hecho determinan la existencia de grupos de ingresos bien diferenciados entre los oferentes de estos productos. Ese es el caso de las UBPC que tienen compromisos con el estado en la producción destinada al mercado racionado y subvencionado que limitan su participación como oferentes y por la cual reciben ingresos bastante inferiores a los que obtendrían bajo las leyes del mercado. Determinando, en el primer lustro de funcionamiento del mercado, una participación predominante del privado entre los concurrentes, que solo a partir del 2000 es superada, excepto para los productos cárnicos, por el sector estatal debido a la apertura de nuevos espacios de mercado.

De hecho los campesinos privados, acumulan cerca del 50% de los ingresos del sector a pesar de ser en número de ocupados una proporción bastante inferior a la de los afiliados a las UBPC. Lo cual queda demostrado si comparamos las tendencias seguidas por los ingresos de uno u otro grupo.

Existen estimaciones que revelan un ingreso medio anual por campesino de unos 1500 pesos mensuales (García 2003). Cifra que supera en aproximadamente 5 veces los ingresos medios del resto de los participantes en las actividades agropecuaria y que de hecho tiene un comportamiento diferenciado por actividad y zona geográfica, y que favorece la concentración de ingresos en determinado grupo de actores de los que conforman este grupo.

La parte del sector privado que se desempeña en actividades no agropecuarias muestra un importante crecimiento de sus ingresos en moneda nacional. Según el balance de ingresos y egresos monetarios de la población este segmento incrementa su participación dentro de la totalidad de ingresos privados del 16% al 25% entre 1990 y el 2002.

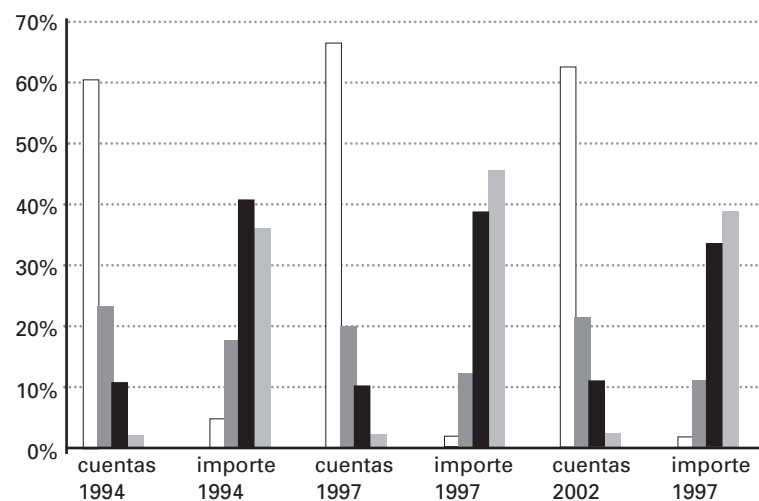
Al interno de los actores de este grupo de ingresos es razonable hacer mención al trabajo por cuenta propia que ha experimentado un crecimiento, hasta el 2002, del número de ocupados de 506,7%, habiendo constituido de una parte, una fuente de empleo importante para los desvinculados laboralmente, que por solo citar un ejemplo, en 1997 llegaron a representar el 60,3% del total de empleados bajo esta modalidad, así como una alternativa o fuente de obtención de ingresos para los jubilados y las amas de casa que en el propio año eran el 23,5% y 26,3% de los que se encontraban inscritos (Togores 1996).

Según García (2003), el rápido incremento que muestra el segmento de privados no agropecuarios a partir del 2000 esta explicado fundamentalmente por los arrendadores de viviendas y espacios, cuyos aportes<sup>5</sup>

**Tabla 3. Estimaciones de los montos anuales de remesas**

Fuente	Estimaciones (MM USD al año)
CEPAL (1998)	800
Aguilar (2001)	300–735
Marquetti (2002)	800–1.100

Fuente: Togores y García 2003

**Gráfico 9. Cuentas de ahorro por niveles de saldo**

■ Cooperativistas ■ Privados no Agropecuario

■ UBPC ■ Campesinos Privados

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Informes del Banco.

crecieron en cerca del 10% entre el 2000 y 2001, así como por el grupo de artistas e intelectuales que crece en número de integrantes y la contribución lo hace en algo más de un 15%.

Al igual que en el caso de los campesinos en estos grupos existe diferenciación en la captación de los ingresos, solo que además de estar determinada por la ubicación geográfica, en este caso también dependerá del patrimonio heredado o adquirido con el tiempo.

En resumen los ingresos de los trabajadores independientes son muy superiores a los de los asalariados y nada homogéneos a su interior, ya que algunos dentro de este segmento, por las características de su actividad y la coyuntura en que se desempeñan son especialmente altos, favoreciendo el atesoramiento grandes sumas de dinero en pocas manos. Todo lo cual ha contribuido a acrecentar la presencia de desigualdades no legítimas y la polarización de la riqueza.

**Ingresos no laborales.** Existe otro factor de importancia para el análisis de los ingresos, que no es fruto del trabajo nacional, pero ha tendido a incrementar de manera sustancial los recursos monetarios de una parte de la población, se trata del monto en remesas familiares que se

reciben desde el exterior. Si bien no puede determinarse con exactitud su cuantía porque, en su mayoría, no llega al país, a través de transferencias bancarias podría, al menos, hablarse de una tendencia ascendente si se toma como referencia el comportamiento creciente de las ventas en las tiendas de recuperación de divisas (TRD).

Según estimaciones de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) las remesas alcanzaron una magnitud de alrededor de 3.000 millones de dólares entre 1989 y 1996 (CEPAL, 1997). Otros investigadores han estimado los posibles montos de remesas anuales, que oscilan entre 300 y 1.100 millones de dólares.

Asimismo, existen otras fuentes de ingresos en divisas vía prestaciones de servicios a turistas y a nacionales, tanto en las instalaciones estatales (propinas) como en el mercado de trabajo por cuenta propia, que también contribuyen al incremento y recirculación o redistribución de tales beneficios.

Se estima que entre el 30% y el 60% de la población, por una u otra vía, posee divisas. Sobre esta afirmación es válido aclarar que si bien se ha incrementado el número de personas con acceso a dólares este segmento de la población *no es homogéneo y muestra alta concentración y polarización por vías de acceso a este recurso y zonas geográficas.*

Por otra parte la apreciación sustancial de la moneda nacional en el mercado cambiario, donde su valor pasó de 78 pesos por dólar en 1993 a 19,2 en 1996 (cifra más baja), que con posterioridad a los atentados terroristas a los EE. UU. de 11 de septiembre del 2001 llega a alcanzar la cifra de 26 pesos por dólar, manteniéndose estable hasta la actualidad, ha propiciado una mejoría apreciable, aunque aún insuficiente, en el poder de compra y en la convertibilidad de los salarios.

#### CIRCULACIÓN MONETARIA, LIQUIDEZ Y CONCENTRACIÓN DEL AHORRO

La doble circulación de moneda es un elemento que con anterioridad a la década de los noventa no existía, pero con su aparición y posterior legalización en julio de 1993 ha impuesto una nueva dinámica y patrones de comportamiento a los ingresos de la población determinando en buena medida sobre distribución.

Con anterioridad a la década de los noventa la relación circulatoria era de dos bandas con un único emisor de valores monetarios y un único receptor; en la actualidad esta situación ha cambiado por la circulación de

dos monedas, fenómeno que propicia la inyección de dinero en la esfera de circulación, provocando cambios en la estructura de los ingresos y reajustes en la distribución con concentración de la liquidez en manos de determinados segmentos de población.

Las medidas adoptadas para disminuir la liquidez, como la elevación de los precios a productos no esenciales, las tarifas de determinados servicios y el cobro de ciertas gratuidades contribuyeron a que en un lapso de apenas dos años, se redujera este indicador en alrededor de un 20%. Sin embargo en lo que resta de la década la liquidez no se modifica substancialmente, manteniéndose en una cuantía bastante estable y hasta moderada. Sin embargo para inicios de la década del 2000 y a pesar de mantener cierta estabilidad en el tipo de cambio la liquidez vuelve a incrementarse sobre todo por fuertes presiones del efectivo en circulación, lo cual es evidencia del agotamiento de las medidas para mantenerla controlada o al menos en niveles similares a los de finales de la década de los noventa, monto que algunos especialistas (Nerey 2003) califican como muy próximos a los que realmente requiere la economía, en las condiciones actuales, para la viabilidad de las transacciones, en tanto que lo concerniente a las cuentas de ahorro, el aspecto fundamental no es tanto su magnitud como el grado de concentración de las mismas, puesto que no presentan modificaciones cuantitativas apreciables.

El análisis del comportamiento seguido por la estructura de las cuentas bancarias muestra la apertura de una amplia brecha entre un grupo y otro de ahorristas, que es a su vez reflejo del comportamiento que sigue la distribución de los ingresos<sup>6</sup>.

Los saldos en cuentas bancarias han estado sujetos a un proceso de concentración bastante fuerte durante los años de crisis, de hecho entre 1994 y 2002 es posible distinguir que el número de cuentas de mayores montos se mantiene en una proporción de alrededor del 14% del total de las cuentas y sin embargo el monto que ellas aglutinan se hace cada vez mayor, pasando a controlar del 77,8% del efectivo al 86%.

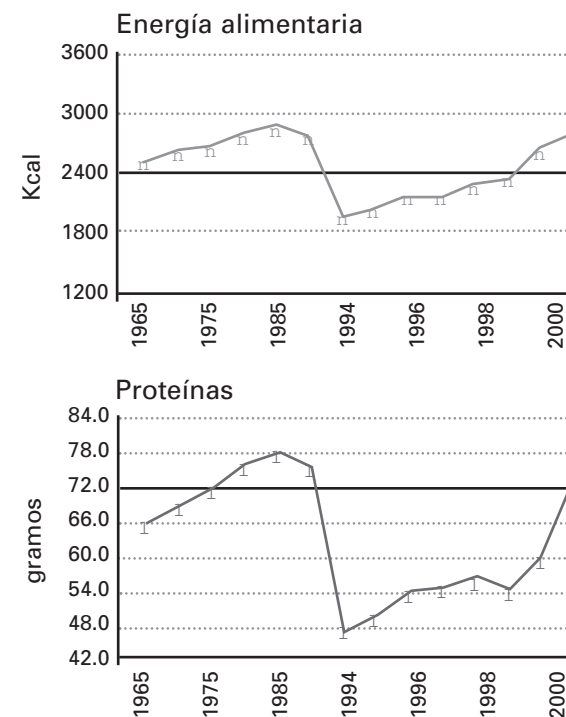
Ello es indicativo de la apertura de una amplia brecha entre un grupo y otro de ahorristas y, a su vez, refleja el comportamiento que sigue la distribución de los ingresos e implica desigualdad para el aprovechamiento de las oportunidades, aprovechamiento que hasta hace poco más de una década no dependía de la diferencia de ingresos, que de hecho existe bajo cualquier sistema social, si no de lo justo de las oportunidades económi-

cas o sociales de que partían los individuos. Un ejemplo de ello es el hecho de que, en Cuba, la educación como pilar básico para el aprovechamiento de las oportunidades nunca ha dependido de la posición económica de los individuos. Sin embargo en el período de crisis han coexistido junto a este elemento, otros como el ingreso y la riqueza o patrimonio adquirido que han afectado de manera negativa el ciclo, disminuyendo los efectos de las medidas que tienden a mejorar los niveles de ingreso por la vía de la oferta de bienes y servicios con precios diferenciados o por medio de la inversión para iniciar un proceso de autoempleo.

### RELACION INGRESO – CONSUMO

Existen un conjunto de elementos sin los cuales no sería posible llevar adelante la acción de consumir, por el lado de la oferta se refiere a la producción y la capacidad para importar de la economía y por el de la demanda

**Gráfico 10. Aporte nutricional de la dieta contra las recomendaciones de la FAO**



Fuente: Togores y García 2003.



se enlaza con la disponibilidad de ingresos de los consumidores, siendo este uno de los medios fundamentales para la realización de las necesidades de la población en los diferentes espacios de mercado. La relación ingreso-consumo por lo general se da de manera directa, implicando por ejemplo, que aumentos de los ingresos se correspondan con incrementos en el consumo, la inversión y/o ahorros.

La reducción de la oferta en los mercados por la disminución experimentada en la producción nacional y la imposibilidad económica de acceder a los niveles de importación de precrisis, entre otros factores, estimuló una peculiar relación de precios, que expresa la existencia de altos niveles de inflación que deterioraron el poder adquisitivo del ingreso de la población, principalmente de aquella que financia sus gastos esencialmente con el salario y cuenta con poco o ningún ahorro bancario. Todo lo cual ha tenido una influencia directa en el deterioro de los niveles de consumo tanto de alimentos como de otros bienes. Aunque en a los efectos de este artículo solo se hará referencias a los alimentos.

Una valoración desde el punto de vista nutricional permite constatar que en la etapa anterior a 1989 se percibe un mejoramiento de la ingesta per cápita, que incluso llegó a superar los requerimientos mínimos establecidos por la FAO. “El establecimiento de niveles de consumo mediante un sistema de racionamiento no ha significado que esas normas representen el nivel máximo posible a alcanzar. Según datos de 1978 el consumo real superaba el nivel de racionamiento en los siguientes porcentajes: carne un 15%, arroz 46%, frijoles 26%, manteca 100%, papa 220% y boniato 80%” (Rodríguez 1987).

También se constata una disminución del consumo de azúcares, obteniéndose los aportes energéticos en mayor medida a partir de carbohidratos complejos que propician un balance a favor de la calidad de la dieta. La diversificación de la producción agrícola y de las importaciones a favor de cereales, viandas y frijoles, condiciona esta mejoría de forma indirecta.

En el caso de los productos que aportan proteína de origen animal, su consumo crece hasta 1989, momento a partir del cual sufren una fuerte caída de la que no se han podido recuperar en la actualidad. Sin embargo, la situación más crítica la presenta el consumo de grasas que se ve seriamente afectado por la disminución de los consumos de alimentos de origen animal (componente invisible) y la fuerte caída de las importaciones de aceites vegetales y manteca de las que dependía en más de un 90%.

**Tabla 4. Consumo de energía según fuente de procedencia**

Fuente	1995			1998		
	Kcal.	Estructura	Gasto estimado mensual	Kcal.	Estructura	Gasto estimado mensual
Comercio minorista	1.150	57,7 %	23,00	1.166	51,5 %	23,32
Alimentación pública	223	11,2 %	4,46	170	7,5 %	3,40
Consumo Social	300	15,1 %	6,00	328	14,5 %	6,56
Autoconsumo	254	12,7 %	5,08	520	23,0 %	10,40
Mercado Agropecuario	32	1,6 %	16,64	31	1,4 %	16,12
Tiendas en divisas	34	1,7 %	17,68	50	2,2 %	26,00
Total	1.993	100,0 %	72,86	2265	100,0 %	85,80
Déficit	407		211,64	135		70,20
Recomendación FAO	2.400		284,50	2.400		156,00

Fuente: Elaboración propia a partir de Pérez y Miranda (1997), ONE (1999) y criterios de expertos

Con la crisis, el consumo de un conjunto de importantes nutrientes de la dieta establecida como mínima para el buen funcionamiento del organismo está muy por debajo de los parámetros establecidos atentando contra la seguridad alimentaria. En el caso de la energía, se logra recuperar una disponibilidad que permite cubrir el requerimiento medio a partir del año 2000, y para la proteína esto se alcanza en el 2001, aunque desde el punto de vista estructural todavía se mantienen algunos problemas como son la elevada participación de los azúcares y la baja de las grasas en el suministro energético, así como la todavía insuficiente proporción de la proteína de origen animal.

El mercado racionado es la principal fuente aportadora de nutrientes, pero no la única, y de hecho se complementa con otras que, a precios subvencionados—como la alimentación pública, consumo social y auto-consumos—o bajo leyes del mercado de libre formación de precios, permiten completar la dieta a partir de los ingresos familiares. Resulta interesante analizar el aporte de cada uno de estos espacios en cuanto al suministro calórico y el gasto a ello asociado.

El consumo registrado en la tabla que a continuación aparece permite constatar que el cubano, como promedio, y a pesar de que el 96,7 % de la energía disponible provenía de fuentes relacionadas con el mercado de precios subsidiados, estaba consumiendo en 1995 una canasta alimentaria con déficit calórico de 407 Kcal., el cual debido a las restricciones económicas que afronta el país y a la tendencia decreciente seguida por el consumo del gobierno, tendría que satisfacerse a través del consumo privado en los mercados de precios libres, lo que implica un incremento del costo total de la canasta de 73 pesos a 284 pesos y una variación en la estructura del gasto monetario destinado a su adquisición, pasando a ser mayoritario (80%) el que se realiza bajo las leyes de la oferta y la demanda.

Para 1998, desde el punto de vista de la estructura del aporte, las proporciones se mantienen, continuado como mayoritario el de las fuentes subvencionadas. Y se observa una mejoría en cuanto a la cantidad de kilocalorías que provienen de dichas fuentes, en particular las del autoconsumo y el mercado racionado. Aun así la canasta consumida sigue teniendo un déficit calórico, aunque ha mejorado respecto a 1995, del cual sólo representa el 33%. En lo que respecta al valor la canasta de 1998 es un 45% inferior al de la correspondiente a 1995, lo cual mejora las posibilidades de adquisición de la misma.

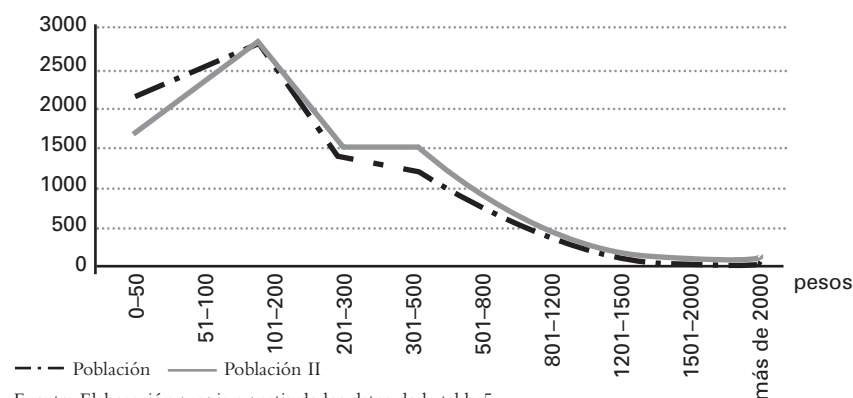
**Tabla 5. Cálculos del Índice de Sen para medir pobreza**

Grupos	Ingresos promedios mensuales	Población (miles de habitantes)		Índices de desigualdad	
		Variante I	Variante II	Variante I	Variante II
0-50	40	2144	1689	Z = \$ 189,86	Z = \$ 189,86
51-100	75	2522	2291	i = \$ 92,90	i = \$ 97,30
101-200	150	2778	2806	I = \$ 96,96	I = \$ 92,56
201-300	250	1392	1517	H = 0,67	H = 0,61
301-500	400	1221	1442	PG = 0,34	PG = 0,30
501-800	650	621	778	G = 0,36	G = 0,30
801-1200	1000	263	351	IS = 41,81	IS = 39,71
1201-1500	1350	77	108		
1501-2000	1750	56	82		
más de 2000	6000	49	77		
<b>Total</b>		<b>11123</b>	<b>11123</b>		

Fuente: Índices calculados por el autor a partir de la base de datos estimadas por Didio 1995.

Nota: La variante I supone que el ingreso promedio mensual es de 240 pesos y la variante II es de 290 pesos. Para cualesquiera de estas variantes el total de población está sobrestimado, aunque, según opiniones de expertos consultados, la distribución del ingreso por grupos utilizada no debe diferir mucho de la que a la cantidad real corresponde.

**Gráfico 11. Evolución de los ingresos de los campesinos privados en Cuba**



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la tabla 5

Si se compara el ingreso per cápita mensual, que para 1995 fue de 113,63 pesos y en 1998 de 116 pesos, con los gastos necesarios para cubrir los parámetros mínimos de alimentación puede corroborarse, una vez más, que el ingreso se hace insuficiente para cubrirlos, aún cuando en este análisis no se han tomado en cuenta otras necesidades y servicios de los cuales es imposible prescindir, como el aseo, el vestir y el pago de servicios de transporte, electricidad, agua y combustible para cocinar. Pero no toda la población está por debajo de este límite, lo cual hace necesario que se determinen los segmentos afectados para poder establecer políticas de ayuda en correspondencia con las necesidades de cada grupo poblacional.

Para medir desigualdad existen diferentes indicadores que han permitido enriquecer los estudios realizados al respecto, sin que de hecho se haya designado uno en específico como el mejor de todos. La elección dependerá entre otros factores de la información disponible ajustándose en este caso al llamado Índice de Sen que matemáticamente queda expresado de la siguiente manera:  $IS = H [I + (1 - I) G]$  (Fress J.C.1997).

Para ambas variantes en tabla 5 las personas en situación de pobreza se ubican en los tres primeros intervalos. Representada en la primera de ellas por el 67% de la población y por el 61% en la segunda. Estando el ingreso medio de estos en 92,90 pesos y 97,30 pesos respectivamente, el cual tiene un déficit, para alcanzar la línea definida, superior a los 90 pesos, en ambos casos. Claro que la pobreza determinada para el caso

cubano, sin que se subestime el parámetro, es muy diferente a la que pudo encontrarse en Latinoamérica o cualquier otro país en desarrollo<sup>7</sup> ya que solo se da desde la perspectiva del ingreso; es decir en términos de poseer una cantidad suficiente de ingresos para adquirir la canasta alimenticia definida como básica.

Por otra parte el índice de Gini, que mide la distribución de ingreso de los pobres permite verificar que para este segmento de población la concentración de ingresos es baja ya que los resultados obtenidos (0,36 y 0,30) se ubican en un entorno cercano a cero. Corroborándose este planteamiento con la tendencia que sigue la concentración de la liquidez y los depósitos bancarios, que fue abordada con anterioridad y que se comporta de manera similar a la que sigue la distribución de ingresos analizada.

E incluso a lo interno de estos grupos existen diferencias que, la información disponible no permite cuantificar, y no por ello dejan de ser importantes para el análisis en cuanto a lo que pueden significar estos resultados a la hora de implementar un conjunto de políticas de apoyo. Por ejemplo pudieran mencionarse las diferencias entre el campo y la ciudad, la capital y el resto del país, y las que se establecen entre los que se encuentran en edad laboral y los mayores de 65, que tienen como ingreso fundamental la seguridad social que, los coloca en peor situación que la media del grupo antes mencionado, y para los cuales se han destinado políticas gubernamentales y recursos que buscan atenuar la situación a través de los servicios de alimentación social.

En el contexto de la sociedad cubana, es preciso considerar junto al componente monetario de la población un conjunto de rubros de magnitud elevada como la educación, la salud y la asistencia social que influyen de forma positiva en la determinación del ingreso familiar de todos los sectores de la población y muy especialmente en los grupos de mayores carencias, aunque estos no han logrado compensar las pérdidas que han experimentados los hogares por el alza de los precios y la disminución de la oferta.

Los servicios sociales básicos, a diferencia de lo ocurrido en otros países, mantuvieron una tendencia creciente, con la finalidad de satisfacer las necesidades de estos sectores y al mismo tiempo amortiguar los efectos de la crisis económica y el impacto de las transformaciones socio-económicas efectuadas.

## CONCLUSIONES

La política social seguida por Cuba en desde hace casi cuatro décadas y las bases sobre las cuales se sustenta la misma son punto de referencia para muchos países del mundo, aunque en el actual período de crisis este modelo se ha visto afectado por la reducción de los recursos disponibles y las reformas económicas realizadas.

En términos de distribución de los costos del ajuste la combinación de los efectos recesivos con los de una inflación alta significó, por un lado, que no todos los agentes económicos pudieran ajustarse a la misma velocidad a la nueva situación y, por el otro, que las pérdidas de ingreso no tuvieran la misma intensidad para cada uno de los agentes sociales.

La interacción entre la alta concentración de los recursos monetarios y el volumen de la oferta, permiten mantener niveles de precios altos y rentables sobre la base de un equilibrio oferta/demanda asentado en el monopolio de vendedores y compradores, que excluye cada vez más a los segmentos de la población de bajos ingresos y pocas posibilidades económicas, aunque sin llegar a los límites de las marginalidad.

A pesar de la voluntad del gobierno por mantener e incluso incrementar las transferencias, que son un importante paliativo y una garantía para la población, no se logra dar solución a la situación de los ingresos para la mayoría de las familias cubanas, que se ha tornado muy tensa y se puede afirmar que un gran porcentaje de ellas no llega a cubrir sus gastos con los ingresos que perciben, lo que las obliga a recurrir a las llamadas estrategias de sobrevivencia en busca de fuentes alternativas de ingresos o a prescindir de un conjunto de bienes y/o servicios.

A pesar de los avances logrados en materia de precios, saneamiento financiero y en la disminución de la tasa de cambio del dólar, la situación del consumo y los ingresos continúa tirante y plantea para el gobierno serios retos, donde debe asumir la posición de contraparte para contribuir a la regulación y control de los precios y los ingresos sobre la base de la equidad social. Ello implica incrementar la oferta de bienes y servicios tanto para los mercados con precios libres, como para la distribución normada, lo que significa producir con eficiencia, calidad y surtido.

En síntesis, la dinámica del ingreso y del consumo estuvo signada por las contradicciones entre las medidas de política económica para consolidar el proceso de recuperación de la economía y los efectos y costos sociales inevitables que tales transformaciones traen aparejados.

Dicho proceso, en esencia, consiste en la readecuación de las relaciones entre los criterios de racionalidad y eficiencia económica y los principios de equidad y justicia social. Además de la reconsideración del papel del Estado y el individuo en la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales de la población, que implica la determinación del grado de presencia del sector privado en la estructura socioeconómica y el reconocimiento de éste como un componente de dicha estructura, así como del papel del mercado en la regulación de los procesos económicos.

Los cambios exigen cierto ajuste, en las funciones y fines de la política social, los mismos deben concentrarse en instrumentos, mecanismos y métodos para la consecución de los objetivos estratégicos del desarrollo social. El modelo de desarrollo social deberá buscar fórmulas de autosostenibilidad y eficiencia, que le permitan mantener los principios de universalidad y equidad.

## REFERENCIAS

- Banco Nacional de Cuba. 1994/1995/1996/1997. “Informe Económico”.
- Comisión Económica para América Latina (CEPAL). “La Economía Cubana. Reformas estructurales y desempeño en los noventa”.
- Fress, J.C. 1997. “Notas sobre la medición de la pobreza según el método del ingreso”. *Revista de la CEPAL*. No.61, Abril.
- García, Angela. 2003. *Investigación en proceso acerca de las contribuciones de los trabajadores privados*. Cuba: Centro de Estudios de la Economía Cubana.
- Marquetti, Hiram. 1996. “El desempeño del sector industrial en el período 1990–1995”. Material inédito del Centro de Estudios de la Economía Cubana. Universidad de la Habana.
- Marx, Karl. 1965. *El Capital*. T.I, pág.134, Ediciones Venceremos, La Habana.
- Ministerio del Trabajo y Seguridad Social. 1994–1997. *Informes estadísticos sobre el Trabajo por Cuenta Propia*.
- Nerey, Boris. 2003. “El empleo y el mercado de trabajo”. Ponencia al Taller sobre Pobreza y Política Social en Cuba.
- Oficina Nacional de Estadística (ONE). 1995–2002. “Sondeo de precios del mercado informal”.
- \_\_\_\_\_. 1980–2002. *Anuarios Estadísticos*.
- Pérez, M. y Miranda, R. 1997. “Situación Nutricional de la Población Cubana”. Publicación de la Asociación Nacional de Economistas de Cuba. ANEC. Ciudad de la Habana.
- Quintana, Didio y colectivo de autores. 1995. “Mercado Agropecuario. ¿Apertura o Limitación?”. *Revista Cuba: Investigación Económica*. No.4 Diciembre. Cuba.

- Rodríguez, J. L. 2000. "Informe sobre los resultados económicos 2000 y el plan económico y social para el 2001", *Granma*, La Habana, 23 de diciembre.
- \_\_\_\_ y Carriazo, G. 1987. "La erradicación de la pobreza en Cuba". Editorial Ciencias Sociales.
- Togores, Viviana. 1996. "El trabajo por Cuenta Propia. Desarrollo y Peculiaridades en la Economía Cubana". Boletín del Centro de Estudios de la Economía Cubana de la Universidad de la Habana.
- \_\_\_\_ 1996. "Enfoque social del desempeño de la economía cubana en 1996". Memoria-Taller "La economía Cubana en 1996: Resultados, Problemas y Perspectivas". Centro de Estudios de la Economía Cubana. Universidad de la Habana. Enero.
- \_\_\_\_ y García, Angela. 2003. "Algunas consideraciones acerca del acceso al consumo en los noventa: factores que los determinan". Centro de Estudios de la Economía Cubana.

## NOTAS

1. El sector no estatal comprende a: los trabajadores ocupados en las empresas mixtas con capital extranjero, los cooperativistas, prácticamente concentrados en las actividades agropecuarias, que incluyen a los miembros de las Cooperativas de Producción Agropecuaria (CPA) y de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC), así como a los campesinos independientes y usufructuarios individuales. Asimismo, cuentan dentro del sector no estatal los segmentos de los trabajadores por cuenta propia, los arrendadores, los transportistas y los artistas.
2. La tasa de dependencia se calculó como la relación entre la sumatoria de las personas de la tercera edad no pensionadas, la población no económicamente activa, y los menores de 17 años, por una parte y la PEA por otro.
3. "La sobrevivencia física y la autonomía personal son las precondiciones de cualquier acción individual en toda cultura, por lo que constituyen las necesidades humanas más básicas: aquellas que deben satisfacerse en algún grado antes de que los actores puedan participar en su forma de vida buscando alcanzar otras metas valiosas" con posterioridad dejan claro que "la sobrevivencia no es suficiente y que la que constituye una necesidad humana básica es la salud física" (Doyal L, Gough I. 1991:54).
4. Se trata de los ingresos que publica la ONE en su balance de ingresos y egresos monetarios de la población, que permite caracterizar las relaciones monetario-financieras de la población con las empresas, unidades presupuestadas e instituciones estatales. Es decir, se trata de la parte de los ingresos que se reciben a partir de las relaciones con el Estado por lo que quedan omitidas las cuantías resultantes de las relaciones con el resto de la población.
5. Medidos en dólares equivalentes.
6. Las medidas tomadas influyeron en la disminución del efectivo en circulación y no en el ahorro que representa el 60% de la liquidez acumulada.
7. Parar los países del tercer mundo la pobreza asume la perspectiva de *necesidades básicas* en la que las personas sufren privación para satisfacer en medida mínimamente aceptable las necesidades humanas, en este caso se va mucho más allá de la falta de ingreso privado, pues incluye la necesidad de servicios básicos de salud y educación y otros como el del empleo y la participación social.

## Lo conveniente y lo posible: Movimientos comunitarios y gestión ambiental local en el espacio cubano

ARMANDO FERNÁNDEZ SORIANO

Desde hace ya más de una década existe la tendencia de privilegiar los espacios locales como aquellos donde mejor se pueden desarrollar las condiciones para la aplicación de eficientes políticas públicas con un alto componente de participación ciudadana; sin embargo, comenzando la segunda mitad de la primera década del siglo XXI, algunas experiencias nos demuestran que no siempre lo local es sinónimo de eficiencia y participación, como se apreciara en el siguiente texto, el desenvolvimiento de la relación entre los manejos ambientales, las políticas públicas en la escala local y los procesos de centralización-descentralización, muestran un ejemplo de la variabilidad de esta relación en los últimos años.

En los comienzos de la década de los '90, para Cuba “lo local” adquirió importancia para la comprensión y la posibilidad de proyección en el tiempo, de los fenómenos de reajuste impuestos por la crisis de la economía cubana. Debido a las imperiosas necesidades internas de sobrevivencia y al contexto internacional que se configuró a comienzos de esa década, marcada por la desaparición del “Socialismo Real” en Europa del Este y por la celebración de la Cumbre Mundial sobre Medio Ambiente, en Río de Janeiro en 1992.

Estos dos hitos, marcaron por una parte la preeminencia económica y política del sistema capitalista globalizado y por la otra la voluntad de la mayoría de las naciones del planeta de transitar hacia un modelo de *desarrollo sostenible*, que aunque no resultaba muy claro como concepto, al menos expresaba el reconocimiento en la política internacional mundial, de la imposibilidad de continuar transitando por los modelos de desarrollo ilimitado prevalecientes hasta esos años.



Luego de la Cumbre de Río, se expandió por el mundo la necesidad de aplicación de la “Agenda 21” para lograr un *desarrollo sostenible* a escala nacional, lo cual implicaba la ineludible implantación de una visión “sostenible” a nivel local. Estas percepciones se incorporaron rápidamente en el discurso y la práctica política cubanas, adquiriendo en los últimos cinco años, una creciente importancia en las diferentes escalas de la política cubana.

En ese sentido, gran parte de estas formulaciones parecen concebir “lo local” en términos de “sostenibilidad”<sup>1</sup>, como aquel espacio referido a las pequeñas escalas generalmente asociadas con los municipios<sup>2</sup> en los cuales se puedan realizar manejos ambientales que tiendan a reducir los *gaps* entre “*inputs*” de servicios ambientales y energía y los “*outputs*” de desechos que emite el territorio, también es cierto que lo local ambiental no posee ecológicamente una delimitación política o administrativa, sino natural; o lo que es lo mismo la realidad ecológica no tiene como referente directo una construcción espacial en lo político o en lo económico o un referente en lo históricamente construido, sino a un espacio natural transformado, apropiado y degradado históricamente por la actividad humana.

La dimensión económica encuentra en los territorios una diversidad de estructuras de diferentes magnitudes, que pueden ir desde las pequeñas y medianas empresas, que generalmente mantienen una subordinación administrativa al gobierno municipal, hasta las grandes empresas tributarias directas a la economía nacional, además de las redes de servicios que con mayor o menor complejidad también están presentes en dichos territorios; como correlato de la dimensión económica, encontramos a la tecnología, la cual incorpora disímiles grados de impactos en lo social y en lo ambiental, lo que con frecuencia nos muestra conflictos en el desenvolvimiento de lo económico, lo social y lo ambiental.

El surgimiento de nuevas identidades, derivadas de estas relaciones se expresan en los territorios como parte de una dimensión cultural cambiante, que dota a los actores presentes en esos espacios de nuevas características y sentido de pertenencia.

Aquellas relaciones que se expresan en los territorios a través de los sujetos sociales que en ellos existen y que conforman las sucesivas experiencias de organización de la sociedad dentro de ellos, van conformando una parte sustancial de la dimensión política, al relacionar las diversas dimensiones en función de un proyecto de poder.

El anterior esquema pretende exponer la manera en que cada una de estas dimensiones se manifiestan en los espacios nacionales, regionales o locales donde se manifiestan, al conformar un conjunto de relaciones expresadas a través de una red de acciones, reacciones y coacciones, de entrelazamientos y reconstrucciones de relación, que hacen sumamente compleja la comprensión de los problemas presentes en los territorios.

No obstante, la irracionalidad de la lógica de desarrollo aplicada históricamente, hace que las dimensiones construidas por la humanidad se superpongan y utilicen como soporte a la dimensión ambiental, transformándola hasta tal punto que en no pocos casos resulte una apropiación del espacio donde lo artificial prepondera sobre lo natural.

La utilización de diferentes escalas espaciales brinda la posibilidad de delimitar analíticamente el espacio de referencia en términos socioambientales. Resulta obvio que no son iguales ni brindan las mismas posibilidades de relacionamiento y análisis las escalas “macro” o nacional-estatal y la “meso” o regional, o la escala “micro” o local, incluso estas difieren entre sí en múltiples aspectos, como lo regional económico, lo regional político o provincial, lo regional ecosistémico, lo regional cultural o lo regional sociodemográfico, esta diversidad también genera identidades asociadas cada una de ellas. Por otra parte, se nos presenta lo local-político o escala municipal, lo local constreñido al Consejo Popular<sup>3</sup> y lo local barrial.

La peculiaridad en estas construcciones teóricas es que resulta necesario hacerlas sobre la base de conceptos y espacios que se mueven en sentido inverso a la lógica natural de surgimiento, desarrollo y existencia de los ecosistemas. Un barrio no es “en sí” un ecosistema y casi se puede asegurar que en ningún caso corresponden los dos espacios en sus dimensiones. En el caso de lo regional pueden incluirse ecosistemas o grandes fragmentos de ellos, según las magnitudes de las escalas y espacios construidos por los seres humanos y en el caso de Cuba como nación parece haber coincidencia de criterios sobre que el archipiélago cubano, corresponde a un geosistema que coincide con la construcción histórico-política de nación.

Es por ello que en el siguiente acercamiento a los espacios locales en Cuba y más específicamente al estudio de las experiencias comunitarias que se abordarán, se estará haciendo abstracción de una serie de variables que se relacionan con dimensiones o escalas no presentes en “el barrio” y sobre todo se hace abstracción de un concepto relacionador de las dimensiones y las escalas que quizás resulte el más conflictivo para su acer-

camiento; la magnitud “tiempo” y a las disrupciones existentes entre la diversidad de tiempos existentes en una realidad. Por solo señalar dos de estas disrupciones, los tiempos económicos no corresponden a los ritmos de los tiempos naturales, el tiempo político en cuanto a toma de decisiones se refiere, en muchos casos prioriza la “racionalidad” impuesta por la visión crematística de la economía y no considera los ritmos naturales de incorporación de los cambios y afectaciones ecológicas.

### **ALGUNAS FACETAS DE LA PARTICIPACIÓN**

Con frecuencia la participación ciudadana es relacionada con múltiples aspectos del desempeño de la gente común, donde el sujeto social se involucra directamente en la toma de decisiones referida a una dimensión específica de su vida. En este caso nos ceñiremos a ese segmento del concepto que se relaciona directamente con sus intereses comunitarios ambientales, concibiendo lo ambiental de la forma más amplia posible, como todas aquellas condiciones que tiendan a mejorar la calidad de vida dentro en una relación no agresiva al entorno.

Visto en estos términos, el sistema estatal cubano presenta quizás una sugerente experiencia para la sociología política con la relación que comienza a establecerse entre los primeros niveles de los gobiernos locales y algunos movimientos comunitarios que han emergido en los últimos años en Cuba. La necesidad de articulación de las políticas locales en la adecuada explotación de los recursos territoriales y el manejo ambiental correcto de los elementos que componen el entorno donde se enclavan las comunidades, repercute en el mejoramiento de la calidad de vida de la ciudadanía, por ser en las bases sociales donde más eficaz pueden resultar los cauces participativos en relación con la gestión gubernativa y ambiental.

Sin embargo, es necesario señalar que la participación en Cuba enfatiza las relaciones de las bases con las estructuras superiores del sistema político y no facilita un nivel de relaciones horizontales entre el rico tejido social que ha creado el proceso revolucionario durante las cuatro décadas de existencia.

### **EL MARCO LEGAL**

En Cuba se ha venido construyendo un cuerpo legal que posee una referencia permanente al medioambiente, en la constitución de la República se reconoce el derecho de los ciudadanos a vivir en un medio ambiente sano y el deber de estos a cuidar el patrimonio ambiental nacional, en

1992 se aprobó la Ley de Medio Ambiente, la cual establece como ley marco la subordinación y necesidad de que cada actividad de manejo de recursos naturales y medio ambiente cuente con una ley sectorial que regule la actividad, así se han venido aprobando sucesivamente las leyes de Minas, Bosques, Aguas, de turismo, etc., las cuales de cierta forma han comenzado a llenar el vacío legal existente previamente. Este cuerpo legal establece las normas jurídicas a las actividades económicas más depredadoras y sitúa a la Agencia de Medio Ambiente (AMA) como organismo especializado del CITMA que regula y controla dichas actividades. Dicho así se puede inferir que están estatuidos los mecanismos necesarios para el control y buen manejo de los problemas presentados por el desarrollo económico. Sin embargo, de lo que se trata en la actualidad es en hacer cumplir la legislación vigente y extender su conocimiento a todos los actores locales para garantizar su ejecución.

La Ley de Medio Ambiente de 1992 enfatiza la necesidad de la participación como un instrumento necesario en la aplicación y control de la legislación ambiental sectorial, para lo cual se considera que las Comisiones de Medio Ambiente de las Asambleas Municipales del Poder Popular, deben conocer y aprobar cada uno de los proyectos a ejecutar en el territorio; no obstante, este marcaje legal en lo local no enfatiza suficientemente aun la necesidad del establecimiento de programas y acciones de educación ambiental en la ciudadanía a nivel de base y se resiente la acción jurídica a partir de esta deficiencia, tampoco se cuenta en la legislación cubana con una Ley de Municipios que norme las capacidades y cualidades de estos para el desempeño de la protección de su patrimonio ambiental, que en fin de cuentas es el de la nación.

Existe una relación de lo local-barrial con lo local-municipal y lo regional-provincial, que en los casos estudiados existe una relación directa desde diversos ángulos entre la gestión y relación barrial con los municipios y las provincias y a la vez este tejido de relaciones se engarza con los diversos tipos de emisiones y demandas producidos por en las comunidades. Estas relaciones existen previas al surgimiento y desarrollo de los propios movimientos y se han potenciado con estos; en los tres casos estudiados se han construido periféricamente a las relaciones formales concebidas para toda la nación. Sin embargo, desde el punto de vista ambiental los movimientos comunitarios como todas las entidades sociales, económicas o de otra índole presentes en los territorios, son dependientes del con-

sumo energético externo; los flujos de energía llegan a ellos a través de diversos canales de infraestructura, algunos de los cuales resultan afectados por la crisis económica y otros por sus ineficiencias estructurales.

### LOS INPUTS, LOS OUTPUTS Y EL RECICLAJE

Entre los primeros se encuentra el fluido eléctrico y el consumo de diversos combustibles, que dadas las características del sistema energético nacional que cubre más del 90% del territorio nacional, se hace necesario realizar una programación de interrupciones del servicio público para garantizar el funcionamiento de los sectores fundamentales de la economía. En relación con otros portadores energéticos, los sistemas de refinamiento y distribución también son responsabilidad estatal dada las características empresariales necesarias para ello. Estas fuentes de energía (fundamentalmente derivadas de combustibles fósiles) están afectadas al igual que el petróleo por los precios actuales del mercado mundial, lo cual hace que su carencia impulse a la población en algunos lugares a presionar otras fuentes naturales de energía, como la leña.

Entre los segundos se encuentra el abasto alimentario que en la actualidad sufre un replanteamiento de sus estructuras y niveles de eficiencia, incorporando por un lado el mercado y por otro pretendiendo mantener algunos productos básicos a precios subsidiados por el estado y a la vez tratando de ampliar la oferta estatal de productos a precios competitivos con el mercado privado que se expande.

Todo ello diversifica los canales y posibilidades de obtención de la canasta básica que quizás en más de un 20% de la población con bajos ingresos se convierte en una virtual lucha por la subsistencia, lo cual introduce también en los espacios periféricos de las ciudades un sector del mercado que se mueve en términos informales y de mercado ilegal, incorporando otros ritmos a los flujos alimenticios y complicando los análisis de esta realidad.

Otro flujo presente en el espacio barrial es el concerniente a los materiales necesarios para la reproducción de la vida privada y familiar, comenzando por los materiales constructivos en la edificación de viviendas o en la reparación de aquellas en mal estado, hasta los tecnológicos que se incorporan con la utilización de equipos eléctricos y de otra índole, que por su parte aumentan el *input* de energía eléctrica en las comunidades.

En el primer caso resulta muy difícil lograr alternativas propias y territoriales para satisfacer las demandas de los territorios y sus pobladores, por sus características dependen y seguirán dependiendo en gran medida de las políticas redistributivas del estado central y de la política energética nacional. En el segundo caso, el del abasto alimentario, por la pluralidad de los sectores de mercado (estatal subsidiado, estatal liberalizado, privado en moneda nacional, estatal en divisas y mercado informal—en moneda nacional o divisas—) y sobre todo por las características de la cadena de abastos de alimentos, por ejemplo, en la Ciudad de la Habana, en algunos casos transportan productos altamente perecederos desde más de 400 km de distancia (Interián 1996, 203). Por otra parte, en relación con los tubérculos y raíces, en especial la papa, 11 provincias del país tributan a la Ciudad de La Habana y en cuanto a las frutas, algunas son transportadas en pequeñas cantidades desde territorios tan lejanos como Niquero, Yara y Santiago de Cuba, distantes más de 800 km (Interián 1996, 203).

Lo anterior habla fehacientemente de la necesidad de encontrar flujos de alimentos más cercanos y eficientes, en los cuales puedan reducirse al mínimo los eslabones creados en las cadenas de abastos<sup>4</sup>. En este sentido, aunque la provincia de La Habana continúa suministrando la mayor cantidad de abastos agropecuarios a la capital, al esquema de flujo de alimentos hacia esta ciudad tributan todas las provincias del país y el Municipio Especial Isla de la Juventud (Suárez 1996, 218) por lo que la decisión política de lograr el autoabastecimiento de las provincias en la mayor parte de los rubros de consumo agropecuario se complica con esta realidad.

Dadas las características de los espacios locales, resulta posible la apertura de espacios públicos donde la autogestión comunitaria<sup>5</sup> cree un mecanismo solidario vecinal en la comercialización alimentaria, algunas experiencias en los casos estudiados que se describen más adelante resultan de interés y apuntan a la concreción de alternativas de gestión a nivel comunitario de grandes potencialidades.

En Cuba la agricultura urbana posee diversas manifestaciones y tecnologías de producción, desde los hidropónicos y organopónicos (los más extendidos), hasta los huertos caseros, pasando por los huertos populares e intensivos. La diferencia entre ellos no solo estriba en sus niveles de productividad, sino también y sobre todo en como se articulan los pobladores con la actividad. En el caso de los organopónicos, estos son atendidos por trabajadores que tienen una relación directa con la producción alcanzada a través

de la venta del producto. En el caso de los huertos familiares y de otras formas de cultivo como los Clubes Hortícolas, las relaciones sociales que se establecen, resultan de interés para el desarrollo de diversas formas de economía local y para la consolidación de nexos solidarios entre los habitantes de los territorios donde se efectúa la actividad. Los volúmenes de producción reportados para 2003 en el sistema de agricultura urbana, rebasan los 34 kg por metro cuadrado.

Cuando en 1991 la crisis alimentaria hizo que se abriera una convocatoria nacional dirigida a utilizar espacios urbanos para el cultivo de huertos, comenzó en Santa Fe<sup>6</sup> un proceso de concertación entre un grupo de vecinos y promotores locales, que culmina con la creación del primer club de horticultores del poblado en 1991.

Aunque las experiencias locales basadas en las iniciativas del propio vecino para la satisfacción de sus necesidades alimentarias se han extendido a una buena parte del territorio nacional, no en todas se manifiestan de la misma forma sus articulaciones con la sociedad local, sus proyecciones ambientales hacia la comunidad y su extensión, intensidad y eficacia difieren de una experiencia a otra. El caso de Santa Fe ha sido en muchos sentidos paradigmático.

Este movimiento contó con diversos factores que lo potenciaron. En primer lugar, la necesidad de mejoramiento de la canasta básica y la existencia de la referida convocatoria estatal a nivel nacional para la creación de los huertos en los barrios, en segundo lugar, la presencia de un liderazgo local representado en la persona del Presidente del Consejo Popular y el surgimiento de un promotor en la persona del asesor del Ministerio de Agricultura. La presencia de activistas del movimiento de horticultores en 8 de las 10 circunscripciones que componen el Consejo Popular del poblado, y la constitución de 17 Clubes de Horticultores con una membresía de entre dos y cuatro miembros por cada club, le imprimió a la experiencia una base social que tendía a aumentar paulatinamente. No obstante, el hecho de su temprano surgimiento, de la inexperiencia de los líderes locales para negociar con las diversas y también inexpertas autoridades locales los diversos problemas y demandas surgidos de dicho movimiento, dio finalmente al traste con esta experiencia en Santa Fe. Más tarde, durante el resto de la década y fundamentalmente durante los años iniciales de la primera década de este siglo, el movimiento de parceleros y patios productivos fueron tomando cada vez mayor importancia en el contexto de la ciudad de

La Habana, los cuales contribuyen con sus producciones no solo a satisfacer las necesidades de consumo de hortalizas de algunos barrios de la ciudad, sino que dinamiza las economías locales con un mercado muy territorial que vende productos a mucho más bajo precio que el resto de los mercados dada la cercanía de la producción a los puntos de venta y el establecimiento en algunos casos de precios solidarios entre vecinos.

### **MATERIALES CONSTRUCTIVOS, LA VIVIENDA COMO PARTICIPACIÓN COMUNITARIA**

En cuanto a los flujos de materiales, sobre todo los de materiales de construcción, resulta obvio que también constituyen una dependencia de la relación de los movimientos con actores externos al barrio, no obstante una experiencia del Taller de Desarrollo Integral de Atarés ha dejado señalada la pauta desde donde se podría transitar hacia formas de autogestión en este sentido.

El surgimiento del microtaller de materiales de construcción con tecnologías apropiadas, de bajos insumos y poco input energético, constituyó una experiencia que pretendía solucionar algunos problemas de necesidad de materiales con el reciclaje de los áridos provenientes de los propios derrumbes y demoliciones ocurridos en el barrio y se habría podido satisfacer los requerimientos más perentorios de algunos materiales como bloques, tejas, tubos de albañales, etc. La frustración de este experimento debido a una percepción burocrática de la gestión constructiva, al impedirse la constitución del pequeño taller como una dependencia adjunta al proyecto de Atarés, frustró temporalmente esta solución. Quedó así en la memoria colectiva como una posibilidad que incomprensiblemente no se materializó en beneficio de la localidad.

### **UN PROYECTO EXITOSO**

Los actores del Proyecto Social Condado Sur lo definen como un proyecto gubernamental, multisectorial e intersectorial de desarrollo constructivo y social, Surgido en 1990 por decisión de la Asamblea Municipal del Poder Popular en Santa Clara con el claro y definido objetivo de cambiar el estilo y las condiciones de vida de un barrio insalubre y marginal en la capital de la provincia cubana de Villa Clara.

Como proyecto constructivo está incluido en los planes de desarrollo de la Dirección de Arquitectura y Urbanismo (DAU) y es hoy una obra prio-

rizada en el municipio y en la provincia; como proyecto social es centro de referencia provincial y nacional para trabajos relacionados con la recuperación barrial a través de la construcción de viviendas y de la transformación física del barrio. Ello se debe a que durante el tiempo en que se ha desarrollado el Proyecto Social Condado Sur ha existido una permanente preocupación de parte de los actores sociales y políticos del municipio y de la provincia, que han facilitado la actuación de los actores locales involucrados en el mismo, potenciando el desarrollo de los recursos humanos del barrio en esferas tan importantes como la cultura, el deporte, la salud, la educación, la prevención del delito y la educación ambiental.

En este momento el Proyecto se encuentra desarrollando actividades en las que debe incorporar un nivel superior de trabajo, dado que han ido madurando algunas de sus experiencias (de prevención social, de salud comunitaria, constructivas y culturales), junto a otras que pueden servir de utilidad para la comunidad en el mejoramiento de su calidad de vida como es el caso de la educación ambiental.

El Proyecto surge por la necesidad de dar solución a los problemas de viviendas y de crear la infraestructura urbana de una comunidad, que si bien está enmarcada en el perímetro urbano, carecía de servicios elementales de acueducto, alcantarillado y electrificación. Por otra parte el alto índice delictivo, el bajo índice ocupacional y las malas condiciones higiénico-sanitarias, hicieron posible que esta comunidad fuera seleccionada como centro de las acciones para la transformación físico-constructiva y de reanimación social.

Luego de 13 años de iniciadas las acciones, se aprecia un importante avance; se han construido, conservado y reparado 140 viviendas, se realizaron las instalaciones hidráulicas del acueducto en toda la comunidad y la red de alcantarillado en parte de ella, se electrificó todo el barrio y se hicieron las principales avenidas y aceras; además de ello, fueron construidas varias obras sociales como la escuela primaria, un consultorio para el médico de la familia, una oficina de la policía, un mercado agrícola y la importante casa comunal que todos conocen como “Centro Multipropósito”. En la esfera social el índice de desocupados ha bajado a un 2,5%. Se ha elevado el nivel cultural a través de los programas de educación de adultos y el fortalecimiento del proceso docente en la escuela primaria, por último los niveles de salud son especiales manteniendo en cero la mortalidad infantil y materna, una mortalidad general de 3,5% y la eliminación desde hace 5 años de los embarazos precoces (en menores de edad).

Si el proyecto de El Condado se ha caracterizado por los aspectos anteriormente señalados, uno de los principales beneficios obtenidos emana del profundo proceso participativo que ha engendrado, en el cual la población ha pasado de ser un ente pasivo a jugar un rol activo en la transformación de su espacio vital. Esta característica muchas veces excluidas en una visión tecnocrática y asistencialista, garantiza en gran medida el éxito del proyecto actual y permite diseñar un esquema de acción sobre la base de la participación comunitaria, que devenga en un proceso permanente de profundización de la identidad local y del mejoramiento de su calidad de vida.

Si bien los índices anteriores resultan importantes y los saldos iniciales fueron trascendentales, hoy las acciones de desarrollo constructivo y social se ven limitadas por la escasez de recursos materiales esenciales, por lo que el liderazgo del movimiento comunitario ha buscado diversas vías de financiamiento como los apoyos financieros de agencias como OXFAM-UK y otras agencias europeas que apoyan las acciones locales; debido a ello la dirección colectiva del Proyecto estimo luego de una consulta popular, proceder a diseñar la reanimación ecológica de los espacios urbanos que habían sido transformados por los primeros momentos de la transformación constructiva. Así ha surgido el diseño del huerto comunitario y del huerto de plantas medicinales asociados al consultorio del médico de la familia, la planificación colectiva de lo que deberá ser el pulmón verde del barrio, la recuperación de los espacios verdes asociados a las calles del barrio, como la “Avenida de los Mangos” o el espacio del parque sagrado de la ceiba, que acoge las ofrendas de los creyentes de la Regla de Osha (santería) junto a estas acciones el establecimiento de un programa de educación ambiental fuertemente enraizado en las percepciones y necesidades del barrio, es un paso de importancia desde el punto de vista socioecológico y de calidad de vida, ya que a través de él no solo se logrará la integración de la población local a la educación ambiental, sino que también se logrará la recuperación de áreas verdes donde existen especies endémicas y que fueron afectadas por el proceso de expansión urbana que se llevó a efecto durante años en el barrio.

La necesidad de desarrollar e incorporar estos espacios verdes funcionalmente a los intereses y necesidades de la comunidad y la decisión colectiva de cómo manejar estos espacios y qué función deberán tener en el desarrollo futuro de la vida barrial, constituye la parte prospectiva del presente proyecto.

El caso del Condado nos brinda un ejemplo de como el médico de la familia puede jugar un rol político organizativo dentro de su comunidad, su posición dentro de la estructura comunitaria, su posibilidad de influenciar a otros sectores, su propia dinámica de trabajo le han ido situando en el centro de la toma de decisiones y no cabe duda de que gran parte del despliegue de iniciativas y actividades relacionadas con la salud física y social de la comunidad, están directamente vinculadas a un esquema de mejoramiento ambiental. Su acción a través de la escuela sobre los niños, a través de los ancianos y de las mujeres del barrio, han hecho que muchos de los problemas existentes con anterioridad, como el índice de parasitismo y pediculosis, los hábitos de vestir en los niños y los adultos, la atención a la tercera edad de parte de los familiares, la reducción del alcoholismo, la disminución de la violencia infantil, etc., mejoren las condiciones de vida locales.

#### UN *INPUT* LARGAMENTE AUSENTE

El proyecto anteriormente descrito relaciona un *input* presente en todos los casos y que posee una importancia cardinal en los procesos participativos relacionados con los problemas ambientales: la educación ambiental.

Nadie duda que la formación de capital humano es hoy día uno de los recursos que con más y mejor cuidado se proyectan en los procesos de desarrollo; mediante su formación se garantiza la reposición futura de la fuerza de trabajo en otras escalas, sin embargo, si bien la educación formal en Cuba se encuentra muy bien estructurada a nivel nacional y sus expresiones territoriales resultan uno de los motivos de orgullo de los últimos treinta años de Revolución, existe una dimensión poco explorada de la educación y que cada vez más se relaciona con los proyectos de desarrollo (no solo locales sino también nacionales), esta dimensión se puede manifestar por vía formales como la escuela o por vías no formales como los espacios barriales o locales de debate y reflexión. Dentro de la misma los procesos culturales-educativos no formales se pueden encontrar la educación ambiental que es sin lugar a dudas uno de los déficit presentes en los espacios locales y por supuesto, a nivel nacional. En los últimos años, específicamente del 2000 a la fecha, diversos procesos y proyectos comunitarios impulsados por ONGs ambientalistas, han incorporado acciones de educación ambiental en sus proyectos de desarrollo local y muchos de ellos presentan concepciones que transitan hacia una visión ambiental más abarcadora y ecuménica.

Desde 1997 se estableció la Estrategia Nacional de Educación Ambiental<sup>7</sup>, que incluye el trabajo de apoyo y asesoramiento técnico a este tipo de acción comunitaria, sin embargo, este programa estatal ha resultado poco efectivo y está hoy en día en revisión, pues muy pocas entidades y proyectos en las comunidades lo han incorporado lo que indica la necesidad de revisar la efectividad de estos niveles y formas de cooperación estado-sociedad civil, con el fin de lograr una mayor sinergia entre ambos elementos.

Otro es el caso del manejo de los *outputs* emitidos por las comunidades, los cuales en la mayoría de los casos, carecen de soluciones estables por parte de las políticas públicas. En dos de los barrios estudiados, Atarés y El Condado, uno de los mayores problemas es el relacionado con la ingeniería sanitaria, el entubamiento de las aguas negras y el manejo de los desechos caseros presentan un reto de eficiencia a la gestión local, al menos en Atarés, resulta -como en muchas de las zonas más urbanizadas y de mayor densidad demográfica de la ciudad de La Habana, un problema hasta ahora insoluble a pesar de esfuerzos y financiamientos internacionales inducidos hacia este objetivo. Los vertimientos de las fosas sépticas a la calle es un hecho frecuente y el sistema de alcantarillado que data de finales del siglo pasado o principios de este resulta ya obsoleto para la carga sanitaria que recibe a causa entre otras cosas del deterioro constructivo y de la sobrepoblación del barrio.

El sistema de acueducto y alcantarillado resulta también deficiente en Atarés, como en muchas zonas de la ciudad y ello agrava la situación sanitaria del barrio, a lo que se une el pésimo estado constructivo de una gran parte del fondo construido en el territorio, en época de lluvia son frecuentes los derrumbes por lo que muchas familias viven en condiciones precarias y periódicamente deben ser albergadas en otros sitios para evitar accidentes o pérdidas de vida.

En El Condado se ha tomado la iniciativa de que no se construye vivienda alguna si no posee servicio de alcantarillado, drenaje y acueducto, lo cual a reducido mucho los problemas de esta índole. Esta experiencia brinda un ejemplo de como la acción colectiva puede confluir en las políticas públicas como un componente complementario a estas, pero muy importante por lo que aporta a la construcción de consenso entre los vecinos, al acordar colectivamente no acometer soluciones parciales a problemas integrales que luego desembocarían en situaciones ambientalmente peligrosas para la población y el barrio.



Las empresas estatales encargadas de la gestión constructiva difieren también en su nivel de eficiencia y acción, mientras que en El Condado estas, además de ejecutar las acciones comprometidas en el cronograma constructivo según lo acordado, son más proclives a incorporar la coordinación con los actores sociales del barrio (incluida la microbrigada social encargada de la construcción de viviendas) que en Atarés, donde en muchos casos desconocen la gestión de los grupos sociales presentes en el barrio y los requerimientos propios de la comunidad en ese sentido.

### EL OUTPUT DE LOS DESECHOS

Otro problema presente en las comunidades es el que deriva del manejo de los desechos sólidos y orgánicos en las comunidades estudiadas. En el caso de la agricultura urbana y de los huertos familiares y jardines productivos, la experiencia de Santa Fe señaló una de las vías de solución para el resto de las experiencias. Uno de los resultados inmediatos del Movimiento de Horticultores, fue el de percibir la utilización productiva e higienización de los espacios urbanos no construidos, en los que se encontraban acumulados grandes cantidades de desechos sólidos y su incorporación a la utilidad familiar y social en la producción alimentaria.

Por otra parte, la utilización de los desechos orgánicos caseros en la fabricación del *compost* para fertilizante y para la construcción de sustrato de los huertos o su utilización como base para la lombricultura, ha brindado un ejemplo de manejo a pequeña escala de estos problemas al reducir gran parte del volumen de desechos generados por las casas.

Sin embargo, en El Condado y sobre todo en Atarés, esto aún es uno de los mayores problemas de contaminación. En el primer caso se ha solucionado con un rudimentario pero eficaz sistema de trasiego de desechos, recogidos en carretones tirados por animales, pero que garantizan la limpieza permanente del barrio.

En el segundo caso los desechos de todo tipo se acumulan en las calles creando fuertes focos contaminantes por su insalubridad a lo que se agregan los vertimientos de escombros provocados por los derrumbes parciales que con frecuencia afectan al barrio. Este problema hasta ahora insoluble por parte de la Empresa de Servicios Comunes del Municipio, requiere de una acción múltiple de parte del gobierno y de la vecindad, falta sin lugar a dudas la educación ambiental integral necesaria, que haga percibir al ciudadano los problemas de salud no solo relacionados con las enfermedades, sino con las

acciones preventivas y con la limpieza, y falta también el permanente trabajo de profilaxis de todos los actores sociales y políticos del barrio, conjuntamente con los actores extraterritoriales responsabilizados con esa gestión.

La búsqueda de soluciones alternativas, en el caso de Atarés podría brindar momentáneos resultados, pero en su caso la persistencia del sistema sanitario será la estructura que garantice una buena gestión.

En este sentido una alternativa viable como es el reciclaje de materiales que permitiría reducir en un gran por ciento los volúmenes de desechos emitidos, espera por proposiciones concretas y realizables y sobre todo de la permanente participación y control de la comunidad.

Otro flujo de *output* presente en estos espacios locales y que adquiere una importancia relevante, es el de la fuerza de trabajo. Si la familia es el lugar donde se renueva la fuerza de trabajo, el barrio es uno de los primeros escalones donde la misma se socializa y es sobre todo en las actuales circunstancias nacionales, el espacio fundamental donde se efectúan las principales transacciones comerciales, sociales y políticas que garantizan su reproducción. También es el lugar privilegiado donde se dan los procesos de deterioro de la fuerza laboral, donde se expresa el índice de desempleo con su negativa carga de desarticulación social y erosión cultural y familiar, es el espacio donde muchos ciudadanos buscan construir sus redes de sobrevivencia en casos críticos; o sea, las relaciones de producción y la expansión o retracción de los mercados laborales, transfieren al barrio sus externalidades sociales y ambientales.

Otro de los flujos presentes en los barrios, pero que en este caso funcionan eficientemente debido a la política pública nacional y constituyen al menos en dos de ellos un elemento movilizador y participativo a considerar, es el servicio de salud. Los programas nacionales de salud han hecho de la profilaxis y la salud comunitaria uno de sus baluartes, a través de ellos se administra e influye en un segmento muy importante del medioambiente local como es la salud ciudadana y el mejoramiento de la calidad de vida. De hecho la implantación del Programa Nacional del Médico de la Familia<sup>8</sup>, ha funcionado en dos de los casos estudiados como un elemento aglutinador y de influencia en torno al proyecto comunitario.

En el caso del Condado, el médico de la familia ha desplegado un trabajo de concientización entre la población sobre la integralidad del proyecto, la utilidad de nuevos y mejores hábitos de vida que incluyen desde la alimentación hasta el cultivo en los huertos y la participación cul-

tural de los vecinos en cada una de las fases y acciones del proyecto, de hecho el médico se convirtió desde su llegada al barrio en el principal promotor del proyecto, aglutinando a los diversos líderes barriales en torno a un objetivo común estratégico.

### UNA EXPERIENCIA EN SANTIAGO DE CUBA

En Cuba se han desarrollado diversas reflexiones sobre el proceso de descentralización político-administrativa del gobierno como proceso de democratización. Tanto desde las instancias centrales de gobierno, como desde los diferentes territorios, las mismas han coincidido en la necesidad de generar más autonomía de decisión y de acción para los agentes sociales locales.

En este sentido, los denominados procesos de desarrollo local comunitario presentan características muy particulares y propicias al fomento de la participación social en cuanto a los manejos y gestión ambiental local, en especial en aquellos contextos urbanos conceptualizados como “barrios insalubres”.

Respecto a los problemas que ha originado el modelo centralizado de planeamiento urbano en Cuba el desarrollo local comunitario puede estar funcionando como una forma de búsqueda no solo de participación, sino de corresponsabilización de los actores sociales y políticos en el proceso de gestión de desarrollo sostenible, en el cual, el conocimiento integral de las problemáticas urbanas por parte de los técnicos, los políticos y la población; y la adecuación de las políticas o programas desarrollados hacia los territorios demandan visiones más integrales en lo social y ambiental de cada lugar desde el punto de vista material y cultural.

Uno de los factores de cambio que ha provocado el desenvolvimiento de los últimos años en este sentido ha sido sin dudas la transformación urbana y los procesos de expansión de las fronteras humanas dentro del territorio nacional<sup>9</sup>.

La ciudad de Santiago de Cuba fue un caso que a comienzos de los ‘90 resultó objeto de estudio en varias experiencias de trabajos con comunidades urbanas<sup>10</sup>, este diagnóstico sirvió para demostrar la complejidad de la situación y la necesidad de analizar a nivel teórico y práctico las implicaciones de cada uno de ellos.

En este sentido general se estableció como primera unidad de análisis a la propia ciudad, entendida como un ecosistema construido en el que se

distinguen diversos ecosistemas que actúan en una escala menor como serían los barrios de la ciudad y en este caso es sintomático que no se considerara la división político administrativa en Consejos Populares, dado que la perspectiva ecosistémica permitía entender las relaciones y flujos entre las partes, así como su autonomía e interdependencia.

El estudio dio por resultado el conocimiento de algunas problemáticas y la formulación de algunas recomendaciones que resultan de interés destacar aquí. La ciudad había crecido fundamentalmente en viviendas de carácter unifamiliar, construidas por esfuerzo propio y las cuales poseían una baja calidad constructiva; habían proliferado los llamados barrios insalubres, carentes de planificación y fuera de la legalidad establecida, lo cual creaba una situación de conflicto potencial con los habitantes para los gobiernos provincial y municipal; se puso de manifiesto la existencia de las contradicciones existentes en los grandes distritos residenciales, anónimos e inconexos como el José Martí y el Abel Santamaría y la existencia de un centro histórico dividido y subdividido en cuarterías y albergues con alto nivel de hacinamiento y deterioro y con bajas condiciones de habitabilidad.

El estudio presentaba la necesidad de crear una idea de ciudad en los decisores políticos y en la población, a la vez que se crearan criterios urbanístico-arquitectónicos que dieran respuesta a los problemas detectados y a los económicos y sociales que la sustentaban; controlar los procesos de gestión de los proyectos y de ejecución de los mismos para lograr mayor racionalidad y eficacia. Ampliar la participación popular en los procesos urbanos y desarrollar potencialidades de manejo y gestión ambiental urbana local.

Especial importancia se concedía a la visión local que complemente la nacional y la provincial como opción para afrontar estos problemas, en el marco general de un proceso de descentralización. Ello llevaba a considerar la escala de trabajo de los proyectos de renovación o crecimiento de la ciudad a nivel de comunidad barrial. Entre los factores en los que se apoyaba la propuesta cabe destacar:

- las limitaciones de los técnicos para comprender y dar respuesta a las necesidades de la población
- la capacidad creativa y resolutoria de las comunidades urbanas
- el objetivo político de fomentar un sentimiento de pertenencia en los diferentes barrios de la ciudad que con la depresión de sus

condiciones materiales había provocado un estado de anomia o falta de identificación respecto al hábitat de la ciudad

En este contexto se adjudicaba un rol preponderante a los ecosistemas construidos como parte de la identidad barrial para lograr una eficacia en la proyección de las futuras políticas.

A pesar de este estudio y de su diseminación entre los hacedores de políticas en la ciudad, lamentablemente no se tomaron las medidas propuestas para dinamizar la participación popular en dichas experiencias, expresándose de esta forma un déficit la proyección de las políticas públicas y su incidencia en los actores locales y viceversa.

### **LAS COSTAS Y LA GESTIÓN AMBIENTAL COMUNITARIA**

Es sabido que el archipiélago cubano está integrado por numerosas islas y cayos, que se extiende por un área de 110.860 km<sup>2</sup> posee costas cuya longitud en las dos islas mayores (Cuba y la Isla de la Juventud) abarca 3.209 y 229 Km por el norte y, 2.537 y 98 Km por el sur respectivamente (CEE 1988, 9). Es decir, sólo en las dos mayores islas hay 6.073 Km lineales de costas. Con el proyectado desarrollo turístico del país en los últimos años se han agravado los problemas en las costas debido a la presión ambiental que significan los miles de turistas y las decenas de hoteles y resorts que se han construido y se siguen construyendo; este boom constructivo y de infraestructura exige una atención priorizada de parte de las agencias especializadas en los temas ambientales y de parte también del gobierno central y de los gobiernos provinciales, sin embargo, algunos indicadores señalan el escaso rol jugado por los gobiernos locales en las decisiones tomadas sobre esta proyección de desarrollo.

Por ello la necesidad de asumir el manejo integrado de zonas costeras (MIZC) en Cuba plantea importantes retos ante las comunidades y, en especial establecer sus mecanismos políticos, cuyo eje ejecutor principal debería ser el Poder Popular en el nivel local.

La provincia Santiago de Cuba esta localizada en la zona oriental sur de la isla; expande sus costas desde la longitud 77 03' 06" (en las proximidades con la confluencia del río Macío—Arroyo Rosario, por el oeste), hasta la longitud 72 22' 17" (en la playa Borracho, por el este). La superficie total de la provincia es 6.169,8 km<sup>2</sup> (CEE 1989, 23), dividida en 9 municipios administrativos, de los cuales dos tienen salida a la

costa sur: Guamá y Santiago de Cuba, éste último el municipio cabecera.

Este municipio abarca el mayor territorio (1.023,8 km), así como la mayor población residente (469.041 habitantes) y la mayor densidad poblacional (458,1 habitantes/km) (CEE 1990, 13). Si bien sus costas son menos extensas que las del vecino municipio Guamá, la actividad intrusiva del hombre ha sido mayor y, las consecuencias desfavorables para el medio ambiente también resultan las mayores.

El manejo integrado presupone una forma de uso y explotación; pero, ante todo, significa actividad integrada de los sujetos, actividad consciente, con capacidad de dirección, planificación estratégica, de previsión, de organización. El manejo integrado de la zona costera de Santiago de Cuba presupone, en consecuencia, la coordinación entre los actores que proyectan actividades en la interfase tierra-mar que constituye la costa. Ello trae a primer plano los problemas del gobierno que encara el gobierno local en la planificación del desarrollo de la franja costera a partir de la participación activa de la comunidad. El análisis de los componentes del gobierno, sus potencialidades para gestionar y coordinar las políticas de desarrollo en esa zona.

El análisis de la implementación de la concepción del Manejo Integrado de Zonas Costeras en el municipio de Santiago de Cuba establece la necesidad de considerar que en el mismo existen particularidades como la alta concentración industrial, con tecnologías que no garantizan el amortiguamiento de impacto ambiental en sus procesos productivos, los cuales agreden intensamente la bahía y toda la zona del litoral.

### ***La existencia de una alta concentración de población***

La densidad de población es (458.1 habitantes/km<sup>2</sup>) al cierre de 1999. El acceso masivo de la población a la actividad marítimo costera es libre. A lo que se añade que todo el municipio se considera zona costera. En profundidad el municipio no alcanza más allá de los 20 kilómetros, de él parten importantes nudos viales que vinculan todo el territorio a la actividad costera, desde el punto de vista productivo y de los servicios. En el territorio se generan importantes volúmenes de desechos sólidos y albañales, ya en 1988 ascendían a 726,7 y 53.171,4 miles de metros cúbicos respectivamente (CEE 1989, 367-8). Posee además una elevada explotación de los recursos del mar, tanto por la actividad estatal, como por las actividades

deportivas y recreativas, y como colofón presenta una alta concentración de la actividad turística nacional e internacional, con un crecimiento de la capacidad instalada a través de la infraestructura hotelera, el campismo costero y la continuada proyección de inversiones en esta dirección con la intención de potenciar el polo turístico santiaguero.

Entre los retos más significativos que se plantean ante los órganos locales del Poder Popular, en relación con el Manejo Integrado de Zonas Costeras en Santiago de Cuba están los siguientes:

- La superación de la dicotomía entre lo sectorial (ramal) y lo territorial en el gobierno.
- La creación de las estructuras que atiendan el control y fiscalización de los problemas que afectan la preservación sostenible de las costas.
- La necesaria comprensión y participación de los actores humanos involucrados en los procesos costeros.
- La implementación de adecuados programas de educación ambiental para todos los involucrados, tanto los decisores, como los implementadores y la ciudadanía en general.

El reconocimiento de estas necesidades y retos, implica no solo el trabajo de fiscalización y control que debe ejercer la Comisión Permanente de Trabajo de Medio Ambiente sobre los organismos de la administración central del estado (OACE), en la cual se encuentran las representaciones de los delegados electos, sino también la participación directa a través del involucramiento de los Consejos Populares y las circunscripciones, en las rendiciones de cuenta de los delegados a sus electores y del activismo ambiental de la población a través de sus diversos niveles de organización en la base, lo cual pueden constituirse en mecanismos efectivos para fiscalizar desde la población, a la vez que se movilizan los recursos humanos necesarios para atender o solucionar los problemas existentes.

La implementación del MIZC en Santiago de Cuba será sin dudas una tarea ardua dadas las condiciones históricas de alto impacto ambiental de las actividades desarrolladas en la misma, sin embargo de ella depende como experiencia la posibilidad real de su aplicación en otras zonas de alta sensibilidad como los diversos puertos cubanos (Matanzas, Cienfuegos, Nipe, Guantánamo, etc.), además de las zonas de desarrollo

turístico que se están ejecutando aceleradamente en el contexto cubano. Ello implicaría la participación comunitaria desde diversas formas y a través de los gobiernos locales en el control de la aplicación de las políticas de desarrollo diseñadas por las agencias centralizadas del estado.

#### **EL MANEJO AMBIENTAL EN RELACIÓN CON LOS PROYECTOS COMUNITARIOS**

El manejo ambiental local resulta aún el reto por excelencia de estos movimientos comunitarios, en él se expresan e inciden una serie de factores culturales, económicos, políticos y sociales que hacen de este uno de los aspectos más conflictivos de los proyectos comunitarios.

Primeramente la economía local resulta aún precaria y el manejo ambiental está todavía incorporando tanteos y experiencias en su búsqueda de una acción más armónica con el medio.

La incorporación en la modalidad de agricultura urbana de los huertos caseros y en especial de técnicas y prácticas de agricultura orgánica como los biofertilizantes, los biopesticidas, la rotación e intercalamiento de cosechas, la siembra de leguminosas para el enriquecimiento del suelo con nitrógeno, la utilización de abono orgánico y el mejoramiento e intercambio de semillas en la mayoría de los casos observados, hacen de esta experiencia un peculiar experimento del cual pueden aprovecharse muchos de los espacios que se van abriendo a partir de él.

En El Condado la experimentación con la construcción de viviendas de bajo consumo de materiales podría presentar propuestas novedosas a otras localidades y su ampliación a actividades de recuperación ambiental del barrio y mejoría de la calidad de vida en el mismo a partir de concepciones de planeamiento participativo y de la acción comunitaria en torno al proyecto, resulta una experiencia digna de observar en el futuro, dado que no está exenta de tensiones.

En Atarés el manejo del factor cultural a través de las manifestaciones socioreligiosas, la creación de un taller de artesanía derivado del taller de autoestima femenino, la reactivación del microtaller de elaboración de componentes constructivos con técnicas de bajo consumo, son experiencias que comienzan o que están en la agenda de los promotores y la población y que podrían derivar fructíferos resultados en términos económicos y ambientales. Sin lugar a dudas cada una de estas acciones abriría nuevos espacios de relacionamiento y conflictividad entre los

actores presentes en el barrio o entre estos y los extrabarriales, pero resultarán sin dudas experiencias motivadoras para dichos movimientos.

### UNA APROXIMACIÓN A CARACTERÍSTICAS AMBIENTALES COMUNES EN LAS LOCALIDADES

Si generalizamos algunos rasgos comunes de los procesos participativos expuestos en lo concerniente a su medioambiente, tendríamos que en ellos:

- Se expresa una gran fragilidad de las estructuras microeconómicas propias del territorio o la inexistencia de las mismas, la gran mayoría de las entidades económicas enclavadas en los barrios son externas a ellos, o lo que es lo mismo su accionar y su lógica de existencia no presentan vínculos directos con el territorio donde radican, lo cual repercute en el escaso reconocimiento de la población de estos actores hacia lo interno de la comunidad, en la mayoría de los casos la percepción popular es que representan entidades que no tienen que ver con la vida los territorios. En este sentido solo dos actividades rompen este marco: la actividad de salud a través de los servicios locales y el Médico de la Familia en El Condado y Atarés y la microbrigada social de construcción en el caso del Condado.

- El barrio como entidad socioambiental consume recursos económicos y energéticos externos a él y presiona o consume de alguna forma los recursos naturales *sobre* los que se ha erigido; o sea, la transformación urbana del suelo rompe la lógica natural existente anteriormente y su propias reglas de interacción, creando una nueva dinámica en lo que lo artificial—construido va preponderando sobre lo natural—ecosistémico, los tres casos en este sentido presentan una visión escalonada del problema, Santa Fe posee aún una relación semirural con su entorno, sus ritmos de relación con su espacio natural terrestre o marino, como la percepción de estos espacios naturales en actividades de solazamiento de la comunidad determinan una actitud de la población más cuidadosa con su entorno, donde el sentido de pertenencia juega un rol tangible a nivel sicosocial.

El Condado, aunque se ha planteado llevar a cabo un proceso de transformación integral de sus condiciones físico-ambientales y sociales, mantiene una relación con su medio en la que se percibe aún valores rurales en los diversos niveles de relación de su población con el espacio que habita, como el cultivo de plantas en los patios interiores, el afán vecinal por lograr pequeños jardines en los espacios de sus viviendas, en la utilización de la medicina verde (común también en Santa Fe), etc.; en este

sentido la valorización económica y sociocultural del espacio barrial y natural se está construyendo como parte de un nuevo paradigma de los ciudadanos. Ya existe un proyecto de rescate de áreas verdes en torno al barrio que pretende integrar el cauce del arroyo Bélico con algunos de los patios traseros de viviendas en un proyecto ecológico y cultural de reactivación e integración de la naturaleza al barrio.

En Atarés sin embargo, resulta difícil, debido a su estructura urbana y a las características de su población, encontrar alguna familia que posea un referente de este tipo, incluso la construcción de espacios públicos (formales o informales) están muy relacionados con la calle como espacio abierto urbano y más recientemente con la Casa Comunitaria a través las actividades culturales juveniles que en ella se efectúan. La cultura ciudadana en este sentido ha hecho prevalecer la visión urbana del espacio construido sobre la conveniencia de los espacios verdes. Por otra parte, la urgencia de solución a los problemas de vivienda, hacen que entre las prioridades ciudadanas del barrio se perciba como fundamental lograr consolidar un espacio familiar de vivienda y cualquier otro proyecto en el mejor de los casos no es atendido por la comunidad.

- Las relaciones culturales que se establecen devienen en muchos casos en un movimiento pendular de concertación—inclusión en un extremo o de expulsión—exclusión en el otro. Elementos tales como las manifestaciones culturales afrocubanas y su fuerte sustrato religioso se manifiestan simbólicamente de manera diversa en los tres casos.

En Santa Fe dichas manifestaciones se encubren socialmente, sus practicantes aunque expresan su creencia públicamente, prefieren relacionarse con sus deidades en espacios abiertos externos a la localidad.

En El Condado estas manifestaciones son mucho más públicas, expresándose en espacios como los cruces de calles donde existen árboles considerados sagrados en las religiones afrocubanas (ceibas), en parques e incluso en el reconocimiento como líder del barrio de la santera del lugar, persona con un elevado prestigio social en la comunidad. La existencia de un excelente grupo artístico aficionado en el barrio, que ha incorporado la tradición afrocubana a su repertorio, es orgullo de todos en el lugar y de sus líderes.

En Atarés el componente religioso afrocubano es muy fuerte, la existencia de varios sacerdotes de la “Regla de Osha” o Santería y la extendida religiosidad de sus habitantes, hacen de las manifestaciones culturales y religiosas en el territorio algo muy relacionado con la vida cotidiana del

barrio, sus habitantes expresan libremente su religiosidad en los espacios públicos y hacen gala y ostentación de ella, llegando a percibirse todo un sistema de jerarquías sociales en torno a este hecho.

Sin embargo, culturalmente todas estas manifestaciones que originalmente tuvieron su origen en los espacios rurales con un fuerte sentido de relacionamiento con el entorno natural, se han transformado en Atarés (al igual que en otros lugares de alta densidad urbana del país) en prácticas religiosas donde los espacios abiertos han sido reducidos en el mejor de los casos a los patios interiores de la ciudadelas o las casas familiares, en este sentido El símbolo de la ceiba como árbol sagrado resulta gráfico: en Santa Fe es difícil encontrarlas dentro del espacio urbano construido, en El Condado son frecuentes en patios y esquinas, en Atarés una ceiba alta y delgada, busca los rayos del sol empinándose desde la tierra contenida en un bidón, en el estrecho patio de uno de los santeros del barrio.

- El espacio barrial sufre los procesos de deterioro ambiental generalizado a otras comunidades y en especial el deterioro del capital humano que se origina en los procesos productivos externos al barrio con la explotación de la fuerza de trabajo o lo que es lo mismo, como se apuntó anteriormente, cada vez con más frecuencia las relaciones de producción y los movimientos de los mercados laborales, transfieren al barrio sus externalidades sociales y ambientales, influyendo en la cultura, la familia y por supuesto el individuo. En el barrio suelen expresarse de diversas formas los debilitamientos y transformaciones de las capacidades productivas derivadas de los procesos de ajuste y modelos de explotación económica aplicados a la sociedad global-nacional.

- La segmentación o sectorialización de lo que debe ser percibido como medioambiente local, obstaculiza una acción colectiva y conjunta de todos los actores presentes en el espacio local, o sea, la visión parcializada de los problemas derivados de los servicios comunales, la salud, la educación ambiental, etc. impiden poseer una visión general y trans sectorial del medioambiente comunitario tal y como se expresa en cada localidad.

- El déficit fundamental encontrado en el estudio sin lugar a dudas corresponde con el déficit nacional referido a la educación ambiental. Ello se refiere a los diversos niveles y actores presentes en los territorios y a la población en su conjunto. Resulta difícil encontrar personas en los barrios e incluso dentro de la dirección de sus movimientos<sup>11</sup> que posean

una visión clara de la importancia de la educación ambiental, no obstante en el momento de la recogida de información parece existir un consenso dentro de los movimientos comunitarios de que ésta es una de las acciones más complejas que deben acometer, pero ineludible, para el éxito de los propios movimientos.

## REFERENCIAS

- Calderón, Julio. 1991. "Reflexiones sobre los modelos de autogestión urbana popular en el Perú: el caso de Villa El Salvador". Citado por Martha Schteingart en "Autogestión urbana y derechos ciudadanos", *Nueva Sociedad* (Caracas), no. 114 (julio-agosto).
- Interian, Sara y Ileana F. Pérez. 1996. "Organización del abasto alimentario urbano regional a La Habana". En *Transporte y abasto alimentario en las ciudades latinoamericanas*, ed. Luis Chías y Martha Pavón. México DF: Ed. Instituto de Geografía, UNAM.
- Suárez, María W. 1996. "El reto alimenticio de la Ciudad de La Habana". En *Transporte y abasto alimentario en las ciudades latinoamericanas*, ed. Luis Chías y Martha Pavón. México DF: Ed. Instituto de Geografía, UNAM.
- \_\_\_\_\_. 1990. "Problemas geográficos del desarrollo regional en Cuba". Manuscrito no publicado.



**NOTAS**

1. Se utiliza aquí el concepto de “sostenibilidad” debido a que es el utilizado por la política oficial cubana en su proyección política y jurídica.
2. La actual división político administrativa cubana, divide al país en municipios y provincias, sin embargo, los primeros han sido subdivididos a los efectos funcionales en Consejos Populares, que resulta una escala que en muchos casos contempla elementos culturales como las delimitaciones de los antiguos “barrios”, con lo cual se fortalece el sentido de pertenencia de los habitantes y se facilita la gestión de gobierno por crear dimensiones mucho más “manejables”, para la gestión de políticas públicas en el territorio.
3. Desde los primeros años de la década del ‘90 se creó en Cuba un nuevo nivel dentro de la estructura de los gobiernos locales, ubicado entre el nivel de base o circunscripción y el gobierno municipal. De hecho este escalón de gobierno ha dotado al sistema político cubano de un instrumento de gran utilidad en la relación gobierno sociedad civil, al potenciar en muchos sentidos la participación ciudadana de forma más activa.
4. En un estudio realizado en 1990 se detectaron seis tipos diferentes de cadenas de abastos estatales (Suárez 1990).
5. El concepto de autogestión se utiliza aquí en un sentido muy similar al descrito por (Calderón 1991, 136).
6. Santa Fe es un antiguo poblado ubicado al noroeste de la ciudad de La Habana desde el siglo XVIII, debido al crecimiento urbano de la capital en el siglo XX, quedó integrado a esta desde finales de la década del cuarenta. Santa Fe es un antiguo poblado ubicado al noroeste de la ciudad de La Habana desde el siglo XVIII, debido al crecimiento urbano de la capital en el siglo XX, quedó integrado a esta desde finales de la década del cuarenta.
7. La Estrategia Nacional de Educación Ambiental es un ambicioso programa que contempla un trabajo sistemático con diversos sectores sociales, desde los niños, hasta la tercera edad, desde los trabajadores manuales hasta los científicos y desde el ciudadano común, hasta el funcionario de diversos niveles. Este proyecto fue elaborado por diversos organismos especializados del Ministerio de Ciencia Tecnología y Medio Ambiente, los cuales realizaron una consulta nacional para recoger criterios sobre el proyecto entre instituciones estatales y de la sociedad civil. La agencia encargada del Programa es el Centro de Información, Gestión y Educación Ambiental (CIGEA) del Ministerio de Ciencia Tecnología y Medio Ambiente.
8. El Programa del Médico de la Familia es uno de las acciones de políticas de salud más interesantes en el ámbito cubano, sucintamente consiste en la incorporación

cada un número determinado de familias (entre 120 y 200 en los casos de menor densidad poblacional) de un consultorio médico atendido por un médico y una enfermera, además de cubrir las necesidades primarias del servicio de salud y funcionar como el primer escalón de este en relación con la salud familiar y comunitaria, en muchos casos se ha convertido en un promotor social de las comunidades y en figura política de estas.

9. Me refiero aquí a los procesos constructivos realizados en la última década que incluyen las transformaciones urbanas de “barrios insalubres”, el surgimiento de otros espacios de este tipo debido a la migración interna, así como la construcción de infraestructura hotelera en zonas priorizadas sobre todo en las costas para la explotación turística.
10. En dicho estudio colaboraron miembros del Departamento de Sociología de la Universidad de Oriente, el Grupo para el Desarrollo Integral de la Ciudad y técnicos de Planificación Física de la ciudad (Van Van y San Pedrito).
11. Por ejemplo, en Atarés los más sensibilizados por estos aspectos es el equipo del Taller de Transformación Integral y en especial su directora, en El Condado el médico de la familia posee un peculiar y agudo sentido del problema, así como otro de sus líderes, el activista cultural del barrio; en Santa Fe es más difundida la conciencia ambiental dado el tipo de actividad que realizan y gracias a la labor del promotor del movimiento, el ingeniero agrónomo encargado del Consultorio Agrícola Veterinario.

## La transformación de la diáspora y la transformación de Cuba

SUSAN ECKSTEIN

La diáspora forma parte de una comprensión plena de Cuba, sobre todo en la era post-soviética. Esto significa que se debe entender la diáspora misma, los cambios en su composición y en su forma de ver su país de origen y de relacionarse con él. Ese es justamente el objetivo de este capítulo. Trataré de mostrar que el arquetipo del emigrante cubano cambió radicalmente en los años noventa, si bien este cambio empezó a perfilarse desde los ochenta. Las vivencias pre- y post-migratorias de los emigrantes recientes, sus valores, sus vínculos transfronterizos—tanto los reales como los deseados—son muy diferentes a los de los primeros emigrantes. Veremos que aunque los emigrantes recientes son económica y políticamente más débiles, han aportado más al proceso de cambio en Cuba que los emigrantes del primer grupo. Se trata de un resultado inadvertido y paradójico, dado que los primeros emigrantes, que durante cuatro décadas han tratado sin éxito de socavar la revolución, poseen recursos económicos y políticos muy superiores.

### ANTECEDENTES PRE-MIGRATORIOS DE LAS COHORTES DE EMIGRADOS CUBANOS.

Los cubanos llegados a los Estados Unidos—país donde reside alrededor del 89 por ciento de los emigrados de la isla (Aguilar Trujillo 2001)—difieren en cuanto a los recursos que trajeron consigo, sus vivencias pre-migratorias, su visión del mundo y sus valores fundamentales. La diferencia la marca el momento de su partida: antes de la revolución castrista de 1959, poco después de la revolución, o décadas más tarde, en cuyo caso han tenido una vivencia directa de la revolución. Como el número de cubanos que emigró antes de la revolución es muy pequeño, no me detendré en ellos.

Para el año 2000, más de un millón de habitantes de los Estados Unidos se identificaban a sí mismos como cubano-americanos (Díaz-Briquets y Pérez-López 2003, i). Casi la mitad de ellos nació en los Estados Unidos (ver Cuadro 1), mayormente de padres que emigraron poco después de la revolución. Entre los cubanos que emigraron después de 1959, casi la mitad lo hizo antes de 1980 y la otra mitad después. Dado que los emigrados que llegaron durante los primeros cinco años del régimen castrista vivieron casi toda su vida en la Cuba pre-revolucionaria y muy poco tiempo en la nueva Cuba, y dado que este grupo llegó a ser dominante dentro de la comunidad de emigrados, mi análisis de la cohorte pre-1980 se centrará en ellos. De igual manera, mi análisis del grupo post-1980 se centrará mayormente en los cubanos que emigraron después de 1990, en la época post-soviética<sup>1</sup>.

El análisis que presento se basa mayormente en los datos del censo del 2000<sup>2</sup> y en datos de encuesta publicados sobre los cubano-americanos de Miami. También utilizo entrevistas que realicé en Miami y en Cuba en el 2000 y el 2003<sup>3</sup>, además de hacer uso selectivo de fuentes secundarias.

La primera cohorte de emigrantes tenía una vida privilegiada, sobre todo los que pertenecían a las clases media y alta antes de la revolución. Por eso la llamo “la cohorte privilegiada”, aunque, como veremos, algunos eran mucho más privilegiados que otros. Su extracción de clase presenta un agudo contraste con la mayoría de los que salieron en los ochenta y los noventa, a los que denomino “la cohorte proletarizada”. Para la década del noventa, la subsistencia en Cuba se había vuelto tan

difícil, hasta para la clase trabajadora en cuyo nombre se hizo la revolución, que también ellos buscaron refugio en el extranjero. Los isleños ya no podían sobrevivir con sus salarios oficiales porque el valor del peso había caído estrepitosamente durante la contracción económica de 1989–1993. En ese período la economía se redujo en más del 30 por ciento, luego del cese abrupto de la asistencia y el comercio con el bloque soviético en los que el país

**Cuadro 1. Cohortes de emigrantes cubanos en el 2000**

AÑO DE LLEGADA	PORCENTAJE
Antes de 1959	3
1959–1964	9
1965–1979	17
1980s	11
1990–2000	15
Nacido en EE.UU.	46

Fuente: Ruggles y Sobek, (2003)

había dependido durante tres décadas. La gente empezó a preocuparse más por la sobrevivencia que por el cumplimiento de los principios revolucionarios (Eckstein 1994, 2003).

### *La cohorte privilegiada*

La primera cohorte incluyó a muchos profesionales y gerentes, en una proporción que triplicaba su porcentaje en la estructura social pre-revolucionaria (ver el Cuadro 2). Los cubanos acomodados fueron abandonando la isla a medida que la revolución los despojó de sus propiedades y demás recursos.

Pero este primer grupo le dio una interpretación política a su salida. Eran profundamente anticastristas y anticomunistas, y se veían a sí mismos como exiliados de un país (y un estilo de vida) por el que sentían un gran amor. Sin embargo, sólo una pequeña proporción de esta primera ola emigró por razones políticas—es decir, porque su vida corriera peligro. Los verdaderos refugiados políticos eran los aliados del régimen de Batista—que fueron desacreditados por la revolución—y los militantes anticastristas.

Los emigrados de 1959–1964 eran típicamente conservadores, católicos devotos y, muchos de ellos, elitistas y racistas. Habían supuesto y seguían con la esperanza de que su estadía en los Estados Unidos sería breve, tan sólo hasta que Castro fuera depuesto y el país retornara al status quo anterior. Vivían inmersos en el recuerdo idealizado de su vida anterior en Cuba, del que no querían desprenderse. Tenían muy poco conocimiento directo de la revolución y a la mayoría no le interesaba tenerlo. Su concepción de la Cuba castrista era mayormente producto de su propia imaginación y marcadamente negativa. Su oposición al régimen castrista y su interés de socavarlo los llevó a abogar por un embargo nacional—y por un embargo personal—contra Cuba. Estaban convencidos de que este embargo, que defendían por razones morales, desestabilizaría el régimen y lo haría colapsar. Mientras tanto, para cumplir esta misión, apelaron a su fuerza política en los Estados Unidos para limitar los contactos personales e institucionales entre ambos países.

La clase media pre-revolucionaria siguió la pauta de la clase alta. Para 1962, el número de empleados de oficina y de ventas que había salido de Cuba duplicaba su proporción en la fuerza de trabajo pre-revolucionaria (ver Cuadro 2). No hay duda de que antes de su partida muchos habían sido pequeños burgueses, pequeños comerciantes y empleados

**Cuadro 2. Estructura ocupacional cubana y trabajos desempeñados por los emigrantes a los EE.UU. antes de salir de Cuba (en porcentajes)**

Último trabajo desempeñado en Cuba <sup>(a)</sup>	Estructura ocupacional cubana				por la cohorte emigrante <sup>(b)</sup>		
	1953	1980	1989	2000	1959–1962	1980	1989
Profesional/gerente	9	9	6	8	31	11	13
Semi-profesional							
Técnico		19	22	21			
Oficista, ventas	14	7	7	4	33	7	9
Calificado	27 <sup>(c)</sup>	52 <sup>(c)</sup>	52 <sup>(c)</sup>	50 <sup>(c)</sup>	17 <sup>(c)</sup>	26	14
Semi-calificado, no calificado					8	45	47
Servicios	8	13	14	17	7	5	15
Agricultura, pesca	42				4	7	1
<b>Total (porcentaje)</b>	100	100	101	100	100	101	99
<b>Total (número)</b>	1.938 <sup>(d)</sup>	2.600 <sup>(d)</sup>	3.641 <sup>(d)</sup>	3.843 <sup>(d)</sup>	27.419	5.809	16.750

Fuente: Pedraza-Bailey (1985, 2 y las referencias respectivas); United States Immigration and Naturalization Service (1999, 69); CEE (1991, 126); ONE (2001, 126).

- (a) Incluye trabajadores calificados y no calificados  
 (b) El porcentaje total no siempre es de 100 porque las distribuciones ocupacionales fueron redondeadas  
 (c) Incluye operadores y jornaleros, artesanos y reparadores  
 (d) En miles  
 (e) Después de 1959, las categorías ocupacionales que se reportan oficialmente pasan a ser las de obrero, técnico, administrativo, servicios y gerencia, que más o menos equivalen, respectivamente, a las categorías de obrero (calificado, semi-calificado y no calificado), técnico (no tiene equivalente), oficinista y ventas, servicios y profesionales/gerentes del censo de 1953.  
 (f) Entre las personas con empleo, de quienes se tiene información

de oficina. Si perdieron menos en la revolución que sus contrapartes profesionales y gerentes es porque tenían menos que perder. Pero en muchos sentidos compartían la misma perspectiva ideológica y cultural que el grupo más adinerado.

La proporción de trabajadores, sobre todo de trabajadores agrícolas, que salió de Cuba durante la radicalización progresiva de los primeros años de Castro, fue mucho menor. A diferencia de las élites, estos sectores se beneficiaron de la revolución casi de inmediato. Los más beneficiados fueron los trabajadores agrícolas, que obtuvieron acceso a la educación, así como ingresos más altos y estables. Los aparceros y arrendatarios obtuvieron derechos de propiedad sobre la tierra que trabajaban, y con ello un nuevo sentido de dignidad. En consecuencia, la base clasista de la revolución determinó el perfil de clase de los exiliados. No obstante, el Cuadro 1 muestra que los miembros de las clases privilegiadas pre-revolucionarias no fueron los únicos en salir de Cuba.

### La cohorte proletarizada

Los emigrantes de los ochenta y los noventa representaban una Cuba muy diferente. En muchos sentidos, eran la antítesis de la primera cohorte. Esto así porque la revolución eliminó desde el comienzo la base económica y social de las clases adineradas, de forma tal que ya no había empresarios o profesionales independientes dispuestos a emigrar.

Pero la proletarización de la fuerza laboral, por sí sola, no explica por qué tantos trabajadores empezaron a buscar refugio en el extranjero. Con el paso del tiempo muchos trabajadores se habían ido desencantando con la revolución, a medida que sus condiciones de vida se estancaban mientras la revolución les seguía exigiendo sacrificios, como la participación en la labor agotadora del corte de la caña. Pero ellos no fueron los únicos en partir. En el nutrido éxodo del Mariel llegó una gama muy diversa de cubanos, que incluía intelectuales, artistas, homosexuales y antiguos disidentes que por una u otra razón no habían salido antes, junto a los presos y pacientes psiquiátricos que el gobierno introdujo en los barcos que fueron a recoger isleños.

A partir de 1990–91, la vida cotidiana de la mayor parte de la fuerza laboral empeoró, incluyendo a los obreros. La capacidad de compra del peso se derrumbó a medida que la moneda oficial perdió su valor (en los hechos, aunque no oficialmente). En 1993, la tasa de cambio del peso

frente al dólar subió a 1:130 en el mercado negro, tras lo cual la tasa de cambio informal reconocida por el gobierno se situó entre 20–27 pesos por dólar, aunque oficialmente ambas monedas se mantenían a la par. En esta nueva economía, hasta los profesionales, en su condición de empleados estatales, se empobrecieron<sup>4</sup>. Como se ve en el Cuadro 2, el creciente número de empleados de servicios que salió de Cuba en los noventa, incluyó sin duda empleados depauperados del Estado de bienestar que la revolución estaba supuesta a garantizar, desde la cuna hasta la tumba. En los años noventa los empleados estatales no podían mantenerse con los salarios que percibían—salarios que, aunque no los hicieran ricos, sí les habían proporcionado seguridad.

Los emigrantes más recientes no sólo se diferencian de los anteriores en su origen de clase, sino también en su experiencia de vida en Cuba, sus puntos de vista y sus razones para emigrar. Ellos vivieron la revolución, muchas veces sin haber conocido nunca la Cuba pre-revolucionaria, de la que no tenían recuerdos. Además de haber sido socializados por la revolución, el hecho de haber vivido la mayor parte de sus vidas, cuando no la vida entera, bajo el régimen de Castro, les daba una visión más integral de las condiciones en Cuba. Esto significa que, a diferencia de los emigrantes de las clases media y alta pre-revolucionarias, ellos no tenían experiencia alguna de participación en una sociedad civil inde-

**Cuadro 3. Condición económica de las cohortes en el 2000**

	AÑO DE LLEGADA		
	1959–1964	1980s	1990s
Ocupación			
Profesional/gerente/técnico	43	21	15
Obrero <sup>(b)</sup>	18	39	54
Sin ingreso/bajo ingreso individual	49	62	66
Sin ingreso/bajo ingreso familiar	35	45	51
Ingresos por debajo del nivel de pobreza	9	19	22

(a) Información sobre empleo selectivo

(b) Jornalero, artesano, operario

Fuente: Ruggles y Sobek et al. (2003)

pendiente del Estado. En conclusión, los emigrados de los años noventa no tenían una comprensión imaginaria de Cuba ni recuerdos idealizados de la sociedad pre-revolucionaria, lo que marca un contraste importante con la primera cohorte.

Muchos de los que emigraron después de 1990 tenían motivos políticos, al igual que los de la primera cohorte, una situación reforzada por la política migratoria estadounidense, que seguía clasificando a todos los emigrados cubanos como refugiados. Sin embargo, la mayoría de los que salieron de Cuba después de 1990 lo hicieron fundamentalmente por razones económicas.

#### ADAPTACIÓN ECONÓMICA POST-MIGRATORIA

A los emigrantes cubanos les fue bien económicamente y pronto se convirtieron en uno de los grupos inmigrantes de mayor éxito en la historia de los Estados Unidos. Un indicador de este éxito es que, para finales del siglo, los ingresos percibidos por los negocios propiedad de cubano-americanos igualaban el PBI completo de la isla, calculado a la tasa de cambio oficial, y lo superaban considerablemente si el cálculo se hacía a la tasa real (Díaz-Briquets y Pérez-López 2003, 12,15). Entre 1969 y 1997, las ventas e ingresos de las empresas propiedad de cubano-americanos aumentaron en más de 37 veces su valor en dólares constantes (de 1997).

En el 2000, el ingreso promedio de los hogares cubano-americanos superaba ligeramente los \$30.000 anuales, con el 19 por ciento de los hogares recibiendo ingresos de \$75.000 anuales o más, en contraste con el 9 por ciento que recibía esa cantidad diez años atrás (Díaz-Briquets y Pérez-López 2003, 6). En términos ocupacionales, a los cubano-americanos les

**Cuadro 4. Cultura y ciudadanía en el 2000 (en porcentajes)**

	AÑO DE LLEGADA		
	1959–1964	1980s	1990s
Educación secundaria o menos	48	72	71
Habla el inglés bien o muy bien	74	51	41
Habla español en el hogar	92	94	95
Es ciudadano	92	51	14

Fuente: Ruggles y Sobek et al. (2003)

fue igualmente bien. Para el año 2000, el número de cubanos en ocupaciones profesionales y gerenciales de alto nivel en los Estados Unidos superaba su número en la Cuba pre-revolucionaria (ver Cuadros 2 y 3).

A los de la primera cohorte les fue particularmente bien. Aunque no emigraron voluntariamente, la migración les reportó beneficios económicos. En contraste, para el 2000, el número de emigrantes de los ochenta y noventa que había alcanzado “el sueño americano” era mucho menor. Su experiencia migratoria en los Estados Unidos resultó ser muy diferente a la de la primera cohorte. Por ejemplo, su probabilidad de ocupar posiciones laborales de alto nivel era de dos a tres veces menor que la de los emigrantes de 1959–1964, y su probabilidad de trabajar como obrero era de dos a tres veces mayor.

En consecuencia, no debe extrañar que los ingresos de ambas cohortes fueran muy diferentes. Para finales de siglo, la proporción de emigrantes de los ochenta y noventa que vivía por debajo de la línea de pobreza de los Estados Unidos duplicaba la de los emigrantes de 1959–1964, y su probabilidad de pertenecer al grupo de menores ingresos—es decir, al tercio más pobre de la población—era considerablemente mayor (ver el Cuadro 3). En el año 2000, la mitad de la primera cohorte pertenecía al grupo de menores ingresos a nivel nacional, en contraste con las dos terceras partes de los emigrados de los años noventa y una proporción apenas inferior de los de los años ochenta. La situación de los hogares era mejor, aunque como era de esperarse, con diferencias importantes entre los hogares de la primera cohorte y los de los emigrados posteriores.

Varios factores dan cuenta de por qué los emigrados más recientes no han logrado el éxito económico de los primeros. Para empezar, este grupo llegó a los EE.UU. con menos recursos humanos, sociales y económicos. Cuando la segunda cohorte alcanzó la edad adulta en Cuba, la revolución ya había eliminado la empresa privada y, por tanto, la posibilidad de acumular capitales, de adquirir destrezas empresariales y de crear reputaciones potencialmente transferibles al mundo de los negocios en Miami. Asimismo, los niveles educativos de la segunda cohorte eran más bajos (ver Cuadro 4). Más del 70 por ciento del grupo que emigró en los ochenta y los noventa no supera el nivel de secundaria, además de que llegaron a los Estados Unidos en una época en la que el mercado laboral exigía altos niveles de educación y capacitación para los “buenos

empleos”. Los emigrantes más recientes ni siquiera cuentan con el capital social que trajeron consigo los del primer grupo, como se explica abajo. En suma, este grupo llegó sin la gama de activos personales necesarios para “triunfar” en los Estados Unidos.

En segundo lugar, la cohorte post-1980 encontró un mercado laboral menos favorable. Para finales de siglo, muchos de los trabajos de obrero en fábricas—que antes ofrecían un ingreso estable de nivel medio—se habían trasladado al exterior en busca de mano de obra barata. La industria de la confección, por ejemplo, que en los años sesenta había empleado a un gran número de emigrantes, sobre todo mujeres, prácticamente había desaparecido en los noventa. En este nuevo contexto, el empleo fabril de los cubano-americanos en Miami-Dade cayó del 34 al 19 por ciento, tan sólo en la década del noventa (Boswell 2002, 35).

En tercer lugar, el grupo que emigró en los sesenta creó el llamado enclave económico local, es decir, una economía *de* cubanos *para* cubanos (c.f. Portes y Stepick 1993, 123–49). Los empresarios y profesionales de este grupo utilizaron los capitales que trajeron consigo para poner en marcha negocios y oficinas profesionales que los demás cubanos patrocinaban y que ofrecían empleo a sus compatriotas. Al mismo tiempo, los pequeños bancos propiedad de exiliados ofrecían financiamiento inicial para los negocios de cubanos. Y los exiliados que trabajaban como gerentes y oficiales de crédito en bancos no cubanos también ayudaban a sus compatriotas. En los primeros años, por ejemplo, se hicieron préstamos a exiliados que habían llegado sin recursos y no tenían nada que ofrecer en garantía, sólo en base a su reputación conocida en Cuba (c.f. Portes y Stepick 1993, 139–40).

Pero los primeros emigrantes también se beneficiaron de más de mil millones de dólares en fondos gubernamentales de asistencia del nivel federal, estatal y local, dirigidos a promover su proceso de adaptación. En virtud de estos fondos recibieron alimento, ropa, atención de salud, asistencia para encontrar empleo, ayuda financiera, capacitación laboral y profesional, educación bilingüe y crédito educativo (ver Pedraza 1985, 4–52). Ningún otro grupo inmigrante latinoamericano ha recibido una ayuda comparable, y esto incluye a la segunda cohorte de cubanos, que nunca tuvo la asistencia que recibió la primera. La diferencia en el acceso a la ayuda gubernamental es, por tanto, el cuarto factor de diferenciación en las experiencias de las dos cohortes de emigrantes.



El primer grupo que se estableció en Miami también tuvo la ventaja de estar en el lugar indicado en el momento indicado, ya que a partir de los años setenta la economía de la ciudad vivió un proceso de reestructuración, diversificación y expansión que le dio un alcance continental. Miami se convirtió en un centro para la actividad comercial, bancaria, turística y de empresas multinacionales para toda la región. El comercio, sobre todo a nivel hemisférico, se convirtió en su principal sector económico (c.f. [www.co.miami-dade.fl.us/portofniami/cargo\\_facts.htm](http://www.co.miami-dade.fl.us/portofniami/cargo_facts.htm); Kanter 1995, 285).

Con el tiempo, las grandes empresas nacionales y multinacionales desplazaron a muchas empresas cubanas de menor tamaño. Pero estas grandes empresas contrataron a cubanos—que tenían el capital humano, las destrezas multiculturales y multi lingüísticas, y hasta las conexiones multinacionales—para ocupar las posiciones gerenciales medias y altas. En efecto, las empresas orientadas al mercado hemisférico se ubicaban en Miami más que en ninguna otra ciudad fronteriza porque la población cubano-americana les ofrecía las habilidades lingüísticas, los contactos y la experiencia necesaria para la actividad empresarial de alcance continental. Además de los activos personales ya analizados, la cohorte de 1959–64 llegó a dominar el idioma inglés sin perder su dominio del español (ver Cuadro 4).

Los cubanos de la primera cohorte también se beneficiaron, al tiempo que contribuyeron, a la transformación de Miami en un centro de avanzada de la seguridad nacional. Se calcula que para comienzos de los sesenta cerca de 12,000 cubanos eran empleados de la CIA. En los ochenta, sin embargo, las agencias de inteligencia contaban con un gran número de refugiados de las guerras centroamericanas a quienes contratar, por lo que los emigrados cubanos recientes tampoco tuvieron las oportunidades de empleo en el área de la seguridad nacional que sí tuvieron los primeros. A esto se suma el hecho de que el fin de la guerra fría redujo el número de empleados que Washington demandaba para labores hemisféricas de contrainsurgencia. Después del 11 de septiembre (2001) el foco de interés pasó a otras regiones, excepción hecha de Colombia.

Por último, la segunda cohorte tuvo que enfrentar una competencia laboral mucho más fuerte de otros grupos inmigrantes, y no sólo en el área de la seguridad nacional. Para los años noventa, el mercado laboral de Miami estaba inundado de inmigrantes de otros países, mayormente

latinoamericanos. Además de conseguir los empleos que hubieran estado disponibles para los cubanos, estos inmigrantes presionaron los salarios hacia abajo. Hasta los negocios del enclave cubano original dejaban de lado sus lealtades étnicas si podían contratar inmigrantes laboriosos y confiables de otros países de la región por menos dinero.

En conclusión, las diferentes cohortes trajeron consigo recursos diferentes. También encontraron oportunidades muy diferentes a su llegada. En consecuencia, cada cohorte tiene una vivencia muy diferente de los Estados Unidos.

### PODER E INFLUENCIA

Los cubano-americanos llegaron a ser uno de los grupos inmigrantes con mayor influencia política, siendo los más influyentes entre los latinoamericanos. En las comunidades donde han establecido núcleos importantes de población, los cubano-americanos han alcanzado posiciones de importancia, tanto electorales como en la administración pública, y a nivel nacional han logrado influir la política exterior estadounidense hacia Cuba. En el caso de Miami, en particular, han logrado una gran influencia sobre los medios de comunicación, lo que les ha permitido moldear la opinión pública en relación a Cuba.

En los años ochenta, el número de cubano-americanos electos a cargos políticos empezó a aumentar. Dondequiera que exista una comunidad grande de cubanos—aún cuando no sean mayoría—éstos se han integrado a la clase política. En la ciudad de Miami, por ejemplo, los cubano-americanos han sido mayoría en la Junta Municipal desde 1985, y casi todos alcaldes desde entonces lo han sido también. De igual forma, los cubano-americanos lograron la mayoría en la Junta Municipal de Miami Beach—la tercera ciudad más grande del condado—más o menos para la misma fecha. También la ciudad de Hialeah, donde se dice reside el mayor número de cubanos después de La Habana, eligió un alcalde cubano-americano<sup>5</sup>. A finales de los noventa, Alex Panelas se convirtió en el primer cubano-americano en ser electo alcalde de todo el condado. Para esa fecha los cubano-americanos también predominaban en la Junta del Condado y eran mayoría en la representación del condado en la legislatura estatal. Los cubano-americanos alcanzaron este grado de poder político a pesar de representar sólo el 29 por ciento de la población del condado (c.f. Stepick et al 2003, García 1996, Boswell 2002, 11).

Para el año 2000, los cubano-americanos ocupaban la tercera parte de los cargos políticos principales, tanto electos como designados, del condado de Miami-Dade, más que ningún otro grupo étnico. Un resultado de esto es que los habitantes de Miami han llegado a percibir a los cubanos como la clase dominante de la ciudad. El 75 por ciento de los ochocientos residentes de Miami-Dade encuestados por el Miami-Herald a finales de siglo, opinó que los cubano-americanos eran el grupo étnico con mayor poder político en el condado (*Miami Herald*, 4 de septiembre del 2000).

Casi la totalidad de los cubano-americanos que han alcanzado el poder político y económico pertenecen a la cohorte de emigrantes privilegiados o bien son hijos de éstos, nacidos en los Estados Unidos. Los miembros de la segunda cohorte han sido excluidos a pesar de que—gracias a un acuerdo entre los gobiernos de Cuba y los Estados Unidos—este grupo crece en 20.000 personas cada año.

Los emigrantes comunes y corrientes de la segunda cohorte también permanecen en los márgenes en materia de participación electoral. Para el año 2000, los porcentajes de emigrantes que habían logrado la ciudadanía y por tanto tenían derecho al voto eran los siguientes: el 14 por ciento de los que llegaron en los noventa, alrededor de la mitad de los que llegaron en los ochenta, contra el 92 por ciento de los que llegaron en 1959–1964 (ver el Cuadro 4). En vista de que los inmigrantes cubanos tienen el derecho legal de optar por la nacionalidad estadounidense luego de cinco años de residencia, los cubanos que emigraron antes de 1995 y que no se habían nacionalizado para el 2000 habían optado por no hacerlo.

Aún así, el número de votantes cubano-americanos es tan alto en el área metropolitana de Miami que la mayoría de políticos presta atención a sus demandas, aún los que no son de extracción cubana. Pero las demandas más atendidas son las de la primera cohorte, a la que pertenecen los emigrantes políticamente activos. Ya sea por oportunismo político o por convicción, los políticos locales apoyan la “línea dura” en la política exterior estadounidense hacia Cuba. En particular, todos ellos apoyan de manera pública el mantenimiento del embargo, una cuestión axiomática en Miami. La política exterior hacia Cuba es un asunto político local, lado a lado con las cuestiones de índole municipal.

Aunque los cubanos constituyen menos del 1 por ciento de la población total de los Estados Unidos (Boswell 2002, 2), han llegado a ser uno de los grupos étnicos con mayor influencia en Washington. Esto se

debe en parte a su concentración en el estado de la Florida, lo que les da poder en la política electoral a nivel nacional. La Florida ocupa el cuarto lugar en cuanto al número de votos que aporta al Colegio Electoral y no está firmemente alineada con ninguno de los dos partidos, razón por la cual ambos buscan complacer a los votantes cubano-americanos. La elección presidencial del 2000 puso en evidencia lo determinante que puede ser la Florida en la política nacional, ya que gracias a los votos que el estado aportó al Colegio Electoral, George Bush ganó las elecciones aún sin haber logrado la mayoría del voto popular. Casi el 85 por ciento de los cubano-americanos dijo haber votado por Bush en el 2000 (FIU-IPOR 2000)<sup>6</sup>, además de apoyarlo en la disputa que posteriormente se desató en torno al proceso electoral en el estado. Bush pagó esta deuda política nombrando a varios cubano-americanos en posiciones de alto nivel en el Consejo de Seguridad Nacional, el Departamento de Estado y el Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano. Estos nombramientos eran la garantía de que los puntos de vista de la primera cohorte serían escuchados en las más altas esferas.

El poder político logrado por los cubano-americanos a nivel nacional también se debe a su eficacia como cabilderos bien organizados y con mucho dinero. Empezaron a ejercer influencia a nivel nacional durante la presidencia de Reagan, quien apoyó la creación de la Fundación Nacional Cubano Americana a cambio del voto de los cubano-americanos. Jorge Mas Canosa, el líder más influyente y carismático de esa comunidad, así como vocero principal de la Fundación, tenía acceso a la Casa Blanca.

Sin embargo, la influencia de la Fundación a nivel nacional empezó a desmoronarse durante los primeros años del nuevo siglo. La disminución del poder de la Fundación—y por ende, de los cubano-americanos—es resultado de los cambios que han tenido lugar en Washington, en Cuba, en la economía política global y en la ciudad de Miami, cada uno de los cuales influyó de manera diferente.

Para esta época, el sector de negocios—particularmente los productores agrícolas—logró que el Congreso autorizara las exportaciones agrícolas a Cuba, contraviniendo el embargo que la Fundación tanto defendía. El fin de la guerra fría y las nuevas prioridades de la política económica neoliberal, con su énfasis en el libre comercio, habían ido minando la determinación del Congreso de mantener el bloqueo comercial<sup>7</sup>. En el transcurso de los dos años siguientes, el gobierno de Castro—con gran sentido

**Cuadro 5. Opiniones de las cohortes sobre relaciones transfronterizas y viajes a Cuba**

	COHORTES		
	1959–64	1975–84	1985–2000
<b>OPINIONES COMPARTIDAS</b>			
1. Cuando ocurrió el caso opinaron que Elián debió volver a Cuba con su padre	17	22	22
2. El embargo da poco o ningún resultado	73	74	82
3. En Miami no se toman en cuenta algunas opiniones sobre cómo enfrentar régimen de Castro	79	78	78
4. Los EE.UU. deben involucrarse activamente en Cuba tras salida del poder de Fidel y Raúl Castro	80	79	69
<b>OPINIONES NO COMPARTIDAS POR LAS COHORTES</b>			
1. Los EE.UU. deben restablecer relaciones diplomáticas con Cuba	26	37	74
2. Los EE.UU. deben poner fin al embargo	30	36	53
3. A favor de que empresas de EE.UU. vendan:			
a. medicinas a Cuba	60	62	80
b. alimentos a Cuba	46	54	73
4. Favorece el retiro de restricciones viajes a Cuba	39	52	74
5. Ha viajado a Cuba	18	33	31
6. Aún tiene familiares cercanos en Cuba	62	81	95

Fuente: FIU-IPOR (2000)

estratégico—procedió a realizar compras en más de la mitad de los estados estadounidenses. La astucia de esta estrategia fue lograr la ampliación de la base económica de apoyo al comercio con Cuba. De esta forma el gobierno cubano, con el apoyo de los intereses comerciales estadounidenses, pudo contrarrestar la influencia de los cubano-americanos en la política exterior de los Estados Unidos hacia Cuba.

A la luz de estos fracasos tan evidentes—así como de algunos cambios políticos observados en Cuba—Mas Santos y otros miembros jóvenes de la Fundación empezaron a redefinir su estrategia. Al mismo tiempo, e independientemente de la Fundación, algunos empresarios conservadores muy destacados de Miami hicieron lo propio<sup>8</sup>. Empezaron por apoyar el establecimiento de ciertos vínculos transfronterizos y por reconocer que el proceso de democratización en Cuba no sería sólo producto del esfuerzo de los exiliados, sino también de los residentes en la isla. Mas Santos llegó a declarar su disposición de reunirse con funcionarios cubanos de alto nivel—exceptuando a Fidel y su hermano Raúl, el segundo en el mando—para discutir la transición democrática, y también se mostró dispuesto a apoyar el movimiento disidente en la isla (Elliott y de Valle 2003; Lynch 2003; Hamman 2003). Mas Santos y sus seguidores mostraron un interés particular por el Proyecto Varela, de Osvaldo Paya, que obtuvo más de 11.000 firmas en apoyo de reformas constitucionales en lo económico y lo político.

Al mismo tiempo, Mas Santos promovió a Miami como sede de los Grammys Latinos, a pesar de la posibilidad de que grupos musicales cubanos resultaran premiados ([www.Cunet.org/CNews/y03/jan03/31e3.htm](http://www.Cunet.org/CNews/y03/jan03/31e3.htm)). Sus seguidores opinaban que este evento no sólo le daría brillo a la ciudad, sino que además sería un éxito económico. No obstante lo anterior, Mas Santos no varió su posición con relación al embargo, símbolo moral del anti-castismo de la comunidad cubano-americana.

Esta mezcla de circunstancias condujo al desprendimiento de un grupo militante, lúcido, influyente y adinerado, que en el 2001 formó una organización rival, el Consejo por la Libertad de Cuba (CLC). El detonante de esta división fue el apoyo de Mas Santos a la realización de los premios Grammy en Miami, donde participarían cubanos de la isla. Los disidentes recibieron el apoyo simbólico del Presidente Bush, quien invitó a miembros del grupo a acompañarlo en la Casa Blanca el 10 de octubre del 2003, cuando anunció el recrudescimiento de las restricciones a los viajes a Cuba.

Para el 2003 la Fundación enfrentaba problemas económicos de tal magnitud, que se vio precisada a poner en venta tanto su residencia en Washington—donde organizaba sus actividades de cabildeo—como el edificio que recién había adquirido en Miami, la Torre de la Libertad (Freedom Tower). La Fundación también se vio precisada a reducir su personal, a cerrar su oficina de cabildeo en Washington y a clausurar su emisora de radio, su medio principal para influir la opinión pública en Miami.

En otras palabras, mientras los cubano-americanos, a título personal, se incorporaban a la clase política de Miami, en términos colectivos la clase política cubana se debilitaba y fragmentaba. No obstante lo anterior, representantes políticamente bien conectados de la comunidad mantuvieron su influencia en las más altas esferas del gobierno de Bush. La elección presidencial del 2004 les permitiría mantener su influencia al menos hasta esa fecha. Para comienzos del nuevo siglo, la principal fuente de poder político de la comunidad cubano-americana a nivel nacional era de tipo político-geográfico y se basaba en la importancia del estado de la Florida en el Colegio Electoral. El liderazgo cubano-americano supo aprovechar esta circunstancia, aún cuando la mayor parte de los electores potenciales llegados después de 1980 seguía sin hacer los trámites de la nacionalización, condición necesaria para ejercer el sufragio.

#### **LAS COHORTES, SUS PERSPECTIVAS Y SU RELACIONAMIENTO TRANSFRONTERIZO**

Al interior de la comunidad de emigrantes hay diversos puntos de vista, aunque en público, al menos hasta los primeros años del nuevo siglo, la comunidad hablaba con una sola voz. Las cohortes anteriores y posteriores a 1990 opinan de manera muy diferente en torno a un gran número de temas, pero la voz de los últimos casi no se escucha. Ambas cohortes sí están de acuerdo, sin embargo, en que en Miami no se escuchan las diferentes opiniones—sobre como hacer frente a Castro, por ejemplo (ver el Cuadro 5).

Gracias a su control de los medios y del debate público, la primera cohorte influye las opiniones de la segunda, aunque esta influencia dista mucho de ser absoluta. Si bien la mayoría de los emigrantes recientes sigue sin tener voz pública, los datos de encuesta muestran diferencias en la opinión de las dos cohortes en cuanto a las relaciones transfronterizas de (ver el Cuadro 5).

La encuesta realizada en el año 2000 por el Instituto de Estudios de la Opinión Pública de la Universidad Internacional de la Florida (FIU-IPOR) muestra *algunos* puntos de acuerdo entre las cohortes “privilegiada” y la “proletarizada”. Los cubano-americanos que emigraron entre 1959–1964, entre 1975–1984, y después de 1984<sup>9</sup> coinciden, por ejemplo, en que el embargo es ineficaz y en que Elián González—el niño de 6 años rescatado en playas de la Florida luego de que su madre se ahogara—debió permanecer en los Estados Unidos.

Los emigrantes de las diferentes cohortes también están de acuerdo en que EE.UU. debe tener una participación activa en los acontecimientos políticos cubanos tras la salida del poder de Fidel y Raúl Castro. Es posible que estas coincidencias obedezcan a razonamientos diferentes, o bien que la primera cohorte haya logrado influir las posiciones de las últimas mediante su control hegemónico de los medios de comunicación.

Los datos de encuesta muestran, no obstante, que aún cuando hablen con una sola voz, las cohortes no opinan lo mismo en torno a una gama de medidas que afectan a Cuba. Se observan diferencias importantes entre los emigrados de los períodos 1959–1964 y post-1984 en lo que respecta a si están o no de acuerdo con que: 1) se ponga fin al embargo, 2) se permita a empresas estadounidenses vender alimentos y medicinas a Cuba, 3) se reinicien las relaciones diplomáticas con Cuba, 4) se permitan los viajes a Cuba sin restricciones. Con pocas excepciones, el gobierno estadounidense sólo permite a los cubano-americanos una visita familiar al año. Este tipo de restricción no se aplica a ningún otro grupo de inmigrantes latinoamericanos. La encuesta revela que, a diferencia de los de la primera cohorte, los emigrantes que llegaron en los años noventa están mucho más interesados en reducir las barreras transfronterizas y en promover medidas que beneficien a los residentes en la isla. Las opiniones de la cohorte de 1975–1984 en torno a estos temas se asemejan más a las de la primera cohorte que a las del grupo llegado en los noventa<sup>10</sup>.

Las cohortes difieren en su apoyo a la continuación del embargo, aún cuando todas están de acuerdo en la ineficacia de éste. Para los primeros exiliados el embargo sigue teniendo importancia política y simbólica, aunque no haya alcanzado su objetivo de provocar el colapso económico del régimen. Los emigrantes recientes son más pragmáticos y parten de una perspectiva moral diferente, que se basa en la economía moral de la familia y no en principios ideológicos abstractos y grandiosos. Un ejem-

plo de su deseo de ayudar, en lugar de lastimar, a los familiares que han dejado atrás, es su fuerte apoyo a que las compañías estadounidenses vendan alimentos y medicinas a Cuba. Los cabilderos de la primera cohorte se opusieron a esta relajación parcial del embargo, actualmente en efecto.

De igual manera, los emigrantes de los noventa opinan que no deben restringirse los viajes a Cuba. Aunque la mayoría de los emigrantes de las diferentes cohortes tiene familiares cercanos en Cuba, el caso de los emigrantes recientes es diferente en el sentido de que casi todos ellos compartieron sus vidas y sus rutinas cotidianas con estos familiares hasta hace poco. En consecuencia, los vínculos emocionales con la isla son más débiles entre los exiliados de la primera cohorte. En cuanto a este punto, la cohorte de 1975–1984 se asemeja más a la de los noventa que a la de 1959–1964.

También la socialización política pre-migratoria podría estar contribuyendo a la diferencia de opiniones entre las cohortes en relación al embargo en sentido general, así como a aspectos específicos del mismo. Las autoridades cubanas atribuyen las dificultades económicas de la isla al bloqueo y una encuesta Gallup realizada en Cuba en 1994 muestra que los cubanos están de acuerdo con esta interpretación. A pesar de que la encuesta se realizó poco después de la suspensión del comercio y la asistencia económica soviética, en momentos en que la economía cubana tocaba fondo, los residentes de la isla consideraron que la principal causa de los problemas de la isla era el embargo estadounidense (Miami Herald, 18 de diciembre, 1994, 39A).

Dado que los puntos de vista de los emigrantes recientes sobre temas de interés para ellos y sus familiares en la isla son tan diferentes a los de la primera cohorte, ¿por qué no se escuchan sus opiniones? Varios factores

**Cuadro 6. Cambios en las opiniones sobre las relaciones transfronterizas en la década de 1990**

	1991–1993	2000
Apoya la intensificación del embargo	80	57
Que se permita venta medicinas a Cuba	48	64
Que se permita venta alimentos a Cuba	23	55
Que se permita viajar a Cuba sin restricciones	43	51

Fuente: FIU-IPOR (2000)

dan cuenta de este silencio. En primer lugar, la cohorte “proletarizada” no cuenta con los recursos personales antes mencionados, vinculados con la participación política. En segundo lugar, los cubanos que se criaron en la Cuba de Castro no tienen experiencia de participación en la sociedad civil. Aunque Batista restringió severamente la actividad política, las actividades de las clases altas y medias sí eran permitidas.

Otra razón por la que los puntos de vista de los emigrantes recientes no han sido escuchados, al menos hasta los primeros años del nuevo siglo, es que la primera cohorte no ha hecho esfuerzo alguno por representarlos, o por abordar el tema de cómo la política exterior de Washington hacia Cuba, que sus líderes apoyan, perjudica a los emigrantes recientes.

El silencio público de la cohorte “proletarizada” se debe en parte a que había sido silenciada y se sentía así. Mis entrevistas muestran que los emigrantes recientes que contradijeron públicamente las posiciones dominantes de la primera cohorte sufrieron rechazo, represión y resistencia.

Aunque los recién llegados están silenciados y silentes, parecen estar propiciando cambios en la opinión pública de Miami. La comunidad cubana-americana aparenta estar abriéndose a sus puntos de vista, aunque es posible que el mismo aumento en el número de recién llegados esté contribuyendo a la creación de un nuevo consenso. Entre 1991/1993 y el 2000, el porcentaje de cubano-americanos que apoyaba un embargo más estricto declinó, mientras aumentó el porcentaje que apoyaba la venta de alimentos y medicinas a Cuba, y los viajes sin restricciones (ver el Cuadro 6).

Ahora bien, aún en el período de mayor unión, el sector dominante de la primera cohorte nunca representó los puntos de vista de todo el grupo sino que, por el contrario, limitó el acceso a los medios a quienes no compartían sus puntos de vista. A lo largo de los años, esta cohorte dominante apeló a las amenazas, al chantaje económico y a la violencia (sobre todo en los años sesenta y setenta) cuando los medios normativos no eran suficientes (c.f. Forment 1989; Dideon 1987; Portes y Stepick 1993).

Los intransigentes de la primera cohorte—llamados “exiliados radicales” por la segunda cohorte—llegaron al punto de lanzar una guerra cultural, una guerra a nivel simbólico.

Esta guerra cultural llegó a afectar los Grammys Latinos. Cuando Mas Santos, de la Fundación Nacional Cubano Americana, entre otros, trató en el 2001 de llevar el evento a Miami—la ciudad que se había conver-

tido en la capital de la música latina—la amenaza de protestas violentas a la participación de músicos isleños obligó a los organizadores a trasladar la premiación a Los Angeles. En esta ocasión los partidarios de la “línea dura” ganaron la batalla. Cuando dos años más tarde la ciudad de Miami anunció nuevamente su intención de ser sede de los Grammys, los exiliados amenazaron con organizar una protesta de 1.500 personas si los músicos isleños asistían, realizaban presentaciones artísticas o recibían premios. En esta ocasión intervino el Departamento de Estado, sin duda a solicitud de los líderes de la primera cohorte opuestos a la participación cubana, y el gobierno les negó el visado a todos los músicos que formaban parte de los diez números musicales isleños nominados. El evento se realizó con gran éxito sin la presencia de los cubanos. Washington no resolvió el conflicto cultural subyacente, enraizado en la emergente cultura transfronteriza, pero sí puso fin a una manifestación particular e importante de la misma.

#### **LAS IMPLICACIONES PARA CUBA**

La diáspora forma parte de una comprensión plena de la Cuba castrista, pero la naturaleza de la diáspora ha cambiado significativamente a lo largo de los años. Los emigrantes antiguos y recientes difieren enormemente en lo que respecta a su origen social y económico, a sus valores y a sus vínculos transfronterizos, tanto los actuales como los deseados.

La situación resulta irónica. Una proporción importante de la primera cohorte alcanzó el éxito económico y el poder político. Aunque gozan del “sueño americano”, estos emigrantes siguen identificados con Cuba, pero con una Cuba imaginaria e idealizada, que sólo existe en el pasado. El arquetipo del emigrante de la primera cohorte es recalcitrantemente anti-castrista y se opone a las relaciones transfronterizas con el argumento de que el bloqueo es la mejor manera de contribuir a la caída del régimen. Por otro lado están los emigrados más recientes, cuyos orígenes en Cuba son más humildes, que no tienen dinero ni poder político en los Estados Unidos, y cuya una visión del mundo es muy diferente. Este grupo quiere mantener sus vínculos con los familiares que dejaron atrás y ayudarlos económicamente. Los motiva una economía moral familiar, de base transnacional, en vez de principios político-ideológicos abstractos. Sus vínculos transfronterizos contravienen al liderazgo cubano-americano y quebrantan ciertas regulaciones entre los

dos países, como en el caso del envío de remesas. Pero sin ser esa su intención, son justamente estos vínculos los que en mayor medida han contribuido a debilitar el socialismo cubano.

En primer lugar porque las remesas están creando nuevas formas de desigualdad en una sociedad que durante tres décadas se dedicó a erradicar las diferencias sociales y económicas. La nueva desigualdad económica generada por el envío de remesas presenta un fuerte matiz racial, dado que el 93 por ciento de la cohorte de 1959–1964, el 83 por ciento de la cohorte de los ochenta, y el 86 por ciento de la cohorte de los noventa es de raza blanca. El hecho de que el 60 por ciento de las remesas lleguen a La Habana (UCTEC 2002, 12) está generando asimismo una nueva desigualdad urbano-rural. Las remesas también están minando el control estatal sobre la economía. Cerca de la mitad de los cubano-americanos envían sus remesas por medios informales, a través de personas que viajan a la isla (Orozco 2002), y las medidas gubernamentales dirigidas a captar este flujo de dólares a través de las nuevas tiendas donde se paga con divisas han estimulado inadvertidamente el desarrollo del mercado negro. Cualquier persona que ofrezca mercancías a menor precio que las tiendas va a encontrar un mercado para sus bienes, a pesar de la ilegalidad. En su afán por captar las divisas que tanto necesita, el gobierno vende a precios muy altos (c.f. Eckstein 2004). Mientras tanto, movidos por las ganancias que se pueden obtener en el mercado negro, muchos empleados roban mercancías de sus lugares de trabajo para luego venderlas. Esta nueva economía de consumo, que se apoya en diversas fuentes, contraviene los principios morales y anti-materialistas de la revolución.

En síntesis, los emigrados recientes y humildes están aportando más a los cambios sociales, económicos y culturales en Cuba—aunque todavía no a los políticos—que los emigrados de la primera cohorte con su estrategia de aislamiento. Las barreras políticas que se han levantado en el Estrecho de la Florida y que la primera cohorte apoya están resultando ser tan ineficaces para prevenir el cambio como lo fue el Muro de Berlín en la Europa del Este.



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilar Trujillo, José Alejandro. 2001. "Las remesas desde exterior", En *Cuba: Investigación Económica*. La Habana. Instituto Nacional de Investigaciones Económicas.
- Amaro, Nelson and Alejandro Portes. 1972. "Una sociología del exilio: Situación de los grupos cubanos en Estados Unidos. *Aportes* 23 (January): 6-24.
- Boswell, Thomas. 2002. *A Demographic Profile of Cuban Americans*. Miami: Cuban American National Council.
- Comité Estatal de Estadísticas (CEE). 1991. *Anuario Estadístico de Cuba 1989*. Havana: CEE.
- \_\_\_\_\_. *Anuario Estadístico de Cuba*. La Habana: CEE.
- Díaz-Briquets, Sergio y Jorge Pérez López. 2003. *The Role of the Cuban-American Community in the Cuban Transition*. Miami: Institute for Cuban and Cuban-American Studies, University of Miami.
- Didion, Joan. 1987. *Miami*. New York: Simon and Schuster.
- Eckstein, Susan. 2004. "Dollarization and Its Discontents: Remittances and the Remaking of Cuba in the Post-Soviet Era". *Comparative Politics* 36, no. 3 (April).
- \_\_\_\_\_. 2003. *Back from the Future: Cuba under Castro*, 2<sup>o</sup> ed. New York: Routledge
- \_\_\_\_\_. 2003. *Diasporas and Dollars: Transnational Ties and the Transformation of Cuba*. Cambridge: Massachusetts Institute for Technology, Center for International Studies, Working Paper #16, February.
- \_\_\_\_\_ y Lorena Barberia. 2002. "Grounding Immigrant Generations in History: Cuban Americans and Their Transnational Ties". *International Migration Review* (Fall): 799-837.
- Elliott, Andera y Elaine del Valle. 2003. "Mas Santos makes offer to talk with Cuba leaders". *Miami Herald* 31 January 31.  
www.cubanet.org/CNews/y03/jan03/31e3.htm
- Florida International University (FIU), Institute for Public Opinion Research (IPOR). 2000. *FIU/Cuba Poll*. 15 de junio y 22 de noviembre.  
www.fiu.edu/orgs/ipor/cubapoll
- Forment, Carlos. 1989. "Political Practice and the Rise of an Ethnic Enclave: The Cuban-American Case, 1959-1979". *Theory and Society* 18: 47-81.
- García, María Cristina. 1996. *Havana USA: Cuban Exiles and Cuban-Americans in South Florida, 1959-1994*. Berkeley: University of California Press.
- Kanter, Rosabeth Moss. 1995. *World Class: Thriving Locally in the Global Economy*. New York: Simon & Schuster.
- Oficina Nacional de Estadísticas (ONE). 2001. *Anuario estadístico de Cuba 2000*. La Habana: ONE.
- Orozco, Manuel. 2002. "Challenges and Opportunities of Marketing Remittances to Cuba". Washington, D.C.: Inter-American Dialogue, July.
- Pedraza, Silvia. 1996. "Cuba's Refugees: Manifold Migrations." En *Origins and*

*Destinies: Immigration, Race, and Ethnicity in America*. Belmont, CA: Wadsworth, 263-79.

- \_\_\_\_\_. 1985. *Political and Economic Migrants in America: Cubans and Mexicans*. Austin: University of Texas Press.
- Portes, Alejandro y Alex Stepick. 1993. *City on the Edge: The Transformation of Miami*. Berkeley: University of California Press.
- Ruggles, Steven y Mathew Sobek, et al. 2003. *Integrated Public Use Microdata Series (IPUMS), Version 3.0*. Minneapolis: Historical Census Projects, University of Minnesota. www.ipums.org.
- Stepick, Alex, et al. 2003. *This Land is Our Land: Immigrants and Power in Miami*. Berkeley: University of California Press.
- U.S.-Cuba Trade and Economic Council (UCTEC). 2002 "Economic Eye on Cuba". March 17, p. 12. www.cubatrade.org
- United States Immigration and Naturalization Service (INS). 1999. *Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service, 1997*. Washington, DC: US Government Printing Office.

## NOTAS

1. Para una descripción más pormenorizada de las olas migratorias, ver, por ejemplo, García (1996), Pedraza (1985, 1996), y Amaro y Portes (1972). Estas definiciones más refinadas permiten identificar otras variaciones entre las distintas olas, aunque estas son menores que las diferencias entre las cohortes que yo utilizo.
2. Agradezco a Wendy Roth su asistencia en el análisis del censo. A menos que se indique lo contrario, todas las referencias al censo que aparecen en el texto provienen de Ruggles y Sobek, IPUMS (2003).
3. En total he realizado más de doscientas entrevistas, incluyendo algunas en Union City, Nueva Jersey, que en una época fue la ciudad con la segunda mayor población de emigrantes cubanos. Agradezco la asistencia de Lorena Barberia en las entrevistas. Para una descripción más detallada de las entrevistas y los procedimientos de muestreo, ver Eckstein y Barberia (2002).
4. El número de profesionales que salió de Cuba en los noventa no fue muy alto, en parte porque el gobierno cubano limitó su emigración. Por ejemplo, el gobierno exigía que los médicos cumplieran cinco años de servicio público de salud antes de poder siquiera asistir a una conferencia en el extranjero. Esto así porque los médicos estaban aprovechando las conferencias para emigrar de manera ilegal. El período de espera de cinco años era la forma del gobierno recuperar la inversión que había hecho el Estado en la formación de los médicos. En Cuba, la educación en todos los niveles es gratuita.
5. El alcalde Raúl Martínez, electo inicialmente en 1981, se vio forzado a renunciar brevemente a su cargo luego de que las autoridades federales presentaran acusaciones de extorsión y fraude en su contra. Las acusaciones fueron retiradas luego

de dos intentos frustrados de juicio—en los cuales los jurados no lograron ponerse de acuerdo en el veredicto—trás lo cual Martínez se reincorporó a su cargo, en el que permanece hasta la actualidad (2004). Se dice que Martínez, quien emigró de Cuba siendo niño, en 1960, tiene “una maquinaria bien engrasada” ([www.religionnewsblog.com/3431](http://www.religionnewsblog.com/3431)).

5. Para más información sobre esta y otras referencias a FIU-IPOR en el texto, ver FIU-IPOR (2000).
6. Las nuevas disposiciones legales permitían las exportaciones estadounidenses a Cuba, pero Washington siguió impidiendo las importaciones cubanas a los Estados Unidos. De esta manera se favorecía a los empresarios estadounidenses y el gobierno de Castro podía reducir sus costos de importación, aunque no podía obtener beneficios económicos por concepto de exportaciones.
7. Estos empresarios establecieron el Grupo de Estudios de Cuba. Aunque disponía de recursos económicos, este grupo empresarial no logró convertirse en un actor político de importancia. La falta de experiencia política de sus miembros los puso en desventaja frente al liderazgo de Miami que se oponía a la postura conciliadora. Otros grupos anti-castristas, como el Comité Cubano por la Democracia (CCD), se declararon contrarios al embargo y a favor de los contactos entre ambos países. El CDD patrocinaba un programa radial pero carecía de los recursos económicos de los que disponían los grupos “de línea dura”.
8. La mayor parte de los emigrantes del período 1975–1984 llegó en 1980 y, secundariamente, entre 1981–1984, y la mayoría de los emigrantes del período 1985–2000 llegó después de 1990. La encuesta de la Universidad Internacional de Miami utiliza definiciones de cohortes diferentes a las que yo utilizo, si bien la mayoría de los emigrantes que figuran en sus categorías de cohortes llegaron a los Estados Unidos en los años que corresponden a mis categorías.
9. Una encuesta patrocinada por el Proyecto de Investigación y Educación de los Votantes del Suroeste (Southwest Voter Research and Education Project) la última semana de junio del 2003, muestra variaciones según grupos de edad en Miami. Estas variaciones se refieren a la política exterior de los Estados Unidos hacia Cuba y a si los políticos locales deben concentrar su atención en los asuntos municipales o en la política exterior. Por ejemplo, el 62 por ciento de los encuestados del grupo de 65 años ó más dijo preferir a los candidatos de “línea dura”, en contraste con sólo el 34 por ciento de los cubano-americanos menores de 45 años. Ver FOCAL, *Chronicle on Cuba 2003*/ Los cubano-americanos de más edad tienden a pertenecer a la primera cohorte de emigrados.

## La maquinaria política cubano-americana: Reflexiones sobre sus orígenes y perpetuación\*

ALEJANDRO PORTES

Para evaluar el desarrollo actual de Miami, debemos considerar cómo era esa ciudad en 1959. En los términos más simples posibles se podría decir que Miami era una típica ciudad sureña, con una población importante de jubilados y veteranos, cuyo único interés era la explotación del turismo durante sus cálidos meses de invierno... El crecimiento que ha experimentado Miami no tiene precedentes en la historia de este país. Este crecimiento ha sido parte del llamado ‘Gran Milagro Cubano’. Por esta razón me parece que tanto los que salieron de la isla después de 1959 como los que llegaron recientemente con la misma fe y esperanza, deben sentirse orgullosos no sólo de sus logros personales sino también de sus aportes a la comunidad en su conjunto (Balifoll 1988).

Este comentario, escrito hace casi 20 años por uno de los miembros más prominentes del *establishment* cubano de Miami, fue parte de la respuesta del exilio cubano a la forma en que la población anglo y sus líderes quisieron enfrentar a los recién llegados, caracterizada por una actitud de querer ‘ponerlos en su puesto’ dentro de la jerarquía étnica estadounidense. Durante el éxodo del Mariel de 1980, el *Miami Herald*, quizás la institución principal del viejo *establishment* anglo, lideró una intensa campaña dirigida a sacar a los recién llegados de la ciudad. Una vez concluido el éxodo, se produjo una rápida movilización popular que terminó en una votación abrumadora-

\* Artículo escrito para la conferencia sobre “Cuba”, organizada por el Centro de Estudios internacionales del Colegio de México, México D.F., 15 de marzo de 2002. Agradezco los comentarios y sugerencias de quienes participaron en la conferencia. Los contenidos son de mi entera responsabilidad. El artículo fue publicado por primera vez en *Foro Internacional*, edición julio-septiembre 2003 (México).

mente contraria al uso público del idioma español. “No vinimos a Miami para vivir en una república bananera” proclamó uno de los organizadores del referéndum contra el uso del español (Portes 1993).

### ORÍGENES Y PARADOJAS DEL PODER POLÍTICO CUBANO-AMERICANO

La respuesta cubana fue extraordinaria, tanto por su rapidez como por su amplitud. Denunciados como extranjeros cada vez más indeseables, los exiliados no respondieron con las imputaciones habituales de racismo y discriminación, sino que se dispusieron a tomar control de la ciudad. Antes de su llegada, Miami no era más que una insignificante ciudad turística sureña. El emporio comercial y financiero que surgió súbitamente en el sur de la Florida había sido creado enteramente por ellos, era parte del “Gran Milagro Cubano”. En esta época se creó la Fundación Nacional Cubano-Americana bajo el liderazgo de Jorge Mas Canosa. Y también en esta época se preparó un plan detallado para la conquista del poder político local.

“El referéndum anti-bilingüe fue como una bofetada en el rostro”, comentó un funcionario local cubano-americano en 1981. “La gente empezó a sentirse más cubana que nunca”. En ese entonces, la organización política todavía estaba en estado embrionario, por lo que la estrategia de desagravio fue relativamente modesta—“elegir un alcalde cubano y quizás uno o dos representantes a la legislatura estatal” (Portes y Stepick 1993, 35). Pero para mediados de la década de 1980 estas metas habían sido ampliamente superadas: las alcaldías de Miami, Hialeah, West Miami y varios municipios pequeños estaban en poder de personas nacidas en Cuba, y habían diez cubano-americanos en la legislatura estatal. El impulso hacia la hegemonía política siguió creciendo. Para comienzos de la década de 1990, los cubanos de Miami lograron elegir dos de los suyos como representantes republicanos al Congreso en Washington. Ambos fueron reelectos varias veces a lo largo de la década sin mayor oposición.

Un estudio del Centro para la Integridad Pública (Center for Public Integrity), un instituto liberal de investigaciones de Washington, D.C., concluía con cierta tristeza que la Fundación Nacional Cubano-Americana se había convertido en la organización étnica de cabildero más eficaz de Washington, superando hasta a los cabilderos pro-Israel

que originalmente les sirvieron de modelo. El informe se refería al papel “poderoso, a veces temible” que este grupo conservador jugaba en la definición de la política estadounidense hacia Cuba, y criticaba el acceso “excesivo” que tenía Mas Canosa a los tomadores de decisión de Washington, argumentando que “la mayoría de directores de fundaciones no se reúnen con el Presidente y el Secretario de Estado de todos los gobiernos” (Miami Herald, 24 January, 1a, 15a).

¿Qué había ocurrido? El *establishment* político anglo de Miami, acostumbrado como estaba a bregar con minorías raciales empobrecidas, pensó que podía enfrentar sin mayores problemas a estos exiliados aparentemente sin dinero. Asumieron que la jerarquía étnica propia de una ciudad sureña que se respetara a sí misma sería prontamente restablecida. Su fracaso fue súbito e inesperado, porque los cubanos no eran una simple minoría étnica sino la élite que había sido desplazada de su país de origen, con capacidades considerables en materia de educación, organización e iniciativa empresarial. Entre 1960 y 1980, los exiliados habían establecido miles de pequeñas, medianas y hasta grandes empresas. Mientras sus objetivos políticos se orientaban hacia el rápido derrocamiento del régimen comunista de la isla, en el ámbito económico se esforzaban por recuperar sus posiciones privilegiadas. Ingeniosos y solidarios, los miembros de esta comunidad se apoyaban mutuamente con créditos subsidiados, con información, y como clientes de sus respectivos negocios. A lo largo de dos décadas, la economía del enclave cubano de Miami creció continuamente.

En cualquier comunidad, las políticas tendentes a reafirmar la hegemonía del grupo dominante inevitablemente provocan una movilización reactiva por parte de los excluidos. Estas movilizaciones suelen ser ineficaces debido a la insuficiencia de recursos, pero en Miami el proceso fue muy diferente. Cuando los antiguos exiliados trasladaron su atención de la situación política en Cuba a la de su nuevo país, trajeron a esta confrontación una cantidad considerable de bienes y de destrezas organizativas. Su rápida movilización puso al viejo *establishment* político de Miami primero a la defensiva y luego rápidamente lo derrotó. Las consecuencias de esta victoria política cubana siguen siendo evidentes en la actualidad.

Esta historia ha sido contada antes, de muchas maneras, tanto en tono de celebración como de lamento (Didion 1987; Rieff 1987; Grenier y Stepick 1992). Pero los factores que llevaron a la perpetuación del nuevo orden

surgido en el sur de la Florida a comienzos y mediados de la década de 1980 han recibido menos atención. Las élites cubano-americanas no sólo lograron el control político de su ciudad, sino que en las dos décadas siguientes procedieron a consolidarlo, eliminando por completo a la oposición, a veces con mano de hierro. Esta situación ha dado lugar a tres paradojas:

- Los inmigrantes, sobre todo los que logran el éxito económico y han vivido mucho tiempo en el país anfitrión, tienden a integrarse a la corriente principal de la sociedad. Pero a pesar de su éxito y de haber vivido cuatro décadas en los Estados Unidos, los cubanos siguen al margen, inmersos en la economía política particular que han creado en el sur de la Florida. Esta es *la paradoja de la asimilación*.
- Las actitudes colectivas cambian, sobre todo cuando son expuestas a influencias externas importantes. En muchos círculos, la perspectiva política del *establishment* cubano de Miami se considera extremista y ajena a las realidades políticas post-guerra fría. El carácter reiterativo y estridente de sus planteamientos los han hecho muy impopulares, tanto en América Latina como en los mismos Estados Unidos. Las encuestas de opinión pública invariablemente ubican a los cubanos entre los grupos que gozan de menos simpatías entre el resto de la población estadounidense. Esta es *la paradoja de la intransigencia*.
- El liderazgo cubano-americano está plenamente consciente de que la combativa agenda que lleva adelante le proporciona al gobierno cubano un recurso simbólico invaluable. Los expertos en el tema han argumentado reiteradamente que la principal fuente de legitimidad que le queda al gobierno de Castro, y una de las razones principales de su permanencia, es la credibilidad con la que asume la representación de la resistencia nacionalista a la agresión estadounidense. En consecuencia, mientras los cubano-americanos más tratan de promover políticas hostiles a Cuba, más contribuyen a afianzar un régimen que descansa en la defensa de la soberanía nacional (Domínguez 2003; Domínguez 1993; Eckstein 1994). Esta es *la paradoja de la legitimidad*.

En lo que resta de este trabajo me propongo explorar los factores que condujeron a estos resultados paradójicos, así como los mecanismos sociales e institucionales que han contribuido durante tanto tiempo a mantenerlos vigentes.

### ¿POR QUÉ LO HACEN? LA RAZÓN DE SER DEL EXTREMISMO POLÍTICO

Durante mucho tiempo, la extraña situación del sur de la Florida quiso explicarse en términos del carácter radical de la revolución cubana y las heridas que ésta había causado a sus muchas víctimas. Decenas de miles de personas perdieron sus bienes sin recibir compensación, miles fueron encarcelados en condiciones muy duras, y cientos más perdieron la vida frente a pelotones de fusilamiento. Era de esperarse que las víctimas y sus familiares abrigaran un enorme resentimiento contra el régimen comunista cubano y un deseo implacable de cobrarse los daños sufridos. Esta es la explicación que los mismos exiliados suelen ofrecer para justificar posiciones que el resto del mundo percibe como demencia política. Un empresario cubano-americano justificaba en los siguientes términos la agresiva campaña de protestas contra la presencia en Miami de artistas procedentes de Cuba:

*Cuando tantas personas han sido afectadas por el comunismo, cuando tantas han tenido que abandonar la tierra donde nacieron, cuando la gente no puede visitar los cementerios donde reposan sus seres queridos, entonces tenemos que protestar este tipo de cosas. ¿Por qué no? ¿Por qué tienen ellos que imponernos cosas tan dolorosas? Una persona que no ha sufrido, que no le han matado sus familiares, puede decir tranquilamente que debe haber libertad de expresión. Pero nosotros sabemos que no es así. Es muy duro que ellos vengan aquí, a nuestro medio, a decirnos estas cosas (Portes y Stepick 1993, 138).*

No hay duda de que las pérdidas sufridas en el país de origen han sido una motivación poderosa, pero esto por sí solo no explica la tenacidad y persistencia de la ideología del exilio cubano. Para la mayoría de cubano-americanos, los hechos traumáticos descritos en la cita anterior son solamente un recuerdo lejano. Un número cada vez mayor de las personas que vivieron estos acontecimientos ya ha muerto, pero las generaciones más jóvenes de cubano-americanos—que nunca vivieron en Cuba ni sufrieron esos traumas—siguen repitiendo sus acusaciones de manera ritual. Actualmente, más de la mitad de la población cubana de Miami está constituida por refugiados llegados después de 1979 y sus descendientes. A diferencia de los exiliados de la década de 1960, estos nuevos exiliados crecieron y se educaron en la Revolución, no sufrieron

confiscación de bienes y, en la mayoría de los casos, vinieron a Estados Unidos por razones económicas y no por su oposición al régimen (Eckstein y Barberia 2001).

Hay otros dos factores que, en conjunto, permiten comprender mejor la perpetuación del discurso y el accionar intransigente: primero, la consolidación imprevista de intereses políticos y económicos; segundo, las consecuencias acumuladas de los hechos del pasado sobre las prácticas culturales.

### *Intereses emergentes*

El éxito de la movilización contra los anglos a nivel local tuvo un resultado importante, a saber, la transferencia progresiva del poder político a los antiguos exiliados dentro del sistema electoral estadounidense. Las contribuciones económicas de los empresarios cubano-americanos posibilitaron las victorias electorales de políticos recién aparecidos, sobre todo mediante la movilización del voto cubano-americano. Resultó bastante fácil convencer a la gran masa de cubanos de Miami de que debían obtener la ciudadanía estadounidense y registrarse para votar. En primer lugar porque no tenían la opción de regresar a Cuba, por lo que la obtención de la ciudadanía era parte del proceso de establecerse a largo plazo<sup>9</sup>. En segundo lugar, porque se trataba de una población que ya estaba políticamente movilizada. Sólo era necesario cambiar un poco el sentido de la movilización—o sea, de las protestas callejeras contra Castro a la participación electoral a nivel local.

Con el apoyo monolítico de este bloque de votantes, los candidatos cubano-americanos enfrentaron con éxito a los incumbentes, primero de los cargos municipales, luego de la legislatura estatal y por último del Congreso de los Estados Unidos. Una vez electos, los políticos cubano-americanos reconocieron rápidamente dos puntos importantes: en primer lugar, el aumento considerable de prestigio e influencia que les reportaba su nuevo cargo político; en segundo lugar, las deudas que tenían pendientes con los empresarios que contribuyeron a sus triunfos electorales. A partir de ese momento, las empresas cubanas del sur de la Florida empezaron a prosperar, y trascendieron el mercado puramente étnico para convertirse en proveedoras de bienes y servicios de la población general y del Estado. Fueron compañías cubano-americanas las que tendieron los cables de las compañías telefónicas, las que asfaltaron las carreteras del Condado de Dade, y las que construyeron muchos de los nuevos proyectos habitacionales.

A todo esto contribuyó el hecho de que los funcionarios de la ciudad y del condado responsables de otorgar los contratos, así como los inspectores encargados de supervisar los proyectos residenciales, o eran exiliados o eran empleados de dependencias controladas por funcionarios cubano-americanos. Church and Tower, la compañía fundada por Jorge Mas Canosa, se convirtió en una de las contratistas más importantes del Condado de Dade. La Asociación de Constructores Latinos (Latin Builders Association), que agrupa a todas las empresas cubanas de construcción en el condado, se convirtió en uno de los grupos de presión más importantes en la política local. Con el paso del tiempo, se empezó a desarrollar en el sur de la Florida lo que Logan y Moloch (1987) han llamado “la maquinaria del crecimiento urbano”, en este caso con un fuerte matiz latino.

La dinámica fundamental de esta maquinaria es fácil de entender: los empresarios cubano-americanos aportaban económicamente a las campañas de los políticos cubano-americanos, quienes devolvían los favores una vez electos. La Fundación Nacional Cubano-Americana, establecida en 1981, se convirtió en el núcleo de esta red de intercambio, asegurando su buen funcionamiento y la ubicación estratégica de las contribuciones políticas de los cubanos. Con el paso del tiempo, no sólo los políticos cubano-americanos se beneficiaron de la generosidad de sus aportes, sino también figuras reconocidas de la política estadounidense, como los senadores Jesse Helms de Carolina del Norte y Robert Torricelli de Nueva Jersey.

Los cubanos de Miami se dieron cuenta de que hacer el bien era bueno para ellos. Su movilización frente al intento anglo de reducirlos a la condición de una minoría étnica cualquiera había tenido un éxito sin precedentes, y les había dado acceso a las palancas que controlaban el poder político local. Esto a su vez permitió que políticos y empresarios por igual alcanzaran posiciones destacadas, hasta el punto de que los antiguos exiliados llegaron a ser *la* estructura de poder de Miami. La singular maquinaria de crecimiento creada por ellos tenía, sin embargo, sus puntos débiles. Al llegar a posiciones de poder, muchos exiliados parecían asumir que habían sido electos en Cuba, no en los Estados Unidos, y así se comportaban. En consecuencia, muchos de ellos acabaron en la cárcel o se vieron obligados a renunciar.

Las autoridades federales encausaron varias veces al popular alcalde de Hialeah, Raúl Martínez, aunque esto no impidió su posterior reelección



al cargo. El aparatoso administrador del Condado de Dade, Sergio Pereira, se vio obligado a renunciar en circunstancias bochornosas. Lo mismo ocurrió con Xavier Suárez, un abogado egresado de Harvard y supuesto representante de la “nueva” generación de políticos cubanos, tras descubrirse que su elección como alcalde de Miami en 1997 había sido fraudulenta. Hasta el muy respetado César Odio, administrador de la ciudad durante años, perdió su puesto y fue a la cárcel acusado de malversación. Fueron tantas las elecciones fraudulentas, la venta de favores y el robo descarado de fondos públicos, que el Buró Federal de Investigaciones (FBI) se vio precisado a crear un grupo de trabajo especial para el sur de la Florida. Se llegó al punto de que la ciudad de Miami, al borde de la bancarrota, tuvo que pasar al control directo del Estado de la Florida. A finales de la década de 1980, la procuradora federal Janet Reno no daba abasto en sus esfuerzos por demostrar a los políticos cubanos que Miami era todavía parte de los Estados Unidos y no una república bananera. (Portes y Stepick 1993, ch. 6; García 1996). Los escándalos se redujeron poco a poco durante la década de 1990. Este cambio obedeció, al menos en parte, al aprendizaje que para los políticos cubanos representó la racha de multas, cargos perdidos y sentencias judiciales. Pero a pesar de los fracasos, la maquinaria política creada por los antiguos exiliados siguió teniendo el control y consolidando su posición. El núcleo de su capacidad de supervivencia era la impresionante solidez de su base electoral. Los cubano-americanos siguieron participando activamente en los procesos electorales y apoyando monóticamente a sus candidatos, a veces sin tomar en cuenta los delitos cometidos y las penas de cárcel cumplidas.

Este recurso garantizaba un virtual monopolio de los cargos electivos en las áreas donde los cubanos eran mayoría. El comportamiento del electorado no sólo reflejaba la solidaridad étnica, sino que era consecuencia directa de la ideología anticomunista y la feroz oposición al gobierno de Castro. En efecto, el voto que se depositaba en Miami no era un voto a favor de un candidato de su mismo grupo étnico sino un voto contra Castro (Rieff 1987, ch. 12; Allman 1987, ch. 16; Pérez 1992). Las plataformas electorales reflejaban cuidadosamente esta perspectiva, aún cuando se tratara de candidaturas a cargos tan simples como los de la junta escolar de la localidad. Por el contrario, cualquier candidato, fuera o no cubano, que se atreviera a cuestionar esta posición, firmaba su sentencia de muerte política, al menos en los distritos cubanos. “El es flojo con el

comunismo”, comentaban las viejitas camino al recinto de votación, y eso bastaba para definir su voto.

Esta forma de ver las cosas explica por qué los políticos cubano-americanos se reeligen sin oposición. Este es el caso, sobre todo, de los representantes congresionales, Ileana Ros-Lehtinen y Lincoln Díaz-Balart, cuya misión en Washington no es defender los intereses comunitarios habituales, sino que se les considera embajadores de una misión nacional. En la mente de los electores de la Pequeña Habana, ellos son la voz de la nación cubana sojuzgada y los instrumentos para su redención. Mientras Ros-Lehtinen y Díaz-Balart se sigan proyectando como enemigos implacables de Fidel Castro, tendrán la reelección asegurada.

Esta concatenación de eventos, más que las experiencias personales de las víctimas, es lo que explica la capacidad de supervivencia de la maquinaria cubano-americana. Los que se benefician de ella—políticos y empresarios por igual—tienen fuertes intereses creados en el mantenimiento de sus privilegios. Pero para mantener esas posiciones de privilegio, deben mantener al electorado en un estado de movilización permanente contra el régimen de la isla. Esta misión sagrada—“liberar a nuestro país del comunismo”—es lo que consigue votos en Miami. Con estos votos, a su vez, se obtienen cargos de mucho poder en Tallahassee y en Washington, así como lucrativos contratos para los empresarios locales.

Las bases en la que se apoya esta maquinaria son también la causa de la extraña situación en la que se ven atrapados algunos de sus miembros. Los políticos cubano-americanos que se atreven a cuestionar esta ideología intransigente, o que reconocen el impacto tan negativo de la misma sobre la imagen de su comunidad, deben guardar silencio, porque cualquier acción suya que debilite el fervor de las masas pondrá en peligro su posición. De la misma manera, todo aquel que cuestione la ideología dominante o que emita una opinión favorable sobre el régimen cubano será excluido de los círculos de poder de la maquinaria y perderá el acceso a la misma.

### *Causalidad acumulativa*

Muchos procesos sociales generan sus propias dinámicas. Se trata de situaciones en las que los acontecimientos del presente son producto de acontecimientos similares ocurridos en el pasado, que generan una secuencia acumulativa en una u otra dirección. Ejemplo de esto es el desempleo indi-



vidual, una situación donde permanecer largo tiempo sin empleo reduce significativamente las posibilidades de obtener empleo en el futuro. Ejemplos colectivos son las recuperaciones de las bolsas de valores y las estampidas, es decir, situaciones donde el comportamiento de determinados actores provoca respuestas masivas (Coleman 1991; Granovetter 1974).

Una característica clave de la causalidad acumulativa es la eliminación progresiva de opciones alternativas, por lo que las acciones futuras transitan por senderos donde hay cada vez menos posibilidades. Es por eso que a una persona condenada por cometer un acto delictivo y a la que se etiqueta como descarriada social se le dificulta regresar a la vida normal, ya que las personas a su alrededor tienden a reforzar la etiqueta original con sus actuaciones, y por tanto a marginarla de una gran gama de oportunidades. De igual manera, al gobierno que adquiere la reputación de ser poco confiable en sus manejos financieros se le cerrarán las puertas de la banca internacional, con lo que empeorará aún más su situación económica, lo que a su vez conducirá nuevamente a la adopción de medidas poco ortodoxas. En el lenguaje popular estos procesos se conocen como “círculos viciosos” (Becker 1963; Coleman 1994; Merton 1968).

Junto a la consolidación de intereses económicos y políticos que exigen una constante movilización popular, la perpetuación de la maquinaria cubano-americana es también producto del proceso de causalidad acumulativa. No era inevitable que el marco cognitivo que llegara a dominar la comunidad exiliada fuera el extremismo político de derecha. En los primeros años de existencia de la comunidad se debatían otras ideologías más moderadas. Las razones por las cuales estas últimas terminaron siendo descartadas ya fueron analizadas detalladamente en otro lugar (Portes y Stepick 1993, ch.6). El argumento clave en este sentido es que, una vez que la ideología intransigente se volvió dominante, generó su propia dinámica de crecimiento, excluyendo otras opciones y adquiriendo un carácter cada vez más intolerante.

Esta limitación de las opciones se manifiesta de dos formas. La primera es cognitiva y genera una visión del mundo en blanco y negro, sin matices. Es por eso que los políticos de segunda generación, nacidos y criados en Miami y que nunca han estado en Cuba, no vacilan en repetir las mismas letanías anticomunistas y los llamados a las armas que les enseñaron sus mayores. Este comportamiento resulta en parte de conveniencias políticas, pero también es producto de un convencimiento genuino. La

ideología de la intransigencia les ha impedido conocer perspectivas alternativas con las cuales interpretar la revolución cubana o el comportamiento de sus líderes.

La segunda consecuencia es más concreta. Con el paso del tiempo, en torno a esta ideología se fue desarrollando una serie de comportamientos que llegaron a ser habituales y necesarios. Para ser miembro de esta comunidad, para ser un verdadero “cubano de Miami”, no bastaba con haber nacido en la isla y haber salido de ella por razones de persecución política. También había que asumir determinados comportamientos que se esperaban de uno, como apoyar a candidatos de derecha o rechazar de manera pública y estridente cualquier muestra de simpatía hacia el régimen cubano. Esa es la razón por la que muchos exiliados mayores se niegan a visitar la isla, aún teniendo la posibilidad y el deseo inmenso de hacerlo. Como le dijo un anciano exiliado a Susan Eckstein durante su estudio de la comunidad cubana: “La gente de mi clase social no viaja a Cuba. Jorge Mas Canosa es un santo. Nosotros no rompemos filas” (Eckstein y Barberia 2001, 15).

En este mismo estudio se reporta el caso de Josefina, una cubana entrada en años residente en Nueva Jersey, que decidió regresar porque tenía miedo de no volver a ver a su hermana de 81 años. Su marido no la acompañó, diciendo “yo no voy de visita, yo no vuelvo”. Josefina visitó a su hermana, se entendió a duras penas con una sobrina revolucionaria, y a su regreso declaró: “Era como Beirut. Un país lleno de miseria y destrucción”. Al final de su estadía Josefina sabía “... que este era el último adiós. Yo juré que no regresaría mientras Fidel estuviera en el poder” (Eckstein y Barberia 2001, 19).

Eckstein y su colaboradora Lorena Barberia encontraron que muchos exiliados mayores que se habían atrevido a violar la norma de no viajar, repetían este “tema de Beirut”. Está claro que la percepción de Cuba como “un país destruido” está influida por la ideología de la comunidad donde viven, y esto lo confirma el hecho de que los cubano-americanos jóvenes que no viven en Miami, nunca describen sus visitas a la isla en esos términos. Al contrario, muchos de ellos cuentan historias muy diferentes:

*Quedé impresionadísima con mi primera visita. Yo me crié pensando que Cuba era como Europa Oriental, gris y temerosa. Pero me la encontré maravillosa. La gente pasa trabajo, pero también tiene un gran sentido de la vida... Yo lloraba todas las noches porque era la primera vez que me sentía en mi casa. ¡Había*

*cubanos hablando con las manos! ¡Y yo conocía su acento!* (Eckstein y Barberia 2001, 19–20).

La fuerza de inercia del proceso de causalidad acumulativa permite entender la perpetuación de esta ideología y comportamientos, no sólo por parte de los líderes cubano-americanos que se benefician directamente de la maquinaria política de Miami, sino también por la masa de exiliados que no deriva beneficios materiales de la misma. Ellos viven en un mundo en blanco y negro, donde no hay otras alternativas. Luego de cuadro décadas, es casi imposible superar esta visión que se refuerza a sí misma.

### ¿CÓMO LO HACEN? LOS MECANISMOS PARA MANTENER LA HEGEMONÍA.

En esta última sección quiero abordar un tema diferente. No es lo mismo explicar *por qué* ocurre un proceso social que explicar los mecanismos internos de su funcionamiento. Un proceso puede ser deseable y provechoso para algunas personas, sin que sus deseos se conviertan en realidad. Asimismo, una vez iniciado el proceso, este puede continuar impulsado por su propia fuerza de inercia, si bien dicha fuerza se debilitaría de no ser alimentada periódicamente. Quiero retomar un concepto básico propuesto en un estudio anterior sobre el desarrollo del enclave económico en Miami, a saber, que dicho enclave constituye *una comunidad moral* (Portes y Stepick 1993, 137–44). En este caso, el término “moral” no tiene su sentido habitual, sino que se refiere al hecho de que los intercambios entre los miembros de la comunidad, aún los más instrumentales, están impregnados de esta ideología abarcadora. La adhesión a esta ideología define las fronteras de la comunidad –Vg., define quién es realmente un exiliado cubano y, por lo tanto, quién tiene derecho a demandar la protección, el estatus social y las oportunidades económicas que esta comunidad puede ofrecer. Para comprender la manera en que esta comunidad moral se perpetúa, podemos utilizar dos conceptos: el capital social como mecanismo de control social, y el ritual como mecanismo de reafirmación.

#### ***La desventaja del capital social***

El concepto de capital social, introducido por el sociólogo Pierre Bourdieu (1980) y popularizado por el sociólogo estadounidense James S. Coleman (1988), se define como la capacidad de acceder a recursos en virtud de la

pertenencia a redes sociales o estructuras sociales más amplias (Portes 2000). Los recursos a los que accede pueden ser de cualquier tipo: crédito, información, votos, mano de obra, etc. La idea central es que el capital social proporciona a los individuos medios privilegiados para la obtención de recursos al margen del mercado y sus reglas. Es un privilegio que se concede en función de la pertenencia o membresía. Quienes tienen esta membresía logran acceso a empleos, préstamos con tasas bajas de interés, avisos sobre oportunidades de inversión en la bolsa, y ayuda voluntaria de amistades o vecinos. Quienes no la tienen deben adquirir estos servicios a precio de mercado o bien prescindir de ellos.

Desde el punto de vista del receptor, los recursos mediados por el capital social constituyen un “regalo”. Por tanto, las razones por las que los receptores desean participar en este tipo de intercambio son claras. Es más complicado entender las motivaciones de los donantes, ya que éstos parecen estar regalando algo a cambio de nada. La literatura teórica sobre el capital social identifica varios mecanismos que hacen posible estas transacciones. Dos de ellas son relevantes a nuestro análisis: *las expectativas de reciprocidad*, que llevan a los miembros de una comunidad a hacerse favores unos a otros, con la expectativa de que los mismos les serán devueltos en el futuro (Bourdieu 1980; Coleman 1988; Portes 2000; Portes y Sensenbrenner 1993). El elemento clave que distingue estos intercambios de las transacciones de mercado es que la forma de pago se deja sin especificar. Lo que los donantes generan en estas transacciones es un sentido difuso de compromiso, que puede ser la base sobre la cual se hacen demandas en el futuro. La *solidaridad obligada* es una fuente de capital social que motiva a las personas a ayudar a otras con quienes comparte membresía en una colectividad dada. El vínculo que las une puede ser de cualquier tipo—nacionalidad, clase, etnia o parentesco. Sea cual sea su naturaleza, este vínculo genera un sentimiento de “nosotros” entre las personas vinculadas, que las lleva a preferirse mutuamente aún cuando no hubieran expectativas de reciprocidad (ibid.; Granovetter 1995).

Una de las características más notables del enclave cubano de Miami, sobre todo en sus primeros años, era su solidaridad interna. Esta surgió de la experiencia compartida de salir de la isla y de la sensación de pérdida que la acompañó, y se cimentó posteriormente sobre la base de la oposición al régimen cubano. El crecimiento simultáneo del poder

político y económico de los cubano-americanos generó una masa de recursos y de oportunidades que fue puesta a disposición de amistades y aliados. Los compatriotas cubanos ocupaban el primer lugar en la fila para recibir los favores, con la sola condición de que se adhirieran estrictamente a la perspectiva ideológica del enclave. Los cubano-americanos eran clientes unos de otros, se apoyaban mutuamente sus negocios mediante concesiones y preferencias crediticias, daban empleo a compatriotas y votaban monóticamente a favor de candidatos cubanos. Los miembros de la comunidad—desde el rico empresario hasta el obrero—podían beneficiarse de estas redes de reciprocidad y solidaridad obligada (García 1966, ch. 2; Pérez 1992; Portes 1987).

Al igual que en otros lugares, estas fuentes de capital social traen consigo consecuencias tanto positivas como negativas. Al mismo tiempo que crean oportunidades para las personas, les imponen controles sociales. O dicho de otro modo, el capital social recompensa el conformismo y desincentiva las desviaciones de la norma. Mientras más fuerte es el vínculo, más difícil resulta desafiar los dictados de la colectividad. El enclave cubano constituye una comunidad moral gracias a la fuerza de su capital social, y de ahí la singular combinación de recompensas y castigos con que se asegura la conformidad de sus miembros.

Cuando se convocaron las primeras reuniones para la creación del Comité Cubano por la Democracia (Cuban Committee for Democracy), una organización centrista de cubano-americanos opuestos al régimen cubano pero también a la ideología de la maquinaria, varios empresarios y profesionales reconocidos de Miami asistieron a las mismas. Pero a pesar de su entusiasmo inicial, dejaron de participar poco después, aduciendo siempre las mismas razones: miedo a perder sus empleos y presión de familiares temerosos de las consecuencias u opuestos a su participación en una organización “comunista”<sup>2</sup>. Estos cubanos habían, en efecto, canjeado la supresión de su derecho a la libre expresión en un régimen comunista, por la supresión de este derecho en un régimen capitalista, al estilo Miami. Por lo tanto, la existencia y funcionamiento del capital social dentro del enclave cubano es un factor importante para comprender la supervivencia de su maquinaria política: año tras año se han ofrecido recompensas, simbólicas y materiales, a quienes siguen las reglas de juego, al tiempo que se desincentiva severamente a quienes osan expresar una opinión diferente.

### **Ritos**

Al igual que otros líderes políticos alrededor del mundo que desean mantener sus posiciones privilegiadas, los dirigentes de la maquinaria de Miami reconocen la importancia que para esos fines tiene la realización de ritos periódicos. Los ritos satisfacen la doble necesidad de mantener involucrada a la masa crítica de partidarios y de reactivar la ideología colectiva, adaptándola a las circunstancias cambiantes. En Miami se celebran ritos de dos tipos: regulares y circunstanciales. Los feriados cubanos, como el día de la independencia o el natalicio de José Martí, se celebran en Miami igual que en la isla. A esto se agregan las fechas que son parte de la historia de la comunidad de exiliados, como la invasión de Bahía de Cochinos el 17 de abril de 1961.

El liderazgo cubano-americano utiliza estas ocasiones para reafirmar sus principios ideológicos, atacar al gobierno cubano y pedir que se mantenga el apoyo a la lucha por derrocarlo. En estas fechas, muchas emisoras de radio leen editoriales, con WAQI (Radio Mambí) y WQBA (La Cubanísima) a la cabeza. A los oyentes se les pide que participen, lo que da lugar a exaltadas declaraciones de fervor patriótico anticomunista, donde cada uno quiere superar a los demás. En Miami hay varios lugares que han llegado a adquirir un carácter casi sagrado en el imaginario colectivo y que son, por tanto, perfectos para la realización de estos ritos periódicos. El más importante de estos lugares es la Llama Eterna en honor a los soldados exiliados caídos en la invasión de Bahía de Cochinos en 1961. Está ubicado en el corazón del enclave, en la Calle 8 (SW 8th Street) con el Cuban Memorial Boulevard (SW 13th Avenue).

Otro lugar importante es la Torre de la Libertad (Freedom Tower), una copia de la Torre de la Giralda de Sevilla, ubicada en el centro de Miami. Durante muchos años funcionó como oficina principal del Centro Federal de Refugiados Cubanos (Federal Cuban Refugee Center), y era el lugar donde se procesaban los cientos de miles de recién llegados de la isla. Hace poco fue adquirida por la familia Mas Canosa, que anunció su intención de convertirla en un monumento conmemorativo y museo de historia cubano-americana. Un tercer lugar de importancia es el santuario de Nuestra Señora de la Caridad, la santa patrona de Cuba. Fue construida por la Iglesia católica a orillas de la Bahía de Biscayne, con su altar principal orientado en dirección a Cuba.

Cuando ocurren hechos importantes que movilizan a la comunidad, estos lugares son el escenario donde se celebran manifestaciones, protestas y misas católicas. Aunque ocurren de manera irregular, los acontecimientos de este tipo son relativamente frecuentes, dado el interés de los líderes de la maquinaria de mantener a la masa de exiliados en un estado de movilización emocional permanente. A esto contribuyen las frecuentes confrontaciones entre la comunidad de exiliados y sus perennes enemigos, los comunistas cubanos. Cuando aviones de Hermanos al Rescate, una organización de exiliados, sobrevolaron varias veces la ciudad de La Habana lanzando panfletos anticastristas, el gobierno cubano despachó aviones de guerra Mig a derribarlos. Este incidente, ocurrido en noviembre de 1996, de inmediato suscitó manifestaciones masivas de protesta en Miami, y resultó en la aprobación en el Congreso de los Estados Unidos de la Ley Helms-Burton, dirigida a asfixiar de una vez por todas la economía de la isla. En cuestión de semanas, varias calles de Miami habían sido rebautizadas con los nombres de los pilotos caídos.

Aunque bastante significativo, el caso de los aviones de los Hermanos al Rescate es uno más en la larga cadena de acontecimientos que dan pie a movilizaciones masivas en el sur de la Florida. Al frente de estas manifestaciones hay pequeñas organizaciones cuya razón de ser es azuzar el sentimiento anticastrista. Aunque las apoyan y se benefician de ellas, los máximos dirigentes de la maquinaria cubana rara vez participan en estas acciones callejeras. Esta tarea se la dejan a los pequeños grupos, cuyos líderes compiten entre sí en militancia y fervor patrióticos. El Cuadro 1 presenta un listado parcial de estas organizaciones, que están agrupadas en torno a dos federaciones, la Unidad Cubana y la Junta Patriótica. Como indican sus nombres, se trata de un conjunto muy heterogéneo, que incluye desde supuestos comandos militares a gremios y asociaciones municipales.

Durante el episodio de Elián González, algunos de los grupos de base más militantes juraron que iban a “paralizar a Miami” en protesta por la decisión del gobierno estadounidense de retornar el niño a Cuba. A este fin bloquearon el tráfico en las calles, y trataron de paralizar el puerto y el aeropuerto de Miami, sin prestar la más mínima atención a las opiniones y deseos de los habitantes no cubanos de la ciudad. Cuando las autoridades federales se llevaron a Elián a la fuerza, las protestas se tornaron violentas, registrándose quema de automóviles y repetidos

enfrentamientos con la policía en distintos puntos de la ciudad<sup>3</sup>. La Fundación Nacional Cubana-Americana anunció posteriormente su plan de convertir la casa donde vivió Elián en un santuario y museo, o sea, otro lugar sagrado para la celebración de ritos públicos en el futuro.

Estos ritos, ya sean periódicos o circunstanciales, mantienen a los exiliados en un estado de tensión emocional exacerbada. Hay pocas posibilidades de que los emigrados cubanos puedan pasar por el típico proceso de asimilación, si cada cuantas semanas aparece otra situación que enardece la conciencia colectiva y les recuerda por qué salieron de Cuba y quién es el verdadero enemigo. Las protestas y manifestaciones resultantes—encabezadas por los pequeños grupos, con el apoyo y la complicidad de sus superiores—permiten comprender las paradojas mencionadas al inicio de este trabajo: así como este ambiente dificulta la asimilación a la sociedad estadounidense, así también resulta imposible renunciar a una ideología que con tanta frecuencia se reafirma mediante fervorosos rituales públicos.

A raíz de la expulsión de 21 jóvenes cubanos que se habían refugiado en la embajada mexicana en La Habana a fines de febrero del 2002—el episodio que generó las más recientes movilizaciones colectivas en Miami—uno de los líderes del exilio declaró lo siguiente a Radio Mambi:

*El gran patriota mexicano Benito Juárez declaró que “el respeto al derecho ajeno es la paz”. Por el contrario, “la falta de respeto al derecho ajeno es la guerra”. El gobierno mexicano ha demostrado una falta absoluta de respeto a los derechos de los cubanos oprimidos. Estamos, por tanto, en guerra con México. Hacemos un llamado a todos los cubanos para que boicoteen los productos mexicanos, y a nuestros representantes congresionales en Washington para que rechacen tajantemente el pedido del Presidente Fox de legalizar a los mexicanos que se encuentran de manera ilegal en los Estados Unidos<sup>4</sup>.*

El que declaraciones de este tipo sean tomadas en serio es una muestra de que la ideología intransigente creada por la maquinaria se va volviendo cada vez más intolerante.

#### **CONCLUSIÓN: PERSPECTIVAS PARA EL FUTURO.**

El gobierno cubano y su oposición organizada en Miami tienen muchas cosas en común, entre ellas las frecuentes predicciones sobre su

desaparición. Hasta el momento estas predicciones no se han cumplido. Los dos sistemas políticos han demostrado una impresionante capacidad de supervivencia. La maquinaria de Miami se enfrenta a fuerzas poderosas, particularmente de carácter demográfico: el segmento de la población cubano-americana más identificado con la ideología intransigente—es decir, los exiliados que llegaron antes de 1980—está envejeciendo y muriendo con rapidez. Al mismo tiempo, los segmentos poblacionales de mayor crecimiento—es decir, los cubano-americanos de segunda y tercera generación y los exiliados que llegaron después de 1980—tienen menos militancia y en algunos casos hasta rechazan la ideología dominante.

No obstante, es poco probable que los cambios demográficos por sí solos puedan producir cambios importantes en Miami. La maquinaria está tan firmemente establecida que hasta los cubanos de segunda generación que aspiran a cargos políticos se ven obligados a obedecerla. Los políticos cubano-americanos jóvenes repiten las mismas letanías anti-castristas; los mismos representantes congresionales de derecha se reeligen una y otra vez sin oposición; y a ningún comerciante de Miami en su sano juicio se le ocurriría patrocinar un programa de radio o televisión contrario a la ideología de la maquinaria.

En este contexto, para lograr el cambio político en Miami es necesario un esfuerzo concertado y bien organizado por parte de los sectores moderados de la comunidad cubano-americana, en alianza con otros grupos no cubanos del área. Sin embargo, son muy pocas las voces moderadas que se escuchan en Miami, ya que quienes piensan de esta manera prefieren concentrarse en sus proyectos personales y evitar enfrentamientos con la ideología dominante. Aunque se lamenten en privado, no plantean sus puntos de vista en público. Unos pocos cubanos de primera y segunda generación han llegado a estar tan disgustados con la maquinaria que se han cruzado al otro bando y declarado su apoyo al gobierno cubano. Ese es, evidentemente, un callejón sin salida.

Aunque los exiliados cubanos piensan que van a cambiar a Cuba, es probable que ocurra lo contrario. Dada la ausencia de esfuerzos deliberados por lograr cambios dentro de la misma comunidad cubano-americana, la única alternativa que queda es la de una transformación en Cuba que cambie por completo la ecuación política de las últimas cuatro décadas. Durante todo ese tiempo, los políticos en el exilio han sido un reflejo fiel de los acontecimientos en la isla, reaccionando fuertemente y en sentido

### **Cuadro 1. Confederaciones de grupos políticos cubanos de Miami**

<b>JUNTA PATRIÓTICA</b>	<b>UNIDAD CUBANA</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Fundada en abril de 1980</li> <li>• Su primer dirigente fue Tony Varona, antiguo primer ministro cubano</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Fundada en junio de 1991</li> <li>• Su primer dirigente fue Armando Pérez Roura, comentarista de radio</li> </ul>
<b>Organizaciones</b>	
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Puente de Jóvenes Profesionales Cubanos</li> <li>• Coalición de Profesionales Cubano-Americanos</li> <li>• Movimiento de Recuperación Revolucionaria</li> <li>• Partido Revolucionario Cubano Auténtico</li> <li>• Pro Cuba</li> <li>• Municipios de Cuba en el Exilio</li> <li>• Brigada 2506</li> <li>• Central de Trabajadores de Cuba en el Exilio</li> <li>• Colegio de Arquitectos de Cuba</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Movimiento Demócrata Cristiano</li> <li>• Grupo Táctico Cubano</li> <li>• Asociación Nacional de Mujeres Cubanoamericanas</li> <li>• Alianza Fraternal José Martí</li> <li>• Federación de Masones Cubanos Exiliados “Cuba Primero”</li> <li>• Federación Mundial de Ex-presos Políticos</li> <li>• Alpha 66</li> <li>• Bloque de Organizaciones Anticomunistas</li> <li>• Federación de Logias Unidas Orden “Caballeros de la Luz”</li> <li>• Alianza “17 de Abril”</li> <li>• Federación de Trabajadores Azucareros</li> <li>• Claustro de Profesores de la Universidad de la Habana</li> <li>• Comandos Martianos</li> <li>• Centro de Derechos Humanos</li> <li>• Municipio de Remedios</li> <li>• “Stop Dollars to Castro”</li> <li>• Coalición Democrática Cubana</li> <li>• Republican Hispanic Association</li> <li>• Movimiento Comando F4</li> <li>• Vigilia Mambisa</li> <li>• Municipio Santiago de las Vegas</li> <li>• Asociación Ideológica Combativa</li> <li>• Partido Revolucionario Cubano Auténtico</li> <li>• Frente de Liberación Cubano</li> <li>• Movimiento Insurreccional Martiano</li> <li>• Asociación de Veterinarios</li> </ul>

Fuente: Hidalgo (2001).



contrario a cada acción emprendida por el gobierno de Castro. Es imposible que en Cuba se pueda producir una transformación política que no afecte a Miami en la misma medida. Pero no parece haber mucha posibilidad de que esto ocurra, dado que Castro y sus aliados más cercanos siguen profundamente comprometidos con el mantenimiento del régimen comunista. Por lo tanto, lo más probable es que, al menos en el futuro previsible, las cosas sigan como están ahora. Una historia triste e inconclusa, que resultaría cómica de no ser por sus trágicos resultados.

## REFERENCIAS

- Allman, T. D. 1987. *Miami, City of the Future*. New York: Atlantic Monthly Press.
- Becker, Howard. 1963. *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*. New York: Free Press.
- Botifoll, Luis J. 1988. *Introducción al Futuro de Miami*. Miami: Laurenty.
- Bourdieu, Pierre. 1980. "Le Capital Social: Notes Provisoires". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 31: 2–3.
- Coleman, James S. 1994. "A Rational Choice Perspective on Economic Sociology". pág. 166–80 en *Handbook of Economic Sociology*, ed. N.J. Smelser y R. Swedberg. Princeton, NJ: Princeton University Press y Russell Sage Foundation.
- \_\_\_\_\_. 1988. "Social Capital in the Creation of Human Capital". *American Journal of Sociology* 94: S95–S121.
- Didion, Joan. 1987. *Miami*. New York: Simon and Schuster.
- Domínguez, Jorge I. 1993. "The Secrets of Castro's Staying Power". *Foreign Affairs* 72 (Spring): 97–107.
- \_\_\_\_\_. 2003. "Cuba en las Américas: Ancla y Viraje". *Foro Internacional* 43, (julio-septiembre): 525–549
- Eckstein, Susan. 1994. *Back from the Future, Cuba under Castro*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- \_\_\_\_\_. y Lorena Barberia. 2001. "Cuban American Cuba Visits: Public Policy, Private Practices". Informe del Mellon-MIT Inter-University Program on Non-Governmental Organizations and Forced Migration, Center for International Studies. Boston, January.
- García, María Cristina. 1996. *Havana, USA*. Berkeley: University of California Press.
- Granovetter, Mark. 1995. "The Economic Sociology of Firms and Entrepreneurs". pág. 128–65 en *The Economic Sociology of Immigration: Essays on Networks, Ethnicity, and Entrepreneurship*, ed. Alejandro Portes. New York: Russell Sage Foundation.
- \_\_\_\_\_. 1974. *Getting a Job: A Study of Contacts and Careers*. Cambridge: Harvard University Press.
- Grenier, Guillermo J. y Alex Stepick, eds. 1992. *Miami, Now!* Gainesville: University of Florida Press.
- Hidalgo, Ariel. 2001. "Las corrientes políticas cubanoamericanas del sur de la Florida". Informe solicitado, Center for Migration and Development, Princeton University, March.
- Logan, John y Harvey Molotch. 1987. *Urban Fortunes: The Political Economy of Place*. Berkeley: University of California Press.
- Merton, Robert K. 1968. "The Self-Fulfilling Prophecy". pág. 475–90 en *Social Theory and Structure*. New York: Free Press.
- Pérez, Lisandro. 1992. "Cuban Miami." pág. 83–108 en *Miami, Now!*, ed. Guillermo J. Grenier y Alex Stepick. Gainesville: University of Florida Press.
- Portes, Alejandro. 2000. "The Two Meanings of Social Capital". *Sociological Forum* 15, no. 1:1–12
- \_\_\_\_\_. 1987. "The Social Origins of the Cuban Enclave Economy of Miami". *Sociological Perspectives* 30 (October): 340–71.
- \_\_\_\_\_. y Rubén G. Rumbaut. 1996. *Immigrant America: A Portrait*, 2nd ed. Berkeley: University of California Press.
- \_\_\_\_\_. y Julia Sensenbrenner. 1993. "Embeddedness and Immigration: Notes on the Social Determinants of Economic Action". *American Journal of Sociology* 98 (May): 1320–50.
- \_\_\_\_\_. y Alex Stepick. 1993. *City on the Edge: The Transformation of Miami*. Berkeley: University of California Press.
- Rieff, David. 1987. *Going to Miami*. Boston: Little Brown.

## NOTAS

1. Un hallazgo habitualmente reportado en la literatura sobre naturalización y cambio de ciudadanía es que los inmigrantes y refugiados impedidos de retornar a su país de origen son más propensos a procurar la nueva ciudadanía que aquellos que sí pueden regresar. Ver Alejandro Portes y Rubén G. Rumbaut, *Immigrant America: A Portrait*, 2nd edición, Berkeley: University of California Press, 1996, pp. 115–124.
2. Entrevistas personales con tres de los participantes en las reuniones iniciales. Miami, primavera de 1993.
3. "INS: Send Elian Back", "Cuban exiles vow widespread protests", *The Miami Herald*, January 6, 2000, pp. 1a, 12a, 13a.
4. "La Mesa Revuelta", *Radio Mambi*, 2 de marzo 2002.



**RELIGIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD**

## Sociedad civil y religion en Cuba: pasado, presente y futuro

MARGARET E. CRAHAN

Mucha de la literatura anterior y actual sobre Cuba plantea que una de las razones principales del triunfo del Movimiento 26 de Julio en 1959 y de la posterior consolidación de la revolución marxista-leninista, fue la debilidad de la sociedad civil organizada y de la religión. Tales aseveraciones carecen de fundamento. Las organizaciones cívicas y de otro tipo eran comunes en Cuba por lo menos desde el siglo diecinueve y su número siguió creciendo a lo largo del siglo veinte. Para 1959, la sociedad civil cubana era una de las más avanzadas de América Latina a pesar de los periódicos intentos gubernamentales por reglamentarla, tanto por medios legales como por medios represivos (Quiroz 2003, 59–63). Después de 1959, el gobierno revolucionario ha tratado de limitar el desarrollo y la autonomía de los grupos organizados, sobre todo mediante la emisión de decretos. Las leyes promulgadas entre 1976–1985 para institucionalizar el proceso revolucionario también codificaron las medidas gubernamentales dirigidas a controlar a la sociedad civil (ibid., 63–64). No obstante lo anterior, en los últimos años las organizaciones cívicas y de otro tipo que no están bajo control del gobierno se han expandido y fortalecido. Tanto así que a lo interno de la sociedad civil cubana se percibe un cierto grado de agitación. Los grupos religiosos, que ocupan cada vez más espacio público, constituyen un elemento crítico dentro del sector autónomo de la sociedad civil cubana. Estudios recientes sugieren que la naturaleza, la fortaleza y los recursos con que cuenta la sociedad civil ayudan a determinar la orientación de un país. En ese sentido, una mejor comprensión del papel desempeñado por las religiones en la evolución de la sociedad civil cubana, tanto en el pasado como en la actualidad, ayudaría a aclarar las perspectivas futuras de la isla<sup>1</sup>.

## EL PASADO

La tendencia a caracterizar las religiones en Cuba como relativamente débiles deriva en parte de la importancia que se atribuye a la participación formal, a los niveles de activismo y a la influencia política directa. Es cierto que, en términos históricos, la asistencia a servicios religiosos y la participación en asociaciones religiosas fueron relativamente bajas en Cuba, y que la influencia política se consideró bastante superficial. Pero lo que no se ha estudiado lo suficiente es el importante papel jugado por las religiones autóctonas, judeo-cristiana y espiritistas, en las que cree la gran mayoría de cubanos y que dan cuenta de la amplia difusión de la religiosidad popular. Más aún, las creencias religiosas han impregnado la cultura cubana y moldeado sus valores sociales. Al mismo tiempo, la misma abundancia de religiones, junto a la escasa presencia de instituciones religiosas, sobre todo en las zonas rurales, favoreció la poca práctica religiosa y el alto grado de sincretismo y permeabilidad de los sistemas de creencia, tanto de carácter religioso como secular<sup>2</sup>.

La débil presencia institucional, la escasez crónica de recursos humanos y materiales, así como la actitud de apertura hacia otras creencias, dieron lugar a un mayor grado de secularismo y a niveles de identificación y lealtad institucional menores a los de la mayoría de países latinoamericanos (Crahan 1979). No obstante, la cultura y la sociedad cubanas han estado y continúan estando impregnadas de religiosidad popular y de simbolismos, íconos y referentes religiosos. La creencia en lo divino ha sido siempre parte integral de la identidad cubana, de la “cubanidad” (Crahan 2003). Por tanto, el caso cubano es contradictorio en el sentido de que, aunque su población es creyente, las religiones institucionales, sobre todo la católica, son más débiles en Cuba que en la mayoría de las antiguas colonias españolas de América Latina. Esto ha dado lugar al supuesto de que Cuba es una sociedad poco religiosa en sentido general.

La situación descrita obedece en parte al relativo aislamiento de la sociedad cubana durante el período colonial, en comparación con las posesiones españolas de tierra firme, lo que generó un mayor grado de autonomía y de adaptaciones a las condiciones locales, tanto por parte de los clérigos como de los laicos. Esto propició un alto grado de heterodoxia religiosa aún dentro de la Iglesia católica, en donde a comienzos del siglo XIX surgió una corriente de librepensadores que promovía la independencia, la abolición de la esclavitud, el gobierno republicano y la

ampliación de los derechos ciudadanos. Esto llevó al gobierno español a reprimir a algunos de estos individuos y grupos, considerados subversivos. Entre ellos destaca el Padre Félix Varela y Morales (1787–1853), profesor del seminario de San Carlos y San Ambrosio de La Habana, quien en 1823 fue exiliado a los Estados Unidos. Varela fue el primero en impulsar la participación política ciudadana, los derechos humanos, y la reforma de las estructuras políticas, económicas, religiosas y sociales de acuerdo a las necesidades de la ciudadanía. Sus escritos constituyen una de las primeras formulaciones del gobierno liberal y la sociedad civil (Torres-Cuevas 1997; Varela 1977). Sus ideas influenciaron al líder independentista José Martí y todavía en 1997, en un coloquio realizado en la Universidad de La Habana, eran citadas como ejemplo de cómo organizar una sociedad justa (Torres-Cuevas, et al. 1999; Liss 1987, 12). En sentido general, tanto los niveles de instrucción como las actitudes políticas de los sacerdotes católicos variaban enormemente, lo que también ocurría con los líderes de las religiones autóctonas o afrocubanas. La mayoría de ellos reflejaban las creencias de las comunidades en las que vivían, donde predominaba la preocupación por lo cotidiano.

La diversidad de actitudes entre el personal religioso se intensificó a raíz de la independencia de Haití y de otras colonias españolas en la década de 1820. Esto resultó en la llegada a Cuba de un gran número de clérigos que reforzaron a los sectores más conservadores de la Iglesia católica, para consternación del Obispo José Díaz y Espada y Landa (1802–1832), quien trató de limitar su influencia promoviendo ideas liberales republicanas. El sector conservador de la Iglesia respondió con intrigas que eventualmente lo obligaron a renunciar, pero sus acciones lograron identificar a un sector de la Iglesia católica con la lucha por la independencia y los derechos ciudadanos, aún cuando la Iglesia institucional mantuvo su adhesión a España. Estas divisiones internas agravaron las debilidades institucionales de la Iglesia católica cubana, en un período en el que las creencias afrocubanas y protestantes se identificaban más con la independencia.

Los ministros protestantes y sus feligreses, cuyo número se incrementó a finales del siglo diecinueve, eran propagandistas efectivos del ideario político liberal. Al igual que sus contrapartes católicas, algunos ministros protestantes tuvieron problemas con el gobierno colonial y fueron obligados a exiliarse, generalmente a los Estados Unidos, donde sus ideas sobre la participación y los derechos ciudadanos siguieron desarrollándose. Muchos

continuaron apoyando el movimiento independentista, ya fuera en la isla o desde el extranjero. El nivel de organización de la sociedad civil en el período inmediatamente anterior a la guerra de independencia de 1895–1898 era muy alto, y muchos líderes religiosos no sólo ayudaron a legitimar el movimiento con su participación, sino que además fueron combatientes (Crahan 2003, 47–50; Maza 1993).

Las creencias espiritistas traídas por los esclavos africanos también jugaron un papel importante en la conformación de la sociedad cubana. Sus ceremonias religiosas ayudaron a definir las comunidades y a transmitir los conceptos de buen gobierno y de resistencia legítima. También promovieron la lucha por la independencia, junto a la reivindicación por los plenos derechos ciudadanos. Durante la guerra de independencia (1895–1898), los afrocubanos entraban al combate enarbolando el estandarte de la Virgen de la Caridad, a la que se identifica con el espíritu de Ochún. En otras palabras, el ícono católico y su contraparte espiritista legitimaron doblemente la lucha independentista y el establecimiento de la república. En general, la sociedad civil cubana de finales del siglo diecinueve estaba altamente movilizada contra el dominio español e inundada de propuestas de todo tipo sobre cómo reformar la sociedad a fin de lograr la vigencia plena de los derechos civiles, políticos y socioeconómicos.

La nueva república, que se estableció bajo la Enmienda Platt impuesta por los Estados Unidos, no logró una ampliación significativa de los derechos ciudadanos, por lo que el clima de conflicto social y la movilización de la sociedad civil continuaron. Se usaron las creencias religiosas para enfrentar a la nueva república, como en el caso del levantamiento afrocubano de 1912, donde se utilizaron tanto imágenes católicas como espiritistas. Una vez aplastado este movimiento, la religión volvió a utilizarse como mecanismo para la resistencia y la organización clandestina, sobre todo entre los afrocubanos<sup>3</sup>.

Algunos sectores dentro de los movimientos revolucionarios de las décadas de 1930 y 1950 también hicieron uso de las creencias religiosas, no sólo para legitimar sus objetivos, sino además para obtener colaboradores y recursos. En ambos movimientos participaron estudiantes universitarios tanto católicos como protestantes, y algunos líderes y grupos de iglesia ayudaron a recaudar fondos. En conclusión, si bien el nivel de asistencia a servicios religiosos fue bajo en Cuba durante todo el siglo veinte, las creencias religiosas y la identificación general con las normas religiosas

estaban muy difundidas y, en ocasiones, coexistían con el interés en el marxismo. Esto fue reforzado en algunos casos por la interpretación de las doctrinas sociales de las iglesias, que prestaban cada vez más atención a los derechos de los trabajadores. De esta manera se justificaron los movimientos de apoyo a la justicia social y en contra de la corrupción gubernamental y el abuso de poder (Kirk 1989, 40–43).

Por tanto, aunque el porcentaje de cubanos con una práctica religiosa regular no era muy alto, las creencias religiosas tenían mucho arraigo y se reflejaban en las ideas políticas y sociales, así como en la participación de los cubanos en la sociedad civil<sup>4</sup>. Asimismo, el porcentaje de la población que se declara creyente en Dios se ha mantenido sorprendentemente estable en Cuba desde la década del cincuenta hasta el presente (alrededor del 85%), aunque la práctica religiosa formal sigue siendo escasa<sup>5</sup>. Esto parece indicar que, si bien la religión institucional ha sido históricamente débil en Cuba—de acuerdo a indicadores como la asistencia a servicios religiosos, el alcance geográfico y los recursos—el impacto de la religión sobre las ideas políticas y sociales ha sido significativo.

## EL PRESENTE

¿Qué impacto han tenido los 45 años de revolución marxista sobre el rol de la religión en la sociedad civil cubana? Las religiones institucionales estuvieron muy marginadas en la década de los sesenta, empezaron a recuperarse en los años setenta y ochenta, y experimentaron un repunte en la década del noventa, sobre todo a medida que disminuía la capacidad del gobierno de satisfacer las necesidades socioeconómicas básicas de la población. Desde el comienzo, el gobierno había justificado sus actuaciones y sus políticas—incluyendo la de convertir las organizaciones de la sociedad civil en frentes de masas gubernamentales—con el argumento de que se trataba de medidas necesarias para garantizar la distribución equitativa de los beneficios de la economía socialista. El cumplimiento de esta promesa era indispensable para la legitimación del gobierno. Aunque los líderes religiosos apoyaban la meta de justicia social y económica, ya para los años ochenta—y sobre todo con la crisis económica de los noventa—empezaron a cuestionar con mayor frecuencia las políticas y programas gubernamentales.

Los líderes religiosos vinculaban la incapacidad del modelo económico de satisfacer las necesidades socioeconómicas básicas de los cubanos a

la falta de una efectiva participación de la ciudadanía en la definición de las políticas públicas y en la rendición de cuentas de las autoridades. Durante una visita a Roma en 1999, el cardenal de La Habana, Monseñor Jaime Ortega y Alamino, declaró que en vista de que la revolución había creado tantas expectativas y movilizado a los cubanos en la búsqueda de una sociedad más justa, la Iglesia católica tenía el deber de ayudar a preservar los logros revolucionarios. Pero al mismo tiempo, dijo, la Iglesia tiene la obligación de ayudar al pueblo cubano a superar las limitaciones de la revolución, sobre todo mediante un aumento de la participación popular en la toma de decisiones gubernamentales. En su opinión, la mejor manera de lograr esto último era intensificar los esfuerzos evangelizadores, a fin de preparar mejor a los laicos para la acción desde una sociedad civil movilizada<sup>6</sup>. Para facilitar dicho proceso, la Iglesia católica puso en práctica un Plan Global Pastoral para el período 1997–2000. Su objetivo principal era promover la evangelización a través de comunidades proféticas y aculturadas que se encargarían de difundir el mensaje del evangelio, para así promover la dignidad humana, la reconciliación y la construcción de una sociedad basada en el amor y la justicia. El logro de esta meta requería el fortalecimiento de las comunidades religiosas, en las que todas las personas serían consideradas hijos de Dios y, por tanto, tratadas con justicia (Conferencia de Obispos Católicos de Cuba 1996, 2–4). El plan demandaba una gran cantidad de recursos, tanto monetarios como de personal, ambos muy escasos (*ibid.*, 6). Algunos líderes eclesiásticos y laicos entendían que, además de ser demasiado general, el plan no era lo suficientemente proactivo.

Un grupo de sacerdotes elaboró una crítica pública donde argumentaron que superar la enorme pasividad que el sistema político le había inculcado a la ciudadanía era un prerrequisito básico. Criticaron asimismo los llamados de la iglesia católica, y de otras iglesias, a un diálogo nacional, porque estos llamados partían del supuesto equivocado de que el gobierno estaba dispuesto a dialogar. Algunos sacerdotes propusieron que en lugar de esto, la Iglesia debía proponer un diálogo nacional con la participación de una amplia coalición de sectores de la sociedad civil, incluyendo a otras iglesias, organizaciones de ayuda mutua y grupos autónomos (LADOC 2000). Ninguna de las dos propuestas de diálogo ha podido ser implementada debido a la renuencia del gobierno y a la debilidad de la sociedad civil organizada. Aquí se evidencia nuevamente que,

por el momento, a lo interno de la Iglesia católica y de la comunidad religiosa en general, no existe la fortaleza y la unidad de criterios necesarias para concertar una agenda consensuada y una estrategia de implementación. Algunas personas han sugerido que la agenda consensuada podría definirse a partir del Proyecto Varela—que propone reformas constitucionales y de otra índole a fin de hacer más participativa y plural la actividad política en Cuba—pero hasta la fecha no ha habido una movilización amplia en apoyo a esta propuesta.

Movilizar a la sociedad civil desde la comunidad religiosa es una empresa que enfrenta obstáculos muy serios. En Cuba casi todas las religiones adolecen de falta de recursos, al tiempo que tienen que enfrentar una demanda creciente de ayuda humanitaria por parte de la población. La mayor parte de sus recursos económicos provienen del exterior y están sujetos a regulaciones y controles gubernamentales, por lo que las iglesias y demás organizaciones religiosas tienden a ser cautelosas. También los donantes religiosos extranjeros han tomado medidas para evitar que se les identifique con algunos de los sectores más autónomos o disidentes de la sociedad civil. A pesar de esto, el creciente papel de las iglesias de dar respuesta a las necesidades socioeconómicas de la población ha incrementado el rol y la credibilidad de la mayoría de las religiones dentro de la sociedad civil. En general se puede afirmar que, aunque las iglesias se están perfilando como un componente fundamental de una sociedad civil que lentamente cobra fuerza, es de esperarse que hagan lo posible por evitar confrontaciones serias con el gobierno.

## EL FUTURO

En los últimos años se ha reconocido que las religiones a menudo estimulan un mayor activismo de la sociedad civil, particularmente en países donde hay fuertes presiones para el cambio. En Cuba, donde el gobierno revolucionario ha tratado de subsumir la sociedad civil organizada al Estado y de marginar las religiones, no está claro qué posibilidades hay de que las religiones puedan asumir un liderazgo importante en la determinación del futuro cubano por intermedio de la sociedad civil. El potencial existe, sin embargo, dado el proceso actual de “maduración” de la sociedad civil en Cuba. Para que este potencial se concrete, y para que las religiones jueguen un papel importante en el proceso, tanto las religiones como la sociedad civil deberán cumplir ciertas condiciones.

Una de estas es que debe existir espacio suficiente para que a través de presiones generalizadas se pueda demandar un mayor rol para la sociedad civil. Al tiempo debe aumentar la capacidad de la sociedad civil para efectivamente ocupar estos espacios. En Cuba se han registrado avances en ese sentido. Desde finales de los años setenta, por ejemplo, el gobierno ha sido más tolerante con algunas entidades ciudadanas, culturales y religiosas autónomas, a las que se ha permitido salir de la marginalidad a la que fueron relegadas en los años sesenta. Esto obedece en parte a que el gobierno necesita ayuda para satisfacer las necesidades básicas de la población, así como a sus esfuerzos por compensar la pérdida de apoyo de otros sectores. La disposición del gobierno de conceder más espacio a los actores religiosos se evidenció a comienzos de los años noventa, cuando se eliminó la disposición que prohibía a los creyentes ser miembros del Partido Comunista, la que había impedido que activistas religiosos desempeñaran cargos importantes en el gobierno o en el área educativa. Una enmienda constitucional aprobada en 1992 transformó a Cuba de un estado oficialmente ateo a un estado laico. De manera paralela, el gobierno ha ido cediendo más espacios, algunas organizaciones oficiales han asumido mayor autonomía, y algunas organizaciones históricas—entre ellas algunas de carácter religioso—han experimentado cierto resurgimiento. El resultado evidente es una cierta agitación, a medida que estos grupos dan los primeros pasos en pos de una mayor participación en los asuntos sociales y políticos. Muy pocos de ellos cuestionan el carácter socialista del gobierno, si bien un número considerable ha empezado a exigir un mayor disfrute de los derechos, no sólo socioeconómicos, sino también civiles y políticos. Consecuencia de todo esto es que se está cuestionando la legitimidad del gobierno, la cual se ha basado en la promesa de mayores libertades como producto de la justicia socioeconómica. Algunos indicadores sugieren que la población está respondiendo positivamente, aunque más en el sentido de mostrar acuerdo que de movilizarse.

Esta situación plantea una interrogante fundamental, a saber: ¿Qué posibilidad hay de que las normas y principios que sustentan a una sociedad civil libre puedan servir de marco para la incorporación al sistema socialista de grupos auto-organizados, a fin de hacer este sistema más plural y participativo? Si se determina que una sociedad civil pluralista es compatible con el socialismo, sería entonces necesario un plan de reformas centrado en la ampliación de las estructuras de participación, de

forma tal que éstas no estén enteramente subsumidas a las estructuras políticas y económicas centralizadas (Armony 2003, 26). No está claro, por demás, si las religiones en Cuba estarían dispuestas a realizar esfuerzos por lograr una mayor participación. Por el momento, las posiciones a este respecto son muy diversas.

Algunos especialistas plantean que una manera de permitir la participación de la sociedad civil en la reconstrucción del consenso social y político es incrementando los niveles de autonomía de los frentes de masas. Otros ponen en duda la posibilidad real de que llegue a existir una sociedad civil pluralista, en un contexto donde 45 años de hegemonía ideológica gubernamental han teñido de sospecha cualquier atisbo de heterodoxia. Por otro lado está el hecho de que la clase política cubana ha restringido el debate sobre sociedad civil y limitado la ampliación de la esfera pública, con el argumento de que la sociedad civil sería una especie de “quinta columna” de los Estados Unidos. Otro asunto a considerar son los efectos de la globalización en Cuba, particularmente la penetración de normas y comportamientos no socialistas, incluyendo los transmitidos por los nuevos actores religiosos (Armony 2003, 17–36). En efecto, una de las tendencias más notables actualmente en Cuba, es la intensificación de los intercambios internacionales entre organismos religiosos, tanto a nivel micro como macro. A esto han contribuido diversos proyectos humanitarios, así como el impulso natural a construir comunidades junto con sus contrapartes (Hansing y Mahler 2003, 123–30). Esto ha propiciado un mayor debate en torno a si las religiones deben asumir formalmente el rol de promotoras de la reconciliación entre los cubanos de la isla y los del extranjero, tarea ésta que incluye el desarrollo de una teología de la reconciliación.

Dado que en Cuba las religiones juegan un rol cada vez mayor de intermediación (tanto formal como informal) entre el estado y la sociedad civil, mediante la satisfacción de las necesidades básicas de ésta última, ¿sería posible para los actores religiosos asumir un rol de mediación en la transición actual? A medida que aumenta la dependencia del gobierno y de la sociedad en los actores religiosos, tanto nacionales como internacionales, ¿se abre una oportunidad real de que las religiones puedan influir el rumbo de la sociedad? Hasta el momento todo parece indicar que el gobierno se opondría a tales posibilidades, aunque no está claro hasta cuándo podrá seguir oponiéndose. ¿En qué medida podrían entonces aprovechar la situación estos actores religiosos, aún relativamente débiles?



Además, dada la diversidad de opiniones dentro del sector religioso en cuanto a la naturaleza de la transición y el grado de reestructuración necesario, ¿se puede lograr un consenso que vaya más allá de la necesidad del cambio? ¿Y hasta qué punto estaría la sociedad civil cubana, con su carácter tan secular, dispuesta a aceptar que las religiones asuman un liderazgo importante, aún cuando éstas últimas cuenten con la mayor cantidad de redes y recursos institucionales?

Para resumir, ¿en qué medida estaría la ciudadanía dispuesta a aceptar el liderazgo de las religiones en la construcción de la nueva sociedad cubana del futuro? En los últimos años ha habido un repunte en la asistencia a las iglesias y la participación en grupos religiosos, pero es posible que, si hubiera la alternativa de optar por organizaciones de carácter más secular, la popularidad actual de las religiones pueda decaer. No hay por demás ninguna indicación de que la naciente sociedad civil cubana esté dispuesta a conceder a las religiones un papel protagónico en su proceso de resurgimiento, aún cuando las religiones sean uno de sus componentes más fuertes. Para que las intenciones de la sociedad civil puedan definirse con claridad, se precisa de un ejercicio más amplio del derecho de asociación. Eso facilitaría el proceso de definir y empezar a implementar las agendas consensuadas.

En el momento actual, la sociedad civil autónoma no tiene ningún liderazgo reconocido. Para identificar este liderazgo se requiere de una masa crítica de ciudadanos preactivos, que no necesariamente tienen que ser la mayoría. En Cuba no parece haberse llegado a ese punto. ¿Podrían los grupos religiosos facilitar el desarrollo de este liderazgo? Algunas religiones se han ocupado de capacitar a líderes comunitarios, profesionales, jóvenes y otros para que jueguen un papel más activo en la sociedad civil, pero estas personas todavía no se han aglutinado en torno a una agenda consensuada. Aunque ha habido cierto desarrollo de sus capacidades de liderazgo, los logros en este sentido son menores que los de los frentes de masas gubernamentales.

En resumen, no está claro si en Cuba está surgiendo o no una posición de consenso en torno a la dirección que deben tomar la sociedad y la política cubanas en el futuro. Aunque este tema se ha discutido a lo interno de la naciente sociedad civil, las propuestas que hasta el momento han circulado son bastante esquemáticas. El tema se ha explorado hasta cierto punto en cursos, conferencias y publicaciones religiosas, pero tampoco en

éstas ha habido un consenso claro del rumbo que deberán seguir la sociedad, la política y la economía cubanas en el futuro. Esto es indicativo de una cierta desorientación conceptual en la sociedad civil. Los actores religiosos por lo general no se sienten capaces de conducir el tipo de debate necesario para alcanzar un mayor consenso sobre este tema. Por ende, si bien es cierto que los cubanos tienen una larga historia de asociacionismo, y que las creencias religiosas tradicionalmente han moldeado a la sociedad civil, ninguna de las dos tendencias parece tener la fuerza suficiente para garantizar que la sociedad y las religiones sean las que determinen el resultado de la transición actualmente en curso en Cuba.

## REFERENCIAS

- Armony, Ariel. 2003. "Civil Society in Cuba: A Conceptual Approach". Pág. 17–35 en *Religion, Culture, and Society: The Case of Cuba*, ed. Margaret E. Crahan. Washington, DC: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- Conferencia de Obispos Católicos de Cuba. 1996. *Plan Global Pastoral, 1997–2000*. La Habana: Secretariado General de la COCC.
- Crahan, Margaret E. 2003. "Cuban Diasporas: Their Impact on Religion, Culture, and Society". Pág. 37–54 in *Religion, Culture, and Society*, ed. Margaret E. Crahan. Washington, DC: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- \_\_\_\_\_. 1999. "Cuba". En *Religious Freedom and Evangelization in Latin America: The Challenge of Religious Pluralism*, ed. Paul E. Sigmund. Maryknoll, NY: Orbis Books.
- \_\_\_\_\_. 1979. "Salvation through Christ or Marx: Religion in Revolutionary Cuba". Pág. 238–66 en *Churches and Politics in Latin America*, ed. Daniel H. Levine. Beverly Hills: Sage Publications.
- Echevarría Salvat, Oscar A. 1971. *La agricultura cubana, 1934–1966: Régimen social, productividad y nivel de vida del sector agrícola*. Miami, FL: Ediciones Universal.
- Hansing, Katrin y Sarah J. Mahler. 2003. "God Knows No Borders: Transnational Religious Ties Linking Miami and Cuba". Pág. 123–130 en *Religion, Culture, and Society*, ed. Margaret E. Crahan. Washington, DC: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- Helg, Aline. 1995. *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886–1912*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Kirk, John M. 1989. *Between God and the Party: Religion and Politics in Revolutionary Cuba*. Tampa: University of Florida Press.
- LADOC. 2000. "Cuba, its people and its church". *LADOC XXX* (July/August): 11–17.

- Linz, Juan J. y Alfred Stepan. 1996. *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Liss, Sheldon B. 1987. *Roots of Revolution: Radical Thought in Cuba*. Lincoln, NE: University of Nebraska Press.
- Maza, Manuel. 1993. *El clero cubano y la independencia: Las investigaciones de Francisco González del Valle (1881–1942)*. Santo Domingo, DR: Compañía de Jesús en las Antillas.
- Putnam, Robert D. 1993. *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Quiroz, Alfonso. 2003. “The Evolution of Laws Regulating Associations and Civil Society in Cuba”. En *Religion, Culture, and Society: The Case of Cuba*, ed. Margaret E. Crahan. Washington, DC: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- Richard, Patricia Bayer y John A. Booth. 2000. “Civil Society and Democratic Transition”. En *Repression, Resistance, and Democratic Transition in Central America*, ed. Thomas W. Walker y Ariel C. Armony. Wilmington, DE: Scholarly Resources.
- Skocpol, Theda y Morris P. Fiorina, eds. 1999. *Civic Engagement in American Democracy*. Washington, DC: Brookings Institution Press.
- Torres-Cuevas, Eduardo. 1997. *Félix Varela: los orígenes de la ciencia y conciencia cubanas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- \_\_\_\_\_, et al. 1999. *Félix Varela: Ética y anticipación del pensamiento de la emancipación cubana*. La Habana: Imagen Contemporánea.
- Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas. 1959. *La educación rural en Las Villas: Bases para la redacción de unos cursos de estudios*. Santa Clara, Cuba: Universidad Central.
- Varela, Félix. 1977. *Escritos políticos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Warren, Mark E. 2001. *Democracy and Association*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

## NOTAS

1. Es bien conocido el gran número de trabajos sobre el tema de sociedad civil aparecidos tras la publicación del estudio pionero de Robert D. Putnam (1993). El siguiente listado es una indicación de la complejidad y diversidad de roles que juega la sociedad civil: Linz y Stepan (1996); Richard y Booth (2000); Skocpol y Fiorina (1999); Warren (2001).
2. Una encuesta a 4.000 trabajadores agrícolas realizada en Cuba en 1957, encontró que aunque el 96,5% de los encuestados creía en Dios, el 41,4% declaró no tener afiliación religiosa. Asimismo, aunque el 52,1% se declaró católico, más de la mitad de ellos (53,5%) afirmó nunca haber visto a un sacerdote y sólo el 7,8%

dijo haber tenido contacto con alguno (Echevarría Salvat 1971, 14–15).

3. El Partido Independiente de Color, cuyos líderes organizaron protestas y finalmente encabezaron la revuelta, usaba como símbolo el caballo encabritado que representa al espíritu yoruba de Changó, cuya contraparte católica es Santa Bárbara. A comienzos del siglo veinte, los Independientes exhortaban a los cubanos a votar por el partido “del caballo” (Helg 1995, 150–51).
4. Una encuesta realizada en la provincia de Las Villas en 1958 encontró que sólo el 3,8% de los varones católicos de la muestra había asistido a misa en el mes anterior, y sólo el 5,1% de las mujeres. El 92,6% de los varones y cerca del 90% de las mujeres no asistían regularmente a los oficios religiosos. La situación era similar en el resto de la isla (Universidad Central 1959, 32).
5. En 1960 los católicos nominales constituían alrededor del 70–75 % de una población total de 7.500.000, mientras los protestantes representaban el 3–6%. En la década del cincuenta, la comunidad judía contaba con unas 12.000 personas, mientras que el porcentaje de creyentes en la santería se estimaba en un 65%. A finales de la década del ochenta, el Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas de la Academia Cubana de Ciencias estimó que entre el 65–85% de los cubanos tenía creencias sobrenaturales, contra un 13,6% que no las tenía. A mediados de los noventa, el porcentaje de creyentes se calculó en alrededor de un 85% de la población. Según estimados de diversas fuentes, el porcentaje actual de la población con una práctica religiosa regular se sitúa entre 1–3%. Para un análisis de las estadísticas religiosas cubanas a través del tiempo, ver Crahan (1999, 297–98).
6. Jaime Ortega y Alamino, “Discurso de Mons. Jaime Ortega y Alamino: Visita Ad Limina de los Obispos de Cuba, 25.VI.94”, Roma, 25 de junio de 1994.

## Las relaciones entre la Iglesia Católica y el Estado cubano a la altura del 2003

AURELIO ALONSO

### ANTECEDENTES

Desde algo antes de los comienzos de los años noventa tiene lugar en Cuba un claro proceso de reanimación de la espiritualidad religiosa, de la actividad eclesial y del culto en general, por oposición a lo que pudiéramos considerar dos décadas precedentes de repliegue frente a la hegemonía ideológica del ateísmo. Por reanimación —también se le ha llamado reavivamiento— aludimos a datos evidentes, algunos probados, de crecimiento del número de creyentes, de concurrencia a las festividades principales, de exteriorización de signos y desinhibición para identificarse en la fe, de aparición de nuevas expresiones religiosas. En fin, que se puede hablar hoy de una “inserción activa de las instituciones y movimientos religiosos en la sociedad civil cubana” (del Rey y Castañeda 2002).

Se ha dicho bastante, desde ambas posiciones, sobre la confrontación entre la Iglesia Católica y el Estado nacido de la Revolución entre 1959 y 1962. No obstante, quiero recordar que el catolicismo cubano ha vivido dos sensibles reveses históricos. El primero en el paso de la colonia a la República dependiente, donde el revés se vinculaba a un anticlericalismo marcado por la reacción al rechazo, cerrado y sostenido, que la Iglesia había hecho al movimiento independentista cubano en la segunda mitad del siglo XIX. Entró a la República con la rémora de no dejar de haber sido una Iglesia española, la Iglesia de la dominación colonial, revés del cual la institución se recuperó—no sin apoyo de Washington, que hizo cargo al gobierno republicano de una indemnización que hubiera correspondido a España—articulando sus dispositivos al nuevo esquema de dominación, a cuya disposición puso un extenso y estratificado sistema de educación católica, paralelo al sistema escolar público, que excluía de manera expresa la enseñanza religiosa<sup>1</sup>.

Los dispositivos de recuperación que siguieron a la confrontación de principios de los sesenta no podían ser los mismos de la República poscolonial porque con el establecimiento del sistema público de educación como único autorizado, y la expropiación de los planteles privados en 1961, el Estado revolucionario despojaba a la Iglesia de su principal instrumento de influencia. La Iglesia se veía en la necesidad de realizar esta nueva recuperación en condiciones menos ventajosas, y de cara a las restricciones impuestas por una proyección ateísta desde el sistema político, la cual tuvo carácter normativo hasta principios de los noventa.

Abordaré ahora los últimos años, en particular los relativos a la década de los noventa, y el dato temporal es importante, porque evidencia que no se trata de algo demasiado reciente, generado por la visita del Papa, en 1998, que fue un acontecimiento religioso de suma relevancia, pero que se inscribe ya en el contexto de esta reanimación. Por lo tanto, no se le puede concebir como causa de la reanimación, en el sentido más estricto. Tampoco es algo que se origine del todo en el derrumbe económico cubano de comienzos de los noventa, aunque habrá que reconocer que este se convirtió en un sólido factor de incidencia. La fractura del flujo de soluciones sociales a los problemas materiales contribuía a acentuar la búsqueda de salidas, efectivas o simbólicas, por la vía individual.

Los desarrollos en las proyecciones de la Iglesia observados en los ochenta, reflejados algunos en el documento final del Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), de 1986, son ya indicativos de una recuperación en la presencia católica y en la religiosidad, en el plano más general. Evidencia verificada por las investigaciones sobre religiosidad efectuadas por el Departamento de Estudios Socio religiosos del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas a finales de esa década<sup>2</sup>, las cuales arrojaron que aproximadamente el 85% de la población cubana admitía algún tipo de creencia en, o contacto con, lo sobrenatural, en tanto los lazos de pertenencia orgánica a religiones estructuradas no pasaban del 16% y, en el punto opuesto, sólo el 15% de la muestra se revelaba integrada por ateos.

Tampoco sería posible desvincular del todo el presente proceso cubano de reanimación religiosa del que tiene lugar al nivel mundial en este mismo período, en el contexto del cambio global. En Estados Unidos varias encuestas realizadas a finales de los noventa muestran aumentos muy significativos en el número de pentecostales, testigos de Jehová, mormones, y otras denominaciones no tradicionales. En Europa se producen

tendencias análogas, y en América Latina crecen en forma impresionante desde finales de los sesenta el pentecostalismo y numerosos movimientos de conversión, la mayoría de los cuales son calificados como “sectas” por los críticos de estas tendencias.

### **VITALIDAD CATÓLICA DENTRO DEL PROCESO DE REANIMACIÓN EN LOS NOVENTA**

Sería necesario subrayar que lo que identificamos como reanimación no constituye exclusivamente—y no siempre esencialmente—un efecto de crecimiento numérico.

Al tomar en cuenta la reanimación yo haría referencia a varias esferas. Reanimación en primer lugar en la esfera de la religiosidad popular, donde la relación devocional tiene lugar de manera directa, y el sincretismo<sup>3</sup> con religiones de origen africano cubre prácticamente todo el espectro. La religiosidad popular<sup>4</sup> se muestra sobre todo en los últimos 10 años más desinhibida, emerge a la vida cotidiana prácticamente sin trabas (del Rey y Castañeda 2002). Incluso se abre en muchos casos como un autodescubrimiento, con cierto aire de sorpresa. No como la ve la Iglesia, como un estrato o un momento imperfecto o incompleto de la religiosidad, sino como una expresión religiosa legítima en sí misma. Es precisamente en la esfera de la religiosidad popular donde se observa mayor ímpetu en las tendencias iniciales de reanimación.

La oración popular es indicativa de la comunicación con lo sobrenatural de manera más espontánea y directa que las oraciones formales de la liturgia, muy distantes a veces de la identidad (Guanche 2001). A la valorización de la espontaneidad se suma el hecho de que, como apunta una de las informantes de Lidia Cabrera (1989), los santos son los mismos, aunque con nombres distintos, y la diferencia es que los orishas comen mucho y tienen que bailar, en tanto los del santoral católico no comen ni bailan, y sólo aceptan velas, incienso y aceite.

En cuanto a la esfera de la pertenencia a las religiones o grupos religiosos principales, a saber, católicos, protestantes y santeros, cabría señalar, en el caso del protestantismo, que todo el arco denominacional ha mostrado un efecto moderado de crecimiento. Pero también en Cuba el pentecostalismo y otras creencias no históricas han multiplicado su filiación muy por encima de la corriente protestante tradicional, con ciertas semejanzas con lo sucedido en el resto del continente.

La reanimación del catolicismo es más difícil—y compleja, por razones históricas conocidas<sup>5</sup>—y arriba al mapa religioso de hoy con una presencia más compartida con las denominaciones protestantes en términos de influencia social, pero con un impulso de fortalecimiento institucional que recorrió toda la década que nos ocupa. Estudios exploratorios parciales<sup>6</sup> recientes arrojan un estimado no superior a 100 mil asistentes a la misa católica dominical. Ponderando muy holgadamente el número de católicos comprometidos que no asisten a misa el estimado no llegaría a los 300 mil. En tanto el número de protestantes—todas las tendencias incluidas—se calcula en el orden de los 500 mil. Pentecostales, testigos y adventistas incluidos.

### LA RECONSTRUCCIÓN INSTITUCIONAL CATÓLICA EN LOS NOVENTA.

Aunque un carril de recuperación del cuerpo del catolicismo se había hecho notar desde el ENEC (1986), la institución no exhibía todavía otros desarrollos. Después del derribo del Muro de Berlín en 1989 se evidenciaba, sin embargo, la precipitación del derrumbe del socialismo mundial, del cual el experimento cubano no podía quedar indemne. Un nuevo documento pastoral de los obispos en 1993, *El amor todo lo espera*, le daba una connotación más matizada a la interpretación local de la doctrina social católica, concebida para un mundo que dejaba de ser bipolar, donde habría que poner la atención en el fracaso del socialismo y sentar las coordenadas de un proyecto alternativo—de transición capitalista—reservando en él a los católicos una esfera de protagonismo sustantivo.

Para estos propósitos el ENEC había envejecido. Allí los católicos cubanos habían llegado al consenso de que el socialismo les había enseñado a dar por justicia lo que antes daban por caridad. Su propuesta de acompañamiento pastoral de la transformación social dentro de coordenadas socialistas, aun siendo crítica, debía ceder el paso al lanzamiento de un “proyecto de poder alternativo por la vía de la hegemonía moral”, en el cual la caridad antecede, informa y subordina a la justicia (Alonso 1997, caps. III y IV). A principios de 1996, una reunión bautizada como ENEC II, se dedicaba a argumentar las directrices de la pastoral de 1993 como si fueran una continuación de aquel momento fuerte en la vida de la Iglesia cubana. De este modo no sólo se consolida una lectura crítica del proyecto cubano vigente, con muy poco o ningún reconocimiento de los

propósitos de equidad y justicia, de las realizaciones en esta dirección, y los escollos levantados, sino también una propuesta cuya vaguedad no logra disimular los contornos de los programas democristianos ya conocidos.

Para pasar a otro aspecto de esta reconstrucción institucional, en lo que se refiere a la estructura diocesana del país, en 1989 ésta se componía de 5 diócesis y 2 arquidiócesis con los preladados correspondientes; la estructura territorial y jerárquica casi no había variado en 30 años. A finales de 1998 existían ya 8 diócesis y 3 arquidiócesis y el número de los preladados había aumentado a 13. En la actualidad funcionan 602 templos, el número de sacerdotes asciende a 297 (55.3% cubanos), y se cuentan 27 hermanos legos, 31 diáconos permanentes y 518 monjas, lo cual totaliza 888 dirigentes de culto, 420 más que 10 años antes. En el presente más de cien seminaristas se forman para el sacerdocio, en Cuba y en el extranjero, cifra similar a las más elevadas de los años cincuenta, y muy superior a las de finales de los ochenta que sólo rebasaba la veintena (del Rey y Castañeda 2002).

El movimiento laico católico también se ha revitalizado en el período con la creación del Movimiento Estudiantil Católico Universitario (MECU), el Centro de Formación Cívico-Religiosa de Pinar del Río, el Equipo Promotor para la Participación Social del Laico, la Comisión Justicia y Paz, la Asociación de Periodistas Católicos, la Asociación de Historiadores Católicos, centros de estudios culturales en varias diócesis, por citar sólo algunas manifestaciones relevantes de la organización del laicado. La Casa Laical del arzobispado de La Habana es otro centro activo de promoción cultural.

Una iniciativa que considero de especial interés es el Aula Fray Bartolomé de las Casas, de los Padres Dominicos, que desde 1996 organiza conferencias, encuentros y mesas redondas en las cuales exponen personalidades de la cultura y académicos de los más diversos medios. Esta constituye el espacio más abierto de debate con que cuenta hoy la Iglesia cubana, tanto por la pluralidad de los participantes, como por el clima de libertad y respeto, y la orientación constructiva que la informa.

En esta década la Iglesia ha logrado proveerse de una *intelligentsia* joven, activa, mayoritariamente laica, eclesiásticamente oficialista, y dispuesta a copar los espacios que no le sean restringidos. Publican un número elevado de revistas católicas, la mayor parte órganos de las diócesis, entre las que se destacan *Palabra Nueva* (del Arzobispado de La Habana), *Vitral* (de la diócesis de Pinar del Río) y *Vivarium* (del Centro Cultural de la Arquidiócesis

habanera). No podría ofrecer ahora un número exacto pero sin duda circulan hoy más de 40 publicaciones católicas, cuando hace poco más de una década sólo existía la hoja dominical Vida Cristiana, impresa con gran tirada por los padres jesuitas. Sirven de vehículo a posturas críticas a veces integrales y propuestas que a veces han sido identificadas como la única oposición ante la cual el régimen no se ha mostrado intransigente.

La Iglesia se ha opuesto a que sus publicaciones sean formalmente inscritas para evitar cualquier tipo de sujeción eventual a disposiciones estatales, decisión que de ningún modo exime del respeto a la legalidad y las normas establecidas. Esta postura no ha sido hasta el momento, sin embargo, motivo de contratiempo alguno.

La visibilidad de la Iglesia también se percibe en la celebración con cierta periodicidad de las Semanas Sociales, de encuentros de historiadores, culturales y otros. En la introducción de planes pastorales más elaborados y dinámicos, y de la evangelización a partir del laicado comprometido, y de la pretensión de dar forma a una expresión doméstica de la Doctrina Social de la Iglesia, como fuente de inspiración de proyectos políticos, económicos y sociales propios, a título no oficial, mayormente contestatarios.

La creación de un cardenal cubano, hace 10 años, le da un nuevo sesgo al proceso de recuperación institucional y culmina una maduración de condiciones que se esperaba alcanzar para recibir al Papa en una “Iglesia nueva”. En Cuba no se había creado otro cardenal desde la muerte de Manuel Arteaga en 1964. El restablecimiento de la jerarquía cardenalicia en la isla supone que la Iglesia mundial, a través del pontífice, se considere de nuevo con un nivel apreciable de revitalización allí. Significa que asigna a su grey un pastor, y al Estado un interlocutor, del más alto nivel de la jerarquía eclesiástica. Significa una prelatuza que rebasa las fronteras territoriales (los católicos de Miami dependen de sus obispos locales, pero Ortega es el cardenal de todos los cubanos, como se ha dicho a veces en situaciones polémicas). Significa, finalmente, más allá de su cercanía al pontífice, la membresía del cónclave, la condición de elector de papas, y a la vez de elegible.

### LA VISITA PASTORAL DE JUAN PABLO II A CUBA EN 1998

El acontecimiento de orden religioso cubano en estos años que más expectativas levantó en la prensa y en la opinión internacional fue la visita pastoral del Papa a Cuba.

El debate sobre la pertinencia o no de la visita polarizaba todas las opiniones apasionadas, las favorables tanto como las adversas al proyecto revolucionario cubano (Alonso 1998), pero aunque los obispos aseguraban en textos que la precedieron que sería como “si Jesucristo nos visitara”, me consta que ni la jerarquía católica ni la política apostaban a expectativas excepcionales.

En Miami sectores católicos de la comunidad cubano americana organizaban un crucero para asistir a la misa del Papa en la capital habanera, en tanto las fuerzas de la derecha presionaban con éxito al Arzobispado para que bloqueara tal iniciativa.

Creo que lo primero que merece destacarse es que por primera vez desde 1959, en los últimos meses de 1997, la Iglesia y el Estado cubano trabajan en coordinación con un mismo propósito. Fidel Castro solicitó la presencia de todo el pueblo en las celebraciones masivas que haría el Papa durante su estancia, ponderó sus virtudes personales y reclamó el mayor respeto para su jerarquía espiritual. Le dio al Pontífice todas las seguridades. Justificó con argumentos históricos el antisovietismo polaco como gesto legítimo de rebeldía, y hasta exoneró al Papa de responsabilidad en el derrumbe del socialismo europeo, argumentando que es algo que se le ha atribuido injustamente<sup>8</sup>. Anunciaba así cual sería su posición personal y ponía al servicio del Papa su demostrado poder movilizador. Desde ese momento el propósito del éxito se potenciaba con la convocatoria oficial más allá del laborioso esfuerzo preparatorio de la Iglesia local. La convocatoria de la institucionalidad política se sumaba a la de los obispos, y era dirigida no solamente a los católicos sino a toda la población del país.

Así el dilema de para quién sería el éxito o el fracaso dejó de existir, porque el éxito iba a tocar a todos y el fracaso sería sólo para la intransigencia. Posiblemente por primera vez en cuatro décadas la población encontraría en los medios de comunicación un mensaje distinto del oficial (Alonso 2000a). El Papa fue dueño del escenario mediático durante cinco días.

Un análisis más detenido debe llevar a nuestra mirada la diferencia entre el impacto del acontecimiento y el significado del discurso del Papa en Cuba. Es el resultado del acontecimiento el que no deja espacio para la derrota política. El discurso del Papa, al margen del acontecimiento, es un discurso ambivalente, o tal vez sea más exacto decir, contradictorio. Se mueve entre una agenda global y una agenda local que no tienen la



misma dimensión. Se mueve también entre una agenda religiosa y otra agenda social entre las que es forzoso discernir (Alonso 2000b).

Se ve con claridad, en consecuencia, que aun cuando se pronuncie expresamente contra la hegemonía, se orienta hacia un proyecto ético hegemonizado por el catolicismo, fuera del cual los valores morales no serían viables. Habría que preguntarse si su discurso está dirigido a conciliar y acercar los proyectos afines, o si se trata en realidad de desplazar los otros, y de proponer el suyo como la única opción aceptable.

Esta tónica permeó todas las referencias puntuales, y mostró cómo a través de una priorización instrumental de la Iglesia local en función del interés de una hegemonía sectorial podía dejar en la sombra su discurso global contra el capitalismo salvaje, contra la tiranía del mercado, contra la desigualdad, la pobreza, el hambre, la contaminación ambiental, la violencia, la guerra, la intolerancia, etc., etc., presente en primer plano en otras ocasiones<sup>9</sup>.

Aunque no hemos efectuado una nueva investigación sobre religiosidad a escala nacional en Cuba, que nos permita actualizar lo que apreciamos a finales de los ochenta, no se puede desconocer que la visita del Papa tuvo algún impacto de incentivación en todo el espectro de la religiosidad cubana, a través tanto de desacuerdos como de coincidencias. Sin embargo, encontramos parejamente signos de moderación en algunas manifestaciones populares de religiosidad: tal es el caso de las peregrinaciones al Rincón el día de la celebración de San Lázaro (Babalú Ayé de la santería), las que mayor cantidad de fieles convoca, que fue de unas 69.300 personas en 2003, o sea, 8.000 menos que en 2002, unos 12.500 menos que en 2001, y 19.500 menos que en 2000<sup>10</sup>. Es una tendencia sostenida que no se puede pasar por alto como algo coyuntural. Como puede verse estamos ante un fenómeno complejo que requiere respuestas muy argumentadas.

### PAISAJE DESPUÉS DE UNA VISITA

Dentro de las instituciones civiles, la Iglesia católica supone una densidad de relaciones de poder que algunos estudiosos vacilan en calificarla dentro del concepto de sociedad civil y prefieren otorgarle una categoría diferenciada<sup>11</sup>. En consecuencia, es difícil que exista un Estado moderno en el cual el concepto de normalidad en las relaciones con la Iglesia no esté cargado en alguna medida de una dinámica de tensiones y distensiones entre la expectativa de la organización eclesial de maximizar

sus espacios y la del sistema político de preservar los límites que cree pertinentes. Entre lo uno y lo otro se encuentra, realmente, lo que se suele entender como normalidad. Las condiciones serían que la Iglesia pueda definir siempre con nitidez sus necesidades legítimas, y el Estado los contornos, las fronteras de sus propios espacios institucionales.

Por tanto no es aceptable que posiciones polares sean indicativas de condiciones de normalidad. La imposición de un patrón atea desde el Estado lleva a su mínima expresión la libertad religiosa; pero la eliminación de las fronteras para la libertad religiosa puede comprometer al Estado en un confesionalismo tácito. Es en el plano de la libertad de las instituciones—más que en el de las individuales—que cobra forma el dilema.

La Iglesia cubana tiene una agenda de reclamos que antecede a la visita y que no ha encontrado respuesta satisfactoria ni antes ni después de la misma. El tema de la autorización de ingreso de sacerdotes al país es una constante, dado que el número es inferior a la aspiración pastoral y las vocaciones nacionales nunca son suficientes. La Iglesia puede tener razón en este que se refiere a sus necesidades pastorales, pero su solución supone una dimensión migratoria, cuestión que se solapa con otras políticas de gobierno. El permiso para la construcción de nuevos templos responde a otra necesidad pastoral cuya limitación parece menos justificada. La aspiración a contar con un dispositivo de educación católica no limitado a la catequesis constituye una constante en la cual la Iglesia ha llegado a reconocer que no se trata de la recuperación de un sistema escolar paralelo, pero también se ha hecho notar este propósito. El cuarto aspecto de interés insatisfecho es el del acceso a los medios masivos de comunicación.

En Cuba la Iglesia desenvuelve su existencia dentro de un Estado socialista que durante años se identificó con un ateísmo doctrinal; lo adoptaron sus dirigentes, educaron a su relevo en esta concepción y negaron espacio en la vida política no solamente a un proyecto ético cristiano sino a toda expresión explícita de compromiso religioso. Ni los cambios institucionales y de proyección adoptados desde principios de los noventa ni el saldo de entendimiento que dejó la visita del Pontífice son suficientes todavía para borrar las huellas de esa historia ni para impedir que se resientan cicatrices en torno a las decisiones políticas que tienen que ver con la religión o las iglesias. La constatación de una aspiración insatisfecha después del paso del Papa se vio desde el primer aniversario de la visita y se ha sostenido en los años posteriores<sup>12</sup>.

La Iglesia cubana, por su parte, ha mostrado un conservadurismo y una homogeneidad que no creo haya sido superada por ninguna otra de las Iglesias latinoamericanas. En las filas del relevo clerical en los últimos cuarenta años no encontraron el menor espacio posturas comprometidas en la práctica con las ideas más renovadoras y audaces, frontales a la lógica del capital, como ocurrió en casi toda América Latina. En el terreno de los problemas sociales, que es el que define, a la larga, la relación con el contexto histórico—y no la proyección teológica—la propensión contestataria es mayoritaria, la búsqueda de alternativas al margen del sistema es lo generalizado. Sobre todo después de 1993<sup>13</sup>.

Por tal motivo no es difícil comprender que subsista una propensión fundamentada por parte de las autoridades políticas a mirar con desconfianza sus reclamos, a no propiciar un clima de mayor libertad institucional a su gestión pastoral, a ponderar con prudencia cualquier acción política que, pareciendo normal, arme a la institución con un instrumento de poder contestatario para el sistema.

La producción teórica y pastoral en Cuba tiene un corte eminentemente eclesiocéntrico. Y con excepción de un grupo muy reducido de laicos, que padecen por sus posiciones la marginación de su institución religiosa, la *intelligentsia* católica cubana (laicos y clérigos) se orienta de manera ortodoxa por el pensamiento pontificio que articula la Doctrina Social de la Iglesia. En Cuba la homogeneidad ortodoxa de los intelectuales orgánicos al catolicismo es superior a la homogeneidad que se atribuye a la intelectualidad revolucionaria orgánica. O sea, que hay más incondicionalidad, esquematismo y exclusión y menos diversidad entre los católicos que entre los marxistas.

Se trata, en consecuencia, de una normalidad difícil. Me cuento, sin embargo, entre los que piensa que si el curso de la política de Estados Unidos no hubiera extremado como lo ha hecho su hostilidad hacia Cuba, incluyéndonos en el “eje del mal” y volviendo a hacernos sentir el peligro de la agresión militar, y si la economía cubana hubiera encontrado un curso más seguro de recuperación y un contorno más racional en sus estructuras, la contestación desde la Iglesia sería también más moderada. Y la normalidad tendría tal vez otros colores. Un cierto retorno a las posiciones del ENEC era algo que incluso algunas figuras de la jerarquía habrían propiciado.

Por lo tanto, el eje de los obstáculos en la comunicación no creo que radique realmente en la medida en que puedan encontrar respuesta los

reclamos coyunturales sino en elementos que tocan la raíz misma de las diferencias de las propuestas sociales.

### UNA MIRADA A LA IGLESIA CUBANA DESDE EL 2003

En los últimos 10 años la Iglesia cubana ha generado muchos más documentos oficiales y no oficiales que en los treinta años precedentes, y posiblemente que muchos años atrás. Entre los más recientes resaltan dos: “No hay patria sin virtud”, carta pastoral del Cardenal Ortega en conmemoración del 150 aniversario de la muerte de Félix Varela<sup>14</sup>, y la instrucción teológico-pastoral de los obispos titulada “La presencia social de la Iglesia” en septiembre, con motivo del décimo aniversario de la pastoral *El amor todo lo espera*<sup>15</sup>. Algunas lecturas especializadas le atribuyen un signo de endurecimiento de posiciones; desde la esfera política se ha hecho habitual en los documentos de estos años una sensibilidad más marcada ante las críticas. De manera similar los obispos cubanos suelen ser censurados desde Miami, donde se les considera frecuentemente tibios y conciliatorios.

A mí me llamó la atención el énfasis, en el documento de septiembre, en el no comprometimiento de la Iglesia con posiciones políticas, “ni con el gobierno ni con la oposición”, reiterado cuatro veces en un documento de sólo 11 páginas, y una advertencia sobre “influencias disgregadoras... de distintos signos en el interior de la Iglesia para que desempeñe un rol político ajeno a la misión de la misma”. Algunos meses antes, al final de una conferencia impartida en el Aula Fray Bartolomé de las Casas que cerró el ciclo de presentación de su libro, titulado *Tè basta mi gracia*, alguien preguntó por qué la Iglesia no apoyaba al Proyecto Varela, a lo que el Cardenal Ortega respondió: “La Iglesia no tiene la misión de ser el partido de oposición que lamentablemente no existe en Cuba... y no tiene que apoyar ningún proyecto en ese orden”. Y relató cómo Cintio Vitier y Arcos Bergnes coincidían en la misma iglesia y allí tienen que darse a veces la paz entre ellos, porque es la Iglesia de ambos<sup>16</sup>. No lo cito como algo casual sino porque es precisamente desde esta perspectiva que la institución ha manejado su autonomía en las relaciones con el Estado revolucionario.

Me permito citar también otro pasaje de una conferencia de Ortega en Alemania, a finales del 2000, en que afirma: “Revolución en Cuba es, pues, nacionalidad, futuro, independencia. El hecho que divide la historia de Cuba en el siglo XX en dos mitades está condensado en una

frase: el triunfo de la revolución, pues se considera que en 1959 se alcanzó, por fin, la auténtica posibilidad de realizar el proyecto de la revolución tantas veces soñado”... “En el hablar común cualquiera puede expresar su condición de no comunista, pero no ser revolucionario entraña una grave deficiencia en la condición misma del ciudadano” (Te basta mi gracia pág. 998).

Más allá de esta sutileza, lo que me parece un déficit importante en el discurso de la Iglesia, y que no siempre se ve, es la ausencia de una reflexión global (o no sé si sería más preciso decir la presencia, disimulada o no, de la mala reflexión global) en la perspectiva política, económica y social. El mundo de relaciones hegemónicas que impone condicionamientos y reglas, y que define el contexto de la realidad nacional, parece ser del todo ignorado desde la Iglesia local, ausente además de su discurso. Ni en sus diagnósticos sociales se toma en cuenta la dramática desconexión sufrida por la economía cubana ni el impacto real de las políticas desde el centro del poder imperial. Todavía no he escuchado de una sola voz de la Iglesia cubana pronunciar la palabra “imperialismo”.

Es más, todos los atisbos de solución supuestamente inspirados en la Doctrina Social de la Iglesia al inventario de problemas que encara el país apuntan hacia una subalternación inexorable en el esquema de dependencia del orden vigente. Sabemos que la jerarquía católica condena desde 1969 el bloqueo de Estados Unidos, llámele bloqueo, llámele embargo en otros momentos, o del modo en que quiera llamarle. Pero no basta con repetir una declaración que parecería más bien ya un recurso formal, especialmente cuando se le contraponen la reducción de los problemas que atraviesa la sociedad cubana a defectos de la institucionalidad política, o de su orientación socialista, o del voluntarismo, o de incapacidades, o de envejecimiento del paradigma.

Ninguno de nuestros obispos, para quienes el escenario hubiera debido estar más definido—porque desde las ventanas del Arzobispado habanero se debe ver mejor la opresión y el desprecio que desde las de los dicasterios romanos—ha condenado jamás con nombre y apellidos a la Casa Blanca, a pesar de que la sociedad de la cual aprendieron a “dar por justicia lo que antes daban sólo por caridad” ha vivido 45 años de hostigamiento sin reposo. Al margen de los errores e imperfecciones del sistema que se ha construido, de los defectos atribuibles a sus dirigentes

y sus estilos de dirección, y de lo agraviados que hayan quedado por tantas décadas de subestimación ateísta.

Esa vertiente, que se asoma desde el discurso global del Santo Padre cuando ataca el macroespacio de la dominación mundial y sus efectos, no se ve en lo que dice la jerarquía cubana, que es tan celosa, por otra parte, en la defensa de todo lo que diga y lo que piense el Pontífice en torno a la familia, al aborto, a la sexualidad, la violencia, la corrupción y las drogas.

Hablo de una mirada en el título de este epígrafe para no desconocer la existencia de otras, en primer lugar desde la esfera política que posiblemente considere fundamentadas sus reticencias y las decisiones que son adoptadas en lo esencial. Otra mirada, por supuesto, desde las posiciones de la Iglesia cubana, donde la línea oficial se asegura, cuando lo cree pertinente, de tomar distancia del extremo políticamente contestatario desde una presunta imparcialidad; en tanto no se favorece un discurso más comprometido cuya existencia afloró por sí sola en el ENEC en 1986 y que conocemos sobre todo en sectores del laicado. Pero están por otra parte las miradas desde el exterior: distingo una desde Miami frecuentemente opuesta a la Jerarquía cubana en la cual desearía encontrar una formación definida de oposición política; otra oficial desde Washington que se puede leer en los informes sobre libertad religiosa internacional que elaboran las comisiones dedicadas al tema al amparo de la *International Religious Freedom Act* de 1996, por la cual el gobierno de Estados Unidos se arroga la facultad de monitorear, a través de sus embajadas, la situación de la libertad religiosa en el resto de los países del mundo. Y además de intervenir, en el amplísimo arco del concepto de “intervención”, cuando de manera libérrima decida que tiene motivos para hacerlo.

Este aparato de usurpación de soberanías—que para mi sorpresa gran cantidad de personas desconocen dentro y fuera de Estados Unidos—tiene también una mirada y un diagnóstico de la realidad cubana, en general documentado, pero con interpretaciones claramente orientadas a hacer artificialmente de Cuba un caso de violación.

De modo que la complejidad a la que me referí al principio vale también para la diversidad de las interpretaciones y no sólo para el problema analizado.

## REFERENCIAS

- Alonso, Aurelio. 2000a. "La Iglesia y el contexto sociopolítico cubano: antecedentes y perspectivas de la visita pastoral de Su Santidad Juan Pablo II." *Cuadernos del Aula Fray Bartolomé de las Casas*, No. 3 (March).
- \_\_\_\_\_. 2000b. "La visita de Juan Pablo II a Cuba en el debate paradigmático de fines de siglo." In *Religión, cultura y espiritualidad a las puertas del tercer milenio*. La Habana: Ed. Caminos.
- \_\_\_\_\_. 1998. "Cuba en el itinerario de Juan Pablo II: lo pastoral y lo político en la visita." *Cuadernos de ARA*, No. 2 (January).
- \_\_\_\_\_. 1997. *Iglesia y política en Cuba revolucionaria*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Cabrera, Lidia. 1989. *El Monte*. La Habana: Ed. Letras Cubanas.
- Del Rey, Annet y Yalex Castañeda. 2002. "El reavivamiento religioso en Cuba." *Temas* (La Habana), No. 31 (October-December).
- Encuentro Nacional Eclesial Cubano. 1986. *Documento Final*. Rome: Tipografía Don Bosco.
- Guanche, Jesús. 2001. *Oraciones populares de Cuba*. La Habana: Ed. La Fuente Viva.
- Maza Miquel, S.J., Manuel P. 1999. "Iglesia cubana: Cinco siglos de desafíos y respuestas." En *Esclavos, patriotas y poetas a la sombra de la cruz: Cinco ensayos sobre catolicismo e historia cubana*. Santo Domingo: Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, S.J.

## NOTAS

1. Sugiero ver al respecto Maza Miquel (1999).
2. Estos estudios aun no han sido publicados pero se circulan en forma de manuscrito.
3. "Sincretismo" es un concepto que denota, tanto en la filosofía como en la religión, la asociación de ideas o de creencias, sin que medie una asimilación crítica. Su aplicación es ya clásica en el caso de las religiones latinoamericanas de origen africano, aunque no falten objeciones al mismo. El cubanismo "santería" expresa con fuerza el contenido sincrético al aludir a la adopción del santo católico para identificar al orisha yoruba. La objeción más generalizada radicaría en que "sincretismo" no aporta una diferenciación concluyente, ya que en sentido histórico sería difícil encontrar una religión que este exenta de asimilaciones sincréticas.
4. Término que alude a la religiosidad que no se rige por los patrones institucionales, de iglesias, denominaciones, pocas veces reconoce líderes de culto, ni es dada a disciplinas litúrgicas, sino que se centra una relación sin mediaciones del creyente con la divinidad. La Iglesia Católica le ha dado una connotación propia cuando habla de catolicismo popular, y muy discutible porque subordina a lo

católico los elementos sincréticos, que por lo general, en las creencias afro-cubanas, son los dominantes.

5. Algunas de las homilias del primer año del Cardenal Jaime Ortega se concentran en alusiones al respecto; ver la recopilación titulada *Tè basta mi Gracia*, Ediciones Palabra, Madrid, 2002.
6. Estos estudios aun no han sido publicados pero se circulan en forma de manuscrito.
7. Término que fue usado en algunos de los discursos y homilias del Cardenal hacia mediado de los noventa.
8. Las apreciaciones de Fidel Castro pueden seguirse en su intervención en la Asamblea Nacional de Poder Popular el 13 de diciembre de 1997, y con más detalle en una comparecencia en la Televisión Cubana el 4 de enero de 1998. Todavía en sus palabras de despedida al Pontífice en el aeropuerto el 25 de enero habla del "jefe religioso a quien quisieron atribuir la responsabilidad de haber destruido el socialismo en Europa".
9. Ver, por ejemplo, su discurso en la quincuagésima sesión de la Asamblea General de Naciones Unidas el 5 de octubre de 1995, emblemático del significado que debiera tener para el catolicismo esta agenda global.
10. Tomado de *Estudio sobre la devoción a San Lázaro (2003) – Informe preliminar*, realizado por el Departamento de Estudios Sociorreligiosos del CIPS.
11. El propio Antonio Gramsci en sus notas sobre el catolicismo en los Cuadernos de la Cárcel, trasluce en varias ocasiones este problema.
12. Véase por ejemplo la pastoral del Cardenal Ortega con motivo del Año Santo Jubilar, en octubre de 1999; en *Tè basta mi gracia*, op.cit. Así como el mensaje de la Conferencia de Obispos por el Jubileo en enero del 2000.
13. En Alonso (1997), se puede encontrar también un análisis del "Amor todo lo espera" al momento de su aparición (cap. III) y otro del debate sobre el carácter laico del Estado y la Doctrina social católica (cap.VII).
14. Ver *Palabra Nueva* No. 116, febrero de 2003, La Habana.
15. Ver *Palabra Nueva* No. 124, octubre de 2003, La Habana.
16. Ver *Palabra Nueva* No. 120, junio de 2003, La Habana.

## Apuntes sobre el papel de las organizaciones religiosas en el trabajo comunitario y la provisión de los servicios en Cuba después del año 1990

REV. RAIMUNDO GARCÍA FRANCO

### ALGUNOS ANTECEDENTES NECESARIOS

Para entender lo que han podido hacer y están haciendo las organizaciones religiosas cubanas a partir de 1990 debemos analizar algunos de los acontecimientos socio-históricos que acontecieron antes de dicho año y por lo tanto lo primero que debemos mencionar es que la Iglesia Católico-Romana, la Logias Masónicas y los Juegos o asociaciones Abakuá aparecen como las instituciones más antiguas en cuanto a la ayuda comunitaria. La primera y la segunda por haber quedado establecidas en Cuba luego que se produjo el encuentro de la cultura europea con la indoamericana. La tercera se produce a partir de la importación de esclavos desde África.

La Iglesia Católico-Romana, como era usual en Europa, atendió en alguna medida a sectores pobres de la población, creó instituciones para la salud, escuelas y hogares para niños y ancianos; también algunos religiosos y religiosas atendían enfermos y otros menesterosos en hospitales y otros centros mantenidos por el Estado; a esto se sumaban las iniciativas que partiendo de sectores de esta Iglesia se dedicaban al mejoramiento de la sociedad como parte de la sociedad civil las que también se llegaron a ser nombradas “las fuerzas vivas de la sociedad”. También se crearon organizaciones laicas vinculadas a la iglesia católica que apoyaron el trabajo social de dicha Iglesia o hicieron aportes directos a la sociedad.

Las Logias que tenían como base su creencia en un ser supremo buscaban el mejoramiento moral de la sociedad, se esforzaban por dar apoyo a los miembros y sus familias y también aportaban iniciativas para el

desarrollo social; en algunos lugares y ocasiones estas logias prestaban alguna ayuda a sectores muy pobres de la población.

Las Sociedades o Juegos Abakuá surgieron como agrupaciones de negros con carácter secreto y exclusivamente para varones las cuales también tenían el propósito, entre otros, de ayudar a sus miembros y a las familias de los mismos.

Aunque ya algunas iglesias protestantes o reformadas habían iniciado su trabajo misionero en Cuba desde las postrimerías del siglo XIX como la Iglesia Episcopal o Anglicana, la Iglesia Bautista y la Iglesia Presbiteriana, cuando se fortalecen e inician su obra social estas iglesias, aunque minoritarias, fue con la intervención norteamericana y la fundación de la República de Cuba ya que ello le permitió una mayor libertad debido a que en el período colonial la Iglesia Católica era la Iglesia oficial del Estado.

Las iglesias protestantes comenzaron una labor social que incluía la fundación de colegios, hogares para niños y ancianos (recordar que recién había terminado una cruenta guerra) y también aportaban otras iniciativas para el mejoramiento social o se sumaban a proyectos estatales con el fin de favorecer a los sectores más pobres y contribuir al desarrollo nacional.

Pudiera arriesgarme y decir que durante la etapa de la fundación de república hasta 1961 la ayuda social que prestaban las instituciones religiosas se concentraba más que nada en la educación creadora de valores la ayuda en algunos desastres nacionales, ayuda puntual a sectores pobres, el tratar de fundar algunas cooperativas agrarias y las agrupaciones juveniles y profesionales que también ocasionalmente atendían a sectores pobres o se atrevían a defender algunos derechos en el marco sociopolítico.

Sin entrar en consideraciones de otra índole, las primeras leyes que dictó la revolución en el poder a partir de 1959, como fueron las de Reforma Agraria, Reforma Urbana y otras medidas de ayuda a los sectores más desfavorecidos de la población, fue el comienzo de un cambio para las instituciones religiosas, cambio que se acentuó definitivamente por la influencia ateizante de la Unión Soviética, lo cual trajo como consecuencia la paulatina marginalización de las instituciones religiosas y la que pareció ser una estrategia para hacer desaparecer su obra social, a lo que se unió el impacto del embargo del gobierno norteamericano, el cual, impidiendo la llegada de recursos financieros para las instituciones religiosas, contribuyó a debilitar su papel en la sociedad.

Las instituciones religiosas cubanas entraron a partir de ese momento en un creciente período de sobrevivencia que se agudizó por la creciente pérdida de líderes y membresía debido a dos razones más: la discriminación religiosa que atemorizó impidiendo el acercamiento de la población a las instituciones religiosas, y el éxodo de cubanos que por una u otra razón abandonaban el suelo patrio. Sorprendentemente es en esta etapa (1961–1989) cuando surgen nuevas instituciones religiosas de participación social a contrapelo de las contradicciones existentes entre la Revolución, la Iglesia y los creyentes. Entre ellas se puede mencionar el Movimiento Estudiantil Cristiano, fundado en 1960, cuyo objetivo era el de formar jóvenes cristianos dentro de orientación ecuménica abierta a la participación política y social.

En 1969 un pequeño grupo de pastores evangélicos logra incorporarse por primera vez, como grupo religioso, al corte de caña en la zafra azucarera en áreas aledañas al central Salvador Rosales creando un importante precedente en una época sumamente difícil para la religión, los creyentes y especialmente para las instituciones ecuménicas de servicio social.

En 1971 es organizado en Cuba el grupo representativo de ISAL (Acción Social Ecuménica en América Latina) el luego adoptaría el nombre se ASEL (Acción Social Ecuménica Latinoamericana), cuya labor estaba centrada en lograr una mayor conciencia sociopolítica entre los cristianos por medio de reflexiones bíblico-teológicas.

La filial de CELADEC (Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana) para Cuba fue fundada en 1974, la cual aportó aires renovadores que permitían a los cristianos entender mejor los rápidos cambios sociales que se estaban produciendo en el mundo y particularmente en Cuba.

En 1974 nace la Coordinación Obrero Estudiantil Bautista de Cuba (COEBAC) la cual agrupó pastores y otros líderes bautistas de las tres Convenciones en aquel momento con un propósito ecuménico de participación social que incluía el trabajo social voluntario en áreas agrícolas y la concientización para que los cristianos no se mantuvieran marginados dentro del proceso social en el cual estábamos inmersos.

Corresponde a esta época la aparición en 1976 de la filial en Cuba de la Unión Latinoamericana de Juventudes Ecuménicas (ULAJE).

También en esta década es organizada en Cuba una filial de la Conferencia Cristiana por la Paz cuya sede estaba en Praga,



Checoslovaquia y cuya labor respaldaba los movimientos de liberación, el socialismo y promovía la participación social de los cristianos.

Todas estas instituciones tenían entre sus objetivos contribuir a la formación ecuménica de la juventud cristiana y lograr una mayor inserción social por parte de la misma de los creyentes evangélicos en general. Esto incluía no sólo un trabajo formativo en lo bíblico-teológico, lo político y lo social sino también actividades como el trabajo voluntario en diferentes planes sociales gubernamentales y en la producción.

En 1985 es publicado en Cuba el libro *Fidel y la Religión* conteniendo la entrevista que le hizo el dominico Frei Betto al Presidente de nuestra nación el Dr. Fidel Castro, el cual tuvo una distribución masiva en todo el país al año siguiente.

El 2 de abril de 1990 y el Presidente Castro sostuvo una reunión con cerca de setenta líderes eclesiásticos y ecuménicos protestantes y de la comunidad hebrea la cual fue dada a conocer en todo el territorio nacional por la televisión lo cual marcó un hito sin precedente debido a la apertura del diálogo que se dio en la misma.

No podemos dejar de mencionar los diálogos que se produjeron entre el monseñor Zachy, nuncio apostólico en Cuba y el presidente Fidel Castro lo cual contribuyó a distender en algo las relaciones entre la Iglesia Católica-Romana y el liderazgo revolucionario. Con posterioridad su Eminencia el Cardenal Jaime Ortega ha mantenido una postura tendiente al dialogo constructivo.

A finales de los años ochenta se produce la desaparición del Campo Socialista de Europa y especialmente de la Unión Soviética, lo cual hizo disminuir drásticamente la presión de las concepciones ateístas y la búsqueda de nuevos horizontes para la política nacional e internacional del PCC y del Gobierno.

Es particularmente interesante el análisis que aparece en el libro “El ahora de Cuba” del teólogo Julio Girardi, en el cual se menciona de manera desprejuiciada el impacto que tuvo sobre la revolución cubana la Unión Soviética en lo que se llamo “la copiadera” o sea que la concepción original de la revolución cubana fue afectado profundamente por este impacto. La desaparición del campo socialista hizo que se llevara a cabo una revisión de todas las estrategias y entre ellas la que tenía que ver con las instituciones y los creyentes dentro de Cuba, aunque se debe mencionar que ya existía un proceso sobre dicho problema que había atravesado varias etapas.

A partir de estos hechos ocurrieron otros no menos significativos: se efectuó el IV Congreso del Partido Comunista en cual orientó el cese de la discriminación religiosa, la posibilidad de incluir a creyentes confesos dentro del Partido y orientó cambios a la Constitución en los cuales desaparecerían concepciones ateístas y marginaciones para los creyentes, lo cual comenzó a llevarse a cabo.

Aunque ya se estaban dando casos aislados de iniciativas sociales en el sector religioso, fueron estas acciones las que comenzaron a marcar una diferencia no sólo en el crecimiento de las iglesias sino también en la posibilidad de su participación social más relevante a partir de la década de los noventa.

### LA LABOR

Cesado en buena parte el temor paralizante, la sociedad cubana, que había estado enmarcada en estructuras que le habían facilitado un creciente desarrollo social y económico, inició tímidamente un proceso de creatividad que en lo gubernamental se caracterizó en una limitada reapertura al capital extranjero y en permisos para abrir pequeños negocios familiares, y en el campo religioso se caracterizó por el surgimiento de publicaciones y agrupaciones que marcaban ya una diferencia con lo establecido social y políticamente. Esto no significaba un estar “en contra” sino algo “diferente”.

Dentro de la Iglesia Católica-Romana se comenzaron a crear grupos estudiantiles, obreros y profesionales que aunque muy pequeños era algo relativamente “nuevo”, sus publicaciones aportaron una forma de crítica que prácticamente había desaparecido. Esta iglesia realiza su labor social por medio de sus órdenes religiosas y sus parroquias dentro de lo cual se encuentra insertado el trabajo de Caritas.

Dentro del movimiento ecuménico, las iglesias “evangélicas” o “protestantes”, los cultos afro-cubanos, la comunidad hebrea y las logias comenzó un lento pero sostenido movimiento que se ha caracterizado por una creciente inserción social tanto en lo teórico como en lo práctico.

Las actividades por medio de las cuales las instituciones religiosas cubanas se han estado reinsertando en la sociedad cubana tiene dos vertientes, la asistencial y la ayuda al desarrollo y dentro de la segunda se pueden reconocer dos aspectos, uno es la participación en acciones que contribuyen al mejoramiento comunitario en muchas formas el otro es

una tarea de contribuir a preparar comunidades para que puedan analizar, diagnosticar y buscar solución para sus problemas.

También las iglesias e instituciones ecuménicas han aportado ayuda al desarrollo insertándose en muchos casos dentro de planes y proyectos gubernamentales y en otros casos, los menos, paralelamente.

Nos referimos a sectores agrícolas, educativos, culturales, de energía sostenible, protección del medio ambiente, fabricación de medicinas, contribución en equipamiento y reparación de escuelas y de centros de salud pública como son hospitales policlínicas, círculos infantiles, reparaciones y construcción de viviendas y de centros de servicio a la salud, reparación y construcción de acueductos, equipamiento para centros meteorológicos, se ha logrado también la ayuda humanitaria procedente del extranjero consistente en material escolar, medicinas, alimentos y otros. También se ha brindado o propiciado el asesoramiento técnico-científico en múltiples sectores.

A todo esto se debe sumar la atención a la edad madura avanzada en sectores que por una razón u otra se han ido quedando sin amparo por medio de servicio de comidas, lavado de ropas y atención personal lo cual incluye en algunos casos el servicio de peluquería, podología, limpieza de sus hogares, baño de las personas, trámites, psicoballet, consejería y atención espiritual a los que son creyentes, también se ha estado contribuyendo a la atención de niños sin amparo filial, el uso de la medicina tradicional o complementaria, producción de plantas medicinales, facilitación de tratamientos médicos especializados provenientes del extranjero y también producciones agrícolas para la ayuda social.

No ha quedado atrás tampoco la atención a sectores de la población como son la asesoría y consejería a drogadictos, alcohólicos, presuntos suicidas y otras personas con un alto grado de estrés y otros conflictos. Servicio a discapacitados y enfermos entre los que se cuentan las personas afectadas por el VIH-SIDA y a sus familiares. También se ha estado ayudando con planes vacacionales para niños con cáncer. A esto se puede añadir: nuevos hogares ancianos que han surgido y hasta algún centro para la atención de niños de trabajadores, la atención a sordos y sordomudos en todo el territorio nacional y otros.

Algo novedoso tanto para las iglesias como para el Estado ha sido el surgimiento de algunos Centros ecuménicos para la capacitación y el servicio social en distintos puntos del territorio nacional los cuales están

asumiendo diferentes roles y aunque su acción es modesta no deja de ser significativa por lo que son tenidos en cuenta tanto por las iglesias, el Consejo de Iglesias, la sociedad civil, el Partido Comunista y el Gobierno. Esto constituye una señal de rejuvenecimiento y creatividad.

Debemos mencionar también el surgimiento de varias publicaciones religiosas y ecuménicas que están editando libros, revistas y folletos, las cuales incluyen dentro de su contenido análisis, críticas y sugerencias para diferentes asuntos de interés nacional e internacional.

La reacción de las autoridades políticas y de gobierno ante todas estas cosas ha sido generalmente de aceptación aunque persisten todavía insatisfacción y suspicacias por ambas partes. Se han creado al mismo tiempo canales de diálogo, colaboración y de control que tienen altas y bajas pero que están en continuo movimiento.

Lamentablemente junto con estos logros han surgido algunas dificultades como son el uso, por parte de algunas iglesias, de algún tipo de “servicio social” como instrumento de un desarrollo proselitista y las prácticas de algunas personas inescrupulosas dentro de este medio para también utilizar ciertas facilidades para el lucro personal.

A nuestro criterio uno de los más importantes logros que han podido mantenerse y desarrollarse a través de los años y que actualmente tiene perspectivas prometedoras ha sido, como parte de la obra comunitaria, el diálogo que a través del tiempo y de las múltiples dificultades han mantenido sectores de creyentes e iglesias con las autoridades políticas y de gobierno dentro de Cuba y por otra parte un puente que se estableció en los años sesenta por parte del Partido Comunista que fue la Oficina de Asuntos Religiosos del Comité Central de dicho partido. Muchas han sido las esperanzas y también las frustraciones en este diálogo que ha tenido como centro al pueblo de Cuba y su futuro. Además de los reuniones con el presidente de la nación, por fin en el año 2001 un grupo de líderes religiosos cubanos se reunió con el Dr. José Ramón Balaguer jefe del Departamento Ideológico del Comité Central del Partido y la Lic. Caridad Diego Bello jefa de la Oficina de Asuntos Religiosos para intentar llevar a cabo conversaciones que pudieran incluir el análisis de cualquier tema de relevancia nacional, el encuentro terminó con la promesa de encuentros regulares lo cual no se comenzó a implementar nuevamente hasta el 17 de Octubre del 2003 con una reunión efectuada con Esteban Lazo quien asumió la Dirección del

Departamento mencionado anteriormente y quien se comprometió a llevar a cabo con el grupo de líderes cada dos meses.

Las actividades de las iglesias e instituciones ecuménicas en su conjunto son muy modestas al lado de la enorme obra social de que ha sido capaz el proyecto social cubano liderado por el Partido Comunista y el Gobierno cubano, pero sí son señal y símbolo del deseo y la capacidad de contribuir a soluciones en medio de situaciones que han ido cambiando en lo político, lo social, lo económico y lo religioso (Vea un listado parcial de las instituciones en el Apéndice 1).

Las perspectivas de actuación de organizaciones religiosas en el ámbito del trabajo social parecen tener garantizado un creciente desarrollo que no estará libre de contradicciones pero que encontrará cauces siempre y cuando seamos capaces de transitar por los caminos de un esforzado diálogo en el cual debemos tener fijos los ojos en metas comunes y encontrar soluciones que respeten los múltiples intereses representados en la nación.

## APPENDIX 1

### ALGUNAS INSTITUCIONES COMPROMETIDAS EN SERVICIOS SOCIALES

---

#### Instituciones Ecuménicas:

- El Consejo de Iglesias de Cuba: comité para la vida, comisión médica, y comisión para discapacitados, su Centro de Estudios y el Instituto Superior de Estudios Bíblicos y Teológicos.
- El Centro Memorial Martin Luther King Jr.
- El Centro Cristiano de Reflexión y Diálogo.
- El Centro de Capacitación y Servicio “Bartolomé Lavastida”.
- La Asociación Cristiana de Jóvenes.
- El Movimiento Estudiantil Cristiano.
- El Seminario Evangélico de Teología.
- La Casa Comunitaria “Obed Gorrín”.
- El Centro de Información “Augusto Cotto”.
- La Unión Latinoamericana de Juventudes Ecuménicas.

---

#### Iglesias nacionales y locales:

- Iglesia Católica-Romana por medio de las parroquias y órdenes religiosas. Tres hogares de ancianos, dos en la Ciudad de La Habana y otro en la provincia Habana. Un círculo infantil para niños enfermos en la Ciudad de La Habana.
- Iglesia Bautista de Cuba Oriental. Un hogar de ancianos en construcción en la provincia de Santiago de Cuba.
- Ejército de Salvación. Hogar de ancianos en La Ciudad de La Habana.
- Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba.
- Iglesia Adventista del Séptimo Día.
- Convención Bautista de Cuba Occidental. Un hogar de ancianos en La Ciudad de La Habana.
- Iglesia Presbiteriana-Reformada de Luyanó: CEPREL. Ciudad de La Habana.
- Fraternidad Bautista de Cuba: Centro Kairos en la ciudad de Matanzas y otras actividades.
- Iglesia Evangélica Los Pinos Nuevos.
- Bando Evangélico de Gedeón: Hogar de ancianos en Colón, en la Provincia de Matanzas.

- Iglesia de Cristo.
- Iglesia Evangélica Cristiana Pentecostal de Alquizar: Proyecto Biovida.
- Asamblea de Dios.
- Iglesia Evangélica Libre. Ciudad de La Habana.
- Iglesia Metodista. Un hogar de ancianos en La Ciudad de La Habana.
- Iglesia Episcopal o anglicana.
- Iglesia Bethel Independiente.
- Iglesia Presbiteriana de Varadero, provincia de Matanzas.
- Iglesia Asamblea de Dios de La Ciudad de La Habana.
- Iglesia Presbiteriana-Reformada de Sancti Spíritus.
- Iglesia Presbiteriana-Reformada de Cabaiguán, Provincia de Sancti Spíritus.
- Iglesia Presbiteriana-Reformada de Máximo Gómez, provincia de Matanzas.
- Iglesia Bautista “William Carey” en la ciudad de La Habana.
- Iglesia Presbiteriana-Reformada de la Ciudad de La Habana.
- Iglesia Bautista Libre. Un hogar de ancianos.

---

**Otras Instituciones de Creyentes Cubanos:**

- Logia Masónica. Un hogar de ancianos en La Ciudad de La Habana.
- Logias de los Odd Fellows.
- Logias Caballeros de la Luz.
- Fraternidades o juegos Abacúa.
- Asociación Yoruba de Cuba.

---

**Algunas de las Instituciones Internacionales Que Han Apoyado a las Iglesias e Instituciones Ecuménicas Cubanas:**

- Consejo Mundial de Iglesias.
- Caritas.
- Consejo Nacional de Iglesias de Cristo de los Estados Unidos.
- Iglesia Discípulos de Cristo en los Estados Unidos.
- Iglesia Unida de Canadá.
- Comité Central Menonita de Norteamérica.
- Iglesia Anglicana de Canadá (PWRDF).
- OXFAM-Bélgica.
- OXFAM-Canadá.
- Consejo de Iglesias de Canadá.

- KAIROS-Canadá.
- Agencia para el desarrollo internacional del gobierno de Canadá.
- Agencia para el desarrollo internacional del gobierno del Japón.
- Consejo Latinoamericano de Iglesias.
- Universidad Politécnica de Madrid.
- Ayuntamiento de Alcorcón de España.
- Ayuntamiento de Madrid.
- SODEPAZ de España.
- Pan Para el Mundo de Alemania.
- Iglesias Evangélicas de Alemania.
- Consejo de Iglesias del Caribe.
- Agencia de la Iglesia Noruega.
- DIAKONIA de Suecia.
- AIETI de España.
- Agencia Española Para La Cooperación Internacional.
- Iglesia Presbiteriana de Canadá.
- Church World service.
- A.I.D. Internacional.
- Partner Internacional.
- Johny and Friendo.
- M. A. P. Internacional.
- Christopher Blinder Misión.
- Evangelical Medical Association.
- Iglesia Cristiana Reformada de los estados Unidos.
- Otras muchas más.

## Para amanecer mañana hay que dormir esta noche

LÁZARA MENÉNDEZ VÁZQUEZ

**E**n este texto se aborda el estudio de la Santería o Regla Ocha-Ifá, en la década del '90 en Cuba, a partir de un enfoque culturalológico; la finalidad es penetrar en aquellos espacios en que la cultura cotidiana y la artística han interactuado y hecho posible la representación de conflictos visibles en la intersección de los códigos santeros con los de la tradición artística asumida por los creadores que se aproximan a la religiosidad popular.

Los rasgos derivados del enfoque de la complejidad<sup>1</sup> y aplicados a la teoría cultural pueden favorecer el reconocimiento del proceso cultural con las direcciones y peso específico del poder de la Santería o Regla Ocha-Ifá en la sociedad cubana durante el último decenio del siglo XX que, por primera vez en la historia, al menos en la conocida, resultó alejada de su equilibrada posición subalterna. Los acuerdos del IV Congreso del Partido Comunista de Cuba, los cambios en la Constitución y la legalización de una institución religiosa, la Sociedad Cultural Yoruba de Cuba<sup>2</sup>, (de cierta manera, obtuvo la representación de la práctica en el país), alejaron parcialmente al sistema de su posición subalterna, según la concepción elaborada por Alberto Ciresse (1992), que tradicionalmente le había ofrecido el contexto de equilibrio en el que se había desenvuelto desde su reconfiguración en la etapa colonial unido a un funcionamiento sin representación suprafamiliar.

El texto está dividido en tres partes; en la primera, se sitúan los enclaves teóricos y metodológicos que permiten comprender la Santería o Regla Ocha-Ifá como un sistema religioso complejo, no encerrado en sí mismo y por consiguiente, interconectado a través de los creyentes a la realidad socio-cultural que configura el contexto en el que se desarrolla. La segunda parte está dedicada a analizar el cambio de paradigma que con respecto a la

Santería o Regla Ocha-Ifá se produce en los '90 y en la tercera parte se hacen unas consideraciones finales.

El refrán que da nombre a este trabajo encierra una figurada paradoja; por su formulación es un ejemplo de determinismo religioso, por su posición en el sistema predictivo-interpretativo Ifá<sup>3</sup> está asociado al contenido del concepto de transformación que pauta la Santería o Regla Ocha-Ifá. El proverbial enunciado pertenece al oddun Ogbe Meyi<sup>4</sup>, y en él están implicados tres, de los 48 pares que pudiéramos considerar, de modo convencional, nodos de equilibrio pertenecientes al mencionado sistema y por extensión, caracterizadores del complejo cultural Ocha-Ifá, a saber: la tensión entre luz-sombra, la expansión y contracción de las fuerzas del Universo y la relación conocimiento-no-conocimiento<sup>5</sup>. Esos tres haces actúan como conceptos sintetizables dialécticamente y no como fuerzas antagónicas.

La Regla Ocha-Ifá está constituida por estructuras multinivel, en diferentes horizontes de complejidad, recordemos sólo tres de ellos situados al interior de este complejo cultural-religioso: los orichas, las modalidades predictivo-interpretativos y el protocolo ceremonial. A partir de los orichas se sugieren estrategias conductuales y normas para viabilizar la articulación del sujeto con el contexto en el que se desarrolla; las modalidades predictivas articuladas en oddun, "letras" o signos son representativas de una cosmovisión que involucra, costumbres de disciplina espiritual, un complejo ético, la tecnología para el desarrollo del *iwapele*<sup>6</sup>, y una colección de *pataki*<sup>7</sup>; la comprensión del protocolo ceremonial supone una aproximación holística al ritual.

La regla Ocha-Ifá es un sistema abierto en interacción con otros, religiosos o no-religiosos, de ahí que podamos calibrar sus relaciones con la vida cotidiana, la estructura social, los principios culturales hegemónicos y los procesos que han favorecido la actualización, el enriquecimiento, la potenciación y creación o activación de núcleos significativos, por parte del sistema ante una situación de anomalía o desequilibrio; los puntos defensivos avivados se mantienen reforzados hasta su recuperación y el consecuente restablecimiento del equilibrio. Entre otras razones, porque los santeros comparten entre sí, y con los no-santeros, un mundo abstracto de lenguaje y pensamiento.

El alejamiento del equilibrio, provocado por los acontecimientos de la última década del siglo, no significó una alteración de flujo y cambio; las

variables del sistema Ocha-Ifá fluctuaron dentro de ciertos límites de tolerancia. Dentro de las ideas que ofrece la cosmología derivada del estudio del corpus Ifá, la concepción de progreso no implica la existencia de un camino único, redentor, global, ya que el peso de la singularidad y la importancia del individuo hacen que el trenzado de los relatos no configuren una historia única sino que deja el camino abierto al reconocimiento de la pluralidad dada la naturaleza multidimensional de los oddun y los orichas. La creación de la Sociedad Cultural Yoruba de Cuba no impidió que muchos religiosos decidieran permanecer fuera de sus filas y no reconocer el proyecto de esta institución como parte de sus prácticas rituales, con lo cual la coparticipación no jerarquizada de funciones<sup>8</sup> se mantenía como eje significativo de la cosmovisión que propone el corpus de Ifá.

La religiosidad popular de ascendencia africana en Cuba forma parte de una realidad paradójica y contrastante que hay que asumir en su complejidad. El camino transitado, si de este pudiera hablarse, no es representable a través de una línea recta ni el desarrollo es homogéneo y sin contradicciones. Los aciertos y los errores interactúan en virtud de sus interconexiones; el individuo puede estar sometido simultáneamente a beneficios y perjuicios, conseguir sincrónicamente riquezas materiales y espirituales en ciertos órdenes de la vida y padecer en otros de insospechadas penurias y privaciones.

Las implicaciones y los efectos del enunciado teórico presentado de modo parabólico mediante el refrán son contrastables con la práctica de la Regla Ocha-Ifá en Cuba, pero sus efectos sobre la teoría cultural son también visibles y pertinentes toda vez que el concepto de transformación deviene en una herramienta analítica que contribuye a la articulación de la vida de los religiosos.

Los estudios tendentes a sistematizar y problematizar el sistema de significados y valores actuales contenidos en la práctica de la Regla Ocha-Ifá, como expresión y proyección del grupo, son escasos y, prácticamente inexistentes, las valoraciones que articulan las ideas y creencias de los hombres reales del período con el proceso social vivido y organizado por valores específicos. Es nuestra intención poner en diálogo tres discursos: el oficial, el de santeros y babalaos y el del arte desde las perspectivas que se enuncian a continuación.



## EL CAMBIO DE PARADIGMA ASOCIADO CON SANTERÍA O REGLA OCHA-IFÁ

Gente de urgencia diaria,  
voces, gargantas, uñas  
de la calle, límpidas almas cotidianas,  
héroes no, fondo de historia,  
sabed que os hablo y sueño,  
sabed que os busco en medio de la noche,  
la noche, este silencio,  
en medio de la noche y la esperanza<sup>9</sup>.

En 1990, Cuba experimentaría nuevos cambios y dos artistas uno al principio y otro al final de la década pondrían de manifiesto algunas de las transformaciones: Adalberto Álvarez con su canción *Y que tú quieres que te den*<sup>10</sup> y Fernando Pérez con su película *la Vida es silbar*<sup>11</sup>. Como afirma Roger Chartier no siempre es posible distanciar la realidad social imperante de sus representaciones estéticas en la literatura o en la pintura ni como esta contribuye a la construcción de la realidad social, “no se puede más pensar las jerarquías o divisiones sociales fuera de los procesos culturales que las construyen”.

La canción de Adalberto Álvarez, conocida por su estribillo “Voy a pedir pa’ ti lo mismo que tú pa’ mi” ocupó, durante muchos meses, los primeros lugares en las solicitudes de los radioescuchas. En este texto, mezcla de son, tradición musical santera y *rap*, el artista recrea la estructura de una *moyuba*, suerte de invocación a los orichas que se hace con fines diversos; en la canción su autor, perteneciente a una familia de sólida tradición religiosa y religioso el mismo, critica la doble moral en aquellos que recurren a escondidas a las diversas prácticas religiosas, pero no se limita a esto, pues una lectura cuidadosa de esa canción pone de manifiesto algo que ya señalamos en el ensayo “La santería que yo conozco”:

*“Hablar de la Santería como una práctica cultural supone reconocer un modo de vivir y actuar en el mundo, una manera de identificarse y reconocerse en la realidad social que le ha tocado vivir al sujeto, un modo de preservarse de la hostilidad del medio socio cultural con el que interactúa el individuo y una manera de conducirse para obtener determinados fines”.*

Esta canción sirvió de escenario a un rumor que persistentemente comentaba el notorio incremento de la población religiosa perteneciente a la santería o Regla de Ocha-Ifá en la Ciudad de La Habana; de acuerdo con tal opinión y en dependencia del punto de vista del emisor era posible suponer que casi toda la población de la capital se había “coronado”<sup>12</sup> y que vivíamos en una *ciudad santa o divina, maligna y pagana o contaminada por la religión* de acuerdo a la posición adoptada por cada receptor.

Algo era evidente y sorprendente—tanto para los santeros como para los no santeros—los primeros estaban rompiendo con una de las normas del enmascaramiento que había prevaecido a lo largo de la historia: ocultar los objetos identificadores de la pertenencia a la religión en espacios y áreas socioculturales alejadas de los ambientes en que tradicionalmente se han desenvuelto las prácticas de la Santería<sup>13</sup>.

Los prejuicios socioreligiosos, históricamente, han desaprobado la exteriorización de los signos rituales<sup>14</sup> en determinados centros de trabajo<sup>15</sup>, en salas de teatro, cines, museos y galerías ubicados en algunos barrios o municipalidades habaneras no concebidos como espacios socioculturales adecuados para demostrar la vinculación del sujeto con este tipo de “actividad folklórica”. Miradas, gestos y comentarios reprobatorios disimulados o en voz baja y expresiones de sorpresa se pueden observar, todavía hoy, en los lugares o acerca de las personas que se consideran que están o deben estar descontaminados de esta especie de *virus*.

Los religiosos no vivieron al margen de la crítica pero estaban situados en otro ángulo del asunto. Convenciones rituales y años de clandestinaje condicionaron una práctica que ha operado entre lo secreto y lo privado. Quizá por ello, se instituyó como costumbre entre los santeros, y muchos argumentan razones rituales, llevar sus collares debajo de la ropa, en los bolsillos de sayas y pantalones o en las carteras. “Los “iddé” “antes se llevaban de manera muy discreta. Los hombres se ponían el de Orula debajo de una pulsa de piel”<sup>16</sup>.

La aparición del rumor coincidió, aproximadamente, con el anuncio de los conflictos económicos<sup>17</sup> que tenía que enfrentar el país; con los cambios que en el ámbito político e institucional se desarrollaban como continuación de la etapa conocida por “rectificación de errores”, y como respuesta a las nuevas circunstancias que introducía el Período Especial. Aquellos argumentos podían ser algunas de las causas que condicionaran el aumento de los fieles, de hecho, existe una suerte de consenso en lo

que se refiere al incremento de la población en la participación de diferentes oficios religiosos.

¿Por qué si la vinculación a los diferentes credos religiosos era y es indiscutible sólo se comentaba, como algo notoriamente escandaloso, el crecimiento de la Santería o Regla Ocha-Ifá?<sup>18</sup> ¿Eran los santeros deambulando por las calles con sus atributos la inquietud fundamental? Realmente, resultaba difícil de aceptar. Esa preocupación era la punta de un iceberg que ocultaba prejuicios y desconciertos culturales, sociales y raciales. Aun vivimos en una sociedad que no ha resuelto aun “interiorizar”, “concientizar” en su población que es multirracial, que su cultura es híbrida, que se autodefine como amante del choteo, el toqueteo y el coqueteo, manifestado en intensidades variables en casi todos los círculos socioculturales, que raramente acepta la noción de pecado y dogma, que se ha mostrado históricamente anticlerical, que prefiere hacerlo todo “a su manera” después de “ver para creer”, que disfruta con similar vehemencia de lo normado y de lo violado, tiende a la carnavalización y, por consiguiente, es transgresora.

En este punto vale recordar lo que dijera Nicolás Guillén en su poema *La canción del bongó*<sup>19</sup>, cuando alude, metafóricamente, a la híbrida configuración de la cultura cubana y enuncia: “Santa Bárbara de un lado / del otro lado Changó”. La percepción de esa realidad desde la hegemonía pautada por la visión cartesiana de la realidad, construyó polos para las prácticas religiosas en Cuba, y ellos estuvieron ocupados por dos modalidades muy connotadas: una singular, otra múltiple, una hegemónica y otras subalternas, una legitimada y otras descalificadas, una nombrada particularmente: catolicismo; y las otras englobadas, a diferencia de lo que hace el poeta, en nombres genéricos, inespecíficos y ambiguos: religiones africanas o de antecedente africano, cultos sincréticos, folklore o brujería.

Las religiosidades asociadas por una parte, a la vivencia de la fe católica y por otra, a la de las religiones africanas, ponen de relieve la existencia de “imágenes límites” que marcan los extremos de una compleja relación entre lo que se considera trascendente, sagrado y cotidiano. Entre esos dos polos se descubre una compleja red que conforma una intrincada malla de sensibilidades colectivas. En ella quedan incluidas, integrando “el ajiaco” de nuestra religiosidad, la Santería o Regla Ocha-Ifá, la Regla de Palo Monte, las Sociedades Abacúa y las prácticas mediunímicas entre todas las variantes populares reconocibles en Cuba<sup>20</sup>.

La Santería no tiene un centro estático representativo del poder ideológico al cual remitirse fuera del territorio de la Isla: ni Meca ni Vaticano. Para las religiones cubanas no existen Mesías, verdades reveladas ni dogmas. El saber no está en sagradas escrituras, sino en la naturaleza, la sociedad y el hombre; la experiencia, y con ella el bienestar, se alcanza en el bregar de la vida, en el trabajo, en la solidaridad con el que comparte los horrores de la miseria, el desprecio, o la esperanza en una cotidianidad llevadera.

Esta dualidad conceptual ha servido para colocar al lado de lo inmediato, de lo no planificado o poco previsible al polo ocupado por los elementos culturales que han servido para cualificar el universo de la población negra. En oposición a esa cotidianidad se ha empleado cierta concepción de lo elevado, trascendente, sagrado y respetado, a ella pertenece el polo ocupado por el modelo que instaura el cristianismo, históricamente, coligado a lo perenne y en el caso particular de Cuba asociado, especialmente a los blancos.

Difícilmente podríamos aceptar que la religiosidad en Cuba es un ajiaco, “caldo denso que borbullea en el fogón del Caribe” (Ortiz 1973), creado con los componentes más diversos, si su estudio, en la sociedad cubana actual,—y en especial, las de aquellas formas acreditadas como popularmente connotadas—no lo hiciéramos desde el reconocimiento de su condición de práctica cultural generada en ambientes rurales y urbanos signados por un mestizaje profundo y vividas en medio de complejos procesos socioculturales.

En los marcos de esta estrategia discursiva es posible asumir la religiosidad popular derivada de las religiones cubanas de antecedente africano, como una totalidad de hechos coexistentes e interdependientes, aunque esa realidad “sea construida a través de la yuxtaposición de elementos residuales y fragmentarios considerados resistentes a un proceso natural de deterioro” (Antonio Augusto Arantes, citado por García Canclini 1988, 67). Por lo que es conveniente configurar escenarios que permitan abordar los objetos en estudio, no como entidades aisladas, sino como campos, entendiendo por tales, los sistemas de relaciones compuestos por conexiones interpersonales, intergrupales e interespacio-temporales.

No es suficiente describir cualquiera de las religiones cubanas para comprender la manera en que los sujetos vivencian su fe, por lo que es necesario estudiarlas en sus permanentes interacciones. El capital cul-

tural acumulado en el sujeto, y en el grupo, se mantiene en constante y permanente actualización, gracias al persistente enriquecimiento de la experiencia; por ello, la manera de comprender el mundo y la vida de los cubanos no-religiosos está en relación con los modos en que los cubanos religiosos entienden, sienten, viven la realidad. De esta manera, la configuración socioritual se torna esencial, entre otras razones, porque “es necesario recuperar como problema la subjetividad en la cultura de los sectores populares, es decir, recuperar la unificación entre el dato que se estudia o la pieza que se recolecta y los sujetos sociales que son sus creadores y portadores” (Hernández 1988, 92).

La Revolución Cubana al formar parte de la constelación de hechos que se produjeron en la década del sesenta, se empeñó, como tantos otros, en hacer realidad viejas utopías relacionadas con la igualdad, la fraternidad y la libertad; en su desempeño se pronunció a favor de la dignidad plena del hombre, el acceso de toda la población a la educación, a la salud y a la cultura artística. La integración se convirtió en uno de los paradigmas del discurso y el accionar del joven poder, por consiguiente, el desarrollo social y la participación fueron dos pivotes troncales para lograr, un sujeto colectivo que se fuera reconstruyendo en la medida en que las transformaciones en el orden socioeconómico delineaban la creación de un nuevo escenario para los sectores históricamente marginados: los obreros, las mujeres, los negros.

El proceso de transformación del hombre es posible encararlo a través del fluir de la cultura pues “sin hombres no hay cultura (...) y sin cultura no hay hombres” (Geertz 2003). La política oficial de Cuba, durante tres décadas, amparó una ética trascendentalista y heroica anclada en las convicciones de naturaleza desmitologizadora y esencialmente tipológica en el horizonte explicativo de la naturaleza humana propias del pensamiento ilustrado. La intención dominante se cifraba en la construcción de un arquetipo como imagen posible y referencial del hombre de a pie, con lo cual se presupone que los sujetos individuales, no son mas que aproximaciones al modelo que sirve de referencia.

Mediante la cultura, y especialmente la artística, el proceso revolucionario reivindicó del pasado las tradiciones formadas en los avatares de la vanguardia artística y literaria; esta había definido sus paradigmas al amparo de las luchas sociales, y ahora devenía la herencia que las generaciones anteriores legaban a la convulsa realidad.

La producción artística que era reconocida comportaba un elevado nivel ideológico, fuerza educativa explícita, capacidad concientizadora y manifiesta cualidad artística con un peso significativo en la atracción emocional pues a través de los sentimientos se facilita la indagación ontológica. La orientación dominante de las obras pertenecientes a las artes plásticas, la cinematografía, la literatura realizadas en las décadas de los sesenta y setenta se expresaban de acuerdo con esa razón. Se necesitaba por aquellos años de un *consensus gentium*, era indispensable privilegiar la masividad y la unanimidad. Apareció en el marco de las artes plásticas el tema de las masas desarrollado “como categoría plástica” con alto nivel de excelencia por el pintor Mariano Rodríguez<sup>21</sup>.

En la reflexión que se desarrollaba acerca de quienes eran los cubanos de aquel ahora quedaban fuera, según el discurso oficial, personajes-personas como el Sergio de *Memorias del subdesarrollo*<sup>22</sup> (1968) de Tomás Gutiérrez Alea una suerte de “otro dubitativo y preterido en el contexto de un proceso que se desentiende de la condición pequeñoburguesa” (Caballero 2000); los manipuladores políticos de la religión que durante los primeros cincuenta años de la república se sirvieron lucrativamente de la religiosidad popular representados en *Los días del agua*<sup>23</sup> (1971) de Manuel Octavio Gómez; los barrios de indigentes resaltados por Sara Gómez en *De cierta manera* (1972)<sup>24</sup>; la abuela santera de Cristino Mora, el protagonista de la novela *Cuando la sangre se parece al fuego* (Cofiño 1977) que muere como los esclavos tragándose la lengua; el autor la suicida en angustiada rebeldía, con ella trataba de hacer morir (sin que pareciera un evidente asesinato) las creencias religiosas.

En aquel contexto la religión fue asumida como falsa conciencia, atributos del pasado u oscurantismo con lo cual favoreció la circulación de viejos y nuevos prejuicios así como el despliegue de actitudes discriminatorias hacia los creyentes. Esta asunción tuvo que ver mas “con un materialismo vulgar y el iluminismo que con el espíritu social del análisis de la religión efectuado por el marxismo” (Cardenas Medina 1995, 8); pero, de hecho, las religiones de ascendencia africana vivieron atrapadas en una contradicción que se disolvió, formalmente, en 1991 con el IV Congreso del Partido Comunista de Cuba, momento en que salió de las sombras para facilitar la proyección de posiciones que evidenciaran el compromiso religioso del hombre común, incluido el “que roba comida y después da la vida”<sup>25</sup>.

A lo largo de los '90 pareció cerrarse el ciclo de las utopías; nos alejamos del sujeto representativo de una épica trascendentalista y heroica para volver al hombre común, al que no es perfecto, ni pretende serlo, al que lucha por el día a día para ser el protagonista de una cotidianidad intrascendente como los sujetos a los que estaban destinadas aquellas viejas canciones que Benny Moré<sup>26</sup> y Bola de Nieve (1911–1971) cantaron en los cincuenta.

Fernando Pérez, ajeno a las creencias religiosas, en su película *La Vida es silbar*, utilizó las populares canciones *Chivo que rompe tambó* y *Maracaibo oriental* cantadas por Bola de Nieve y Benny Moré como conciencia crítica y memoria histórica de uno de los protagonistas: Elpidio Valdés. Este, a diferencia del personaje del mismo nombre representado como capitán del ejército libertador, mambí de pura cepa que salió a la luz de manos de Juan Padrón, en 1969<sup>27</sup>, para configurar una popular serie de historietas, dibujos animados y varias películas, es un marginal, hijo de una mujer llamada Cuba, criado en un orfanato, enamorado de una extranjera, busca en la música su realización personal, puede mantenerse vinculado a la fuerza espiritual que le legan sus dioses, y distanciarse de una tradición fosilizada simbolizada mediante el reconocimiento de un *iddé*. Un nombre que representa en los últimos treinta años dos entidades, dos circunstancias.

Los presupuestos de una sociología de la cultura y específicamente del arte que pretendía diferenciar prácticas cultas o elitistas en el escenario social, se hacen obsoletos ante el empuje del discurso de las ciencias sociales y la práctica artística que, en ese momento, se orientan, cada vez más, a presentar la imposibilidad de distinguir de modo contundente y categórico un repertorio culto y uno popular. Así la tendencia dominante se dirigió hacia la consideración de la “ubicuidad social” de todas las prácticas culturales vigentes con lo que se extrema la movilidad espacio-sociocultural del objeto.

La demostración más fehaciente de esto fue la realización del *Primer Taller Internacional sobre los problemas de la cultura yoruba en Cuba* organizado por la Asociación Cultural Yoruba de Cuba y la Academia de Ciencias en 1992. En aquel espacio coincidieron personas que se definieron como religiosos y como especialistas, académicos, estudiosos de diferentes disciplinas, artistas que podían o no participar del universo de creencias propias de la Regla de Ocha-Ifá.

Ante los cambios introducidos en la realidad sociocultural de la Isla y la emergencia de nuevos actores sociales era necesario lograr la comunicación

entre diferentes niveles y experiencias culturales; para ello se reconfiguraron escenarios con la pretensión de intensificar el flujo cultural y favorecer el intercambio nacional e internacional entre especialistas, académicos y religiosos; basta recordar los seminarios organizados en la Casa de las Américas, la Fundación “Fernando Ortiz”, el Centro “Juan Marinello”, el Centro de Investigaciones Psicológicas y Socioreligiosas de la Academia de Ciencias, la Casa de África tanto la de La Habana como la de Santiago de Cuba, el fortalecimiento del Festival del Caribe también en Santiago de Cuba y la fundación del Wemilere celebrado anualmente en Guanabacoa, una barriada con larga tradición religiosa en la Ciudad de La Habana.

Cada una de estas instituciones buscó vías para socializar los resultados de las investigaciones que se presentaron en cada uno de los foros. Así la Casa de las Américas destinó varios números de la revista *Anales del Caribe* a la compilación de las ponencias presentadas en el Seminario sobre Cultura Afrocubana que sesionó de 1992 a 1997. Por su parte la Fundación Fernando Ortiz ha mantenido su colección Fuente Viva, hasta este momento integrada por 22 volúmenes que dan cuenta de la actividad científica ligada al quehacer de la sociología, la antropología, la culturología, entre otras intervenciones de naturaleza académica. Las diferentes editoras favorecieron la publicación o reedición de textos referidos a la práctica de la Santería tras casi treinta años de ninguna o mínimas publicaciones dedicadas al tema, sin que ello impidiera la salida de textos elaborados por los santeros destinados a una circulación soterrada y especialmente a los ahijados extranjeros de los padrinos nacionales.

Una nueva percepción del problema de la identidad y un redescubrimiento de lo popular permitió que se abrieran nuevos espacios conectados con la existencia de la comunidad para favorecer el diálogo, fundamentalmente, entre religiosos, aunque no se excluyen los especialistas, interesados en dos de las prácticas religiosas de antecedente africano mas connotadas en el territorio nacional: la creación de la Asociación Cultural Yoruba de Cuba (ACYC, 1992) y de la Organización Unida Abacúa (OUA, 1993).

La santería o Regla Ocha Ifá se ha caracterizado por ser un espacio poco estructurado y la ACYC ha favorecido el intercambio, acerca de diferentes cuestiones rituales, entre sus miembros con la finalidad de favorecer el autoreconocimiento como resultado de una realidad híbrida no signada por un mestizaje forzado. En este momento se desarrollan

investigaciones tendentes a la reconstrucción de la genealogía santera, inicialmente en la Ciudad de La Habana, pero no exclusivamente. Esta postura ha traído como consecuencia la articulación de otros grupos que prefieren desde la perspectiva conceptual un retorno a África. En la actualidad los contactos internacionales han dejado de ser esporádicos y segmentados para ser sistemáticos, pues han mantenido anualmente una conferencia internacional que congrega a religiosos y especialistas de diferentes países; este año se celebró en el Palacio de Convenciones en Cuba el Congreso Oricha 2003 que reunió a más de un centenar de religiosos y especialistas de diversas partes del mundo.

La creación, desarrollo o reestructuración de espacios destinados al debate de las cuestiones que atañen a los santeros y babalaos constituyó una novedad de los años noventa pero no es el único factor a destacar. No menos importante fueron las publicaciones y la aparición de páginas Web dedicadas a la Santería como manifiesta expresión de su internacionalización. Sin embargo, en los años finales de la década del ochenta se produjo el quebrantamiento de tabúes y prescripciones propios de las prácticas populares y en especial del ejercicio santero. El tema del mito, el ámbito artístico, fue un pretexto que dio paso a la reflexión sobre diversas cuestiones de la cultura cubana y posibilitó asomarse a las problemáticas del cubano en su contexto más inmediato. La cosmovisión santera fue una de las claves que favoreció el “grosor de la metáfora” en los noventa.

La suerte de *boom* que se produce en los noventa encabezado por la música popular—en esos años no quedó una orquesta popular que no le cantara a Oggún, el Viejo Lázaro, a sus padrinos y madrinan, que no desearan “aché pa’ los suyos” y toda clase de venturas a parientes, amigos, coterráneos, al país y a todos los cubanos dondequiera que estén—, esta relacionado con las circunstancias socioeconómicas y el espectro de problemas sociales y culturales que iniciaron la década. Aquellos corroboraron que no era posible alcanzar una completa unidad cultural; la aparición en la escena social de actores que reclaman sus espacios pusieron en evidencia, al menos desde la perspectiva que ofrece el 2003, que la familia y la escuela, los viejos reductos de la ideología, no eran suficientes para la socialización, entre otras razones porque la realidad de cada una de ellas fue modificada por el acontecer de los últimos cuarenta años. Al inicio de la década se sabía que los estereotipos utilizados para identificar la Regla Ocha-Ifá y los santeros habían saltado prácticamente en pedazos.

La creación artística que había tomado como por asalto la temática de la marginalidad desde la década de los ochenta fue desarrollando un proceso de subversión de las fronteras establecidas por las instituciones-norma. Críticos e historiadores del arte pudieron hablar de un renacimiento del arte cubano, entre otras razones porque salieron de los escondrijos los códigos de un sistema de pensamiento anclado en la mitología, en la creencia en fuerzas de la naturaleza, en sistemas de experiencias soportadas en otras lógicas. Ganaron espacio las creencias religiosas de ascendencia africana en Cuba que se habían mantenido en el ámbito del llamado folklore y excepcionalmente en el espacio del llamado arte culto, con preferencia en la música del mismo tipo y de circulación muy limitada.

Si en la literatura la presencia fue escasa en el cine producido en la década estuvo asociado, por lo general, a la problemática de la marginalidad que afloraba de nuevo tras casi cuarenta años de silencio y esta vuelta no se refería específicamente a la población negra, sino también estaban incluidos los homosexuales, los migrantes, las mujeres, los minusválidos, los religiosos; basta recordar la presencia y función de elementos religiosos en, *Fresa y Chocolate* (1993) de Tomás Gutiérrez Alea<sup>28</sup> y en *El polvo y el oro* de Julio Travieso (1996); la estructuración de tramas argumentales a partir de mitos relacionados con la vida y la muerte o de naturaleza fundacional como puede observarse en *Guantanamera* (1995)<sup>29</sup>, de Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío, y la inclusión en el panorama sociocultural de una racionalidad *otra* en *Las profecías de Amanda* (1999) de Pastor Vega<sup>30</sup>.

La metaforización de las circunstancias favorece la oblicuidad y la polisemia. La mirada se ha desplazado hacia zonas menospreciadas. Se critica a la historia de la cultura cuyos discursos han tomado en cuenta lo que procede de los centros hegemónicos para los cuales la cultura popular queda relegada. La inserción de la religiosidad en el ámbito de las artes visuales trata de restañar un patrimonio herido, lacerado por siglos de prejuicios y malquerencias a más de resaltar una estética antienfática implementada como herramienta de inserción cultural.

En muchas casas cubana la litografía del Sagrado Corazón de Jesús se trasladó para la habitación de la abuelita y su espacio en la sala o el comedor fue ocupado por la fotografía de algún héroe o mártir de la Revolución, a los que también encontramos en las bóvedas espirituales, Humberto Mayol desde la fotografía artística se apropia de esa realidad<sup>31</sup>.



Rolando Vázquez en *Los Patronos de Cuba* (1996–1998)<sup>32</sup> resalta la presencia de los orichas en la vida y reflexión propias de la cotidianidad, como conocedor y persona comprometida con la práctica religiosa la creencia es utilizada para mostrar su visión sobre el entorno y logra adentrarse en la espiritualidad de los sistemas de creencias populares para desde ahí representar los conflictos del cubano de hoy.

El cuerpo es una zona privilegiada dentro de las creencias santeras y ocupa un espacio importante en la reflexión de los religiosos, tanto como entidad física y como reservorio de la espiritualidad que se cultiva en el día a día. El hombre que se escribe con h minúscula es el centro de la cosmovisión santera, en función de él los dioses desarrollan sus acciones y los rituales están destinados a la preservación del sujeto que especialmente siente la necesidad de protección y su sensibilidad afina con los modos que brinda la Regla Ocha-Ifá. La voluntad de acceder a ciertas zonas del culto y captar la esencia expresiva en los objetos en los rituales ha sido una de las acciones emprendidas por los artistas en sus aproximaciones a la religiosidad popular de ascendencia africana esto puede conducir como el caso Marta María Pérez<sup>33</sup> a una intelectualización de la referencialidad santera o en Abelardo Rodríguez al que el interés por los Paleros lo condujo a la plasticidad de la raza negra, en sus obras se muestra la necesidad de atrapar la subjetividad de sus personajes (Ravelo García 2002). La ritualidad ligada al estereotipo sexual del negro en la sociedad, le permiten al artista proponer violaciones de las reglas que le sirven de punto de partida a un discurso que no se refiere a problemáticas personales como en René Peña<sup>34</sup>.

En Santiago Rodríguez Olazábal<sup>35</sup> y José Ángel Vincench<sup>36</sup> se destaca el perfil filosófico de su reflexión, la voluntad ontológica que los enlaza emana del profundo conocimiento que tienen de la religión y su disquisición sobre el ser articula con el discurso de los signos u oddun que configuran los sistemas predictivos–interpretativos, así preferimos denominar a las diversas variantes oraculares empleadas por babalaos, babalochas e iyalo-chas. En su producción se conjugan la práctica religiosa y la experiencia del artista para dar como resultado obras en las que la alta elaboración conceptual no teje redes con la inmediatez del acontecer ritual.

La religiosidad como costado de la racialidad es el universo por el que transitan Juan Roberto Diago<sup>37</sup> y Michel Mirabal<sup>38</sup>; este ámbito no está exento de contradicciones y escollos históricos que, complejizan su tratamiento desde el arte; sobre todo, porque con el primero, presencia-

mos la impugnación de un mito: la inexistencia del prejuicio racial en Cuba. El desmentido del mito histórico de la igualdad racial se realiza desde la autonomía relativa de códigos, asumidos como parte de una cultura propia y preservados en la intimidad de la familia, en el círculo de amigos más entrañables, o entre hermanos de aventura y va dirigido a los de “afuera”, a los de “arriba”, a los de los “costados”, a los que creen en la inexistencia del prejuicio y cierran los ojos, tapan sus oídos y clausuran sus bocas.

Los signos religiosos en la obra de Diago forman parte de un universo espiritual que intensifica la densidad tropológica de los iconos y asume una connotación particular, los textos que se refieren a los santos, “Lázaro mío”, los Eleguá<sup>39</sup>, los cuchillos, los cocos y cauris que con regularidad aparecen en su obra remiten a un sistema de creencia que históricamente ha servido de sustento espiritual a los sectores más desplazados económica, social y culturalmente. Para el sector de población representado por Diago, la religión ha sido la puerta que se abre cuando otras se cierran y el consejo prudente cuando los otros viran la espalda.

En Michel Mirabal la relación afectiva con su barrio (Cayo Hueso), la calle (Oquendo), la casa (358) son unidades indisolubles. En este contexto el solar deviene en la fortaleza donde se libraron batallas, corrieron pelotas y bolas a través de un patio colectivo usado para tender la ropa, conversar con los amigos y disfrutar de la rumba que organizan espontáneamente unos vecinos o de modo formal las instituciones culturales de la zona, y también, el espacio en el que imaginarios pilotos de flamantes “picuas” realizaron las más diversas acrobacias aéreas y el lugar donde se aprende a ser amigo, a ser solidario, a ser socio de los socios con amplia sonrisa y buena disposición para la música. Lo acostumbrado es también lujuria creadora, comicidad, ironía, cinismo y ternura. Sabe que, para muchos, “rumba, solar y ron también es arte”<sup>40</sup>.

#### ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Desdibujadas las fronteras y burladas las oposiciones que impusieron a los espacios santeros las preceptivas académicas el entorno actual se configura como un campo real y un campo evocado, ambos, en lucha por representar las creencias del hombre que lo invoca y toca, que le teme y ama. Utilidad–inutilidad, arte puro–arte aplicado, juego–placer estético son transacciones entre el que quiere o necesita expresarse y el que desea o



necesita reconocerse en lo expresado. Ellos como el agua y el fuego pueden presentarse a nuestros ojos como los enemigos irreconciliables, “siempre encontrados estos dos elementos, cuando pueden venir a las manos es de ver la saña con que se aferra el uno sobre el otro, bien como el tigre y el boa en las selvas africanas hacen gemir con sus peleas estridentes”, pero pueden, a su manera, convivir en el sistema que funde y fragua.

Bien conocemos la utilidad que para el cultivo del espíritu y el acrecentamiento de la conciencia cultural tiene poder disfrutar el *Blanco sobre blanco* de K. Malevich<sup>41</sup>, los *7000 robles* plantados por Joseph Beuys<sup>42</sup> en la Documenta VII de Kassel en 1982, la lectura del *Bebedor de vino de palma* de Amos Tutuola<sup>43</sup> o *El danzón*, 1975 de Manuel Mendive<sup>44</sup>. La preservación de la santería deberá ir acompañada del mayor conocimiento posible y de una persistente lucha en contra de los prejuicios culturales encubiertos sostenedores del discurso de lo exótico. Hacerle saber al portador de esas tradiciones lo que cada uno de sus actos puede significar para otros modelos culturales y desde otras perspectivas de análisis, mas allá del valor que él le tiene atribuido no es solo un acto de cultura sino de humanidad.

Los creadores cubanos estudiados se han acercado desde sus vivencias y desasidos de prejuicios y reduccionismos al universo de la religiosidad pues el arte se concibe como un espacio de inclusión, de reflexión no de imposición. Fernando Ortiz, como dijimos en *Rodar el coco*, contribuyó al reconocimiento de la universalidad de nuestra cultura, nos descubrió al otro que llevamos dentro y no se trata del otro religioso, sino del otro cultural, nos hizo conscientes del Calibán que aprendió a maldecir y a “piropar” en la lengua del colonizador, nuestros artistas han sabido transitar por las sendas de la desacralización de los poderes y acercarse y acercarnos a una realidad en la que no hay que morir sin haber disfrutado del placer de haberla recorrido de la mano de Changó, Ochún, Yemayá y Obatalá. Las interconexiones entre el arte y la santería, en Cuba, han contribuido a fracturar la lógica del otro cultural que excluye, segrega y silencia. El intercambio de códigos ha favorecido la existencia de un espacio en el que la vida y el arte se interconectan, esencialmente, por su naturaleza transgresora, por su sentido ético, interés social y sentido de pertenencia, que aun nos explica y define.

## REFERENCIAS

- Abimbola, Wande. 1975. *Yoruba Oral Tradition*. Ile-Ife, Nigeria: Departamento de Lenguas y Literatura Africanas, Universidad de Ife.
- Caballero, Rufo. 2000. *Rumores del cómplice. Cinco maneras de ser crítico de cine*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Cabrera, Lydia. 1957. *Anagó*. La Habana: Cabrera y Rojas.
- Capra, Fritjof. 1999. *La Trama de la Vida. Una perspectiva de los sistemas vivos*, 2º ed. Barcelona: Editorial Anagrama, S.A.
- Cárdenas Medina, René. 1995. “Religión, producción de sentido y Revolución”. *Revista Temas*, n. 4 (octubre-diciembre): 6–12.
- Chartier, Roger. 2002. “La construcción estética de la realidad: vagabundos y picaros en la edad moderna”. *Tiempos Modernos* 3, n. 7: 207–219.
- Cirese, Alberto. 1992. *Cultura Egemónica e Culture Subalterne*. Palermo: Editorial Palumbo.
- Cofiño, Manuel. 1977. *Cuando la sangre se parece al fuego*. La Habana: Arte y Literatura.
- García Canclini, Néstor. 1988. “Cultura y Poder”. *Signos*, n. 36 (julio-diciembre): 55–84.
- Geertz, Clifford. 2003. “Impacto del concepto cultura en el concepto del hombre”. *Antropología social. Selección de lecturas, Colectivo de autores*. La Habana: Ed. Félix Varela.
- Hernández, Tulio. 1988. “Pueblo, cultura y futuro”. *Signos*, n. 36 (julio-diciembre): 85–92.
- López Oliva, Manuel. 1977. “¿Un nuevo Mariano?” *Granma*, 2 junio.
- Martínez Furé, Rogelio. 1988. *Diwan Africano*. La Habana: Arte y Literatura.
- Menéndez, Lázara. 2002. *Rodar el coco*. La Habana: Ed. Ciencias Sociales.
- \_\_\_\_\_. 1995. “La Santería que yo conozco”. *Schweizerische Amerikanisten-Gesellschaft*, Bull. 59–60. Also compiled in *Anales del Caribe*, Centro de Estudios del Caribe, Casa de las Américas, 14–15.
- Morawski, Stefan. “Sobre el arte llamado religioso”. *Criterios*, 29, I-1991-VI-1991.
- Munne, Frederic. 1997. “Pluralismo teórico y comportamiento social”. *Psicología e Sociedade (Associação Brasileira de Psicologia Social-ABRAPSO)* 9, n. 1–2 (Jan.–Dec.): 31–46.
- Ortiz, Fernando. 1973. “Los factores humanos de la cubanidad”. *Orbita de Fernando Ortiz*. La Habana: UNEAC.
- Ravelo García, Mónica. 2002. “Signos de religiones populares en la fotografía cubana. Su expansión semántica”. Tesis de Maestría, Facultad de Artes y Letras, Universidad de la Habana.
- Rodríguez Rivera, Guillermo. 1999. “Los cubanos por el camino de la mar”. *Camino*, n. 13–14: 77–86.

Travieso, Julio. 1996. *Polvo y el oro*. La Habana: Ed. Arte y Literatura.  
 Veigas Zamora, José. 1977. “Pero no es el final. Entrevista a Mariano Rodríguez”.  
*Revolución y Cultura* (La Habana), n. 64 (diciembre): 38–46.

## NOTAS

- Hemos tomado como referencias teóricas para el enfoque de la complejidad los textos de Frederic Munne (1997) y Fritjof Capra (1999).
- Organización no gubernamental creada el 17 de diciembre de 1991. Tiene entre sus objetivos, la unión entre los practicantes del culto. En la actualidad tiene alrededor de cinco mil afiliados, de ellos cerca de mil babalaos (personas consagradas a la adoración de Orula, oricha de la adivinación y representativo, entre otros orichas creadores del corpus de Ifá), más de dos mil 500 iyalochoas (santeras o madres de santo) y babalochas (santeros o padres de santo), y otras personas consagradas o no. Son miembros de esta institución alrededor de 200 afiliados extranjeros, de ellos 79 babalaos. Han solicitado su ingreso siete mil creyentes cubanos. Un hecho importante por parte de la Asociación fue crear el Consejo Cubano de Obá Mayores de la Regla de Ocha, integrado por 21 miembros, ancianos con plenos conocimientos en las prácticas de estas expresiones religiosas. Al Obá está asignada la tarea de consagrar a quienes participan en las ceremonias del culto en el segmento litúrgico Ocha o Santería. Existen tres filiales, una en la provincia cubana de Holguín, otra en París, Francia, y una en Florida, Estados Unidos.
- Corpus de Ifá se demoniza al soporte filosófico, ético, estético que regula conceptualmente el proceso de interpretación de los signos en el sistema mal llamado adivinatorio.
- Signo Obbe Meyi el mayor de los signos del sistema Ifá, “es un signo que indica cambios. Fue el signo regente en 1989, cuando el mundo presenció la caída del Muro de Berlín y la desestructuración del campo socialista. En 1995, cuando el derribo de las avionetas de Hermanos al Rescate, y la firma de la Helms- Burton. Y más recientemente en 1998, cuando la visita del Papa y el mejoramiento relativo de las condiciones del pueblo cubano después de los años del Período Especial”. Comunicación personal de un bacalao que prefirió el anonimato. La Habana, enero 2004.
- Awo Fa’Lokun Fatunmbi en su libro *Awo. Ifá and the Theology of Orichas Divination*, hace un estudio del simbolismo de los signos de Ifá en el que se valoran las especificidades de cada uno de los dieciséis oddun básicos que integran el corpus. En las libretas y documentos escritos de los religiosos cubanos se encuentran similitudes y diferencias entre las dos variantes.
- Iwapele, vocablo de origen yoruba que significa “buen carácter” (ver Abímbola 1975).
- Pataki vocablo de origen Yoruba. En el libro de Lydia Cabrera (1957) aparece definido como “relatos antiguos y de orichas”.
- El análisis de lo que hemos llamado de la coparticipación no jerarquizada de funciones lo desarrollamos en *Rodar el coco*. Ed. Ciencias Sociales, La Habana 2002.
- Nicolás Guillén, “Elegía Camagüeyana”. En *Obra Poética (1920–1958)*. Letras Cubanas, La Habana, 1972: 410.
- Adalberto Álvarez y su son*. (Artcolor; 1993) disco compacto.
- La Vida es Silbar* dirigido por Fernando Pérez, 106 minutos, 1998. [Otros datos del director en: <http://www.habanafilmfestival.com>]
- Coronado se le dice a la persona que ha pasado la ceremonia de iniciación o consagración en la Santería.
- En la Ciudad de La Habana existen municipalidades y barrios que se han destacado históricamente por la alta concentración de personas vinculadas a las religiones populares cubanas de ascendencia africano-criolla, conocidas como Santería o Regla Ocha-Ifá, Regla de Palo Monte, Sociedades Abacúa y prácticas mediunímicas asociadas a las modalidades religiosas antes mencionadas. Entre las municipalidades se destacan Guanabacoa y Regla; entre los barrios son especialmente nombrados Jesús María, Belén y San Isidro pertenecientes a la municipalidad de Habana Vieja; Poey en la municipalidad de Arroyo Naranjo; Pogolotti en Marianao; el Canal y Carraguao en el municipio Cerro; Cayo Hueso y los Sitios en Centro Habana.
- En la Santería cada oricha tiene un conjunto de objetos que lo representan: collares, pulsas, abanicos, espadas, cazuelas, soperas, etc. Se identifican por el color y/o el material con el que se construyen.
- Instituciones dedicadas a la docencia, a investigaciones, a transacciones comerciales y turísticas, etc. También en los templos católicos se observaron, y es probable en la actualidad, las modificaciones en la conducta de los laicos y feligreses más apegados a las doctrinas de la iglesia. Se muestran menos tolerantes y manifiestan con mayor claridad la molestia que les provocaba la presencia de “iyawó” en los templos. Especialmente en los que tradicionalmente han acogido mayor número de creyentes de las religiones populares cubanas, me refiero a la iglesia de la Virgen de la Caridad, la Virgen de la Merced, la Virgen de Regla y el santuario del Rincón consagrado a la adoración de San Lázaro. No menos significativa fue la avalancha de creyentes pertenecientes a diferentes denominaciones protestantes que visitaban las casas y los hospitales, con la intención de “salvar del paganismo” a todos los que no pensarán como ellos
- Pulsa de cuentas de uno o varios hilos dedicados a diferentes orichas. Orula es el dios de la adivinación en el sistema religioso Santería o Regla Ocha-Ifá. Su collar e iddé son de cuentas verdes y amarillas alternas. Comunicación personal Zenaída Montesinos, omó Yemayá, La Habana, 1992.
- Explicar la religión a través de la existencia de crisis económicas, sociales y cognitivas puede constituir un punto de partida necesario para comprender su origen y funcionamiento, pero no resulta un principio, absolutamente, sufi-

ciente; asegura Stefan Morawski que: “A todas esas persistentes dolencias de la existencia individual y colectiva responden las investigaciones científicas, principalmente las naturales, las revoluciones y las acciones reformadoras, el pensamiento utópico y las tentativas prácticas de realizarlo, y, por último, la filosofía que aprehende íntegramente al hombre en el universo, y que racionaliza, entre otras cosas, su destino cerrado por un ciclo biológico que excluye la inmortalidad individual” (1991). En el caso de la Santería sabemos que la solvencia económica es indispensable para la concreción de una ceremonia como la de *coronación*; que la elevación del nivel científico-profesional y cultural general de la población no es un criterio que garantiza la disminución de los santeros ni la de ningún religioso en cualquier sistema de creencias; y por último, la práctica santera se nutre del arsenal científico que esté a disposición de sus miembros; aquí como en otros universos culturales se cumple el principio de la incertidumbre: todo objeto estudiado se modifica. Por tanto, los factores económicos, sociales, científicos resultaban insuficientes para explicar el reconocimiento de la existencia de los santeros en el ámbito cotidiano y sobre todo el que ellos demostraran su pertenencia a la práctica cuando esto no ha constituido un indicador de prestigio y sí en ocasiones lo contrario.

18. Al decir de viejos santeros no estábamos en presencia del primer *boom* de la Santería o Regla de Ocha-Ifá en los últimos treinta y ocho años; Eusebio Hernández muchas veces me comentó que en la década del sesenta se produjo también una explosión, aunque al parecer las razones fueron de otra naturaleza. En aquella ocasión estuvo asociado al triunfo de la revolución y a las posibilidades que esta ofrecía a los sectores más explotados y marginados de la sociedad cubana de entonces. Los santeros aseguran que en la década del sesenta “muchas personas se hicieron santo aunque no había mucho dinero, pero sí la certeza de tener trabajo fijo”. Un ingreso de dinero estable permitía “cumplir con el compromiso contraído con el santo, sin las zozobras y las angustias de no saber cuándo y cuánto va a ganar porque no tiene una plaza fija en un centro de trabajo. En el ayer eso era muy importante”. Durante los primeros años de la década del sesenta, la fe y la reflexión, acerca del universo de la cultura popular tradicional, fueron estimuladas en los espacios cotidianos, en cierta medida, por algunas manifestaciones de la cultura artística y literaria, y por la acción investigativa desplegada desde el Instituto de Etnología y Folklore. Sin embargo, según los testimonios, la necesidad fascinadora o la fascinante necesidad de *iniciarse* convivió con una vivencia de la fe enmascarada. El reconocimiento de las diferencias de clases, las jerarquizaciones que estas imponen en una sociedad estructurada sobre la base de las clases sociales y los valores que de ellas se derivan no desaparecen con las medidas que adoptó el gobierno revolucionario (Comunicación personal, La Habana, 1977).

19. Nicolás Guillén *Obra Poética 1920–1958*. Tomo I, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1972: 116–117. Para conocer otros datos de quien esta considerado el poeta nacional ver: <http://www.literaturacubana.com>.
20. La Regla Ocha-Ifá, la Regla de Palo Monte y las sociedades Abacúa son religiones populares cubanas de origen africano. Ellas se conformaron durante del siglo XIX en virtud de un complejo proceso de transculturación. Cada una de ellas dispone de conceptos claves para su comprensión.
21. Mayor información se puede obtener en: López Oliva (1977); Veigas Zamora (1977); “Masas y gallos en los colores de Mariano”, *Granma*, 3 octubre 1980; “Ver grandeza es entrar en deseos de revelarla”, *Moncada* (La Habana), año XV, 9 Septiembre 1980: 8; *Todos los colores de Mariano*, Museo Nacional de Bellas Artes (multimedia).
22. *Memorias del subdesarrollo* dirigido por Tomás Gutiérrez Alea, 85 minutos, julio 1966. Otros datos del director en: <http://www.habanafilmfestival.com> y en <http://www.clubcultura.com>.
23. *Los días del agua* dirigido por Manuel Octavio Gómez, 1971. Otros datos del director en: <http://www.habanafilmfestival.com>
24. *De cierta manera* dirigido por Sara Gómez, 1974. Otros datos del director en: <http://www.habanafilmfestival.com>
25. Silvio Rodríguez “Playa Girón”, *Días y flores* (Egrem, LD3467), disco compacto.
26. Compartimos el criterio que Rodríguez Rivera (1999) en su artículo “Los cubanos por el camino de la mar” da a cerca de Moré: “guajiro pobre y negro que ascendió por su talento hasta ser el mejor cantante de un país de cantantes y que respetó siempre los que fueron los valores de su origen y de su historia, fue por ello un héroe del cubano popular, porque también fue independiente, buen amigo, buen hijo, buen padre, fiestero y mujeriego; una síntesis de lo que ese cubano quería y podía llegar a ser”.
27. En 1970 aparece por primera vez el personaje Elpidio Valdés en la *Revista Pioneros*. En 1974 Padrón filma el animado *Una aventura de Elpidio Valdés* y en 1979 se realiza el largometraje *Elpidio Valdés*. Otros datos de Juan Padrón en: <http://www.habanafilmfestival.com>
28. *Fresa y chocolate* dirigido por Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío, 110 minutos, 1993.
29. *Guantanamera* dirigido por Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío, 101 minutos, 1995. Para conocer datos del artista visitar: <http://www.habanafilmfestival.com>
30. *Las profecías de Amanda* dirigido por Pastor Vega, 1999. Otros datos del artista en: <http://www.habanafilmfestival.com>.
31. La imagen a la que se hace referencia se encuentra en la Fototeca de Cuba. Puede encontrarse mas información en: Multimedia AfroCuban religions in contemporary photography: *El otro lado del alma*. Curador: Morritz Neumuller. Institución asociada La Fototeca de Cuba, 2002.

32. Rolando Vázquez *Los patrones de Cuba*, Instalación, madera policromada, tela. 1996. Otros datos del artista en: [http://www.cnap.cult.cu/galeria/artistas/vazquezrolando\\_img.htm](http://www.cnap.cult.cu/galeria/artistas/vazquezrolando_img.htm).
33. Otros datos del artista en: <http://www.cnap.cult.cu/gal-2.html>.
34. Otros datos del artista en: <http://www.fcif.net/galerias.rene.pena.html>.
35. Otros datos del artista en: <http://www.cnap.cult.cu/galeria/artistas/olazabal.htm>.
36. Otros datos del artista en: [http://www.cnap.cult.cu/galeria/artistas/vincench\\_img.htm](http://www.cnap.cult.cu/galeria/artistas/vincench_img.htm).
37. Otros datos del artista en: [http://www.cnap.cult.cu/galeria/artistas/diagojuan\\_img.htm](http://www.cnap.cult.cu/galeria/artistas/diagojuan_img.htm); y en: <http://www.afrocubaweb.com/robertodiago/robertodiago.htm>.
38. Catálogo de la exposición *Oquendo 358*, Galería La Acacia. La Habana, 2002.
39. En Santería, el Elegué es el oricha de los caminos y callejones.
40. “El rumbero y el trovador” técnica mixta y lienzo. Ogueno 358, Galería La Acacia, La Habana, 2002.
41. Pintor y diseñador ruso creador del movimiento supramatista (1878–1935).
42. Puede consultarse una biografía del artista en: <http://www.galeriabarcelona.net/html/beuy000.html>.
43. Escritor nigeriano (1920–1997).
44. Otros datos del artista en: <http://www.cnap.cult.cu/gal-2.html>.

## SOBRE LOS AUTORES

JORGE LUIS ACANDA GONZÁLEZ. Doctor en Filosofía por la Universidad de Leipzig. Profesor titular de la Universidad de La Habana, en la asignatura de historia del pensamiento marxista. Autor de más de 44 artículos y dos libros sobre temas de filosofía política. Su libro *Sociedad civil y hegemonía* obtuvo el premio de la Academia de Ciencias de Cuba en 1993.

AURELIO ALONSO, sociólogo y ensayista. Investigador del Centro de Estudios sobre América de 1989 a 1996 y actualmente del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas. Autor de *Iglesia y política en Cuba* y de más de cien artículos publicados. Investigador invitado del Kellogg Institute for International Studies, Georgetown University, de la Universidad de Tulane y de la Universidad *La Sapienza* en Roma.

ARIEL ARMONY, profesor de Ciencias Políticas en Colby College. Fellow del Woodrow Wilson International Center for Scholars en 2002–2003. Entre sus publicaciones se destacan *The Dubious Link: Civic Engagement and Democratization* (Stanford University Press, 2004) y *Argentina, the United States, and the Anti-Communist Crusade in Central America, 1977–1984* (Ohio University Press, 1997). Ha recibido becas de la Rockefeller Foundation, la Inter-American Foundation y el Aspen Institute. Es especialista en política comparada y latinoamericana, democracia, sociedad civil y relaciones entre América Latina y los Estados Unidos.

LILIAN BOBEA, socióloga, profesora e investigadora de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), República Dominicana. Maestría en sociología de SUNY Binghamton. Candidata a Ph.D. de la Universidad de Utrech, Holanda. Fellow del WWIC (1997). Miembro del proyecto *Creating Community*, del Woodrow Wilson International Center for Scholars. Editora de *Soldados y Ciudadanos en el Caribe* (FLACSO, 2002) y *Entre el Crimen y el Castigo: Seguridad Ciudadana y Control Democrático en América Latina y el Caribe* (Nueva Sociedad/WWIC, 2003). Autora de múltiples artículos sobre seguridad hemisférica y en el Caribe, publicados en revistas y libros.

VELIA CECILIA BOBES, profesora e investigadora de FLACSO, sede académica de México. Es Dra. en Sociología por el Colegio de México. Ha publicado numerosos artículos sobre el tema cubano y es autora del libro *Los laberintos de la imaginación. Repertorio simbólico, identidades y actores del cambio social en Cuba* (El Colegio de México, 2000). Recientemente coordinó junto con Rafael Rojas el libro *La transición invisible. Sociedad y cambio político en Cuba* (Ed. Océano, México 2004).

JAVIER CORRALES, profesor asociado de ciencias políticas en Amherst College, Massachusetts. Obtuvo su Ph.D. en Ciencias Políticas en 1996 de la Universidad de Harvard, donde se especializó en política latinoamericana comparada. Autor de *Presidents Without Parties: the Politics of Economic Reform in Argentina and Venezuela in the 1990s* (Penn State Press 2002). Entre sus publicaciones se destacan: *Comparative Politics, World Development, Political Science Quarterly, International Studies Quarterly, World Policy Journal, Latin American Politics and Society, Latin American Research Review*, así como también *Studies in Comparative International Studies*. Fue miembro del comité ejecutivo de NECLAS, y becario del Woodrow Wilson International Center for Scholars in Washington, D.C. Ha sido consultor del Banco Mundial, Naciones Unidas y la Academia Americana de Artes y Ciencias.

HAROLDO DILLA ALFONSO, sociólogo cubano y coordinador de investigaciones de FLACSO-República Dominicana. Fue director de Estudios Latinoamericanos y Caribeños del Centro de Estudios sobre América en La Habana. Editor de *Los Recursos de la Gobernabilidad en la Cuenca del Caribe* (Nueva Sociedad, 2002), autor y coautor de numerosos artículos y libros sobre temas de descentralización, sociedad civil y movimientos sociales en Cuba y el Caribe.

MARÍA ISABEL DOMÍNGUEZ, Doctora en Ciencias Sociológicas, Academia de Ciencias de Cuba (1994). Se ha especializado en la investigación de temas sobre juventud y generaciones. Actualmente es la Directora Científica del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, en La Habana.

SUSAN ECKSTEIN, profesora de Sociología en Boston University. Autora de *Back from the Future: Cuba under Castro* (Princeton University Press 1994 y Rutledge 2001), *The Poverty of Revolution: The State and Urban Poor in Mexico*

(Princeton University Press 1977, 1988), *The Impact of Revolution: A Comparative Analysis of Mexico and Bolivia* (SAGE 1976) y de decenas de artículos que versan sobre los temas de movimientos sociales, justicia social y derechos humanos. Actualmente escribe sobre los lazos transnacionales entre cubanos-americanos y cubanos en Cuba y sus efectos en EE.UU. y la isla.

MAYRA P. ESPINA PRIETO, investigadora del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS) de Cuba y profesora titular de la Universidad de La Habana. Miembro del consejo de investigadores del CIPS y del Centro de Antropología, así como del cuerpo de editores de la revista TEMAS. Mayra Espina Prieto es Presidente de la Comisión Nacional de Enlace MOST/UNESCO en Cuba. Entre sus publicaciones recientes se destacan: “Cuba: Reforma Económica y Reestratificación Social”, en *Cuba: Sociedad y Trabajo*, (editado por J. Busquets, Fundación Comaposada, 2000), “Transición y dinámica de los Procesos Socioculturales” en *Cuba: Construyendo Futuro* (ed. por M. Monereo, M. Riera y Juan Valdés, Viejo Topo, 2000).

ARMANDO FERNÁNDEZ SORIANO, historiador y sociólogo. Ha estudiado las migraciones en el Caribe y diversos temas ambientales. Sus artículos han aparecido en revistas especializadas de América Latina y el Caribe, Europa y Estados Unidos. Dirige *Ilé*, un anuario de ecología, cultura y sociedad y coordina el Programa Caribe Insular de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES). Es asesor de la Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre en La Habana, Cuba. Es miembro de Greenpeace y del Natural Resources Defence Council.

REV. RAIMUNDO GARCÍA FRANCO, Director del Centro Cristiano de Reflexión y Diálogo-Cuba, Pastor de la Iglesia Presbiteriana Reformada. Ha cursado estudios teológicos, ciencias sociales e historia. Desde la adolescencia ha tenido una participación muy activa en asuntos de carácter social y ha ocupado cargos eclesiásticos y ecuménicos. Ha publicado tres libros sobre diferentes temas y escrito numerosos artículos para varias publicaciones.

MARGARET E. CRAHAN, profesora Dorothy Epstein de historia latinoamericana en Hunter College y en The Graduate Center de City University of New York. Crahan obtuvo su doctorado en Columbia



University donde es investigadora Senior en el Instituto de Estudios Latinoamericanos. Entre 1982 y 1994 fue Henry R. Luce Professor de Religión, Poder y Proceso Político en Occidental College. Ha publicado más de medio centenar de artículos y libros entre los que se incluye *Human Rights and Basic Needs in the Americas*.

RAFAEL HERNÁNDEZ, politólogo y escritor, investigador titular en el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”. Dirige la revista *Temas*. Ha enseñado en la Universidad de La Habana, y ha sido profesor e investigador visitante en universidades de los EE.UU., México y Puerto Rico. Ha publicado libros y ensayos sobre pensamiento, cultura y política cubana, política norteamericana, seguridad internacional y migración. Es autor de *Mirar a Cuba. Ensayos sobre cultura y sociedad civil, Otra guerra. Estudios cubanos sobre estrategia y seguridad internacional* y las antologías *Ensayo cubano del siglo XX* y *Sin urna de cristal. Pensamiento y cultura en Cuba contemporánea*.

LÁZARA MENÉNDEZ VÁZQUEZ, profesora titular. Catedrática de historia del arte, especializada en arte africano, estudios afrocaribeños. Doctora en Ciencias del Arte, Universidad de La Habana. Entre las publicaciones se destacan *Aquí lo que no hay es que morirse*, (Centro Wifredo Lam, La Habana, 2002), *Rodar el coco. Proceso de cambio en la santería*, (Ciencias Sociales, La Habana, 2002), *Estudios Afrocubanos*, Compilación y prólogo, (Universidad de La Habana, 1990, Cinco tomos).

ALEJANDRO PORTES, sociólogo nacido en La Habana, Cuba, desde donde emigró en los años ‘60. Con gran influencia en el campo de los estudios de migración por más de 30 años. Actualmente es director del departamento de Sociología de la Universidad de Princeton, New Jersey así como co-fundador del Centro para la Migración y el Desarrollo de esa Universidad. En 1998, Portes fue becario de la Academia Americana de Ciencias y Artes y fue elegido por la Academia Nacional de Ciencias en el 2001. Entre 1988 y 1999 Alejandro Portes fungió como presidente de la Asociación Americana de Sociólogos. Es autor de innumerables libros y artículos relacionados a cuestiones de políticas, incluyendo asimilación de los inmigrantes, política latinoamericana, relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Portes ha estudiado los diversos perfiles de inmigrantes en

los EE.UU., con un énfasis en las causas y consecuencias de la emigración a ese país. Ha estudiado las comunidades transnacionales, la economía informal y los enclaves étnicos. Entre sus contribuciones más novedosas se cuentan los estudios sobre los hijos de inmigrantes y los factores que determinan su adaptación exitosa al contexto norteamericano, entre ellos el apoyo familiar y el estatus socioeconómico y educativo.

VIVIANA TOGORES GONZÁLEZ, profesora del Departamento de Economía de la Universidad de La Habana e investigadora del Centro de Estudios de la Economía Cubana (CEEC). Candidata a Ph.D del Programa en Economía Internacional de la Universidad de Barcelona, España. Posee numerosas publicaciones entre las que se destacan: “Consumption, Markets, and Monetary Duality in Cuba”, en *The Cuban Economy at the Start of the Twenty-First Century* (ed. por Jorge I. Domínguez, Omar Everleny Pérez y Lorena Barbería, Harvard University Press, 2004), “La Organización Mundial del Comercio y el Convenio de LOME, Posible Inserción de Cuba”, en co-autoría con Tania García, en *La Última Reforma Agraria del Siglo: La Agricultura Cubana entre el Cambio y el Estancamiento* (Nueva Sociedad, 2000), “Cuba: Efectos Sociales de la Crisis y el Ajuste Económico de los ‘90” en *Balance de la Economía Cubana a Finales de los ‘90* (CEEC, 1999).

JOSEPH S. TULCHIN, director en el Woodrow Wilson Center del Programa de América Latina, del Programa de Argentina y codirector del Proyecto de Estudios Urbanos Comparativos. Asimismo, es director del Programa de América Latina en el Instituto de México. Joseph Tulchin es especialista en historia contemporánea de América Latina y asuntos hemisféricos, política exterior de EE.UU. y en desarrollo urbano comparativo. Doctor en Historia por la Universidad de Harvard, ha sido profesor de historia y director de Programas Internacionales en la Universidad de Carolina del Norte, profesor de historia en la Universidad de Yale y ha enseñado en prácticamente todos los países americanos. Ha publicado más de 70 libros y más de un centenar de artículos académicos. Entre sus publicaciones figuran *Decentralization, Democratic Governance, and Civil Society in Comparative Perspective* (co-editor, 2004), *Latin America in the New International System* (co-editor, 2001) y *Argentina and the United States: A Conflicted Relationship* (1990).



## Participant Biographies

JUAN VALDÉS PAZ, sociólogo y politólogo. Investigador; profesor titular adjunto de la Universidad de La Habana y del Instituto Superior de Relaciones Internacionales. Miembro del Consejo Científico del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas y del Comité MOST de Cuba. Docente y conferencista en numerosas universidades y centros de Cuba, Europa, América Latina y EE.UU. Autor de libros, ensayos y artículos sobre sociología rural, sociología política, relaciones internacionales, América Latina y transición socialista en Cuba.